

18419-3
050
MEU 642

050
B-4

ANALES
DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

1953-14-Julio 85 =

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

Publicación Trimestral

TOMO IX

JULIO - DICIEMBRE DE 1953

Nos. 3 - 4

18419-3

SUMARIO:

	<u>Págs.</u>
Francisco Alvarez González: Las Universidades en la Edad Media	305-2 ✓ 5 ✓
Francisco Alvarez González: Tres Lecciones sobre la Filosofía de Husserl	837-0 ✓ 25 ✓
Luis Fradejas Sánchez: La Romántica Europea ...	85
Agustín Cueva Tamariz: Tres Lecciones sobre la Herencia Biológica	860 ✓ 109 ✓
Rigoberto Cordero y León: Dos Poetas Argentinos..	167
CRONICA UNIVERSITARIA	197

2012/28

Dep/4495

Las Universidades en la Edad Media

Conferencia del señor Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, Dr. Francisco Álvarez González, con la cual se inició el programa de ceremonias acordado por la Universidad de Cuenca en homenaje a la Ilustre Universidad de Salamanca, con motivo de la conmemoración de su VII Centenario.

En la primera parte de la "Crítica de la razón pura", en la Estética trascendental, el filósofo Kant intenta demostrar la aprioridad de las intuiciones del espacio y del tiempo, entre otras razones, por la posibilidad, siempre a la mano, de imaginarnos el espacio y el tiempo infinitos, vacíos, despojados de cosas, mientras que, en cambio, no nos es dado representarnos las cosas, los objetos, como no sea dentro de un marco espacio-temporal. De hecho, eso que denominamos realidad física no está constituido por cosas, espacio y tiempo, como si fuesen tres ingredientes separados, distintos. Tampoco nos interesa ahora tratar de ponernos en claro en qué sentido se relacionan o implican, pues muy otro es nuestro menester y preocupación actuales. Sólo quiero notar que el hombre puede **separar**, recrearse mentalmente en la contemplación de **cosas** que jamás se han dado ni pueden darse aisladas en la realidad. El tiempo y el espacio, que son siempre tiempo y espacio **con** y **entre** las cosas físicas, pueden ser contemplados por el hombre aisladamente, hecha abstracción de las cosas con que se encuentran mezclados y en cuya naturaleza, estructura y modo de ser influyen decisivamente. Ese poder de abstraer, separar mentalmente aquello que en la experiencia se nos da siempre unido, es una de las grandes exclusivas del hombre.

Las cosas son esclavas del aquí y del ahora, del eterno presente espacio-temporal, bajo la forma más indeseable de esclavitud: que es

desconocerla, carecer de conciencia de la misma. El tiempo se desliza por las cosas o éstas se adormilan y aletargan en el tiempo sin saberlo. Incluso para la conciencia animal, es decir, aquella cosa para la que existen las cosas, el tiempo es una sucesión de **ahoras** sin sucesión, una mera yuxtaposición de presentes; y el espacio no es otra cosa sino el ámbito, el lugar de sus posibles acciones y reacciones. Posee memoria; pero las imágenes del pasado no lo son, propiamente, **del** pasado; son imágenes del presente que tienen algo de ya vivido y familiar. El animal puede vivir en impaciente *éspera* de algo, quizás, inminente; hay en su conciencia como un vago bosquejo de futuro: por ejemplo, cuando la sensación de hambre le hace clavar las pupilas ansiosas en el punto por donde, cotidianamente, acostumbra a presentarse la presa. Es sólo ante el estímulo vigoroso de una necesidad urgente que satisfacer cuando el animal dispara su conducta en función de un futuro inminente, previsible. Pero satisfecha la necesidad, el tiempo se oscurece y la conciencia, aletargada, vuelve a sumergirse en el sopor de su eterno presente, sin pasado y sin futuro.

Por esa imposibilidad de separar el tiempo de las cosas, el animal no puede meditar en su conducta de ayer, ni hacer, ya desde ahora, planes para el futuro. Menesteroso, vive, sin embargo, sin inquietudes económicas. Sin conciencia de Dios, vive en un resignado "Dios proveerá", por la sencilla razón de que para él el futuro no existe. Si como en los infantiles cuentos sucediera y un buen día los animales se pusieran a hablar, los verbos de su lengua sólo tendrían un presente. El animal atisba el futuro cuando espera, cuando espera impaciente el futuro que está a punto de sobrevenir. Espera y tiene plena conciencia de que lo hace, pero no de que **esperará** mañana. El mañana, el futuro, es decir, algo que no es aún pero que vendrá inexorablemente y en el que tendré que realizar tales o cuales actos, no existe para la conciencia del animal. Porque no concibe el tiempo como futuro no le inquieta la muerte, y ésta no le inquieta precisamente por esa incapacidad de concebir el tiempo como futuro. De donde se deduce que, si la muerte no le espanta, es porque carece del concepto de muerte. Existe sólo lo que es ahora; y ahora existe **para mí** la vida mía y, quizás, quizás, la muerte, pero la muerte de otro, claro es, como espectáculo.

Para el bruto el mundo acaba allá donde para él termina la

línea de su horizonte; cuando el potro galopa por la pradera se le va ensanchando, elástico, su mundo a cada golpetazo rítmico de sus cascos sobre el suelo. Así como no le preocupa un futuro que para su conciencia no existe, no le inquieta tampoco ni fustiga su curiosidad el no sabido más allá que se dilata tras el habitual ámbito geográfico en donde se desarrolla su vida. Por eso sólo el hombre es viajero. Hay aves migratorias, que viajan en determinadas épocas, impulsadas por la oscura fuerza del instinto; pero esto nada tiene que ver con el conscientemente deseado cambiar de lugar propio del hombre. Viaja el hombre porque no puede dejar de preguntarse por el **cómo será** del espacio que empieza allí donde termina el horizonte de su actual percepción visual.

Por la posibilidad de jugar y habérselas a solas con el espacio, el hombre pudo ser geómetra y matemático. Y, en fin, pudo ejercer la profecía por su costumbre de pensar en el futuro y ser historiador por el hábito de huir al pasado, para recrearse en la fingida contemplación de lo que en otro tiempo fue. De ahí que cuando, como ahora, hacemos un esfuerzo para dar un brinco de 7 u 8 siglos hacia atrás y evocar lo que ocurría en tan remotas épocas, estamos realizando una noble tarea, típicamente humana. Como resultado de todo lo que hemos venido diciendo podemos también afirmar que la historia es, pues, un privilegio del hombre.

Cúmplense, aproximadamente, siete siglos de la fundación de una de las más antiguas y célebres universidades del mundo: la de Salamanca. La Universidad de Cuenca, aunque alejada geográficamente de su hermana mayor, atenta y curiosa desde este rincón de los Andes, ha querido asociarse espiritualmente a las fiestas conmemorativas de aquélla, mediante esta serie de conferencias, cuyo objeto es evocar algunos momentos y figuras culminantes de la historia de tan glorioso centro de estudios. Hoy vamos a ocuparnos del origen y estructura de las universidades medioevales.

Permitanme Uds, que les haga una fugaz observación. El desarrollo gigantesco de la ciencia histórica en los últimos cien años, al despertar y agudizar nuestra sensibilidad para los hechos históricos, ha traído como secuela necesaria una serie de modificaciones en la manera tradicional de concebir el contenido de las grandes épocas del pretérito. Por ejemplo, ya la Edad Media no se nos presenta bajo

aquella imagen convencional que un racionalismo a ultranza, y, como tal, ahistórico, se complacía en diseñar en otros tiempos. No fue la época de oscurantismo y anulación de la razón que nos pintaban los idólatras de la razón del siglo XVIII, ni tampoco el periodo áureo, místico, sentimental, cargado de poesía, de los no menos incautos y ligeros escritores y pensadores del romanticismo. Que hubo cultura nos lo demuestra el simple hecho de haberse conservado gran parte del tesoro de la ciencia antigua para nosotros a través de estos siglos de aparente penumbra de las luces. Pero es que, además, la Edad Media no fue sólo transmisora de una cultura superior, la antigua, sino creadora de bienes, instituciones y obras originales. Los maravillosos libros miniados, pacientemente, en la soledad de la celda monástica, la poesía lírica provenzal de humildes trovadores enamorados de damiselas de la más alta alcurnia, las canciones de gesta y los primitivos poemas épicos nacionales en lenguas romances, los misterios, las moralidades, la sátira, las danzas de la muerte, las grandiosas catedrales góticas, la letra de cambio, la brújula, el timón, el papel, las armas de fuego, los gremios, los municipios, etc., etc., son cosas inventadas por los hombres de aquel tiempo o que, inventadas, quizás, en otras épocas y lugares, sólo entonces comenzaron a popularizarse en Europa y convertirse en patrimonio de la cultura occidental.

En la Edad Media hay épocas de mayor brillo y esplendor que otras. Incluso se habla de periodos de "renacimiento", el siglo XIII, por ejemplo, dentro del lento transcurrir de estos casi mil años de historia medioeval. Y es curioso ver hoy cómo los historiadores de las ideas van descubriendo en cada siglo los rastros e indicios evidentes de los pensamientos que triunfaron en el siguiente y valorizándole, sin más, por ello. No podremos por menos siempre de admirar las épocas de sazonados frutos; mas no olvidemos que éstos tienen su origen en el lento e incansable fluir de la savia por los minúsculos canalillos de las ramas y tronco del árbol. Nosotros, como estudiantes que fuimos no hace mucho y profesores que somos actualmente, debemos, en fin, admirar en la Edad Media el haber sido la creadora de este importantísimo instrumento de la civilización moderna que son las universidades.

Las más antiguas universidades de Europa, las que, andando el tiempo, hubieron de servir después como modelos para todas las demás, las de Bolonia, Paris y Oxford, comenzaron a organizarse en el

siglo XII. No fueron la obra de un pensamiento racional, sino producto natural de una lenta evolución. Este siglo XII, en que se prepara poco a poco el "renacimiento" del siguiente, es, en muchos aspectos, de espíritu más renacentista que el posterior. Cultivábanse los viejos poetas latinos; un San Bernardo de Clairvaux escribía en lengua latina bellos poemas litúrgicos, de exquisita gracia, cuya frescura todavía encantaba al modernísimo Baudelaire. Es el siglo en que se inicia el gótico, la lírica provenzal y en que se introduce en la comunidad cristiana de occidente el germen fecundante de la cultura clásica a través de la ciencia árabe-judía y de las escuelas de traductores de España y de Sicilia. Especial reconocimiento merece sobre todo la primera, la escuela de traductores de Toledo, que, bajo la dirección del arzobispo Raimundo, vertió al latín una infinidad de obras. Recuérdese que sólo Gerardo de Cremona, según la tradición, tradujo más de 70 obras árabes.

Desde el vigoroso renacimiento carolingio no dejó de haber escuelas en Europa. Había escuelas monásticas y catedralicias. Las primeras, que funcionaban, normalmente, en el interior de los conventos y monasterios, tenían por objeto el adoctrinamiento de los futuros monjes. Se les enseñaba los rudimentarios conocimientos de entonces; pero estas escuelas eran sobre todo centros de disciplina y oración. Cuando algún monje o novicio despuntaba era enviado a alguna escuela célebre, donde aprendía cánones, las artes liberales, teología, etc., regresando al cabo de algún tiempo con el tesoro de su saber aprendido para comunicárselo a los demás. Así, a costa de grandes sacrificios, se aprendía y transmitía la cultura en una época en que, por falta de libros, la enseñanza tenía que ser forzosamente oral.

Había también escuelas comunales en donde los estudiantes aprendían las primeras letras y los primeros elementos de ciencias y de gramática. Se dividían los alumnos en tres grupos: tabulistas, quienes aprendían a leer y escribir en las tablas; donatistas, aquellos que luchaban con los más sencillos rudimentos de la Gramática de Donato y alejandrinas o estudiantes del *Doctrinale Puerorum* de Alejandro de Villadieu, que comprendía gramática racional.

Las escuelas catedralicias eran las que funcionaban en las catedrales, en los claustros de las mismas, generalmente. Por reiterado

mandato pontificio y cumpliendo órdenes de los Concilios de Letrán de 1178 y 1215, para remediar los males a que daba lugar la escasa preparación del clero, se había ordenado, muchas veces, que los obispos cuidasen de tener, en las respectivas catedrales, un maestro gratuito de gramática y los arzobispos, en los templos metropolitanos, un profesor de teología. Faltaba a veces el hombre idóneo para tan alto ministerio. Otras, en cambio, el renombre de un profesor o predicador famoso atraía a su escuela una gran muchedumbre de estudiantes. No era raro el caso en que éstos tenían que alojarse fuera de la catedral, en los edificios contiguos, e incluso recibir allí las enseñanzas. Claro es que las clases se daban siempre bajo la superior vigilancia del obispo, bien directamente, bien delegando para estos menesteres en un Canciller capitular.

Algunas de estas escuelas tuvieron una extraordinaria fama y prosperidad en la Edad Media: por ejemplo, la escuela de Chartres, el centro intelectual de mayor prestigio en los siglos anteriores a la fundación de la universidad de París. La época dorada de la escuela comienza con las enseñanzas del obispo Filiberto, muerto hacia el año 1028. Por entonces, el "plan de estudios" de la escuela de Chartres comprendía tres grupos o grados de enseñanza: 1º—Gramática y Canto; 2º—El Trivium y el Cutrivium; 3º—Los cursos superiores de Teología, Medicina y Derecho. Cuando comenzaron a constituirse las universidades en los últimos años del siglo XII, se inició la decadencia de las escuelas de Chartres. Ahora ya el Derecho se estudiaba en Bolonia; la Teología en París y la Medicina en Salerno. Yves de Chartres, Bernardo y Thierry son los nombres más gloriosos con que cuenta la escuela en el siglo XII, el de su máximo esplendor.

La mayor parte de los historiadores de las ideas de la Edad Media coinciden en afirmar que la escolástica comienza con la pintoresca, vehemente, turbulenta, apasionada y, por consiguiente, un tanto romántica figura de Abelardo. Aun cuando, como afirma Etienne Gilson, sea demasiado simplista afirmar que la escolástica se inicia con él y termina con René Descartes, es verdad que con su elocuente enseñanza, con la curiosidad que despertaron sus polémicas, sus amores, sus destierros, sus métodos de exposición, etc., influyó decisivamente en el rápido auge de aquélla. Esta misma figura, "especie de caballero andante de la filosofía", como ha sido llamado en cierta ocasión, contribuyó, como una de las causas principales, a la formación de la universidad de París.

París tenía en el siglo XII dos escuelas famosas: la del convento de Santa Genoveva y la de Nuestra Señora de París. Ya desde comienzos del siglo XII y con ocasión de las enseñanzas de los Victorinos y de Pedro Abelardo, un nutrido enjambre de estudiantes de todas las latitudes de Europa se encaminaba hacia la espiritual ciudad para oír a aquellos renombrados maestros. El abad Foulques de Deuil escribía así a Pedro Abelardo: "Ni la distancia, ni la altura de las montañas, ni la profundidad de los valles, ni los caminos erizados de peligros e infestados de bandidos les impedía marchar presurosos hacia ti. La muchedumbre de jóvenes ingleses no temía ni la travesía del mar ni sus terribles tempestades; despreciando los peligros, desde que oía pronunciar tu nombre corría hacia ti. La lejana Bretaña te enviaba sus hijos para que los educaras; los anjevinos te hacían el homenaje de los suyos. Los de Poiteau, los gascones y los españoles, Flandes, Alemania, Normandía y Suabia no cesaban de proclamar y alabar el poder de tu espíritu. Nada digo de todos los habitantes de la villa de París y de las partes tanto lejanas como próximas de Francia que estaban, de tal modo sedientos de tus enseñanzas, como si no hubiese existido ciencia que no fuese posible aprender de ti". Hasta aquí las palabras del buen abad.

Hay algún escritor que calcula en 40.000 el número de los estudiantes que se aglomeraban en París. Hasta el lejano emperador bizantino Balduino enviaba a París a jóvenes de su nación. Estos jóvenes, bulliciosos y alegres, procuraban hospedarse en los barrios cercanos a las escuelas que tenían que frecuentar. Al tiempo que aumentaban los estudiantes afluían, igualmente, hacia París los profesores, atraídos por la perspectiva de un abundante alumnado y de una posible fama y popularidad. En aquellos tiempos cualquiera podía, en principio, abrir una escuela y ponerse a enseñar. Fueron así multiplicándose, poco a poco, las escuelas. Las más famosas fueron la de Santa Genoveva y de Notre Dame ya citadas, la de Saint Germain-des-Prés, la de la calle Fouarre, la de Clos Bruneau y, sobre todo, ya bien entrado el siglo XIII, la de la Sorbona, llamada así del nombre de su fundador, Roberto de Sorbona, confesor de San Luis.

Uds. saben que la Edad Media es la época clásica de las asociaciones y del espíritu gremial. Si tienen esto presente no les extrañará que, en París, a los profesores allí residentes, conscientes de poseer unos intereses comunes, les diera un buen día por constituir ellos

también una especie de gremio. Así, alrededor del año 1208 constituyeron una **Universitas magistrorum**. Ya antes, tanto ellos como los estudiantes, gozaban de algunos privilegios. Los reyes de Francia comprendieron muy pronto las ventajas que podían sacar de aquella situación. Su capital ganaba cada día más en prestigio. Cuando aquellos estudiantes regresaban a sus lejanos países se hacían lenguas de las excelencias y maravillas de París. El nombre de París era conocido universalmente con positivas ventajas para el renombre y consideración de sus príncipes. Por ello, ya en 1200, Felipe Augusto concedió a estudiantes y profesores algunos privilegios. Eran muchas las disciplinas que se estudiaban en la ciudad, pero la Teología ocupaba el lugar principal. En su virtud, tampoco los papas quisieron permanecer al margen de aquel movimiento espiritual de tanta importancia para la cristiandad. Procuraron encauzarle hacia sus propios fines. Aprovechando la indudable influencia de que entonces gozaban en todo el ámbito de la Europa cristiana intervinieron en la constitución de la Universidad parisina. Y así, en 1215 Roberto de Courcon, legado del papa Inocencio III, sanciona los estatutos. La **Universitas magistrorum et scholarium Parisiis studentium** quedaba definitivamente constituida.

Me interesa destacar que la palabra **universitas** carecía entonces del sentido que actualmente tiene la palabra universidad. La **universitas** hacía referencia a la totalidad de maestros y estudiantes, pero no a la universalidad del saber. Cuando los hombres del medioevo querían referirse al conjunto de materias varias, de disciplinas estudiadas en algún sitio de fama, París, Salamanca, Oxford, empleaban de preferencia la expresión **studium generale**, que también designaba el sitio adonde eran enviados a estudiar jóvenes de cualquier nacionalidad.

Como se ve las universidades nacieron espontáneamente, sin plan preconcebido alguno, por la misma fuerza de las circunstancias. Papas y reyes no hicieron otra cosa sino rivalizar en el empeño de sancionar, otorgar privilegios y organizar legalmente algo con que se encontraron sin haberlo soñado. A veces se ha criticado esta opinión acerca del origen espontáneo y natural de las universidades. Un arabista español, el profesor Julián Ribera, sostuvo la tesis del origen árabe de las universidades europeas, entre otras razones basándose en el hecho de que la escuela de Salerno fue "el primer estableci-

miento científico colégiado de Europa", y que sus organizadores, los normandos, eran "príncipes a la oriental, que no tendrían de cristianos más que el bautismo". Lo cierto es que, evidentemente, ya en la Edad Media se distinguía entre las universidades surgidas **ex consuetudine**, como las de París u Oxford, y las nacidas **ex privilegio**, es decir, en virtud de un acuerdo de las autoridades civil o eclesiástica. En España, concretamente, la mayor parte de las universidades vinieron a la vida por iniciativa de los poderes civiles, aun cuando después fueran sancionadas por las correspondientes bulas pontificias. Tenemos, por consiguiente, cuatro tipos o clases de universidades: las de origen espontáneo, como las de París, Oxford, etc.; las de fundación pontificia, como Roma, Pisa, Montpellier, etc.; las de origen civil: Salamanca, Nápoles, etc., y, por último, las creadas por ambos poderes, que fueron las más numerosas.

Aproximadamente el mismo papel que Pedro Abelardo desempeñó en la formación de la universidad de París, lo realizó el gran jurisconsulto Irnerio en la de Bolonia. Este gran romanista, fallecido hacia finales del primer tercio del siglo XII, dió un gran impulso a los estudios jurídicos en Bolonia y atrajo hacia esta ciudad una enorme cantidad de estudiantes europeos. Parece que fue Bolonia la primera universidad europea que llegó a constituirse como tal, todavía dentro del siglo XII. A diferencia de París, la organización primitiva de donde habría de salir más tarde la universidad de Bolonia, no fue la reunión de los profesores, sino la **universitas scholarium**. Algún tiempo después de Irnerio brillaron aquí los cuatro famosos doctores Búlgaro, Martino, Hugo y Jacobo.

Oxford nació a la vida como consecuencia de las frecuentes emigraciones de la población universitaria de París a Inglaterra, cuando surgían disturbios en la capital francesa. En 1167 ya emigró una buena cantidad. Pero su importancia data de 1229, fecha en que se cerró la universidad de París por unos conflictos surgidos entre la misma y el preboste de la ciudad. Ya hemos dicho que maestros y discípulos gozaban de fueros y privilegios especiales. El carácter jovial y dicharachero de los estudiantes conducía a frecuentes roces y altercados con la población habitual de París. Cuando las autoridades civiles querían intervenir, los universitarios se amparaban en los derechos reales y pontificios abundantemente otorgados, entre otros el de no poder ser juzgados sino por tribunales eclesiásticos. La historia de

las universidades está llena de altercados y cuestiones de competencia con el poder civil. En 1229 el rey Enrique III Plantagenet de Inglaterra, comprendió que se le presentaba una magnífica oportunidad de atraer a su suelo aquella muchedumbre de profesores y estudiantes que habían quedado cesantes al clausurarse la universidad de París. Les invitó, pues, con las miras políticas de aumentar su prestigio a costa del de su colega francés, a trasladarse a su país, prometiéndoles toda clase de libertades. Esta gran afluencia de estudiantes vino a engrosar el *studium generale* ya existente en Oxford, constituyéndose así la futura gran universidad bajo la tutela directa del obispo de Lincoln. Oxford tuvo a lo largo de su historia características muy marcadas. Aislada, separada del continente por el mar, alejada de Roma, la influencia papal no se dejó sentir en ella tanto como en París. Oxford, a diferencia de París, admitió, sin ningún recelo ni lucha, como profesores en sus aulas a los monjes de las órdenes mendicantes. Los franciscanos, que seguían la tradición agustiniana, permanecieron más independientes frente al predominio asfixiante del aristotelismo del siglo XIII. Fueron siempre más amigos de observar que de razonar apasionada y abstractamente. Por ello, cultivaron disciplinas que en París eran menospreciadas, consideradas por los altivos y engreídos teólogos como indignas de distraer su atención. Las matemáticas, las ciencias naturales fueron estudiadas, en cambio, en Oxford con especial fervor. De ahí, un marcado carácter cientifista y experimental en los estudios. Algunos de los más ilustres profesores de Oxford, el obispo de Lincoln Roberto Grosseteste, Rogerio Bacon, Ockam, etc., son los precursores del espíritu de Galileo y de Descartes.

Aun cuando las universidades, como es el caso corriente en España, se fundaron por iniciativa del poder civil, príncipes, municipios, etc., necesitaban para su auge y prosperidad de la sanción, del visto bueno, podríamos decir, de los pontífices. Porque la soberanía de los príncipes era, claro es, limitada y, por consiguiente, no podían facultar a la universidad a conceder títulos con valor universal. El papa, en cambio, con una autoridad que se extendía a todo el ámbito de la cristiandad, podía conceder ese derecho, necesario en épocas como aquellas en que, todavía en trance de formación las diversas nacionalidades, Europa constituía una unidad y las universidades, verdaderos organismos internacionales, recibían estudiantes de todas las regiones. Es más, podemos afirmar que los "estudios generales", las universidades, no quedaban constituidos como tales hasta tanto sus

graduados no recibían lo que por aquellos tiempos se llamaba la *licentia ubique docendi* o el *ius ubique docendi*, facultad o derecho de enseñar, de establecerse como profesor en cualquier sitio. Claro es que este derecho no siempre fue respetado, como acontece generalmente con todos los derechos. Celosas unas de otras las universidades europeas, las de mayor prestigio se entienda, se resistían a conceder el derecho de enseñar en sus propios recintos a los graduados, Doctores, Licenciados, Maestros, de las otras universidades. De hecho, la validez de los títulos estaba reglamentada por el uso. Los egresados, por ejemplo, de la universidad de París eran admitidos en todas partes.

Estudiantes y profesores gozaban de una multitud de privilegios concedidos por los príncipes y papas: preferencias en el arrendamiento de piezas, jurisdicción especial, exención de algunos impuestos, así como del servicio militar, a menos que fuese en circunstancias graves, de emergencia. El título de Doctor o de Maestro conferido por alguna universidad prestigiosa ennoblecía a quien lo poseía. En nuestro Código de las Siete Partidas se dice expresamente que los Maestros en leyes que hayan ejercido durante veinte años "deben aver honrra de Condes". La universidad medioeval, en una época de privilegios y de desigualdades sociales, en que la sociedad estaba articulada verticalmente desde el príncipe al más ínfimo y miserable siervo de la tierra, representan un poderoso esfuerzo hacia la igualdad y la democracia. De ahí, el interés en que todos los estudiantes, con independencia de la clase social, vistiesen del mismo modo. El ingreso en la nobleza de los Doctores fue preparando una nueva aristocracia del talento, burguesa pudiéramos decir, que con el tiempo había de influir poderosamente en los asuntos del Estado. Para mí el primer ejemplo de intervención decidida de estos **universitarios** en la vida política lo tenemos en los consejeros de Felipe IV el Hermoso, el último gran Capeto. Casi todos sus consejeros eran juriconsultos, Doctores en Derecho salidos de la antigua universidad de Montpellier. Así, Pierre Flotte, Pierre Dubois y Guillermo de Nogaret. Estos hombres del **tercer estado**, elevados ahora al poder político por el solo mérito de su talento, conocedores diestrisimos del derecho romano, simbolizan la aurora de unos nuevos tiempos que estaban madurando. Con razón la Iglesia, fina escrutadora de los menores cambios, se mostró siempre descontenta con el incremento de los estudios jurídicos hasta el punto de haberlos prohibido los concilios de Letrán

y de Tours para las órdenes monásticas. También "Inocencio IV prohibió el estudio del derecho romano en toda Francia, ya como perjudicial a la ciencia sagrada, ya como inútil, ya como dado a introducir la rivalidad y aun el predominio del referido derecho en los pleitos eclesiásticos". Cuando Guillermo de Nogaret entra en Agnani con Sierra Colonna, el implacable enemigo del papa Bonifacio VIII y hacen a éste prisionero, el sueño de hegemonía temporal de los pontífices se derrumba. Ante este hecho cualquier espectador un poco perspicaz y atento hubiera podido predecir la secularización completa del poder político y el brillante porvenir de esta nueva clase social salida de las universidades.

Una de las más curiosas características de las universidades medievales era la organización en **naciones**, también llamadas a veces **provincias**. La gran afluencia de estudiantes extranjeros a la universidad de París, por ejemplo, produjo la paulatina separación de aquellos que procedían de una misma región o nacionalidad. Era natural que los ingleses, los españoles, etc., se reunieran entre sí, vivieran juntos, se ayudaran en las desgracias, etc. A comienzos del siglo XIII los estudiantes de la universidad de París habían constituido cuatro naciones: Inglaterra, Francia, Picardía y Normandía. En una época en que las universidades no tenían aún una organización fija, estas naciones asumieron las funciones de dirección. Cada nación nombraba un representante, llamado en la de París **procurador** y en otras universidades **consiliario**. Había, pues, cuatro procuradores, los cuales, a su vez, nombraban un Rector. Este no era todavía el jefe supremo de la universidad, sino, sencillamente, el representante de las cuatro naciones juntas. En París, esta organización de naciones sólo comprendía a los estudiantes de la Facultad más numerosa, la que se llamaba entonces de Artes, de la que derivaron después las Facultades de Filosofía y Letras en las distintas universidades. Pero, además, existían las tres Facultades clásicas de Teología, Medicina y Derecho. Estas se hallaban representadas por un Decano cada una; los tres Decanos, los cuatro procuradores y el Rector constituían el Consejo de la Universidad. Como se ve, la Facultad de Artes tenía ella sola más votos en el Consejo Universitario que las otras tres facultades juntas. No todas las universidades, claro es, estaban organizadas de igual modo. En otras, las naciones abarcaban a todas las Facultades, el número de éstas era diferente, etc. Pero con ligeras variantes la organización era bastante similar. La Facultad de Artes —**subtilissi-**

ma—, constituía una especie de grado preparatorio para el ingreso en cualesquiera de las otras Facultades llamadas **mayores**: la de Medicina —**saluberrima**—, la de Derecho —**consultissima**— o la de Teología —**sacra Facultas**—. Claro es que no se necesitaba para el ingreso en éstas cursar todas las enseñanzas de la Facultad de Artes; bastaba con algunos cursos. De esta manera, los hombres del siglo XIII, más fervientemente devotos de la verdad que los actuales, atentos sólo éstos a las ventajas económicas de las respectivas carreras, habían solucionado a la perfección el problema que hoy, al cabo de los años, nos esforzamos nosotros por resolver: el de la excesiva especialización en los estudios:

Al principio las universidades no concedían títulos de ninguna clase. Se iba a estos centros de enseñanza para aprender y luego, en el mejor de los casos, para enseñar, transmitir los conocimientos que se habían, pacientemente, adquirido. El Papa o su delegado, el Canciller, eran los encargados de otorgar la **licentia docendi** correspondiente para poder enseñar. Para obtener la **licentia docendi** no se exigían pruebas específicas o exámenes. También, quizá, tuviéramos mucho que aprender los modernos de aquellos primitivos métodos de enseñanza. Se exigía sólo que el estudiante hubiera cursado un número de años las enseñanzas de un gran maestro. Y lo que es más importante: se atendía no sólo al aprovechamiento intelectual del estudiante, sino a la madurez, capacidad e, incluso, a sus condiciones y atributos morales. Así, una bula del Papa Gregorio IX ordenaba que para otorgar la **licentia docendi** se realizaran durante tres meses "investigaciones prolijas y de severa información sobre la vida, costumbres, saber, capacidad, amor al estudio, perfectibilidad y otras cualidades necesarias a quien aspira a enseñar". Hoy, cuando la mayoría de los grandes maestros están archiconvencidos de que no son los mejores profesores y estudiantes los que más saben, sino los que más veneración y amor sienten por la profesión y las respectivas enseñanzas, esta prudente y sabia ordenación de Gregorio IX, nos parece admirable. Andando el tiempo, a medida que se fueron creando los órganos y funcionarios de la universidad y estructurando las diversas Facultades, fueron aquéllos en representación de éstas quienes asumieron la tarea de otorgar los diversos títulos, correspondientes a los diversos grados de madurez en las enseñanzas. Los títulos fueron el de Bachiller, Licenciado y Doctor o Maestro. Como todavía ocurre, generalmente, en Europa, el grado de Licenciado implicaba

la culminación de los estudios, autorizando por sí solo para la práctica profesional, a medida que las profesiones liberales fueron adquiriendo importancia. En la universidad lo conferían seis Maestros en Artes —tres elegidos por sus colegas los Profesores y otros tres por el Canciller. Después de ser sometidos los aspirantes a las pruebas pertinentes eran presentados al Canciller y se les confería el título. El grado de Doctor —en las Facultades de Artes el título correspondiente era el muy usual y honroso en la Edad Media de Maestro—, era meramente un título honorífico y decorativo. Lo usual era que no se necesitase de ejercicios o exámenes previos. La investidura, en cambio, se hacía con gran pompa y solemnidad. Y lo que es más pintoresco: exigía grandes gastos al aspirante, hasta el punto de que un historiador afirma que se necesitaba "ser más rico en dinero que en saber para llegar al doctorado". Y si no, ahí está la prueba. En nuestra Universidad, en esta Universidad de Salamanca cuyo centenario estamos celebrando, el pobre aspirante al doctorado tenía que costear a sus compañeros, parientes, amigos y profesores una corrida de toros. Consolémonos pensando que los improvisados lidiadores de entonces no cobrarían lo que los modernos bailarines del ruedo.

En los primeros tiempos de las universidades los estudiantes que de todas las partes del mundo conocido acudían a las grandes ciudades que las poseían, arreglábanse como podían, arrendando, con ciertos privilegios, locales o casas particulares para habitación. Los papas o bien filántropos, que en todas las épocas los ha habido, crearon bien pronto *hospitia* o colegios donde los estudiantes podían vivir en comunidad, bajo ciertas reglas y disciplina y la vigilancia de ciertos inspectores. Al principio, estos organismos fueron creados para alojar a los estudiantes pobres. Con el tiempo, vióse las ventajas que para la moralidad, educación y eficiencia en los estudios reportaban estas instituciones y se generalizaron cada vez más. Algunas veces estos colegios fueron en sus orígenes no otra cosa sino la propia casa del profesor, conforme al uso, generalizado en la Edad Media, de que los aprendices y aun oficiales de los gremios vivieran en compañía del maestro. Lo cierto es que, con el tiempo, estos colegios llegaron a constituir un organismo obligado de toda universidad, a la que suplantaron en sus funciones muchas veces, llegando hasta irrogarse el derecho de otorgar títulos. Como todavía ocurre en muchas de las universidades inglesas no se era miembro de la universidad en tanto no estaba uno adscrito a algún colegio. Ya hemos hablado

del colegio de la Sorbona fundado para los estudiantes pobres que cursaban Teología en aquella universidad. Es también célebre, y todavía se conserva, el Colegio español de Bolonia, fundado en el siglo XIV por el Cardenal Albornoz, para estudiantes españoles pobres; podían allí residir hasta diez estudiantes de Teología y veintiún de Cánones. A principios del siglo XV se funda en Salamanca el Colegio de San Bartolomé, que fue durante mucho tiempo el más célebre y concurrido de España. En nuestro siglo de oro había en España seis grandes Colegios, cuatro en Salamanca, uno en Valladolid y otro en Alcalá de Henares. Y, sin embargo, estos colegios no eran apenas suficientes para albergar a la enorme población estudiantil que se aglomeraba en las grandes ciudades universitarias. En Bolonia, y según testimonio de un profesor de la época, había en el siglo XIII unos 10.000 estudiantes. Cervantes habla en "La tía fingida" de los 12.000 estudiantes de Salamanca. En París, claro es, la población escolar era sensiblemente mayor.

Una de las pruebas de lo que decía al comienzo de este trabajo, a saber, que lo que llamamos Renacimiento es algo que venía madurando desde muchos años atrás, por lo menos desde el siglo XII y que, por tanto, la Edad Media no es esa edad de la ignorancia y del oscurantismo que nos han presentado historiadores demasiado superficiales, es el número extraordinario de universidades que muy pronto cubrieron toda Europa. A últimos del siglo XIII llegaban casi al centenar. Sólo en España, según algunos escritores, había alrededor de 30 en nuestro siglo de oro.

Nuestro rey Alfonso VIII fundó hacia 1212 el estudio de Palencia. Nunca llegó a ser universidad, pues sólo duró unos cuarenta años. Pero es el más antiguo centro de enseñanza de que se tienen noticias en España.

Alfonso IX creó los estudios generales de Salamanca hacia el año 1215. San Fernando, en 1242 les concedió un privilegio que se puede considerar como el acta constitucional de la universidad salmantina, si bien hasta 1254 el Papa Alejandro IV no concedió la bula y privilegios necesarios, como hemos visto, para considerarla definitivamente fundada. A continuación, el rey Sabio, Alfonso X, se ocupó en las Partidas de reglamentar los estudios generales. Todavía

no aparece en esta gran obra jurídica la palabra universidad. El capítulo XXXI de la segunda Partida está dedicado íntegramente a esta materia. Comienza definiendo lo que es un estudio general. Dice así: "estudio es ayuntamiento de maestros o de escolares que es fecho en algún lugar con voluntad o entendimiento de aprender los saberes. E son dos maneras del. La una es a que dicen estudio general, en que hay maestros de las artes, así como la gramática e la lógica, e de la retórica, e aritmética, e de geometría, e de astrología. E otrosí en que hay maestros de decretos o señores de leyes". En la época del rey Sabio la Universidad de Salamanca constaba de estudios de Lenguas, Retórica, Medicina, Matemáticas, Música y Cánones. La Teología se estudió bastante tiempo después. La orientación científica de la Universidad es manifiesta. Hay que atribuirlo, probablemente, a la influencia árabe. Es interesante lo que se dice respecto al emplazamiento de las universidades: "De buen ayre, e de fermosas salidas debe ser la villa do quisieren establecer el estudio, porque los maestros que muestren los saberes, e los escolares que los aprendan vivan sanos en él, e puedan folgar, e recibir placer en la tarde cuando se levantaren cansados del estudio".

He aquí algo más que en germen, expresada en un bello castellano, castizo y arcaico, la moderna tendencia al establecimiento de ciudades o, al menos, de ciudadelas universitarias. El rey Sabio, como hombre apegado a las letras, quiere que nada en el ambiente distraiga, antes bien, estimule, al hombre de estudios en su labor; que la belleza del lugar donde están emplazados los **estudios**, sea una fuente de bienestar, de dulce holgar y castas distracciones. A este propósito me vienen unas reflexiones a la mente, muy de actualidad. No censuro el entusiasmo con que, modernamente, los Estados se preocupan por crear soberbios edificios universitarios en las afueras de las grandes ciudades, allá donde la paz, la pureza del aire, el verdor de los árboles o praderas son una constante invitación al estudio; donde, en fin, vienen amortiguados por la distancia los mil ruidos de la agitada ciudad actual. Pero sí censuro que se haya olvidado el complemento necesario de estas ciudades universitarias: el permanente residir en ellas de profesores y estudiantes. Estas ciudades son ciudades a medias; los inmensos edificios de cemento, ladrillos o piedra alégranse durante unas pocas horas al día, las de clase, con el sano y jovial optimismo de la muchachada, para quedar al poco tiempo tristes y abandonados cuando la juventud, fatigada de las horas de

clase, tiene que darse prisa para volver a casa, cubriendo, la mayoría de las veces, grandes distancias. Y así, el fin primordial de las ciudades universitarias, el "poder folgar e recibir placer en la tarde cuando se levantaren cansados del estudio", en palabras de Alfonso X, queda desnaturalizado. En lugar de sitios de descanso y de paz las modernas ciudades universistarias son una fuente de cansancio y suplicio para el estudiante, al obligarle a gastar su tiempo y además su dinero, en el traslado, en ocasiones hasta cuatro veces al día, de ida y de retorno entre la ciudadela y el sitio en donde habita. Porque lo que se ha olvidado es que las ciudades universitarias no son tanto sitios para dar las lecciones como para deambular por ellas, en amable esparcimiento, cuando las horas de clase han concluido. Para tener que cubrir a veces varios kilómetros entre los edificios universitarios y la ciudad, bien estaban las antiguas universidades, enclavadas en el corazón de la ciudad, que sólo distaban unos escasos centenares de metros de la propia casa. De donde se deduce que el buen sentido terminará por imponerse algún día y que las ciudades universitarias del futuro se convertirán en eso, en ciudades donde los estudiantes hagan, permanentemente, su vida común, en **hospitia** o colegios, como era usual en la Edad Media. En los planes de todas las ciudades universitarias de mañana existirán, junto a los edificios para las respectivas Facultades o Escuelas, Laboratorios u Hospitales, pabellones para alojamiento de profesores y alumnos. Cosa que, por otra parte, no es una novedad y así lo tienen ya establecido las grandes universidades.

En Salamanca los sueldos a los profesores se pagaban tres veces al año, al comenzar el curso, por San Juan y por la Pascua de Resurrección. Variaban según la importancia de la materia enseñada y la calidad del maestro.

Ya dije antes que los grados de Doctor o Licenciado conferían nobleza. A este propósito las Partidas dicen lo siguiente: "La ciencia de las leyes es como fuente de justicia, e aprovecharse della el mundo mas que de otra ciencia. E por ende los emperadores que ficieron las leyes otorgaron privilegios a los maestros de las escuelas en cuatro maneras. La uno es que luego que son maestros, han nome de maestros e de caballeros e llamaranlos señores de leyes. La segunda es que cada vegada que el maestro de derecho venga delante de algun

juez que este juzgando debese levantar a él e saludarle, e recibirle que sea consigo, e si el juzgador contra esto ficiere pone la ley por pena que le peche tres libras de oro. La tercera que los porteros de los emperadores, e de los reyes, e de los príncipes non les deben tener puertas, nin embargarles que non entren ante ellos, cuando menester fuere. Fuera ende a las sazones que tuvieren en grandes poridades, e aun entonces debenselo decir como estan tales maestros a la puerta, e preguntar si les mandan entrar o non. La cuarta es que sean sotiles e entendidos, e que sepan mostrar este saber, e sean bien razonados e de buenas maneras, e despues que hayan tenido veinte años escuelas de las leyes, deben aver honras de Condes. E pues que las leyes e los emperadores tanto los quisieron honrar, guisado es que los reyes los deben mantener en aquella misma honra. E por ende tenemos por bien que los maestros sobredichos hayan en todo nuestro señorío las honras que suso diximos, así como la ley antigua lo manda. Otrosí decimos que los maestros sobredichos, e los otros que muestran los saberes en los estudios en las tierras de nuestro señorío que deben ser quitos de pecho, e non son tenidos de ir en huestes nin en cabalgando, nin tomar otro oficio sin su placer”.

Que el prestigio de la Universidad de Salamanca durante los últimos siglos de la Edad Media fue grande lo atestigua el hecho de ser colocada siempre, con Oxford, París y Bolonia, entre las cuatro más importantes universidades de Europa. Pero la hora más brillante de Salamanca sonó cuando llegaron los días del Renacimiento español y de la Contrarreforma. Es la época del poderío mundial de España, en lo político y en lo cultural. Lo época en que el Cardenal Cisneros organizaba febrilmente universidades: Alcalá, Barcelona, Sevilla, Granada, Toledo, Oviedo, Santiago... Cuando por las aulas de la Universidad de Salamanca desfilaban grandes humanistas, teólogos, internacionalistas, filósofos, matemáticos, filólogos y poetas tales como Nebrija, Florián de Ocampo, Ginés de Sepúlveda, Francisco de Vitoria, Melchor Cano, Francisco Suárez, Fernando Núñez “Pinciano” el Comentador, Pedro Ciruelo, Francisco Salinas, Fray Luis de León, Zurita, Pérez de Oliva, etc., etc.

Muchas son las cosas que el mundo moderno posee como un legado transmitido por la Edad Media. La Universidad es, quizá, la más importante. Siete u ocho siglos nos separan de los orígenes de

estas instituciones. Al cumplirse el séptimo centenario del nacimiento de una de las más famosas, que todavía hoy subsiste, la de Salamanca, hemos querido evocar el origen y organización de las mismas en los ya tan lejanos tiempos del medioevo. ¡Viejas glorias las de estas universidades, reacias a dejar los vetustos caserones, de frías aulas y ensombrecidos claustros, cálidos y amables, sin embargo, por el peso de una tan larga tradición! ¡El cariño de todos los universitarios y amantes del saber sea con vosotras, venerables universidades de antaño!

Tres Lecciones sobre la Filosofía de Husserl

EL METODO FENOMENOLOGICO DE HUSSERL

LA FILOSOFIA Y LA HISTORIA

Queremos comenzar con una afirmación que deseáramos fuera aceptada por Uds. a causa de su importancia extraordinaria: si nos proponemos en estas tres conferencias exponerles a Uds., con la mayor claridad y exactitud de que seamos capaces, la filosofía de Husserl, no lo hacemos por curiosidad de historiadores eruditos, por satisfacer una mera curiosidad intelectual. Cualquier investigación histórica, del tipo que sea, es decir, cualquier escarceo imaginativo del hombre por el tiempo pretérito, no es jamás el resultado de un prurito de vana curiosidad. Y lo mismo decimos de esa azarosa y arriesgada exploración por las ignotas tierras del tiempo futuro, de esa especie de historia vuelta del revés que es la profecía. Si no podemos contentarnos con vivir impasibles el segundo elástico de nuestro actual presente, si, en consecuencia, necesitamos vagabundear continuamente por el pasado y el futuro, es por algo; un algo que no podemos ahora, aquí entre Uds., dedicarnos a desentrañar con minucioso cuidado.

Pero es que, además, la filosofía de Husserl no es una filosofía del pasado. De ella ha vivido y se mueve todavía la filosofía del presente. Constituye un momento de máxima importancia en la evolución de la filosofía actual. No podremos entender nunca la filosofía que nos ha tocado en suerte vivir o hacer, si desconocemos el capítulo

fundamental que en la historia de la filosofía desempeña la de Husserl. Y no sólo eso: tampoco seremos capaces de entender cabalmente nuestro tiempo, la cultura y vida espiritual de la sociedad contemporánea, sin un conocimiento de dicha filosofía. Porque un sistema filosófico ha significado siempre en la historia la expresión más acabada y perfecta de las ideas y creencias de una época. Quien quiera conocer el pasado podrá y deberá, sin duda alguna, acudir a sus manifestaciones estéticas, a su literatura, a su pintura, a su música; tendrá que conocer, igualmente, sus instituciones jurídicas, sus normas y creencias morales, sus usos y costumbres, su religión, su ciencia; pero afirmamos que en las ideas de sus filósofos encontrará el historiador la máxima claridad para el conocimiento de cómo eran esos hombres, de cómo sentían, de cuáles eran las ideas que piloteaban su conducta, cuáles sus creencias fundamentales sobre el mundo y sobre ellos mismos. Y la razón es clara: la filosofía representa el máximo esfuerzo de que la mente es capaz para reducir a la apretada fórmula de un sistema el conjunto de las ideas e ideales de un tiempo histórico, en un momento preciso de su desarrollo. Lo que el novelista, por ejemplo, trata de expresar por la vía de las emociones y de los sentimientos, el pensador se esfuerza por comunicar mediante ese otro lenguaje diáfano de los conceptos. Hegel decía, y con razón, que en todo sistema filosófico lo Absoluto trata de ponerse en claro sobre sí mismo por medio del concepto. De ahí, el imperativo de conocer la historia filosóficamente, mediante el acercamiento, sin prevenciones, a la historia de la filosofía. Yo me atrevería a afirmar aquí, con toda seguridad y firmeza, por consiguiente, todo lo dogmáticamente que Uds. quieran, que no es posible el conocimiento de la historia, la apasionante tarea intelectual de revivir, imaginativamente, el pasado, la antigüedad, la edad media, el renacimiento, lo que Uds. gusten, sin un conocimiento de las doctrinas y sistemas filosóficos. La historia, como tal, es una de las ciencias más jóvenes. Los tiernos años de su infancia coincidieron con un eclipse parcial del aprecio de los hombres por la filosofía. Justamente, el fenómeno contrario de que hoy somos testigos. Por eso, me atrevo a profetizar dos cosas: primero, un extraordinario desarrollo de la historia en los próximos tiempos, coincidiendo con su madurez y mayoría de edad. Dicho desarrollo y madurez se deberán a la atmósfera, densamente cargada de elementos filosóficos, de la cultura contemporánea. Quizás algunas obras históricas que van apareciendo, la de Toynbee por ejemplo, sean como el preludio orquestal a esa hermosa sinfonía histórica de que gozarán,

sin duda ninguna, nuestros descendientes. Y, segundo, que tendremos que decidirnos algún día por no hacer caso de todo lo que hasta el presente, con muy contadas excepciones, se nos ha servido como historia. En una palabra, que será una de las más urgentes tareas de las generaciones futuras rehacer la historia. Llenarla de ese contenido filosófico de que careció en sus orígenes. Como lógica consecuencia de todo ello, la imagen que los futuros hombres tendrán de su pasado será muy distinta de la nuestra. Y como la historia, la conciencia que los hombres tienen de su pretérito, está gobernando, en su más radical sentido etimológico, es decir, piloteando, determinando el rumbo de la navicilla de nuestra vida, confiadamente podemos esperar que algún día los hombres sepan corregir los errores de nuestra humana existencia de hoy.

Pero aparte de esta importancia excepcional que la filosofía tiene para el conocimiento adecuado de la historia, como la más decantada y pura expresión del espíritu de una época, nuestro acercamiento a ella es también necesario por la estrecha dependencia en que los fenómenos culturales se hallan unos respecto de los otros. La cultura tiene su origen en los hombres; éstos poseen muy particulares características en cada época; por consiguiente, lo que hacen, por muy distinto que entre sí sea, lleva el sello, la impronta de la humana naturaleza de donde emerge. La política, el derecho, las artes en sus varias manifestaciones, los deportes, los usos sociales, la religión, la moral, los ideales humanos, y entre todas estas cosas también la filosofía, tienen entre sí, en cada momento histórico, algo de común. Si cogiéramos al azar uno cualquiera de esos "ismos" con que la simplicidad humana se complace en bautizar las tendencias y modas de la actividad espiritual del hombre, encontraríamos que podía aplicarse con similar derecho a todas las demás; es decir, el romanticismo, por ejemplo, no fue un gusto literario solamente, sino, a la vez, una manera especial del ser del hombre de los tercero y cuarto decenios decimonónicos, que impregnaba de su singular perfume sentimental todos los menesteres y tareas que aquél llevaba a cabo. Podríamos, pues, rastrear, hasta en las maneras de sonreír y de ingerir los alimentos, las huellas reveladoras del natural romántico de las criaturas humanas de aquel entonces. Por tanto, yo espero, confiado, que el conocimiento que vamos a adquirir de la filosofía de Husserl sirva para ampliar y depurar el que tenemos de nuestra sociedad contemporánea, y de resultados de ello, el de nosotros mismos.

EL METODO Y SU IMPORTANCIA

En esta primera conferencia yo quiero decirles a Uds. en qué consiste el método fenomenológico. Todas las grandes épocas de plenitud filosófica han comenzado por una investigación acerca de los métodos más adecuados para llegar seguros al recinto de la verdad. Es lo que ocurrió, en la antigüedad, con la filosofía de Parménides. Al descubrir el valor de la razón y de la dialéctica como vías, caminos, métodos para llegar a la verdad, tropezó, maravillado, con un tipo singularísimo de ser, el ser que merece llamarse eleático o, mejor aún, parmenideano, por haber servido como modelo a los filósofos durante aproximadamente dos mil años. Obvio resulta decir a Uds. que el gran giro que la cultura humana realiza en los tiempos del renacimiento, en los albores de la vida moderna, va a hacerse, igualmente, al compás de un recio meditar sobre los métodos. Las dos grandes obras representativas de este periodo son: el "Discurso del Método" de Descartes y el "Novum Organum" de Bacon.

La "Crítica de la razón pura" de Kant, con que se inicia un nuevo periodo de esplendor de la filosofía, es en buena medida el ensayo de encontrar una vía de acceso a las cosas, a la legitimidad de los conocimientos científicos, a través del análisis riguroso de las funciones de la conciencia pura. Y después de esa etapa de alergia para lo filosófico que representa la pasada centuria, el actual interés por la filosofía comenzó con sendas investigaciones sobre los métodos de conocimiento: los estudios de Bergson sobre la intuición y, algún tiempo más tarde, el método fenomenológico de Husserl, que ahora se trata de explicar.

EL METODO FENOMENOLOGICO

Podemos definir el método fenomenológico como la descripción de las esencias en la actitud fenomenológica (1). Para que Uds. puedan entender esta extraña definición tendremos que ir analizando una a una las palabras de que se compone. Empezaremos por ver qué quiere decir eso de la descripción.

(1) T. Celms, El Idealismo fenomenológico de Husserl, pág. 12. Rev. de Occ. Madrid. 1931.

Cojamos dos ciencias distintas, las Matemáticas y las Ciencias Naturales, por ejemplo, y mediten Uds. en la serie de operaciones intelectuales que realizamos para llegar al conocimiento de sus respectivos objetos. En el primer caso, en el de las Matemáticas, operamos, aproximadamente, de la siguiente manera: partimos de una serie de intuiciones —punto, línea, espacio, etc.— por medio de las cuales construimos mentalmente una serie también de figuras: triángulos, cuadrados, esferas, circunferencias, pirámides, etc. De lo que se trata en la ciencia matemática, geometría en este caso concreto, es de averiguar las propiedades de estas diversas figuras. Para ello, echamos mano de unos cuantos conocimientos, muy simples y muy generales, absolutamente claros y evidentes, es decir, que no necesitan de ninguna demostración o fundamentación y, apoyándonos en ellos, por un procedimiento lógico-deductivo, vamos, poco a poco, obteniendo los conocimientos que buscábamos acerca de las determinaciones de aquellos objetos. Los conocimientos previos, que nos sirven de punto de partida para la cadena de razonamientos que al fin nos han de conducir al esclarecimiento de aquellas figuras, reciben el nombre de axiomas y postulados. Que dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí, que el todo es mayor que la parte, que toda cosa es idéntica a sí misma, etc., pueden servir como ejemplos de los primeros; que dos rectas paralelas sólo se cortan en el infinito, que por un punto situado fuera de un recta sólo puede pasar una paralela, etc., son ejemplos de los segundos. La característica de los axiomas es, como dijimos, la evidencia con que se presentan a la mente del hombre. Su fundamentación es imposible por lo mismo que son evidentes. Las verdades que son aprehendidas directamente, sin necesidad de ningún rodeo especial, por lo mismo que lo son, no necesitan de demostración. Toda demostración se apoya en algo que se presume ya conocido. Si no hubiera algo que no necesitara de demostración, si toda verdad se apoyada en otra, ésta en otra, y así sucesivamente, de nada estaríamos seguros, por faltar una primera verdad radical de que se alimentan todas las demás, como los ríos de la fuente perenne de los helados ventisqueros. Llegar a la verdad, por vía deductiva, es explicarla. Las ciencias matemáticas, por consiguiente, pueden llamarse ciencias explicativas.

Veamos, ahora, por el contrario, lo que ocurre con las Ciencias Naturales. El naturalista, botánico por ejemplo, se encuentra con una serie de objetos desparramados por la ancha faz del globo que son

las plantas. Su faena científica consiste en reducir la multiplicidad a unidad. Para ello, observa meticulosamente las semejanzas entre unas plantas y otras, y reúne las más parecidas en grupos que reciben los nombres de especies, familias, géneros, etc. Realizada esta primera operación no le queda otra misión que la de "describir", con la mayor minuciosidad de que es capaz, esos distintos grupos: partes de que se componen, características de cada uno de ellos, etc., etc. Ahora, carece de sentido preguntarse por el por qué del número de hojas de tal planta, por ejemplo. No es que, quizás, no quepa esta pregunta. Pero el naturalista, en cuanto naturalista, es decir, en cuanto permanece encerrado en los límites precisos de su disciplina, no puede permitirse esa satisfacción intelectual. Si lo hace, será biólogo, filósofo, todo lo que Uds. quieran, pero no naturalista. El parte de que las cosas son así, tal como se despliegan ante sus ojos; su misión termina cuando ha clasificado los objetos y descrito con la prolijidad que le permiten sus dotes de observador. Lo que a él le interesa es el cómo y no el por qué de los objetos. Frente, pues, a las ciencias explicativas, como las Matemáticas, tenemos las descriptivas, como las Ciencias Naturales. Más adelante verán Uds. el por qué, el fundamento objetivo que existe para esta división.

Cuando Husserl anda a la captura de su método, se entiende que lo que busca es un método filosófico. La filosofía, que en sus orígenes fue la ciencia única, con el tiempo vino a convertirse en una ciencia separada de las restantes. Muchas cosas se han entendido por filosofía. Husserl, y con él otros muchos filósofos, tiene un alto concepto de la filosofía. El quiso que la filosofía fuera una ciencia última y radical, que pudiera servir de fundamento a las demás ciencias. Si quiso esto fue, en gran parte, por un imperativo histórico. Educado desde su juventud en la disciplina rigurosa de las ciencias matemáticas, rechazó la concepción, tan en boga durante el pasado siglo, de que la filosofía fuera algo así como una frívola ocupación intelectual con una serie de pensamientos más o menos poéticos. "Poesía de pensamientos" había sido definida por algunos pensadores de esa centuria. Si la filosofía es una ciencia, piensa Husserl, debe aspirar a la más radical exactitud. Si fuera capaz de aprehender verdades absolutas dejaría de ser ciencia y merecería que sólo se ocuparan de ella los poetas y literatos. Pero, repito, para Husserl la filosofía es una ciencia y, además, la más elevada, absoluta y radical. Todas las otras ciencias encuentran una serie de últimas cuestiones que son incapa-

ces de solucionar. Y además, aceptan como algo dado e indiscutible una multitud de presupuestos, que no es misión de ellas justificar. Por ejemplo, la realidad de los objetos con que tienen que habérselas, la validez de los primeros principios lógicos del pensamiento y de las leyes formales del pensamiento deductivo de que echan mano, mecánicamente, para llegar a la verdad en sus respectivas esferas. Debe haber, pues, una ciencia primera, fundamental, que sirva de cimiento a todas las demás, en que éstas encuentren su última y más firme justificación. La filosofía es, precisamente, dicha ciencia.

Pero, entonces, se deduce claramente una cosa: puesto que la filosofía —en el caso concreto de Husserl, la Fenomenología—, debe ser la ciencia primera y fundamental, no puede ser nunca explicativa. Toda explicación, hemos dicho, presupone una verdad anterior en donde se apoya para las operaciones lógico formales de la demostración. Si el método de la filosofía fuera explicativo ello supondría que la filosofía no era la ciencia primera de que ya nos habló, en la antigüedad, Aristóteles. Sobre ella y antes que ella existirían algunas verdades que, como tales, serían el objeto de otra ciencia distinta. Si la filosofía aspira, por consiguiente, a ser la ciencia primera, el método que nos conduzca al conocimiento de la primera verdad deberá ser descriptivo y nunca explicativo.

EL REINO DE LO IDEAL Y LAS TEORIAS EXPLICATIVAS

El método fenomenológico consiste en la descripción de las esencias. ¿Qué son las esencias? Si tuviéramos ahora que exponer a Uds. todas las teorías que se han sostenido para explicar el ser de las esencias, tendríamos que remontarnos a Platón y hacer un resumen de toda la historia de la filosofía. Bastará, pues, que les diga a Uds. lo siguiente: los griegos, por algo que ahora no podemos desentrañar, tendieron a creer que lo general era más valioso que lo individual. Contemplen Uds. una estatua griega y observarán cómo los rasgos individuales desaparecen para sólo encontrar allí, plasmado en mármol, el paradigma, el tipo ideal del objeto que se ha querido representar. Algunas veces hemos dicho que el escultor griego es un hombre que intenta superar la obra del demiurgo platónico. La materia en sus manos es suficientemente flexible para expresar las ideas con mucha mayor fidelidad que las cosas naturales. Si Platón como individuo era una imperfecta copia de la idea de hombre, en cambio una

estatua de Scopas podía perfectamente ser considerada como aquella misma idea hecha mármol.

Lo que se ha discutido, apasionadamente, en el curso de la historia de la filosofía es la clase de realidad de las esencias, de los géneros, de las especies, de los universales, como se denominaban en la edad media. El problema era grave. No se trataba sólo de ubicar en alguna parte esos extraños seres que son las esencias, como el naturalista se esfuerza por clasificar y colocar entre las conocidas una nueva clase de planta recién descubierta. El problema, como decíamos, era más grave porque las esencias se mezclan e intervienen siempre en el problema de la verdad. En efecto, sólo podemos hablar de verdad refiriéndonos a esa figura lógica que denominamos juicio. La vestidura verbal que adopta todo juicio se denomina proposición. Pues bien, en toda proposición el predicado es siempre universal. No hay verdad sin juicio y no hay juicio sin una esencia. Plantearse, pues, el problema de la naturaleza y forma de ser de las esencias no es una mera curiosidad de explorador de entes metafísicos, sino necesidad irremediable del lógico y del teórico del conocimiento.

Las soluciones que los filósofos han dado a este problema pueden reducirse a tres: realismo, conceptualismo y nominalismo. El realismo consiste en afirmar que los universales son cosas reales, tan reales o más que las cosas individuales que se nos ofrecen en la percepción sensible: esta mesa o uno cualquiera de Uds. Claro es que no son materiales. Lo material es individual y las esencias no. Pero las esencias son y existen, no en un lugar espacio-temporal como las cosas, sino en un lugar celeste. Tal es la tesis extrema representada por Platón.

El conceptualismo niega que las esencias sean reales. Lo real es siempre individual. Pero ello no quiere decir que las esencias se disuelvan en la nada. No reales objetivamente tienen una especie de realidad intramental. En la mente existen ideas representativas de las cosas individuales. Es, por ejemplo, lo que ocurre cuando veo, recuerdo o me imagino algo. Pero el entendimiento humano tiene la facultad de separar, abstraer, hablando filosóficamente, las notas o propiedades comunes de los objetos individuales de la misma especie o clase y, reuniéndolas, formar la imagen, por así decir, unificada, de aquellos diversos objetos. Esta imagen o idea general posee, claro

es, una realidad, la única de que gozan las esencias. Las esencias son, pero no objetiva, sino subjetivamente. Uno de los más típicos representantes de esta posición conceptualista es el filósofo inglés Juan Locke.

La tercera postura es la nominalista. Para los filósofos partidarios de la misma las esencias carecen de toda realidad. No existen ni fuera ni dentro de la mente. Por más esfuerzos que realizo, decía Berkeley, el obispo y filósofo irlandés, no soy capaz de pensar una idea general. Si pienso en un triángulo, no logro pensar una imagen que sea al mismo tiempo la imagen de un triángulo isósceles, rectángulo y escaleno. Por borrosa y desdibujada que sea la silueta del triángulo que yo imagino, no puede ser rectángulo y equilátero. Tanto las imágenes como las cosas reales de que son, precisamente, imágenes son siempre individuales. La idea general o compuesta de Locke carece de realidad. ¿Qué son entonces los nombres comunes? Cuando digo mesa o árbol parece que me estoy dirigiendo no a uno de los múltiples ejemplares de dichos objetos, sino a la mesa y al árbol en general. Pero si ni la mesa ni el árbol existen como tales, ¿qué valor y significación tienen estos nombres comunes? La realidad de lo universal se agota en los nombres; nombres que poseen la innegable utilidad de servir para designar, indistintamente, a uno cualquiera de los objetos de una especie dada. Cuando no tenemos interés en referirnos a Juan o a Pedro, sino a los rasgos y notas comunes de ambos, echamos mano de la palabra hombre. Con los nombres comunes evitamos multiplicar excesivamente los propios. ¿Qué sería de nosotros si tuviéramos que tener un nombre para designar a cada uno de los árboles, piedras, flores, minerales y frutos que existen en el mundo? Los nombres comunes, en lo que agotan su ser los universales, implican una formidable economía del pensamiento.

No sé cuál de estas tres soluciones clásicas les habrá parecido a Uds. más verdadera. Yo les confieso que, para mí, las tres son, igualmente, erróneas; que la única solución aceptable a este tremendo problema de la realidad de las esencias, en el cual se hallan implicados los más importantes de la lógica, de la metafísica y de la teoría del conocimiento, es la propuesta por el creador de la fenomenología, es decir, por Husserl. Quizás el mérito mayor y, al mismo tiempo, el fruto más perdurable de su filosofía, sea el haber ensanchado el campo de la Ontología tradicional descubriendo, junto al reino del ser

real, un nuevo tipo de reino: el del ser ideal. Porque fijense Uds. en esto que les voy a decir con la máxima atención: es verdad que ya Platón, por ejemplo, distinguía entre el ser de las ideas y el ser imperfecto e inconstante de las cosas reales. Pero lo curioso del caso es que estos dos tipos de seres tan distintos eran pensados por Platón —permítanme Uds. la audacia de esta expresión—, algo así como próximos parientes. Las cosas materiales eran explicadas por las ideas; participaban, eran copias de ideas; pero, y esto es lo grave, cuando se trataba de pensar en las ideas, ellas, que eran principios explicativos del ser individual, eran pensadas tomando como base o como modelo el ser real físico. Sólo existían en realidad las ideas; pero ese su ser real y su existir eran pensados a la manera del ser tradicional. La prueba de ello es que, puesto que los seres físicos son en el espacio y en el tiempo, las ideas eran colocadas también en una especie de tiempo y de espacio. Platón, que entrevió mejor que ningún otro filósofo hasta Husserl el reino de lo ideal, no llegó, sin embargo, a él. Todavía crea un pseudo espacio para las ideas, el *τοπος ουρα-νιος*, el lugar celeste; que, por muy celeste que sea, al fin y al cabo es un lugar; y también un pseudo tiempo: la eternidad. Las ideas no aparecen y desaparecen en el tiempo, como las cosas que percibimos por los sentidos. Son eternas. Pero ser eternas puede significar, y creemos que ello significaba en la mente de Platón, ser siempre, no tener principio ni fin; en una palabra, ser inmortales, como los dioses. Verdad es que el tiempo aparece en el *Timeo* de Platón como algo creado; creado por el demiurgo tomando como modelo la eternidad en que son las ideas. El tiempo es definido, poéticamente, como una **imagen móvil** de la eternidad. El tiempo es la eternidad que se desarrolla y ésta el tiempo condensado, por así decir, en un presente inmóvil y perenne.

Si esta interpretación mía es exacta, entonces resulta que para los filósofos hasta Husserl no hubo otra clase de ser que el ser real. Digo ser real y no ser real físico porque, eso sí, los filósofos, aunque algo tarde, quizá por primera vez también con Platón, comenzaron a distinguir entre el ser real físico y el ser real psíquico. No es lo mismo una piedra que un alma o un espíritu. Pero también aquí lo primario, lo que sirve como modelo para la interpretación de esta clase de seres reales, es el ser real físico. Y la prueba está en que las almas o espíritus, en la imposibilidad de ser pensados por rasgos positivos, privativos y exclusivos de ellos, lo son, únicamente, por notas

negativas. No pensamos, al pensar el alma, en lo que ella es, sino en lo que no es, en aquello en lo que se diferencia de lo físico. Y así, decimos que **no** es espacial, que **no** es perecedera, que **no** es compuesta, etc. Cuando pensamos el alma, aparece ante nosotros, solapadamente, la imagen del cuerpo; de un cuerpo que parece decimos, irónicamente: "esta en quien pensáis, el alma, es como yo, pero, claro es, sin muchas de estas propiedades que adornan a mi ser".

El reino de lo ideal, en Husserl, no tiene, en cambio, nada que ver con el ser real, ni físico ni psíquico. La dimensión más característica de lo real es la temporalidad. Lo ideal nada tiene que ver con ella. Una significación, una esencia, la rojez o el número siete, nada tienen que ver con el tiempo. Surgen y perecen las cosas rojas, los grupos de siete de cosas o personas, pero la esencia ideal rojez y la idealidad del siete no se alteran en lo más mínimo por ello. Pero tampoco su ser ideal quiere decir que la rojez o el siete sean en alguna parte. Ni son dentro ni son fuera de la mente del hombre, lo que supondría que eran también reales. Lo que encierra un cajón es tan real como lo que se encuentra en el cajón o el cajón mismo. Lo psíquico es algo real; las ideas son momentos, partes de la fluyente y escurridiza conciencia, temporales como ella y, por consiguiente, reales. Si las esencias, los universales, dice Husserl, fueran más allá de la conciencia, serían reales; pero si los universales fueran en la conciencia, como pensaba Locke, serían también reales en cuanto temporales. Pero es que, además, por ser reales, dejarían de ser, justamente, universales, pues todo lo real es por fuerza concreto e individual. Frente a lo real, físico o psíquico, se presenta a veces como objeto, como término de la intencionalidad de la conciencia, el mundo de lo ideal, un mundo irreal, hecho de meras posibilidades ideales. La obra de Husserl, hemos dicho, consiste, principalmente, en el descubrimiento de este nuevo mundo. En sentido vertical, de profundidad, Husserl no dejó, a lo largo de su obra, de ahondar en el conocimiento del reino de lo ideal y de explorar sus diversas regiones. Su obra es la exposición de los descubrimientos a que le condujo su prolongada y concienzuda meditación sobre lo ideal. Vamos a ver, a grandes rasgos, las etapas principales de este proceso.

La primera gran obra de Husserl, las *Investigaciones Lógicas*, que datan de 1900, como si el siglo XX hubiera querido iniciarse con una de las obras de mayor importancia en la renovación de la filo-

sofía, trata, en su primera parte, de la crítica del psicologismo. Por psicologismo debemos entender la tendencia filosófica que subordina, hace depender la Lógica de la Psicología. La primera había sido considerada, tradicionalmente, como una ciencia normativa y definida, en consecuencia, como un arte de pensar. Claro que todo principio normativo está fundado en un principio teórico. Así, por ejemplo, del juicio categórico "el agua hierve a los cien grados", podemos sacar una proposición normativa, que diga lo siguiente: "Si deseas que el agua hierva, tienes que calentarla hasta llegar a los cien grados de ebullición". Ahora, la Lógica era una ciencia que nos ilustraba acerca de la manera como debíamos pensar para pensar correctamente. Sus normas debían tener un fundamento en una serie de proposiciones o juicios teóricos. Ahora, ¿a qué ciencia pertenecían dichos juicios? El psicologismo contestaba que era la Psicología la ciencia encargada de suministrar ese fundamento y base teórica a las reglas y normas de la ciencia lógica. La Lógica era una consecuencia de la Psicología o, mejor aún, de una parte de ésta. Porque la Lógica había sido definida también como la ciencia del pensar correcto. Ahora, el pensar es un fenómeno psíquico, como el percibir, el imaginar, el sentir o el querer. Mediante la función psíquica del pensar y del razonar, a veces topamos con la verdad. Pero, en cambio, la mayoría de las veces, nuestro complejo mecanismo psíquico nos conduce al error. Mas nos conduzca a la verdad o al error, lo cierto y evidente es que el pensar es una operación de la conciencia, un fenómeno psíquico y que, por consiguiente, si la Lógica es ciencia del pensar, no puede ser nunca una ciencia independiente, sino una parte de la Psicología; aquella parte que trata del buen funcionamiento del pensar, del pensar correcto. No interesa aquí entrar en más detalles de la pugna sostenida en la segunda mitad del siglo pasado entre logicistas y psicologistas, pugna que Husserl recuerda en el primer tomo de las Investigaciones Lógicas, exponiendo los argumentos más salientes esgrimidos por los diferentes pensadores en favor de sus respectivas posiciones. Tal como el problema había sido planteado, Husserl opina que son los psicologistas los que tienen razón.

Ahora, la disputa entre logicistas y psicologistas no era ningún bajo litigio o pleito campesino por los linderos de heredades vecinas. Implicaba muy graves consecuencias; ni más ni menos que la posibilidad de la ciencia. Me explicaré. Las verdades científicas, los juicios en que se expresan dichas verdades, dicho con más exactitud, se

fundan en la absoluta evidencia de los llamados principios supremos del pensamiento, el principio de identidad, el de contradicción, etc. Es obvio, por ejemplo, que yo no podría afirmar que el azufre es amarillo si fuera falso que A no puede ser B y no B. Supuesta la falsedad del principio de contradicción, como el azufre podría ser amarillo y no amarillo al mismo tiempo, no existiría posibilidad de afirmar nada con pretensión de que fuera verdad. Ahora, ¿cómo interpretan los psicologistas los citados principios? Como leyes empíricas deducidas del normal comportamiento de esa máquina natural que es el pensamiento humano. La ley de la gravitación es la expresión del comportamiento habitual de los cuerpos físicos, y los llamados principios lógicos una manifestación de las leyes naturales de la psique humana. El principio de contradicción no quiere decir otra cosa sino que la mente del hombre no puede pensar al mismo tiempo que un predicado convenga y no convenga a un objeto. Está de tal manera constituida la mente humana que le resulta imposible dicho intento, así como el astro más pesado no puede por menos de atraer hacia sí al menos grave, que el acaso conduce por las cercanías de su órbita. Las verdades naturales son de hecho, contingentes, incluso quizás generales, pero no necesarias. Los planetas atraen a los satélites, no quieren dejarlos en la orfandad, en la soledad espantosa de los inmensos espacios siderales, pero podrían perfectamente, como padrastros sin conciencia, esquivos, haberlos alejado de sí. También la mente de hombres constituidos de otro modo, pudiera haber funcionado de distinta manera. El principio de contradicción, pues, y con él los restantes supremos principios lógicos del pensamiento, no son absolutos y necesarios. La verdad es relativa al hombre, al complicado mecanismo natural de su mente. A otros hombres distintos, corresponderían distintas verdades. Pero el relativismo es una forma de escepticismo. Verdades que sólo lo sean para mí son verdades a medias. Nosotros pensamos que si algo es verdad lo tiene que ser de una manera absoluta. Verdad que es en mí y no en sí, no es verdad; sólo acaso un sustitutivo útil de la verdad, una cuasi verdad, una verdad bastarda. Ahora comprenden Uds. por qué razón la lucha entre logicistas y psicologistas afectaba a la existencia misma de la ciencia.

Puesto ante el dilema de escoger, Husserl opta por no dar la razón a ninguno de los contendientes. Los logicistas deberían tener razón, para que la ciencia pudiera asentarse en bases sólidas, pero eran los psicologistas los que parecían, efectivamente, tenerla. Aquí,

una vez más, como en Platón, en San Agustín, en Descartes y en Kant, la filosofía surge vigorosa de la titánica lucha por combatir y vencer al escepticismo.

El error de ambas tendencias antagónicas consistían en creer que la Lógica tenía que habérselas con el pensar. El pensar es una función especial de la mente del hombre. Pero, como veremos en la próxima lección, la conciencia tiene una naturaleza o estructura intencional; no hay visión sin algo visto, audición sin algo oído, imaginación sin algo imaginado y, finalmente, acto de pensar sin algún pensamiento pensado. La distinción entre el pensar como fenómeno psíquico y el pensamiento como contenido del pensar, es la distinción capital y fecunda de que han brotado todos los análisis y verdades de la fenomenología. Antes se interponía entre la conciencia y la cosa la idea o la imagen. Ahora la imagen forma parte de la corriente real de la conciencia; lo que ocurre es que, mediante ella, la conciencia se dirige y apunta a un reino ideal de significaciones y pensamientos. El pensamiento nada tiene que ver con el pensar; ni tampoco nada que ver con el objeto extraño, transcendente a la conciencia. El pensar en un fenómeno psíquico; por consiguiente, es algo real y como real, temporal, que aparece y desaparece. Los pensamientos, en cambio, no son cosas reales; tienen una existencia intemporal. Si yo les invito a Uds. ahora a ponerse a pensar en el teorema de Pitágoras o en la simple proposición "el azufre es amarillo", hay aquí, en esta aula, varias decenas de máquinas pensantes distintas; y, sin embargo, todas esas corrientes de vivencias, con todo su bagaje de imágenes y representaciones diferentes, están pensando un pensamiento único. Las imágenes, repito, para evitar malentendidos, no son los pensamientos; es completamente seguro que si cada uno de Uds. fuera capaz de expresar o de pintar lo que en su mente hay cuando piensa como ahora en el teorema de Pitágoras, ninguno de los relatos o de los dibujos sería igual a otro. Cada corriente de vivencias es distinta de todas las demás y, a pesar de todo ello, los pensamientos son iguales. Y porque los pensamientos son iguales podemos entendernos unos a otros. Como el pensar es siempre el pensar de cada cual, como la imagen que la conciencia ve es sólo suya, no sería posible la comunicación entre los seres racionales si no hubiera en los **pensares**, diferentes como fenómenos reales psíquicos, algo de común. Podemos discutir y convencernos unos a otros, porque mediante nuestras máquinas mentales diferentes hilamos unos pensamientos únicos. Los

cuales, como ideales, no desaparecen cuando Uds. o yo dejamos de pensar. Podemos morirnos, desaparecer de la superficie de la tierra el género humano, pero eso no quiere decir que el teorema de Pitágoras ha desaparecido también. Ya no habría, claro es, quien pensara en el teorema; éste no podría ser ya pensamiento para ninguna mente de hombre; pero en su pura idealidad continuaría siendo, como el cinco, el siete o cualquier otro número no dejan de ser porque no existe nadie para representárselos o para realizar la operación de contar. Así como el gusano hila la sutil y tenue hebrilla de seda, así también el pensar del hombre va tejiendo los vaporosos pensamientos. No hay pensar vacío, pensar en el cual no se piense algo. Que los pensamientos nada tienen que ver con las imágenes, con lo que los metafísicos y filósofos del siglo XVII llamaban ideas, nos lo demuestra el hecho de que no puede haber un pensar sin pensamientos, pero sí, en cambio, un pensar sin ideas en el sentido de representaciones o imágenes. Si yo digo rápidamente: "El ejecutivo es el poder del Estado encargado de hacer cumplir las leyes", Uds. todos me han entendido perfectamente; y, sin embargo, probablemente ninguna de las palabras pronunciadas, Estado, leyes, ejecutivo, etc., cuya significación han captado bien, ha evocado en sus mentes imágenes precisas y definidas.

Pero los pensamientos tampoco nada tienen que ver con los objetos. Los objetos a que me refiero en el pensar por intermedio de los pensamientos pueden ser de muchas clases. Supongamos que se trata de un objeto real; el objeto puede ser destruido, quemado, por ejemplo, sin que ello afecte para nada al pensamiento; yo puedo cortar un pino, pero no, en cambio, hendir con el hacha mi pensamiento de él. Pueden cambiar mis pensamientos acerca de una cosa, sin que ésta, por ello, sufra la más mínima modificación. Pueden existir los objetos sin pensamientos que a ellos se refieran, pero no los pensamientos sin objetos.

De todo ello se deduce que los pensamientos constituyen un reino aparte del real psíquico de la corriente de las vivencias y del real físico, por ejemplo, de los objetos. Sin que al hablar de los objetos como reales físicos quiera con ello decir que todos los objetos posibles a que se refiere la intencionalidad de la conciencia tengan que ser materiales. Puedo pensar en un pino, pero también en el número siete, en una relación de igualdad o en mis propias vivencias.

La palabra objeto está aquí tomada en su máxima amplitud; significa todo correlato intencional de la conciencia. En la próxima lección hablaremos con mayor precisión de estas cosas.

Descubierto este reino de lo ideal, queda aclarado el problema que había sido discutido tan acaloradamente por los logicistas y los psicologistas. La Lógica ya no puede confundirse ni menor aún englobarse en la Psicología por la simple razón de que tiene un objeto propio. La Psicología es la ciencia del pensar y la Lógica la ciencia teórica y no normativa de los pensamientos. La Psicología es una ciencia real; la Lógica una ciencia ideal, que trata con objetos del tipo de los de las Matemáticas. Husserl demuestra en las Investigaciones Lógicas que es posible una Lógica pura por cuanto los pensamientos, aunque infinitos por el contenido, pueden agruparse según sus determinaciones formales. Se les puede clasificar así como estudiar las formas y requisitos que deben adoptar para deducir unos de otros. Es decir, reúnen las condiciones necesarias para que puedan constituir el contenido de una ciencia. Como irreales, las verdades que descubramos acerca de los pensamientos, los discutidos primeros principios lógicos, por ejemplo, no estarán sujetas a la contingencia esencial de todo lo real; por consiguiente, serán verdades absolutas. De esta manera hemos logrado triunfar del escepticismo.

EL REINO DEL "LOGOS"

Husserl ha descubierto un nuevo reino, el reino ideal de los pensamientos. Pero no puede detenerse aquí. Existe, con toda seguridad, un pensar mudo. No necesitamos ni siquiera de ir mascullando para nosotros mismos las palabras, para que seamos capaces de pensar los pensamientos correspondientes. Pero si esto es verdad, lo cierto es que la mayoría de las veces expresamos los pensamientos por medio del lenguaje: del lenguaje mudo, si hablamos para nosotros mismos, y del hablado o escrito, si queremos hacer partícipes a los demás de nuestros pensamientos. Las palabras nada tienen que ver con los pensamientos, como el tren es distinto de los cansados viajeros que transporta. La palabra es un vehículo del pensamiento tan sólo. La prueba es que palabras diferentes pueden expresar el mismo pensamiento. Pero hecha esta salvedad, lo cierto es que entre las palabras y los pensamientos existen determinadas relaciones. Para expresarlos debidamente las palabras han de adoptar la forma, si

podemos expresarnos así, de aquéllos. Hasta tal punto que, muchas veces, la estructura de las palabras, de las frases, de las proposiciones, ha servido para determinar la de los pensamientos que mediante ellas se expresaban, con graves inconvenientes para el cabal conocimiento de aquéllos; basta abrir un libro corriente de Lógica para convencerse de ello. Ahora, los pensamientos son complejos; cuando los expresamos, lo hacemos mediante series de palabras, cada una de las cuales, aislada, no expresa el pensamiento completo, aunque alguna cosa tiene que expresar o significar. Se hacen, por tanto, necesarios un análisis y consideración de la naturaleza y sentido de las palabras. Es lo que Husserl hace en la primera de sus investigaciones lógicas, que lleva por título "Expresión y Significación". Veamos, en síntesis, cuáles son las opiniones de nuestro filósofo.

Las palabras no son meros sonidos. Son sonidos articulados que, para que funcionen como palabras, requieren de un acto mental que los vivifique. Dicho acto mental puede ser doble: puede ser un mero **acto de dar sentido** —Bedeutungsverleihender Akt—, o de **intención significativa**, como también lo llama Husserl y puede ser, además, un **acto de cumplir el sentido** —bedeutungserfallender Akt—, o de **cumplimiento significativo**. Mediante las palabras nos referimos a un objeto ausente. La palabra menta, señala, apunta a algo que, cosa extraña, no nos es dado como cosa. Para entender lo que quiero decir, lo mejor sería que yo les dijese a Uds.: hagan un análisis fenomenológico de cualquier acto en el cual damos sentido a una palabra o pronunciamos una palabra con sentido; pero, claro es, no puedo hacer esto e invitarles a que empleen el método fenomenológico para el conocimiento de la esencia de un acto de expresión, porque precisamente de lo que estamos tratando es de que Uds. entiendan qué quiere decir eso de método fenomenológico.

Comparemos, rápidamente, un acto de dar sentido a una palabra, es decir, de mentar, de referirme a un objeto **ausente**, con otros actos o vivencias en que las cosas, con todo el colorido de sus propiedades sensoriales, se nos hacen presentes; por ejemplo, con una percepción, una representación o una imagen de la fantasía. En estos tres últimos casos nos encontramos frente al objeto, vemos la cosa; claro es, que de distinta manera, según se trate de percepción o de representación. En la percepción aprehendemos la cosa como estando ahí en persona delante de nosotros; en la representación la aprehen-

demos un tanto desdibujada por no encontrarse ante nuestros órganos sensoriales, pero también la vemos. Tanto en la percepción como en la representación nos encontramos con cosas que, presentes o ausentes, se nos ofrecen haciendo gala de la magnífica vestimenta de sus accidentes o propiedades sensoriales. En el acto de expresión, por el contrario, no vemos, **pensamos** sólo el objeto; este pensar vacío, al que ahora no se une el acompañamiento orquestal de los datos sensibles, mera mención de un objeto verdaderamente ausente en su pleno sentido, es lo que constituye la esencia de ese acto que denominamos de intención significativa.

1) Pero, claro es, el acto de intención significativa, suficiente para las necesidades normales del pensar y de la transmisión a los demás de los conocimientos es, en cierto modo, un acto fallido, por cuanto apunta a un objeto y no llega a él; nos referimos con toda precisión a un objeto, que no logramos hacernos presente. Si consideramos, por un momento, que la percepción sana y normal es el prototipo de conocimiento intuitivo, de presencia del ser ante la conciencia, entonces resulta que el acto de significar es lo más distante de la percepción. Lo cual no quiere decir que la percepción no pueda ser confusa y, al contrario, que mediante la significación no podamos pensar claramente un objeto.

2) El acto de mención, repetimos, puede darse solo; pero lo normal es que ese tender hacia un objeto sin verle se acompañe de un nuevo acto: el de cumplimiento significativo; decimos, por ejemplo, triángulo y estamos llenando de intención significativa la palabra; entendemos lo que decimos aunque el triángulo, como objeto ideal, se halle ausente, es decir, no nos lo representemos. Pero si al mismo tiempo aparece ante la conciencia el esbozo, más o menos vago, de un triángulo rectángulo, entonces a la intención se une el acto de cumplir el sentido de dicha significación, el cumplimiento significativo.

No podemos ahora, pues ello nos llevaría muy lejos, ver las consecuencias que este análisis del fenómeno del pensar y de la expresión, realizado por Husserl, tiene para una nueva concepción de la verdad, distinta de la tradicional. Dejemos esto para otra ocasión. Sólo digo, sin entrar en más explicaciones, que la verdad ahora ya no es adecuación entre el pensamiento, la imagen, por ejemplo, de la cosa y la cosa misma. ¿Cómo podríamos comparar la imagen

con la cosa para ver si ambas coinciden cuando la cosa me es dada siempre a través de una imagen? Ahora los análisis de Husserl permiten un nuevo sentido de la palabra verdad; ésta sería la adecuación de la intención significativa y del cumplimiento significativo. En palabras del malogrado Joaquín Xirau: "la adecuación no se realiza entre "mi representación" y una realidad "en sí" incógnita, sino entre un acto de intención significativa en el cual la cosa es simplemente mentada —el concepto— y un acto intencional en el cual la cosa se me hace presente en su consistencia propia —la plenitud intuitiva. Si el objeto, ausente en el acto de significación, se me hace presente en la intuición tal como lo había pensado, es decir, de acuerdo con el sentido de la palabra que lo expresa, tendremos la verdad" (1).

Todas estas significaciones o, si Uds. prefieren, conceptos, "objetos" de los actos de mención o de intención significativa, constituyen una región dentro del vasto reino de lo ideal descubierto por Husserl, que él denomina "reino del logos".

DEL CONOCIMIENTO DE LAS ESENCIAS

Hemos hablado con algún detenimiento de los pensamientos y de las significaciones. Vamos ahora a detenernos un momento, antes de terminar, en el estudio de las esencias, de los universales. Las esencias son seres ideales. No existen ni fuera ni dentro de la conciencia. Como ya dijimos, Husserl rechaza estas concepciones, realista y conceptualista, que él califica de hipóstasis metafísica y psicológica, respectivamente, de lo universal. Pero si los nominalistas, al estilo de Berkeley y de Hume, tienen razón en afirmar que no existen conceptos generales, ¿cómo conocemos las esencias? Conocemos lo real físico, por ejemplo, mediante imágenes reales y, por tanto, también individuales. Pero si todo lo psíquico, como real, es individual, repito, ¿cómo podemos ascender al conocimiento de lo general, de las esencias? Este es el problema que Husserl no podía por menos de plantearse y que trata, profundamente, en la segunda de las investigaciones, que lleva por título "La unidad ideal de la especie y las teorías modernas de la abstracción".

(1) J. Xirau, La Filosofía de Husserl.

En síntesis, la doctrina de Husserl es la siguiente: no existen ideas generales. Locke creía llegar a ellas separando, es decir, abstrayendo de los contenidos sensibles de las ideas simples lo que de común había entre las de una misma especie. Contemplo varias manzanas y, separando sus notas comunes, formo la idea compuesta y general de manzana. Ahora bien, Husserl, con muchísima razón, afirma que todo aquello que se separa de algo concreto e individual tiene que ser también individual y concreto. Por consiguiente, que de una reunión de partes o momentos individuales no se puede formar nada general. Si queremos, pues, llegar a las esencias, debe ser por otro camino distinto del de la abstracción, por lo menos del de la abstracción aisladora de Locke. En efecto, Husserl considera que es siempre posible, a menos que padezcamos una ceguera para las ideas, tan real como la ceguera visual para las cosas físicas, pasar, de un salto diríamos, de la intuición sensible de una cosa a la de su esencia correspondiente. Apoyándonos en la imagen sensible, siempre individual, como en un trampolín, podemos desviar nuestra atención de eso que inmediatamente está presente a nuestra conciencia, y, mediante un salto, una pirueta intelectual, contemplar, directamente, la esencia correspondiente, de la cual la cosa no es sino una ejemplarización. Esta abstracción recibe ahora el nombre de "abstracción ideatoria" o, más sencillamente aún, de "ideación". Y la visión o contemplación directa de la esencia por el intelecto que resulta de aquel proceso de abstracción, se denomina "intuición eidética", adjetivo derivado de *εἶδος*, esencia.

Hemos dicho anteriormente que la obra de Husserl puede considerarse como un ahondamiento en el análisis y conocimiento de esa nueva región o reino del ser descubierto al llevar a cabo la crítica del psicologismo. Por esa razón, en la segunda gran obra de Husserl, en las "Ideas para una Fenomenología pura y una Filosofía fenomenológica", aparecida en 1913, nuestro filósofo se ve en la necesidad de hacer una distinción capital en el reino de las esencias entre las esencias exactas o matemáticas y las vagas o morfológicas. Las primeras se refieren a las multiplicidades definidas y las segundas a las no definidas. No puedo ahora, sintiéndolo mucho, detenerme a explicar, minuciosamente, en qué consiste eso de las multiplicidades definidas y no definidas; tendría, forzosamente, que dedicarme a exponer el contenido, entre otras cosas, de la tercera investigación de Husserl, en que trata de los todos y de las partes. Pero si puedo indicarles,

sumariamente, en qué consisten unas y otras, y cuáles son algunas de sus características más importantes. Para ello, les ruego que piensen en dos esencias, el triángulo y la rosa, pertenecientes a las dos variedades de esencias de que les acabo de hablar. Toda esencia es una multiplicidad, una multiplicidad de notas. La esencia hombre, por ejemplo, consta de las notas de racionalidad, animalidad, corporeidad, extensión, etc. Pues bien, esas notas pueden estar unidas entre sí por lo que Husserl denomina **fundación** o **fundamentación** —Fundierung— y Ortega y Gasset **complicación**. Complicación quiere decir que una nota está unida a otra, no puede darse sin ella, como, por ejemplo, el color, que no puede darse sin la extensión, o la derecha que no puede darse sin la izquierda. Pues bien, cuando en una esencia, en una multiplicidad de notas, éstas se hallan complicadas o implicadas, es decir, contenidas unas en otras, como la corporeidad y la extensión, nos hallamos ante una esencia exacta o matemática. Como las notas de la esencia están complicadas o implicadas, pensadas unas cuantas notas se pueden deducir y pensar las demás. Del triángulo equilátero puedo deducir que es equiángulo y todas las demás propiedades generales del triángulo. Las ciencias que operan, pues, con esencias exactas, la geometría, por ejemplo, son ciencias deductivas.

En cambio, piensen Uds. en la manzana. El ser agrídulce, el tener pepitas negras, el poseer su olor característico, etc., notas todas ellas de la esencia ideal manzana, no están implicadas o complicadas unas respecto de las demás. No puedo deducirlas y, por consiguiente, si trato de definir la esencia manzana, mi definición no podrá ser esencial, sino meramente descriptiva. Tendré en la definición que ir enumerando las notas aquéllas; notas que, aunque esenciales, no pueden deducirse unas de otras. Vemos, pues, y esto deben tenerlo Uds. muy presente, que entre las ciencias eidéticas, es decir, aquellas que tienen por objetos esencias, hay que establecer una distinción radical fundada en los caracteres ontológicos de sus respectivos objetos o esencias. Las Ciencias Naturales, por ejemplo, son ciencias eidéticas, pues tratan de describir las esencias de las diferentes plantas, animales, etc.; pero como estas esencias son vagas, tienen que acudir a definiciones descriptivas.

Ahora ya podemos entender una parte de la definición del método fenomenológico: ya sabemos lo que quiere decir descripción eidé-

tica o de esencias; pero, ahora, tenemos que dar un paso más y ver qué esencias son aquellas con que tropezamos en este método.

LA ΕΠΟΧΗ FENOMENOLOGICA

Como veremos en la próxima lección, la conciencia tiene una estructura intencional. Con ello queremos decir que la conciencia es siempre una **conciencia de**, una conciencia de algo. La concepción realista tradicional hablaba de la existencia de dos clases de sustancias: la conciencia de un lado y el vasto mundo de los objetos, trascendentes a la conciencia, de otro. Entre ese mundo de objetos está el reino de lo ideal, en cuyo estudio nos hemos detenido en esta lección. Pero, sea el que fuere el objeto, lo cierto es que, sin prejuzgar su transcendencia, su realidad "en sí", para que el objeto sea objeto tiene que ser intuido o pensado por alguna conciencia. Repito: los objetos pueden existir fuera de la conciencia; pero su existencia en sí es siempre problemática. Si veo una rosa y afirmo que existe con independencia de mi conciencia, este juicio no es absolutamente seguro. En cambio, si afirmo que veo una rosa y que forma parte de mi vivencia perceptiva la inclinación a creer en su transcendencia, este juicio es apodictico. Mientras no salgo de mi conciencia me muevo con gran seguridad, sin temor alguno a equivocarme.

1) La conciencia tiende siempre hacia algo que se la enfrenta. Pero podemos, en todo momento, volver la mirada hacia la propia conciencia, en un acto de reflexión. El acto primero, de dirección natural, es decir, en que la conciencia atiende a algo que no es ella, se convierte ahora en el objeto intencional del acto segundo de reflexión. Husserl cree que el acto primero, por convertirse ahora en objeto para la conciencia no por ello se desfigura y pierde nada de su naturaleza. Este acto de reflexión, antinatural por cuanto supone una inversión, desviación de la intencionalidad normal de la conciencia, preocupada casi siempre de lo que no es ella misma, constituye lo que hemos denominado la actitud fenomenológica. Supone, en efecto, una actitud especial, incómoda por lo antinatural y, por consiguiente, que requiere un gran esfuerzo. La dificultad de la Fenomenología, del método fenomenológico, se debe a esto principalmente. Es como si un espejo, que acaba de recibir la imagen de un objeto extraño a él, fuera capaz de contemplarse a sí mismo, pero ahora no ya como simple espejo, sino como espejo que refleja una imagen;

es decir, que así como en el primer momento fotografió una cosa, ahora saca una fotografía de él con la cosa. En el acto de reflexión contemplamos la conciencia y la cosa. En el acto natural primario vemos la cosa sola. Cuando en el campo nos extasiamos observando el bello colorido de una flor, vivimos la flor y nada sabemos de nuestra percepción de ella. En la reflexión, al contrario, vivimos directamente la conciencia, nuestra vivencia anterior y sólo indirectamente la flor, englobada ahora en la totalidad del acto que contemplamos. Pues bien, si hacemos caso omiso de la flor, objeto intencional de mi primer acto de percepción, la ponemos entre paréntesis, es decir, no la destruimos, ni la perdemos de vista, pero nuestra atención se dirige ahora no a ella sino a mi conciencia de flor, estamos realizando la *ἐποχή* fenomenológica, o reducción fenomenológica. Es decir, que mientras las ciencias tratan de objetos, reales o ideales, la Fenomenología se enfrenta con un nuevo tipo de realidad, la realidad de la conciencia. Pero como la conciencia no es una cosa, sino que al contemplar, repito, la conciencia, en virtud de la intencionalidad, la vemos siempre acompañada de un objeto, en mi intuición de la conciencia debo desprenderme de dicho objeto sin anularle, para arrojar todo el rayo de mi atención sobre la vivencia de la conciencia de la cual aquél forma parte.

Pero la conciencia que contemplo en el acto de reflexión, una vez efectuada la reducción fenomenológica, es la conciencia mía. Ahora, si yo describo mi conciencia, esta descripción no puede pretender ninguna validez universal, puesto que se trata de un fenómeno empírico, que transcurre aquí y ahora; de la misma manera que mi descripción de esta mesa sobre la cual me apoyo no puede servir para la descripción de la esencia de mesa, de la mesa en general. Si, pues, las descripciones que yo realizo han de tener una validez general, es necesario que realice una segunda reducción, la reducción eidética que ya conocemos. Dando ese salto de trampolín a que me refería antes, tomando como base la intuición de este suceso concreto e individual, tengo que realizar un acto de ideación e intuir la esencia de mi vivencia o mejor la esencia de la cual mi vivencia concreta era una simple ejemplarización. Pero entonces lo que contemplo ya no es mi conciencia, ni la de Uds., que me es incognoscible por principio, sino una conciencia general, no empírica; en una palabra, la conciencia pura. Esta conciencia pura, el verdadero objeto de la Fenomenología, a la cual llegamos mediante el empleo del mé-

todo fenomenológico, después de realizar las dos reducciones, la fenomenológica y la eidética, tiene que ser descrita. Su descripción constituye, para Husserl, el objeto de la filosofía. En la próxima lección nos dedicaremos a esta tarea.

LECCION 2ª

LA FENOMENOLOGIA COMO CIENCIA FUNDAMENTAL

LA INTENCIONALIDAD

Husserl define la Fenomenología como ciencia eidética descriptiva de las esencias de las vivencias de la conciencia pura. Conocen ahora Uds. los diversos conceptos de que está formada esta aparentemente difícil definición. De lo que se trata es de describir las vivencias de una conciencia pura por medio del método fenomenológico, es decir, empleando las dos reducciones, la eidética y la fenomenológica. En virtud de la primera, no son los hechos empíricos de mi conciencia los que se describen, sino los de una conciencia pura; y en virtud de la segunda, nos abstenemos en la descripción de toda postura metafísica acerca de la realidad de los objetos a que se refiere la conciencia en razón de su intencionalidad. Así pues, puesto que la Fenomenología se propone describir la conciencia, es necesario que ahora nos dediquemos a conocer la estructura de la misma.

Desde que Descartes fundamentó su filosofía en la indubitabilidad del *cogito* como substancia pensante, la conciencia, o si Uds. prefieren, el espíritu, se convirtió en el tema central de la filosofía. A pesar de que en el primer comentario la conciencia fue pensada con el auxilio de las categorías tradicionales que convenían al ser real físico, poco a poco los pensadores fueron advirtiendo una serie de notas irreducibles a aquella asimilación. Cuando la filosofía se hizo idealista, creció en importancia el papel de la conciencia. Y día llegó en que los filósofos se vieron en la precisión de separar y distinguir, de manera tan clara que no diera lugar a confusiones, lo físico de lo psíquico. En Descartes, cuerpos y espíritus constituían dos clases absolutamente distintas de substancias. Ahora, por razones en las que

no podemos entrar, el curso posterior de la filosofía fue substituyendo el concepto de substancia por el de fenómeno. El principal responsable de este cambio fue el empirismo; pero también le cupo un tanto de culpa al idealismo. La substancia, como substrato o sostén de los accidentes, únicas cosas dadas a los sentidos, se convirtió en objeto de fe. Y los idealistas, al convertir las cosas físicas en meras ideas de la conciencia, las dessubstancializaron, quitaron aquella arrogante inmutabilidad e independencia de antaño, e hicieron de ellas simples fenómenos, es decir, apariencias de una conciencia, bien empírica, bien pura. Pero no crean Uds. que esto se hizo solamente con las pobres cosas físicas. También la conciencia, esa conciencia que todavía en Deescartes, en Berkeley y otros muchos pensadores era una substancia, una *res*, es decir, una cosa, terminó por ser despojada de su anterior carácter substancial. Y así, vino también a parar a lo mismo a que habían llegado las cosas físicas: a ser un simple fenómeno. Pero, si las cosas físicas son apariencias de una conciencia, esta última ¿ante quién se presenta como apariencia o fenómeno? Parece natural que hubiera de admitirse un algo substancial ante el cual las cosas y la conciencia se mostraran como fenómenos. Pero no fue así, pues ese algo ante el cual todas las demás realidades presentábanse como fenómenos, escondiase siempre, resultaba incognoscible. Bastaba que quisiéramos dirigir hacia él nuestra atención para que se convirtiera en apariencia de otro algo que, en cuanto sujeto de la apariencia, era absolutamente incognoscible. A esta situación llegó la filosofía, aproximadamente, en el siglo pasado, en la época del positivismo. Yo y cosa habían quedado malparados, convertidos en meras apariencias o, si Uds. prefieren mejor, fenómenos. Pero no por ello resultaba menos imprescindible hacer una distinción entre esos dos órdenes de fenómenos, los psíquicos y los físicos. ¿Qué criterio o signo serviría para realizar la separación entre ambos? Muchos fueron propuestos por los pensadores. El principal de todos ellos tenía en su apoyo la autoridad siempre respetable del filósofo Kant. Este, como todos Uds. saben, había sostenido que el tiempo y el espacio eran intuiciones *a priori* de la sensibilidad. Pero había dos especies de sensibilidad: la interna y la externa. Pues bien, Kant había afirmado que el tiempo, como intuición *a priori*, servía para ordenar los datos materiales, sensaciones, de la percepción interna, mientras que los datos de la percepción externa eran ordenados, conjuntamente, por el tiempo y por el espacio. Como resultado de todo ello, las cosas, objetos de la percepción externa, aparecían a la conciencia

como temporales y espaciales. Las mesas, los árboles, etc., son en el tiempo y en el espacio. Ello no implicaba que efectivamente lo fuesen, pues, lo que ante la conciencia aparecía como una cosa, no era la cosa en sí, sino la cosa como apariencia, es decir, como fenómeno; y lo mismo podíamos decir de los objetos de mi experiencia interna, es decir, de mis vivencias. Eran sólo temporales, bien entendido que tampoco aquí éramos capaces de llegar a las cosas en sí, sino sólo a su ser aparental. Este criterio fue defendido por todos los filósofos. Pero, a veces, la experiencia parecía complacerse en llevar la contraria a los pensadores. En efecto, un dolor es un fenómeno psíquico y ¿no es cierto que el dolor aparece la mayoría de las veces como localizado, en un costado, por ejemplo, o en una muela? Pero es más: todos los procesos psíquicos que se llevan a cabo en mí, ¿no son míos y, por consiguiente, están en el trozo del espacio que mi cuerpo ocupa? ¿No es en esta sala donde se hallan ubicados todos los fenómenos psíquicos de que estamos siendo sujetos Uds. y yo? Aun cuando quizá pudieran refutarse todos estos interrogantes tan ladinos, sin embargo es cierto que el criterio de la espacialidad, que tan evidente parecía en un principio, se prestaba por lo menos a ser discutido. ¿No habría otro criterio mucho más eficaz y verdadero?

Así estaban las cosas cuando en 1874 apareció la primera edición de un libro que había de trastornar la filosofía: la "Psicología desde un punto de vista empírico", del filósofo Francisco Brentano. La segunda edición sólo vió la luz en 1925. Fue, pues, un libro de poco éxito, que ninguna conmoción produjo en el instante de su aparición; y, sin embargo, repito, lo que la filosofía es hoy se debe en buena parte a él. Brentano se propuso en ese libro realizar una exacta distinción entre los fenómenos físicos y psíquicos. Examina los más importantes criterios diferenciales entre ambos órdenes de fenómenos y, después de una crítica aguda, termina por afirmar que la característica más precisa de la conciencia es la intencionalidad. Oigamos al propio Brentano: "Todo fenómeno psíquico está caracterizado por lo que los escolásticos de la Edad Media han llamado la inexistencia intencional (o mental) de un objeto, y que nosotros llamaríamos, si bien con expresiones no enteramente inequívocas, la referencia a un contenido, la dirección hacia un objeto (por el cual no hay que entender aquí una realidad), o la objetividad inmanente. Todo fenómeno psíquico contiene en sí algo como un objeto, si bien en todos del mismo modo. En la representación hay algo representado; en el

juicio hay algo admitido o rechazado; en el amor, amado; en el odio, odiado; en el apetito, apetecido, etc.

Esta inexistencia intencional es exclusivamente propia de los fenómenos psíquicos. Ningún fenómeno físico ofrece nada semejante. Con lo cual podemos definir los fenómenos psíquicos diciendo que son aquellos fenómenos que contienen en sí, intencionalmente, un objeto" (1). Hasta aquí las palabras de Brentano.

Las cosas físicas, en efecto, son en sí, para sí, avaras de su ser; nada saben del mundo exterior que las rodea; están como ensimismadas, son macizas, gravitan hacia sí mismas. La conciencia, por el contrario, tiende hacia algo que no es ella misma; incluso cuando se acuerda que existe y vuelve los ojos hacia sí en un acto de reflexión, la conciencia que atiende, que contempla, tiene ahora como objeto de su intencionalidad, un acto suyo anterior. La conciencia no está aislada en su castillo interior, en soledad monótona consigo misma, sin puertas ni ventanas por donde comunicarse con el mundo de las otras cosas, como pensaba Leibnitz. Al revés, el ser de la conciencia consiste en no poder estar a solas, en tener que echar mano de alguna compañía continuamente so pena de aniquilarse y perecer; en verse obligada siempre a enfrentarse con alguien; a ver, a amar, a querer otra cosa distinta de ella. Su ser no es centripeto, sino centrífugo. La conciencia es inquietud, intranquilidad, olvido de su ser y perenne ocupación y tarea con las demás cosas, en contraste con el sosiego, plenitud, aplomo y tranquilidad de las cosas corporales. La conciencia es fuga de sí misma y ansiosa búsqueda de entidades extrañas.

Ningún afán de hacer literatura me mueve al expresarme así. Ocurre que la filosofía moderna, al descubrir nuevos tipos de seres o al interpretar de manera distinta los antiguos, se ve obligada a emplear expresiones también nuevas que hubieran provocado la admiración de los viejos filósofos, más secos y precisos. Hasta que un largo trato familiar con estas nuevas entidades no haya creado una terminología filosófica nueva, capaz de expresar las nuevas realidades intuitivas, y hasta que el tiempo no haya lastrado los términos con

(1) Brentano, *Psicología*, pág. 27-8-9. Revis. de Occ. Madrid, 1935.

el peso de las nuevas significaciones, será forzoso, para hacerse entender, que acudir a metáforas, analogías y toda clase de recursos literarios. La sería dificultad con que se tropieza en la lectura de muchas obras filosóficas modernas se debe, precisamente, al uso continuo de neologismos, juegos de palabras, metáforas, etc.; se pretende con ello obtener una intelección adecuada y profunda por parte del lector. Pero quizás esta propiedad de la filosofía moderna haya contribuido mucho, en lectores poco enterados y cautos, a aproximarla, mentalmente, más a la literatura que a la ciencia.

Husserl fue devoto discípulo de Brentano. En la investigación que lleva por título: "Sobre las vivencias intencionales y sus contenidos" (1), acepta, con algunos reparos, la caracterización que de los fenó-

menos psíquicos había hecho aquel filósofo en su Psicología. Pero hemos dicho que pone algunos reparos. ¿En qué consisten? Exponerlos puede ser la mejor manera de comentar o explicar las opiniones de Husserl sobre la conciencia.

Brentano había hablado de la intencionalidad de la conciencia. Pero, preso todavía de las antiguas concepciones substancialistas, creía que la conciencia era una **cosa**; cosa muy extraordinaria y extraña, en cuanto capaz de salir de sí misma para apuntar y dirigirse a otras, pero cosa al fin. Resultaba, pues, que la intencionalidad era algo así como la propiedad de un substancia; en virtud de la intencionalidad, la substancia conciencia se dirigía y apuntaba a otra substancia. Claro que no era necesario que el objeto de la conciencia fuera siempre una cosa física. En la percepción, por ejemplo, sí; pero había otra enorme cantidad de fenómenos psíquicos, de vivencias, en que el objeto intencional no era algo corporal: cuando piensa una relación, una esencia, un número, etc. En una palabra, Brentano continuaba creyendo que la conciencia era una cosa y que, fuera de ella, más allá de sus fronteras, existía también un mundo de entidades y cosas.

La posición de Husserl es mucho más sutil. La conciencia, para él, no es una cosa entre cuyas propiedades, por ejemplo, esté la de tender hacia todas las demás. Eso supondría que la conciencia, como

(1) Husserl, Investigaciones Lógicas, Rev. de Occ. Madrid, 1923.

substancia, ya era con independencia de la intencionalidad. Que aunque no ejerciera esa función, continuaría siendo conciencia; conciencia desleal a su naturaleza, caída, anulada, todo lo que Uds. quieran, pero conciencia al fin y al cabo. En efecto, resultaría incomprensible que algo que es pudiera dejar de ser por el no ejercicio de algunas de sus propiedades, por muy esenciales que éstas fuesen. Pero Husserl niega el carácter substancialista de la conciencia y hace consistir su ser en el simple tender, apuntar, referirse a otra cosa. Fuera de su referencia intencional la conciencia no es nada; no estarse dirigiendo a otra cosa, iluminándola, haciéndola presente ante ella, es no ser, no existir.

En las "Ideas para una Fenomenología pura" es donde Husserl adopta esta posición radical. En las Investigaciones todavía encontrábase sujeto a la creencia de algo transcendente a la conciencia. Pero ahora esta posición va a tener inmensas consecuencias para el fenómeno del conocimiento. Resultaba siempre un misterio que el hombre pudiera conocer las cosas estando éstas fuera de su conciencia, representadas sólo en ellas por su substitutivo, el fantasma o imagen. Lo dijimos ya: ¿Qué nos podía garantizar la semejanza entre la cosa y la imagen? Si pudiéramos llegar a la cosa, la imagen no nos serviría de nada, y si sólo podemos entrar en contacto con las imágenes, ¿cómo sabemos que éstas son iguales a las cosas? El problema, como ven, es insoluble, a pesar de la aparente claridad de la definición de la verdad como adecuación del intelecto y de la cosa. Pero si la posición de Husserl es la verdadera, entonces el problema se hace más sencillo, por la simple razón de que desaparece. No son ahora dos realidades, el sujeto y la cosa, las que se enfrentan en el fenómeno del conocimiento; conciencia y objeto se implican ahora mutuamente. Ni el objeto es sin conciencia, ni la conciencia sin objeto. Pero entonces debemos admitir que el único objeto de que cabe hablar con sentido es éste que se proyecta en todo momento ante la conciencia. El conocimiento del ser no es indirecto, a través de una imagen; lo que la conciencia aprehende eso es el ser, el único ser.

LA ESTRUCTURA DE LA CONCIENCIA

Pero no sólo se opone Husserl a Brentano al negarse a considerar la conciencia como algo substancial. Aunque admita la intencionalidad de la conciencia no admite la intencionalidad de lo psíquico; es

decir, para Husserl no todo lo psíquico es intencional. Hay momentos —la palabra momento en Husserl tiene la significación precisa de parte no independiente de un todo—, de la conciencia no intencionales. La palabra **acto** sirve para expresar una vivencia intencional. Pero hay vivencias o realidades psíquicas no intencionales. ¿En qué consisten?

Hay fenómenos psíquicos no intencionales; mejor sería decir que hay momentos, partes de los complejos fenómenos psíquicos que no son intencionales. Todo lo que de real hay en la conciencia no es de la misma naturaleza. La intencionalidad resulta de la fusión de dos elementos reales, que ahora ya es preciso bautizar con la típica terminología de Husserl: los elementos **hyléticos** —de *ὕλη* materia, en griego—, y los **noéticos** —de *νόησις* pensamiento—. Es decir, que en la conciencia, como elementos reales, temporales, de la misma, existen dos constitutivos: la materia y la forma. Esta manea de explicarse el conocimiento, como resultado del encuentro de esos dos elementos, materiales y formales, tiene su origen en Kant. En este pensador la materia está constituida por las sensaciones; pero las sensaciones son algo caótico, desordenado, incapaces de revelarnos o mostrarnos una cosa. Las sensaciones son el resultado de la pasividad de la conciencia; las huellas que en la conciencia producen los estímulos de las cosas exteriores (1). Para que ante la conciencia se revele un objeto es preciso que esas sensaciones sean ordenadas por las intuiciones **a priori** de la sensibilidad, espacio y tiempo, y por los conceptos **a priori** o categorías del entendimiento. Todos estos elementos son formales, ordenadores; la realidad, el fenómeno, aparece, justamente, por obra de la capacidad constructiva de dichos elementos formales.

(1) Este es uno de los puntos más difíciles de la filosofía kantiana. Evidentemente las sensaciones son el fruto de las impresiones de los estímulos exteriores. Pero aquí se suponen dos cosas: 1º Que hay un exterior y un interior, cuando este par de conceptos presuponen el del espacio, que no es real, sino una intuición a priori de la sensibilidad. 2º Las sensaciones son el resultado, el efecto de la acción de los estímulos. Pero esto supone la admisión y validez real de la causalidad que en Kant es sólo concepto a priori o categoría del entendimiento.

Aproximadamente, la posición de Husserl es igual, sólo que ahora las sensaciones no son referidas a la acción de ningún objeto transcendente, puesto que la actitud fenomenológica impide la admisión de cualquier hipótesis metafísica; además, la función de los momentos formales no es constructiva ni ordenadora; la tarea y misión de la forma, de la nóesis es mostrar, revelar un objeto, no construirle. Una conciencia que sólo constase de momentos hyléticos, materiales, no sería una conciencia; nada se revelaría ante ella; al perder la intencionalidad, esa maravilla de las maravillas, como dice Husserl, es decir, la virtud de aprehender cosas ajenas, la conciencia sería una cosa, algo macizo, encerrado en sí mismo, o mejor aún, no sería nada. De igual modo, resulta incomprensible una conciencia que sólo funcionase con los estratos noéticos o formales, sin base material. También Kant, recuérdese, hablaba de que las categorías sin intuiciones son vacías.

Los elementos materiales o hyléticos, que sirven de soporte a los momentos de intencionalidad, son las sensaciones. Pero la palabra sensación es equívoca; el no haberse dado cuenta de este equívoco es el defecto fundamental de toda la filosofía anterior, sobre todo del empirismo. En efecto, las sensaciones, como pertenecientes o componentes del estrato hylético de la conciencia, son subjetivas, reales, temporales. Transcurren en el tiempo inmanente; pero he aquí que los actos noéticos funcionan y lo que antes era pura subjetividad sirve para que ante la conciencia aparezca un objeto intencional; ahora las sensaciones ya no son subjetivas, sino que aparecen como propiedades —color, olor, sabor, etc.— del objeto intencional. El azul le vemos allí, extendido sobre el pétalo de la flor o decorando la inmensa bóveda celeste. Dentro de la posición metafísicamente neutra de la Fenomenología no podemos decir que el azul esté situado fuera de la conciencia. En cuanto lo percibo como cualidad de una cosa pertenece a la conciencia, pero ahora ya no como un elemento o constituyente real de la conciencia, sino como un elemento ideal. Más adelante entenderán esto mejor.

Hace un momento empleé una expresión que no sé si habrá producido en la mente de Uds. alguna extrañeza: tiempo inmanente; todos saben que el término inmanente significa, etimológicamente, lo que permanece en; inmanente a la conciencia significa, pues, lo que es en la conciencia, está **dentro** de la misma. Esto es claro, pero

aplicar el adjetivo inmanente al tiempo, interiorizarle, introducirle en la conciencia, parece una audacia excesiva. Y, sin embargo, es el resultado natural del empleo del método fenomenológico al análisis que estamos realizando de la conciencia pura. Recuerden Uds. que dicho método consistía en poner entre paréntesis todos los momentos objetivos. Ahora bien, el tiempo puede ser también, junto a las cosas, el correlato intencional de la conciencia. Pienso el tiempo como el árbol o la nube. Hay, por consiguiente, un tiempo objetivo, transcendente a la conciencia, el tiempo de los físicos, ese que se mide al compás del péndulo de un reloj. Pero cuando volvemos de los momentos objetivos a los subjetivos, cuando contemplamos la corriente de las vivencias en su perenne fluir, ese tiempo, el objetivo, el tiempo por que Uds. preguntan cuando inquieren la hora, queda anulado, encerrado entre paréntesis por la *ἐποχή* fenomenológica. Pero queda otro tiempo, el de la conciencia, que, como acabamos de decir, consiste en un fluir. Las horas y minutos de este tiempo, el inmanente, nada tienen que ver con los minutos y horas del real físico. De ahí, que Husserl distinga también en las "Ideas" entre dos clases de realidad. En las "Investigaciones lógicas", cuando todavía muchos de los profundos análisis de las "Ideas" no existían o existían sólo en bosquejo, Husserl distinguía simplemente entre real e ideal. Lo real era individual y temporal; lo ideal, general e intemporal. Pero ahora, en las "Ideas", véese obligado a hacer una distinción en el campo de lo real: la distinción entre lo real físico y lo real psíquico, que podría considerarse como irreal. Lo físico es lo que existe en el tiempo objetivo, transcendente; lo psíquico, lo que existe en el tiempo también, pero inmanente.

En virtud de la intencionalidad, que hace intuitivos los momentos hyléticos de la conciencia, se alza frente a ésta un objeto. Vamos a detenernos en el estudio de estos correlatos intencionales u objetivos de la conciencia. Al acto de percibir corresponde un contenido percibido, y así en todos los demás fenómenos psíquicos. Podemos, pues, decir que a todos los actos de intencionalidad corresponden los contenidos objetivos que Husserl denomina nóemas. Pero la palabra objeto y objetivo son también equívocas. Por objeto se entiende la cosa, real o ideal, la mesa o el triángulo, por ejemplo, Pero nosotros **no vemos** la mesa, toda la mesa. O si prefieren, vemos en cada momento una mesa distinta. Si voy dando vueltas a la mesa va variando, con mi recorrido circular, la percepción de ella. En cada momento

percibo algo distinto y, sin embargo, el objeto de todas esas percepciones diversas, la mesa, pensamos que es el mismo. Los múltiples nóemas se refieren a un objeto único. Yo no puedo contemplar el objeto sino a través de un nóema. En realidad el objeto no es nada. Nunca me es dado en sí mismo. Lo que en mi conciencia hay como objeto, como correlato objetivo de un acto de intencionalidad, es un nóema. Por lo tanto, podemos llamar objeto tanto al nóema como a ese segundo objeto, transcendente a la conciencia, al cual me puedo referir a través de nóemas distintos. Lo transcendente no es otra cosa sino la posibilidad siempre existente en principio de percibir la cosa, es decir, de ofrecérseme bajo la forma de un nóema determinado. Siempre que entro en esta habitación y miro hacia ese rincón se me ofrece un objeto a la conciencia en forma de piano. Nunca, probablemente, el nóema ha sido igual; la luz, el lugar de la visión, etc., han variado. Pero esa posibilidad de obtener un nóema parecido, aunque distinto, es lo que me hace creer en la existencia ahí, a unos pocos metros, de un objeto que denomino piano. Como ven Uds. lo que constituye la esencia de la objetividad es la identificación, el atribuir tales y tales cosas, propiedades, cualidades, etc., a un objeto. Es más o menos también lo que pensaba Kant. Al colocar la categoría de substancia como soporte de las sensaciones, identificaba a éstas como propiedades de un algo, de una cosa, de una substancia, es decir, las objetivaba. En Husserl, la función de las nóesis consiste también en identificar el material amorfo de las sensaciones, convirtiéndolas en propiedades de algo, de una X, soporte o sostén de todo sentido objetivo. Me explicaré con algún mayor detenimiento; el material hylético se compone de sensaciones puras; todavía no hay objeto si esas sensaciones subjetivas —permitaseme la expresión—, no son interpretadas como cualidades de algo objetivo; para lograr esto último es necesario un acto real de intencionalidad, es decir, de nóesis. Empero intencionalidad quiere decir que ahora la conciencia se halla ante un objeto; lo que antes vivía como sensación, ahora es vivido como cualidad. Pero para que la sensación de azul sea interpretada como cualidad se necesita que sea cualidad de algo. Ese algo que se supone, es decir, que se pone debajo de las cualidades, como sujeto de ellas, que las une entre sí como propiedades de **una misma** cosa, que hace posible la objetividad, es lo que al mismo tiempo permite la intencionalidad de la conciencia. Husserl denomina a ese algo, a esa X, el sostén del sentido, la X vacía a determinar; es lo que hace posible el nóema.

Pero en todo nóema, además de ese sostén existen las determinaciones de ese sostén, sus cualidades, las sensaciones subjetivas, que ahora valen, se manifiestan como las notas o determinaciones del objeto. El sostén desnudo se viste ahora con un rico ropaje. Es el núcleo del nóema o la materia del nóema. Recuerden lo que decía hace un momento: si giro alrededor de esta mesa cambian los colores, las perspectivas, etc.; el sostén, en cada caso es el mismo, pero va variando con mis posiciones el núcleo de los correspondientes nóemas. La manera como el objeto se me da, es decir la estructura noemática concreta, producto de un punto de vista, de una manera especial de dirigirse la conciencia a una unidad objetiva siempre idéntica, se denomina **sentido** del nóema. Pero no con ello queda constituido el nóema pleno. En efecto, el mismo núcleo y sentido noemático puede variar según que me lo represente, lo recuerde, lo perciba, lo ame o lo quiera. Suponiendo que uno de Uds. y yo contemplemos a una misma persona, desde un punto de vista igual, tendríamos sentidos noemáticos similares; y sin embargo, en caso de que yo la amase y la otra persona la aborreciese, los nóemas respectivos variarían como resultado de esas diversas atmósferas sentimentales de que estaban impregnados. A esta manera de constituirse los nóemas como resultado de actos diferentes, la denomina Husserl "tesis". Todo nóema, pues, tiene un sentido y una tesis. Y ahora sí que podemos decir que nos hallamos ante el nóema pleno. Pero quisiera hacer una advertencia fundamental, y les ruego a Uds. que presten atención a lo que voy a decir, pues es de la máxima importancia. La tesis del nóema, el que éste sea amado, odiado, visto, imaginado, querido, etc., no es algo que tenga que ver sólo con la subjetividad, con el acto de intencionalidad —nóesis—, o con el modo de aprehensión. Así es como se piensa corrientemente. En efecto, opinamos que el hecho de amar o de querer a una persona, en nada modifica a ésta. Pero si Uds. han calado en todo lo que hemos venido diciendo habrán llegado a la conclusión de que entre la nóesis y el nóema existe una perfecta correlación; diríamos que el ser de la nóesis condiciona el ser del nóema y que cualquier momento de éste corresponde a un momento de la nóesis. En palabras de un comentarista y expositor de Husserl: "si no hay ningún momento noemático sin un momento noético correspondiente, y si los momentos noemáticos nos remiten (en cuanto momentos no independientes) a los momentos noéticos, queda dicho con ello que todas las constituciones noemáticas nos remiten a constituciones noéticas. Expresado de otra manera: lo noe-

mático es una constitución condicionada por lo noético" (1). Por consiguiente, a nóesis distintas corresponden nóemas distintos y a la inversa. Ya no es, pues, indiferente al objeto el que yo le ame o le odie. No puede serle indiferente por el hecho de que se convierte en un objeto distinto. El amor y el odio constituyen a los respectivos objetos en objetos dignos de amor y de odio, en amables y odiosos. Y el ser amables y odiosos son ahora cualidades del objeto tan objetivas como el color, el sabor, la temperatura, etc.

Ahora bien, ¿en qué consisten esas cualidades? Sencillamente, en que los objetos poseen ahora una determinación de que carecían antes, a saber, un **valor**. El valor, es tan objetivo como la azulidad. Nos son valiosas las cosas porque las quiera, sino que las quiero porque son valiosas. De ahí ha partido toda la moderna filosofía de los valores y la posibilidad de una reforma radical de la Etica, de la Estética y, en general, de todas las disciplinas filosóficas que tienen por objetos valores y no cosas.

Así pues, podemos resumir ahora algunas conclusiones a que hemos llegado en nuestra exposición de la estructura de la conciencia. El que la conciencia sea intencional, se dirija a un objeto, tienda siempre a otra cosa distinta de ella, quiere decir, a la luz de los conocimientos adquiridos, lo siguiente: que los elementos hyléticos o materiales de la conciencia, vivificados por la nóesis, por el acto intencional, aparecen ante la conciencia como un nóema, el cual, a su vez, hace referencia a un objeto. La conciencia apunta al nóema y éste al objeto. Hay dos intencionalidades: la de la conciencia al nóema y la de éste a la cosa. Por eso, les decía a Uds. que la conciencia se refiere al objeto a través de un nóema. Lo hylético y lo noético forman parte de la corriente real de las vivencias; lo noemático, por el contrario, es un momento ideal de la conciencia. Lo mismo que en la lección anterior vimos que al acto de dar sentido a una palabra correspondía siempre una significación, ahora a la nóesis corresponde un nóema. Y lo mismo que allí el acto de dar sentido era un acto real de la conciencia mientras que la significación era algo irreal, ideal, así también aquí al momento real de la nóesis corresponde el ideal del sentido noemático. El objeto, en el sentido de transcendente,

(1) T. Celms, obr. cit. pág. 99. El subrayado es mio.

aquello a que se refiere el nóema y la vivencia intencional completa a través de él, puede ser destruido, cortado, arder, pero los nóemas no pueden ser sujetos de esas peripecias. El piano puede estar desafiado, pero no mi conciencia de él, el nóema, el correlato intencional de la nóesis. Hay, pues, una objetividad transcendente y una "peculiar objetividad inherente a la conciencia", una objetividad inmanente, el nóema, en expresión de Husserl (1).

CLASES Y JERARQUIAS DE LAS VIVENCIAS

No es posible terminar el estudio de la estructura de la conciencia sin plantearnos el problema de las clases de vivencias o de fenómenos psíquicos. Hace un momento, al hablar de la "tesis" del nóema, hablamos del querer, del amor y del odio, de la percepción, de la representación, etc. Los psicólogos de todos los tiempos han intentado clasificar los fenómenos psíquicos. No es hora ni ocasión de que nos pongamos a estudiar los diversos ensayos realizados al objeto. Pero si les indico que la razón es una potencia simplificadora y que no descansa, por tanto, mientras no ha logrado reducir la multiplicidad a unidad. Los escolásticos hablaban de potencias o facultades del alma. En el siglo XVIII la autoridad indiscutible de Kant popularizó la división tripartita de los fenómenos psíquicos en inteligencia, sentimiento y voluntad, al tomarla como base para la construcción de sus tres *críticas*, de la razón pura, de la razón práctica y del juicio. Pero después de Kant se intentó una mayor unificación aún, hasta convertir toda la complejidad de la vida psíquica en algo derivado de la sensación, fenómeno básico y fundamental. Brentano, el maestro de Husserl, en el libro que ya conocen Uds., en su *Psicología*, se pronunció de nuevo por la división tripartita; pero con una originalidad: lo que antes constituía un grupo, la inteligencia, fue dividido en dos; y los otros dos grupos o clases de fenómenos psíquicos, los sentimientos y las voliciones, fueron en cambio reducidos a una sola clase. Había un antecedente para esta división en la filosofía de Descartes. La división se establecía ahora en función de las formas de intencionalidad de la conciencia, su característica principal como ya sabemos. O bien aprehendo los objetos sencillamente y tenemos la representación, o bien me pronuncio acerca de ellos, afirmándolos y

(1) Idem, parágrafo 128.

negándolos y tenemos los juicios; o bien, finalmente, me dirijo a ellos amándolos u odiándolos y tenemos lo que Brentano llamaba fenómenos de amor y odio. Ahora, de un modo o de otro, había un hecho cierto, a saber, la primacía de la representación sobre los otros fenómenos psíquicos. Así Brentano estableció el principio siguiente que lleva su nombre: todo fenómeno psíquico es una representación o está fundado en una representación. Tanto para juzgar como para amar u odiar es necesario que, previamente, tengamos la representación de la cosa juzgada, amada u odiada. ¿De qué manera interpreta Husserl este principio?

Ya dijimos que los actos intencionales por sí mismos, las nóesis, no son capaces de producir vivencias intencionales completas, es decir, vivencias en que la conciencia se encuentre ante un objeto. Para eso se necesita siempre del concurso de los datos materiales o hyléticos. Ahora bien, esos datos materiales que permiten la acción y actuación de los actos intencionales y que, por consiguiente, abstraídos de éstos son vivencias, fenómenos psíquicos, pero no intencionales, son los que Husserl denomina contenidos expositivos o intuitivamente representantes. Son de dos clases: los contenidos intuitivamente representantes de la percepción, que son las sensaciones, y los contenidos de la representación que son los fantasmas o datos sensibles de la imaginación. Ahora, como los fantasmas, las representaciones, tienen su origen en las percepciones, se pueden considerar las sensaciones como los datos hyléticos, materiales, sobre los que se construye todo el armazón de la vida psíquica. También, pues, en Husserl hay una primacía de lo teórico, de las meras representaciones o aprehensiones, sobre lo afectivo y lo volitivo. No se trata de que los fenómenos psíquicos se reduzcan a sensaciones o a percepciones, sino de que todos los demás fenómenos de la vida psíquica tienen que apoyarse en el peldaño básico de la sensación o, mejor aún, percepción. Y, sin embargo, el principio de Brentano queda algo modificado en Husserl a causa de su análisis de la estructura de la conciencia y de su descubrimiento de esa correlación noético-noemática a que nos hemos referido en esta lección. Recuerden Uds. lo que era la "tesis" del nóema. Un núcleo noemático acompañado de su "sentido", podía ser objeto de una serie de actos intencionales diferentes, objeto de amor, de odio, de deseo, de la percepción o del recuerdo. Pues bien, como ahora se ve, la percepción, que es lo mismo que la representación en Brentano, es una "tesis" al lado de otras muchas

posibles igualmente. La representación, pues, tomada en este sentido, como una "tesis", es decir, como una forma de la intencionalidad, no precede ni sirve de fundamento a los demás fenómenos psíquicos. Se halla al mismo nivel que la imaginación, la fantasía, el amor, el odio, el querer, etc. Pero si, en cambio, tomamos la palabra representación no en este sentido preciso sino en el más general y vago de núcleo noemático acompañado de un sentido, entonces vale también para Husserl el citado principio de su maestro Brentano. Cuando a esta representación se añade el acto de intencionalidad "tético", en virtud del cual aprehendemos la cosa como real y existente ahí, fuera de mí, resulta entonces la percepción o representación en su más estricto sentido. De todo lo anterior se deduce que hay esferas superiores e inferiores de la conciencia. Hemos supuesto, para la mejor comprensión de la estructura de la conciencia, que a un sólo acto noético corresponde un sentido noemático, un nóema. Pero es siempre posible que varios actos noéticos actúen con sus características intencionalidades, para llevar a cabo un nóema, una objetividad que, claro es, en este caso, no será una objetividad sencilla y simple, sino, si se nos permite hablar así, compuesta, gracias al principio fundamental del perfecto paralelismo entre los actos noéticos y los correspondientes contenidos noemáticos. Por ejemplo, la percepción sería, según acabamos de ver, una vivencia de grado inferior. En virtud del acto tético de percepción, la cosa se me ofrece como presente ante mí, pero como neutra, es decir, sin provocar en mí ningún sentimiento de amor ni de odio, ningún deseo, ninguna apetencia. Pero he aquí que, de pronto, comienzo a amarla; ¿qué quiere esto decir, traducido a la terminología a que ya nos hemos acostumbrado después de lo expuesto a lo largo de estas dos lecciones? Pues sencillamente que al acto intencional en virtud del cual se constituye la cosa como percibida se añade ahora otro tético de amor, que modifica la estructura del nóema y lo convierte, además de representado o percibido, en amable, digno de ser amado. Como dice Husserl: "las esferas "superiores" de la conciencia son aquellas en las cuales están superpuestas varias nóesis en la unidad de una vivencia concreta, y, por ende, fundados igualmente los correlatos noemáticos". Ahora, constituye una ley fenomenológica, fundada en la esencia de la estructura de la conciencia, que las capas o esferas superiores de la misma se basan en las inferiores. La aprehensión neutra del objeto, la mera representación, es la base sobre la que pueden montarse las otras nóesis, las valoraciones, los deseos, los actos de voluntad, etc. Si no hubiera

cosas, no habría valores; de la misma manera, si no hubiera cosas reales, no existirían esencias de las cuales aquéllas son las ejemplarizaciones. Hay, pues, una primacía de lo real sobre lo ideal en el campo ontológico, que coincide con la primacía de lo teórico sobre lo práctico y lo valorativo en el campo del conocimiento y de la estructura de la conciencia. La objetividad es distinta según la clase de actos objetivantes, nóesis o actos téticos. No es el mismo el objeto meramente contemplado que amado. En éste existe, además de su pura realidad de cosa, un algo imponderable que es el valor. El amor, dijimos, no es un fenómeno subjetivo solamente; como consecuencia del paralelismo perfecto entre lo noético y lo noemático convierte al nóema en otro distinto, en nóema amable. Pero la amabilidad de una cosa y, repito, la amabilidad significa ahora una propiedad tan objetiva como el color, el sabor, el aroma, etc., presupone la existencia de dicha cosa, como el color una superficie en donde extenderse. Por consiguiente, "el ser indiferente" objeto de la actividad contemplativa es la forma primaria del ser" (1).

EL YO PURO

Sólo nos queda hoy ver un último problema: el de la unidad de la conciencia. Como hemos explicado ya, la conciencia está constituida por una corriente de vivencias intencionales, que se desarrollan en el tiempo inmanente, el tiempo de la conciencia a que llegábamos después de realizar la reducción fenomenológica. Ahora bien, ¿qué es lo que enlaza unas con otras a las diversas vivencias de una conciencia? Se dirá que el pertenecer, justamente, a una conciencia. Pero ¿qué es la conciencia fuera y aparte de las vivencias que llamamos suyas? La conciencia no es una cosa, una substancia. Atengámonos fielmente a los datos que nos suministra el empleo del método fenomenológico. Encontramos vivencias, mejor aún, esencias de vivencias de una conciencia que hemos llamado pura. Pero, en realidad, aunque hablamos de vivencias de una conciencia, aquello con que tropezamos no es nunca la conciencia sino una vivencia. La conciencia es, pues, un nombre para designar la multiplicidad de vivencia; pero de vivencias, además, que parecen estar unidas por algo. Esta corriente de vivencias en la que yo he ido perfilando los conceptos que he ma-

(1) J. Xirau, obr. cit. Pág. 153.

nejado en esta lección es distinta de la corriente de vivencias de Uds. al escucharla.

En las Investigaciones lógicas, Husserl, preso todavía algún tanto del positivismo de la época, negaba que hubiese un sujeto de las vivencias, pero en las Ideas admite su realidad. Lo que hay de familiar entre las vivencias, lo que unifica a las múltiples vivencias de una corriente, es su pertenencia a un yo. El yo no es "una vivencia entre otras vivencias, ni es tampoco como un fragmento de vivencia propiamente dicho, que apareciese y desapareciese de nuevo con la vivencia de que sería fragmento" (1).

"Este yo es el que "tiene" las vivencias con todos sus momentos reales e ideales en su integridad; en suma, el que tiene la íntegra corriente de vivencias, el que se "vive" a sí mismo en las vivencias (2). Ahora, estas vivencias a que nos estamos refiriendo son las vivencias puras; también ese yo, sujeto de las vivencias, que hemos tenido que admitir, no es un yo empírico, el yo de Uds. o el mío, sino un yo puro.

Ahora, el empleo consecuente del método fenomenológico nos ha obligado a movernos dentro del campo de la conciencia pura. Todo lo que podemos afirmar es la realidad de la conciencia, como ya lo había dicho Descartes, y la realidad de los momentos, reales e ideales, que la constituyen. Si podemos describir con toda seguridad la constitución eidética, esencial, de la conciencia, en cambio, no podemos salir fuera de ella, traspasar sus umbrales y gozar la caricia del aire fresco de la transcendencia. ¿Será verdad que el conocimiento humano no puede pretender la obtención de conocimientos seguros y firmes sino a costa de renunciar a lo externo y de contentarse con el mundo interior de la conciencia? ¿Es que la última palabra de la filosofía será el *solus ipse*, el solipsismo, el sólo existo yo? En la próxima lección, al tratar del idealismo fenomenológico de Husserl tendremos que enfrentarnos con estos problemas.

(1) Husserl, Ideas, párrafo 57.

(2) T. Celms, obr. cit. pág. 105.

LECCION 3ª

EL IDEALISMO FENOMENOLOGICO DE HUSSERL

CONCIENCIA ACTUAL Y CONCIENCIA VIRTUAL O POTENCIAL

Tenemos que comenzar la lección de hoy por una diferencia que establece Husserl y que tiene gran importancia para los problemas que vamos a tratar: me refiero a la distinción que establece entre conciencia actual y virtual o potencial. Cuando hablamos en la lección primera de las palabras y de los actos mentales que las confieren sentido y significación, dijimos que había que distinguir los actos de dar sentido de los de cumplir el sentido. Al pronunciar una palabra con sentido mento una objetividad, me refiero o apunto a ella por un simple acto de mención, por medio del pensamiento vacío. Digo, por ejemplo: "por hemos rico somos" y sentimos en nuestro interior como una especie de fraude; las palabras nos daftaudan porque no podemos sobre ellas montar o lanzar ningún acto de mención. Lo que en nosotros hay al pronunciar ese conjunto de palabras es sólo la sensación auditiva que producen. Son como un sonido o ruido que llega a nuestros oídos. Cuando uno de esos pájaros parlantes, que se visten de gala, con aterciopelados penachos de plumas de vistosos colores, lanza algún sonido articulado que ha oído repetidas veces, llenamos nosotros de sentido dicho sonido, le convertimos en vehículo portador de una significación; realizamos un acto de dar sentido a la palabra; justamente eso es lo que no hace ni puede hacer el airoso animal; falta a su vocalización el acto de dar sentido que convertiría el sonido en palabra con sentido. Nosotros, en cambio, podemos hacerlo; en esa *dación* de sentido consiste la esencia del lenguaje.

Pero decíamos también que ese acto de dar sentido, suficiente para que en la comunicación espiritual de los seres humanos la palabra funcione no como ruido sino como palabra, no va, generalmente, solo; lo normal es que al acto de dar sentido acompañe un acto de cumplir el sentido, de llenar el pensamiento vacío con una presentación, con algo, con la presencia efectiva ante la conciencia de aquello mencionado pero no intuitivo en el simple acto de mención significativa. Puedo decir "el Estado ecuatoriano" y entender el significado de esa frase; pero puedo también tratar de intuir el **objeto**

mentado pero no visto en aquel acto mental primero de conferir sentido a las palabras. Estoy seguro que si yo les invito ahora a Uds. a que traten de cumplir esa significación, de hacérsela presente, lo que cada uno intuya será distinto de lo que intuyan todos los demás. Uno se representará el mapa del país; por la mente de otro ondeará, sin ningún viento que la mueva, la bandera amarilla, azul y roja; quizás otro contemple, en rapidísima visión cinematográfica, algunas imágenes familiares de pueblos, campos y ciudades; y así sucesivamente. Precisamente esa posibilidad de dirigirse a un mismo significado por medio de imágenes o representaciones diferentes es lo que nos había permitido refutar al sensualismo y mostrar el carácter ideal de las significaciones. Si no existiera algo más en el lenguaje con sentido que las ideas, en el sentido que a esta palabra conferían los empiristas y sensualistas, resultaría que no habría más que la bandera, las visiones del mapa, de las ciudades y campos, etc.; no serían univocas, sino multivocas; y como, además, yo no podría saber la idea que la palabra pronunciada despertaba en la mente de Uds. la conversación, el lenguaje, serían imposibles. Viviríamos aislados, cada uno de nosotros con su sucesión de imágenes, sin posibilidad de acceso a los demás, de intercambio espiritual.

Tendemos, pues, a festejarnos con la presencia real del objeto u objetividad mentados en el acto de dar sentido. Me interesa ahora que Uds. vean que esto no es una particularidad del lenguaje y de los actos lógicos, sino característica general de toda la vida de la conciencia. Efectivamente, sabemos que las vivencias, cualquiera que sea la clase, se basan siempre en una representación. Da lo mismo, para los fines que ahora nos interesan, que tomemos esta palabra en el sentido amplio de núcleo noemático con un sentido, que en el más restringido de representación o percepción en el sentido corriente, es decir de aquella representación primera más la "tesis" representativa, producida ahora merced a la existencia en las nóesis de un acto especial de intencionalidad, tético; lo cierto es que las valoraciones, los deseos, las apetencias, etc., requieren la presencia de una representación. La razón es bien clara: los actos de intencionalidad necesitan de unos datos materiales, hyléticos, que ordenar y que objetivar; ahora bien, esos datos materiales, expositivos, son las sensaciones. Sin materia, la nóesis sería incapaz de objetivar nada. Ante la conciencia se presenta un mundo vistoso y con color por la existencia de esas sensaciones amorfas, caóticas en el sentido kan-

tiano, que, justamente, la nóesis se encarga de objetivar, es decir de convertir en propiedades, en notas, en cualidades de una cosa. La función de la intencionalidad, como la de la unidad sintética de la apercepción en Kant, es la de atribuir la serie inconexa de sensaciones a una X, a algo, al puro concepto vacío de cosa. Al unir unas con otras las sensaciones bajo el común denominador de propiedades de una cosa, estoy construyendo, al mismo tiempo que la realidad, la posibilidad de mi conocimiento de la misma. Por lo tanto, lo que primero surge ante la conciencia es la cosa, la cosa neutra, la mera representación o percepción. Ahora, y esto es a lo que quería venir a parar, en toda vivencia perceptiva hay más mentado que intuido, al igual que en la esfera del cumplimiento significativo éste no siempre **llena** y satisface a todo lo mentado o significado. Hay siempre un vasto campo de intenciones no cumplidas en la percepción, que es, sin embargo, la forma más completa y perfecta de darse el ser ante la conciencia. Fácil es que Uds. comprendan lo que quiero decir con un sencillo ejemplo: en la percepción de un árbol, valga por caso, por mucho que vea lo que me es dado, no es nunca todo el árbol; la parte posterior del tronco no me es presente, sino copresente. Y, sin embargo, ¿no es cierto que de algún modo también dicha parte me es dada a la conciencia? Me es dada porque mi intención se dirige al árbol en su totalidad; no me es dada, porque sólo la parte anterior se me hace efectivamente presente. La prueba de que también la parte trasera me es dada en cierta forma es que, si diéramos la vuelta al árbol y nos encontráramos que su tronco, en lugar de abombado, era hueco, y, en lugar de hecho de madera arrugada, era de aluminio, nuestra sorpresa sería grande. Diríamos que no esperábamos aquello; que lo que esperábamos era **otra cosa**, un tronco de árbol normal. Todo ello quiere decir que esa otra cosa normal **estaba** en mi conciencia, me era co-presente, contaba con ella; que, sin ofrecerse en persona a mi conciencia, ésta la tenía presente en la forma de un **confiar que estaba allí**, escondida detrás de la superficie visible del tronco. Hay, pues, en toda percepción, una serie de cosas, propiedades, que me son presente, junto a otras que, sin ofrecérseme, forman una especie de halo o atmósfera en derredor de la cosa percibida; que están ahí, latentes, prestas a dar un paso y colocarse en el primer plano; que no son debidamente atendidas por la conciencia, pero de las cuales ésta tiene como un vago conocimiento. Durante mucho tiempo se pensó que la imperfección de la percepción sensible debíase a las limitaciones naturales de nuestro ser humano.

Husserl piensa, por el contrario, que es esencial a la naturaleza del fenómeno psíquico percepción, este no presentar jamás al objeto en su integridad, el dejar siempre más allá de la actual percepción un plano de cosas mentadas pero no intuitas. Y esto lo mismo que se trate de la percepción de un hombre que de la percepción de un dios.

Comprendemos ahora por qué razón no hay un límite en el conocimiento de los objetos de las ciencias empíricas; por qué estas ciencias no pueden nunca descansar y considerar completamente terminada su tarea. La dificultad de la percepción completa no estriba en lo **mucho**, en la **cantidad** de cosas, sino más bien en una cuestión de profundidad. Aunque sólo existiese en el universo una cosa, ésta no me sería dada nunca en su totalidad; tendríamos que ir dándole vueltas, sumando las distintas percepciones y siempre, cualquiera de ellas, nos remitiría a un conjunto de percepciones en potencia, latentes, que aspiraban a hacerse presentes a nuestra atención, objetos de nuestra conciencia actual.

Esta distinción entre lo que me es dado en el modo de su íntegra plenitud y, por el contrario, en el modo de la mera referencia no cumplida, tiene una enorme importancia para mostrar el sentido que puede tener la objetividad, la transcendencia, para Husserl. El empleo del método fenomenológico supone, como sabemos, la abstención de toda posición e hipótesis metafísicas sobre la realidad independiente de los objetos percibidos por la conciencia. De la mesa como independiente, como "cosa en sí", nada sé; lo único que puedo afirmar con seguridad es la existencia de mi conciencia actual de la mesa. Todo esto está muy bien y ya lo había remachado hasta la saciedad Berkeley. Pero sin salir de la actitud fenomenológica, es decir, del idealismo, lo cierto es que mi conciencia de la mesa no es sólo eso; la prueba es que también tengo conciencia de sirena y entre una y otra hay una gran diferencia; no por el lado de la cosa, pues en la actitud fenomenológica, realizada la *ἐποχή*, desinteresado por lo trascendente, tan insegura e incierta, tan problemática me resulta la mesa como la sirena. Pero es que por el lado de la vivencia —y, claro es, el carácter de la vivencia influye también en el carácter de la cosa— no tengo conciencia de la mesa del mismo modo como tengo de la sirena. Tengo conciencia de la mesa como estando ahí, delante e independiente de mí, aunque no lo esté; por el contrario, la sirena escorza sus abultadas curvas ante mi conciencia como dicién-

dome que es sólo una broma, un ente de ficción, aunque en realidad estuviese ahí.

Pero apretemos más la cosa aún: hay vivencias intencionales, actos, en que el objeto se me da como estando ahí, enfrente de mí y sin embargo, decimos que no es, que no existe; por ejemplo, en las alucinaciones. La alucinación en nada se diferencia de la percepción desde el punto de vista de los caracteres del acto. ¿Por qué, entonces, atribuir la realidad a un objeto y al otro nó?

En la percepción normal, dijimos, con lo presente se me dan co-presentes una multitud de cosas; cosas que yo puedo hacer presentes con cambiar, por ejemplo, la posición de mi cuerpo. Aquello con lo que contaba y no intuía, se me ofrece ahora tal como yo lo esperaba, es decir, no me defrauda. A su vez, estas nuevas presencias me remiten a otras cosas latentes que en su día, si quiero, pueden ofrecérseme en la intuición. En la alucinación, en cambio, no ocurre nada de esto. Esperaba del objeto tal o cual comportamiento y no lo realiza. Las sucesivas experiencias a que puedo someter el objeto no concuerdan; lo que esperaba no logra hacerse intuible y presente. Lo que llamamos, por consiguiente, objetividad no radica en la experiencia de una cosa, sino en la experimentabilidad. "Hay desde las percepciones actuales, con su campo de segundo término, que aparece realmente, otras series de percepciones motivadas de un modo continuamente concordante, con campos de cosas siempre nuevos (haciendo de segundo término no observado), que conducen hasta aquellas conexiones de percepción en las cuales hace su aparición y es objeto de nuestra aprehensión la cosa de referencia... Sería, por lo tanto, una hipótesis completamente infundada la de una transcendencia que careciese del enlace descrito, por medio de conexiones de motivación concordantes, con mi correspondiente esfera de percepción actual. Una transcendencia que careciese por principio de este enlace es un **non-ens**", dice Husserl (1). Apuntamos a un objeto a través de un nóema; el sentido que puede tener la objetividad no es, pues, otro sino la posibilidad siempre abierta de realizar experiencias concordantes.

(1) Ideas, párrafo 45.

LA APERCEPCION ANALOGICA

Ahora, para que al contemplar un objeto me pueda ser dado un co-presente con lo actualmente intuido, es necesario remontarnos a una "creación primera", en que el objeto se constituyó por primera vez ante la conciencia. La primera vez que contemplamos un objeto, no sabemos lo que dicho objeto contiene por el anverso. Ahora, una vez presente también ante nosotros la parte posterior, podemos en lo sucesivo, ante la nueva presencia de dicho objeto o de objetos parecidos, mentar también, con lo aprehendido realmente, aquello otro no intuido pero visto en otra ocasión. Lo que nos da garantías de que el objeto por el otro lado, por ejemplo, ha ser así y no de otro modo, es la identificación de este objeto como perteneciente a la misma clase que el antiguo y la analogía, por consiguiente, de lo ahora no presente, pero mentado, con lo que en la primera presentación pudimos efectivamente contemplar. Hay, pues, en toda percepción una analogía; analogía de esta cosa con otras cosas vistas, lo que permite la identificación de la cosa y, en segundo lugar, presumible analogía de lo ahora no visto con lo visto en cosas parecidas en ocasiones anteriores. Esta analogía no tiene nada que ver con un razonamiento de analogía. No contemplé la cara anterior del árbol y deduzco que la posterior debe ser de tal o cual manera; lo posterior me es dado, como co-presente, al mismo tiempo que lo anterior; la deducción o el razonamiento por analogía requieren tiempo; aquí, en la percepción, todo es instantáneo. No hay, pues, un razonamiento por analogía sino una apercepción analógica. Todo esto que me he visto obligado a exponer a Uds. era necesario para la comprensión de lo que ahora vamos a decir.

EL CONOCIMIENTO DEL YO AJENO

Hasta ahora sólo nos habíamos referido a la intencionalidad de la conciencia en cuanto se enfrenta con esencias o con cosas físicas. Pero entre el sinnúmero de cosas que se ofrecen como objetos a la conciencia están los otros yos, los yos ajenos. Vamos a detenernos en el estudio del conocimiento de nuestros semejantes. A primera vista parece como si aquí no hubiese ningún problema especial. Pero, a poco que se medite, se observará que lo hay y muy grave. En efecto, cuando hablamos del yo ajeno debemos tener presente que no se trata de una cosa. El hombre es una cosa; pero, además, una cosa

orgánica dotada de conciencia. En cuanto cuerpo el hombre no se diferencia de una mesa o de una silla; pero, en cuanto es el centro de una conciencia, en nada se parece a las múltiples cosas del mundo físico. La conciencia es algo que nos es inmediatamente conocido. Hablábamos hace un momento de la percepción y de lo inadecuada de la presentación de las cosas en esa clase de vivencias, a pesar de constituir, como dijimos, el fenómeno psíquico que sirve de soporte a todos los demás; cosa muy importante, porque, en virtud del perfecto paralelismo entre lo noético y lo noemático, a la percepción, como fenómeno psíquico fundamental, debe corresponder, del lado del objeto, una forma también fundamental o básica de ofrecerse las cosas. En efecto, ya dijimos que el ser real físico, lo que se aprehende en la percepción, es el soporte de los mundos ideales y de las valoraciones.

Pero al hablar de la percepción nos referíamos exclusivamente a la percepción externa; ahora bien, existe también la percepción interna. Justamente en la fenomenología esta percepción interna juega un papel fundamental. Lo característico del método fenomenológico —y, dicho en forma de inciso, lo que determina su dificultad— es, precisamente, el moverse en una serie de actos de reflexión. Hay una que podemos llamar dirección natural de la mente: la dirección hacia lo objetivo; y otra antinatural: la dirección de la conciencia hacia sí misma, la reflexión. Pues bien, en la reflexión la conciencia tiene un conocimiento acabado y completo de sí misma. En la percepción interna no hay diferencia alguna entre lo mentado y lo cumplido, aquello a lo que el acto se refiere y lo presente realmente en dicho acto. La percepción interna no nos defrauda nunca como la externa; da lo que promete. De ahí, su seguridad, su evidencia, su verdad.

Ahora bien, la conciencia, que tan bien se conoce a sí misma, es incapaz de experimentar, directamente, esos otros núcleos, esos otros yos, desparramados por el ancho mundo de lo trascendente. Ustedes se ofrecen ahora como objetos a mi conciencia. Pero, directamente, lo único que mi conciencia experimenta son los cuerpos. Del dolor de muelas, que acaso alguno de Uds. experimente, nada sé aun cuando pueda, quizá, sospechar su existencia. Lo psíquico de Uds. me es desconocido. Yo sé que no me encuentro ante una asamblea de estatuas o de autómatas; sé que los movimientos de sus cuerpos tienen un fundamento en la existencia de otros tantos centros de

conciencia, parecidos al mío, como individuos hay. Pero esas corrientes de conciencia de Uds. que sé con absoluta seguridad que existen, no las puedo experimentar directamente, ver, contemplar, etc., como contemplo vuestros cuerpos o como contemplo mi conciencia. Si experimentara vuestros fenómenos psíquicos, éstos ya no serían vuestros, sino míos. Si ese hipotético dolor de muelas, que ojalá no padezca ninguno de Uds., pudiera ser experimentado por mí, el dolor sería mío y, entonces, ¿cómo distinguir lo de Uds. y lo propio? Aunque pueda saber de algún modo de lo psíquico ajeno, me es inasequible por principio, si es que lo psíquico ha de continuar siendo ajeno. ¡En caso contrario, listos estarían, por ejemplo, los odontólogos, teniendo que sufrir en su ser propio, las dolorosas experiencias de sus numerosos pacientes! De todo lo cual se deduce el problematismo que encierra la cuestión del conocimiento del yo ajeno. ¿Cómo sé de la existencia de otros yos, de otras conciencias, si no los puedo experimentar?

El asunto se aclara si recordamos lo que dijimos al comienzo de esta lección, respecto al fenómeno de la percepción exterior. En toda percepción hay algo que se nos presenta efectivamente y algo que se nos ofrece sólo como co-presente. Pues bien, en la percepción del yo ajeno, lo que se nos presenta es el cuerpo y lo que se ofrece como co-presente, además de las partes no vistas del cuerpo, es la psique ajena. Ahora, ¿cómo es esto posible? Porque a la perspicacia de Uds. no se oculta una cosa: que, en la percepción externa, las partes o momentos no presentes actualmente lo pueden ser en una percepción sucesiva: si doy la vuelta al objeto, por ejemplo, y contemplo sus partes posteriores; pero, en el caso de la percepción del yo ajeno, la psique me es inasequible por principio, es decir, por más vueltas que dé, jamás me puede ser dada en un acto de presentación directa. Más aún, hay una diferencia entre la percepción ordinaria y la del yo ajeno: en aquella, la percepción primera, que sirve de fundamento a la percepción analógica, y, por ende, al reconocimiento del objeto como lo igual o lo idéntico a lo ya visto, puede haberse presentado una vez; en ésta, en la del yo ajeno, la percepción que sirve de fundamento, nos está, en cierto modo, presente a cada instante. En efecto, nuestro propio cuerpo, que es el fundamento para la interpretación del yo ajeno, no desaparece jamás del ámbito iluminado por la atención de nuestra conciencia. Y lo mismo podríamos decir de nuestra conciencia, que, aunque interesada por las otras

cosas que no son ella misma, sabiendo a las demás no deja por ello de saber también de sí. Todas estas características diferenciales tienen que influir en el modo de percibir los yos ajenos.

La percepción del yo ajeno se realiza mediante el fenómeno de la introafección —Einfühlung—. Tenemos dos actos, uno de ellos fundado en el otro; primero percibimos, apoyándonos en los datos hyléticos, el cuerpo del yo ajeno como una cosa más del mundo físico. Pero, sobre la base de esta percepción, realizamos una segunda operación mediante la cual interpretamos dicho cuerpo como animado por un psique ajena pero análoga a la mía, es decir, capaz de representaciones, de sentimientos, de actos de imaginación, etc. Repito lo que hace un momento dije a propósito de la percepción: no se trata aquí de ningún razonamiento por analogía, sino de una percepción analógica. Percibo el cuerpo ajeno, y la semejanza de dicho cuerpo con el mío, que sé animado y dotado de una conciencia, me lleva a la realización de un acto de experiencia introafectiva, en virtud del cual el cuerpo ajeno me es dado como orgánico y portador de una psique.

Obsérvese que esto es lo que podemos decir del yo ajeno sin salirnos de la actitud fenomenológica. Nos hemos dedicado a describir, eidéticamente, las vivencias intencionales en cuya virtud aparecen los yos ajenos ante la conciencia. Por consiguiente, toda toma de posición sobre la transcendencia de los yos ajenos está eliminada por principio; es decir, no hemos abandonado el solipsismo, el sólo existo yo. En lo transcendente, en el sentido que para nosotros tiene esta palabra, encontramos otros centros de conciencia semejantes al mío, otras inmanencias. Se puede, pues, decir que hay algo inmanente en lo transcendente, de la misma manera que, desde otro punto de vista, lo transcendente se da en lo inmanente de mi conciencia.

LA HIPOTESIS DE LA ARMONIA PREESTABLECIDA

Hasta ahora, como no se habrá escapado a la perspicacia de todos Uds., la fenomenología de Husserl se nos ofrece como una forma de idealismo, la más fina y sutil de idealismo aparecida en la historia. Ahora, todos los filósofos que en las postrimerías del pasado siglo significaron algo en la renovación de la filosofía, aquellos pensadores de los cuales la filosofía está viviendo hasta el día de hoy,

Dilthey, Bergson y el propio Husserl, tuvieron que realizar un heroico esfuerzo por combatir al positivismo, dominante en las cátedras y en los espíritus de aquella época. Pero realizaron esta importante tarea aceptando todo lo bueno que había aportado el positivismo; sobre todo, esa constante preocupación de alejarse de toda gratuita hipótesis metafísica y de atenerse a lo dado, que le había caracterizado. Los pensadores mencionados y, concretamente, Husserl, superaron el positivismo, no combatiéndolo directamente, sino mostrando que había sido infiel a sus propios principios; que mientras rechazaban con gesto olímpico la metafísica, la estaban introduciendo subrepticamente, por la puerta falsa, en sus propias convicciones. Lo que Bergson y Husserl quisieron, y en gran parte realizaron, fue desalojar a la filosofía positiva de esa ganga, de ese lastre de inconsciente y burda metafísica que se había escurrido por los entresijos del sistema. Ser más positivistas que los positivistas en la pureza del método, este es el lema común de todos estos filósofos renovadores; de un lado eso; y de otro, acatar, aceptar la metafísica, si ésta nos resulta inevitable. Porque puede ocurrir muy bien que, por muchos esfuerzos que hagamos, seamos incapaces de renunciar a la metafísica. ¿No resulta ya un poco extraño que nuestra civilización, que tuvo sus orígenes allá, en ese tiempo-éire de la historia de los siglos VI y V a. de J. C., haya comenzado con una especie de balbuceo metafísico? Lo primero que hizo el hombre cuando despertó a la conciencia de la verdad fue preguntarse por el origen, el sentido y el qué de las cosas; de las cosas y del ser de las mismas; y esto, señores, es filosofía. Eso fue, ha sido y seguirá siendo. Con razón los más grandes pensadores entrevieron siempre la necesidad para el hombre en cuanto hombre de plantearse cuestiones metafísicas. Que seamos capaces de resolverlas ya es otra cosa. Pero jamás la imposibilidad de una contestación ha hecho desaparecer la curiosidad que mueve a la pregunta. Las preguntas son legítimas aunque seamos incapaces de darlas solución. Qué distinto sería el mundo y con él nuestra vida si pudiéramos eliminar las necesidades por nuestra voluntad. Que no tengamos agua con que satisfacer la sed, no quiere decir que hayamos decretado sin más la desaparición del ansia por el líquido elemento. El hombre es un animal metafísico. Uno de los más divertidos experimentos que se puede hacer con cualquier adorador positivista de la ciencia, menospreciador por regla general de la filosofía, es conversar media hora con él y mostrarle la enorme cantidad de hipótesis y supuestos metafísicos que, como creencias, subyacen en su mente,

que sirven para formar su idea del cosmos y que están determinando su manera de pensar y de vivir; es decir, que le están haciendo y ayudando a ser hombre. "Si la metafísica, en tanto que pretende ser una ciencia, no representa más que una manifestación del espíritu limitada a ciertas épocas, la conciencia metafísica del individuo, por el contrario, es eterna", dice Dilthey.

Husserl es un ejemplo viviente de lo que acabamos de decir. Quiso ser fiel al positivismo y superar así las deficiencias y, sobre todo, el escepticismo de éste; se atiene a lo dado y se limita a describir las cosas tales como éstas se ofrecen a la conciencia. Toda pregunta por el más allá de la conciencia o el ser "en sí" de las cosas está eliminada.

Mas a pesar de todas estas precauciones la fenomenología de Husserl es una metafísica, que hace consistir la realidad radical en la conciencia pura. Por eso hemos llamado a su filosofía idealismo; idealismo fenomenológico, para distinguirlo así del psicologismo de Berkeley y del transcendental de Kant. De Berkeley se diferencia en dos cosas: en primer lugar, la corriente de vivencias que la fenomenología ensaya describir no es la corriente de vivencias de un yo empírico, sino del yo puro; en segundo lugar, las objetividades que la conciencia menta y que a veces se complacen en presentarse en persona ante ella, no son ideas, en el sentido berkeleyano, es decir, cosas que están en la corriente real de la conciencia de esas vivencias.

También el idealismo husserliano es distinto del transcendental. En éste, el sujeto, la conciencia transcendental, construye el objeto al tiempo de conocerle mediante las intuiciones a priori y las categorías. Verdad es que también el mundo físico para Husserl resulta contruido en virtud de las funciones objetivadoras de las nóesis, pero, en cambio, cuando la conciencia se dirige hacia sí misma, o hacia los yos ajenos, como veremos en seguida, no construye los objetos, sino que se halla ante ellos, reproduce realidades. No hay aquí un conocimiento constructivo, sino reproductivo.

En el idealismo transcendental la conciencia pura es una irrealidad y, por consiguiente, intemporal. Justamente el tiempo es una intuición a priori mediante la que se construyen las realidades físicas y las de los yos empíricos, concretos e individuales. En Husserl,

en cambio, la conciencia es una realidad y, además, una realidad temporal.

Verdad es también que el tiempo objetivo o físico es, como dijimos, una construcción de la conciencia; pero, en cambio, veíamos que, realizada la *ἐποχή* fenomenológica, nos encontramos con una conciencia que tiene su tiempo, el tiempo inmanente, a cuyo ritmo marchan y fluyen las vivencias.

Y, por último, mientras que en Husserl la conciencia pura no es una, sino, como veremos, una verdadera pluralidad, en Kant y los idealistas alemanes discípulos suyos, la conciencia pura es una.

He aquí, pues, en síntesis, las características diferenciales del idealismo fenomenológico de Husserl de todos los demás. Ahora bien, todo idealismo tiende a convertirse en un solipsismo. Si no podemos salir de los límites de la conciencia, si la existencia "en sí" de cosas y personas más allá de la conciencia es para el idealismo una hipótesis metafísica gratuita, pues las cosas son en cuanto las conocemos y conocerlas es tenerlas en cierto modo en la conciencia, la consecuencia que se desprende de todo ello es la existencia única de la conciencia: de una conciencia transcendental, como en el caso de los idealistas alemanes, de la conciencia empírica mía en el caso de Berkeley. Y, sin embargo, todo el mundo sabe que este último, por ejemplo, no compartía la tesis solipsista. Junto al yo propio admitía la existencia de una pluralidad de yos. También Descartes, que sólo admitía una substancia extensa, que identificaba con la extensión una, reconocía, en cambio, la existencia de una pluralidad de **res cogitantes**, de substancias pensantes o espíritus. Y es que podemos decretar la desaparición, el aniquilamiento de las cosas, sin que éstas protesten. El ser macizo de las cosas es impermeable a nuestras opiniones acerca de ellas. Les importa un comino que neguemos o afirmemos su existencia. Tienen un ser cerrado para sí; viven introvertidas, en la inconsciencia del ser para quien no existe el contorno; nada saben, ni siquiera que los hombres, las conciencias humanas estén constantemente preocupadas por ellas; ellas son las que verdaderamente no tienen ni puertas ni ventanas, como decía Leibnitz de las mónadas. Por consiguiente, no protestan del menosprecio que para su ser tienen las conciencias. Si en nuestro contorno sólo topáramos con cosas, con cosas físicas, o con esos otros entes ideales, las

esencias, de los cuales aquellas son simples ejemplarizaciones, el solipsismo hubiera sido la conclusión inevitable de toda filosofía. Pero este ensayo de reducción de lo que llamamos mundo externo a la simple conciencia tropieza con una fuerte resistencia: esos yos ajenos en cuyo conocimiento nos hemos detenido en el curso de esta lección. Puedo aniquilar el ser en sí de las cosas, pero no el de los individuos, el de los otros yos. Apenas ningún idealista se ha atrevido a tanto. Los yos ajenos reclaman para sí una realidad independiente, pretenden ser centros de conciencia, como yo lo soy de la mía. Son unos seres extraños, que no sólo se ofrecen como objetos para la intencionalidad de mi conciencia, sino que también nosotros somos para ellos el correlato de un acto intencional; yo puedo eliminarlos si quiero, pero probablemente ellos pueden hacer otro tanto conmigo. Son el centro de un mundo, como yo lo soy del mío. Y cosa curiosa, **su** mundo no puede nunca ser el mundo mío. Ocupan un lugar distinto en el espacio y, por consiguiente, los correlatos objetivos de su intencionalidad tienen que variar. Ahora bien, precisamente porque mi mundo no es el suyo, porque hay tantos mundos distintos como centros de conciencia hay, es por lo que podemos hablar con sentido de **un** solo Universo, común e igual para todos. Porque hay muchos mundos, hay uno. ¿Cómo entender esto? Sabemos que está fundado eidéticamente, es decir, constituye una ley esencial de toda percepción que lo mentado, lo intendido, a lo que tiendo o me refiero en el acto de percepción rebasa, es más de lo que la percepción me puede dar; que a toda presentación acompaña siempre una co-presentación, algo a lo que me refiero pero que no me es dado. Ahora, una persona situada en otro lugar del espacio puede percibir aquello que a mí me es dado como co-presente y serle oculto lo que a mí se me presenta en el acto de percepción. Yo mismo, si me traslado al lugar espacial en que se halla dicha persona tengo ahora una percepción distinta, un nóema distinto del anterior; y, sin embargo, el objeto es el mismo. Si yo y Uds. contempláramos ahora lo mismo, si Uds. se vieran a sí mismos como yo les estoy viendo a Uds., entonces sí que no podríamos hablar de un solo mundo. ¿Qué mundo único sería aquel del cual se tuviera siempre una idéntica perspectiva cualquiera que fuera el punto o el lugar de la visión? Una vez más comprobamos que la objetividad, la transcendencia, la existencia de **un** mundo no quiere decir otra cosa sino la posibilidad de una universal concordancia. Decimos que algo es, que algo existe, cuando podemos multiplicar las percepciones concordantes sobre dicho ob-

jeto. Es el único sentido que podemos dar a la palabra realidad. De un ser **más allá** de la conciencia no podemos hablar con sentido, pues lo que es se me ofrece siempre como correlato intencional de mi conciencia.

No obstante, aunque Husserl funda la percepción del yo ajeno en la percepción de un cuerpo físico y, aunque, por tanto, del yo ajeno no debiéramos tener mayor certeza que de cualquier otra cosa física del mundo circundante, no obstante, digo, nuestro filósofo cree en la existencia "en sí" de los yos ajenos. Veamos cómo esto es posible.

Acabamos de explicar en estas lecciones que el mundo para nosotros resulta de la intencionalidad que la nóesis otorga a los datos hyléticos o materiales del conocimiento; en virtud de la intencionalidad, los datos materiales, las sensaciones subjetivas o caóticas, fenómenos psíquicos no intencionales, son proyectados ante la conciencia y, ahora sí, vividos no como meras sensaciones, sino como cualidades de objetos que se muestran ante la conciencia. Por tanto, si para nosotros existe un mundo de cosas, se debe a la existencia en la corriente real de la conciencia de unos elementos materiales, hyléticos. Ahora, ¿por qué la conciencia tiene esos elementos materiales o sensaciones en lugar de no tener nada? El realismo cree encontrar aquí la prueba suprema y definitiva que garantiza la existencia de algo fuera de la conciencia. Si hay en mí sensaciones es porque fuera de mí hay objetos que, actuando como estímulos, provocan dichas sensaciones. Pero esta inferencia supone dos cosas: primero, que las cosas y el yo son substancias, pues sólo entre substancias cabe una acción causal; segundo, la validez objetiva de la ley de causalidad. Ahora bien, ambas cosas son negadas por el idealismo, concretamente por el idealismo de Husserl. Hemos visto en las lecciones precedentes el carácter antisubstantialista de la conciencia en Husserl; la conciencia no es una cosa; lo que podríamos llamar su ser consiste meramente en la función de tender, de referirse a algo; fuera de esa función la conciencia no es nada; es como un rayo de luz cuya realidad consiste en iluminar otras cosas que no es él; si se cansa de realizar esa función, si no ilumina, es decir, si se apaga, deja de ser por eso mismo rayo de luz. Si, pues, la conciencia no es una cosa no puede ser el sujeto pasivo de ninguna acción causal de las cosas sobre ella.

Pero es que, por otra parte, la causalidad, como ya había afirmado Kant, no es válida objetivamente; es una mera categoría del entendimiento que sirve para ordenar los objetos que se proyectan ante la conciencia. Tampoco, pues, podemos apoyarnos en la causalidad para concluir la existencia de objetos con independencia de la conciencia. Los datos materiales, las sensaciones, son datos últimos que tenemos que admitir, sin indagar lo que puede haber detrás de ellos.

Tenemos, pues, tres cosas que es preciso hacer concordar de algún modo: primero, la existencia de los yos ajenos independientemente de la conciencia; segundo, la existencia en la conciencia de unas sensaciones, que sirven de soporte al acto de introfección mediante el cual conocemos dichos yos ajenos; tercero, imposibilidad de conocer directamente los yos ajenos. Para hacer concordar estos tres resultados necesitamos de una hipótesis, de una hipótesis metafísica: la de la armonía preestablecida. La hipótesis que Leibnitz propuso para hacer inteligible el difícil problema de la comunicación entre las substancias es ahora renovada por Husserl; con la diferencia, claro es, de que ahora no se trata de substancias cerradas, a la manera de las mónadas de Leibnitz; la conciencia está abierta y no necesita de ventanas ni puertas por la sencilla razón de que su ser consiste en hallarse continuamente en presencia del ser. La común armonía en las experiencias de este conjunto de centros de inmanencia que son las conciencias, es lo que permite la comunicación entre el yo y tú, de cada uno de nosotros con todos los demás y, finalmente, que podamos hablar de la existencia de **un mismo** mundo para todos los hombres.

Vemos de qué manera Husserl, un tanto infiel al principio positivista de atenerse a lo dado, al hacer aplicación del método fenomenológico al complejo de vivencias del yo puro, hay un momento en que le resulta imposible quedarse en la inmanencia real o ideal de la conciencia, y, dominado por el vértigo metafísico a que ningún humano puede substraerse, se lanza a hipótesis metafísicas como la de la realidad de los yos ajenos y como la de la armonía preestablecida. Cada una de las conciencias es como una mónada autosuficiente. Como la conciencia ajena me es incognoscible por principio resulta que hemos logrado salvar el solipsismo, pero sólo para caer en una especie de solipsismo pluralista. La posibilidad de comuni-

cación entre estos centros de conciencia, la concordancia en las experiencias de unos y otros, sólo se explica por la teoría de la armonía preestablecida.

Ahora, no es posible una comunidad de mónadas, un mundo de mónadas en que éstas adoptaran, por así decir, la forma de la pura espiritualidad. Conozco el yo ajeno en un acto de introfección fundado en la percepción del cuerpo físico. Si las conciencias, pues, no estuvieran ligadas a un cuerpo, para cada uno de nosotros no existirían los demás. En otros términos: mi saber del yo ajeno supone la animalidad de éste, así como la mía es la condición necesaria para que yo sea para los demás.

Quiero referirme, brevemente, a un problema: todos los análisis fenomenológicos que hemos estado realizando suponían la existencia de una conciencia pura. Ahora, ¿en qué relación se halla esta conciencia pura con la conciencia psicológica? La conciencia pura se abre a lo transcendente. Mediante la reducción fenomenológica esas "transcendencias" quedan convertidas en componentes noéticos-noemáticos de la conciencia pura. Ahora, entre las cosas que se hallan en la transcendencia está mi propia conciencia psicológica; al tratar de reducirla no nos encontramos con nada que no sea la conciencia misma. La conciencia psicológica es la misma conciencia pura en cuanto la apercibimos como perteneciendo a lo transcendente, es decir, como natural e incluida en el tiempo físico. "La conciencia pura constituye el mundo real y se proyecta a sí misma dentro de ese mundo, en la forma de una conciencia ligada a una parte determinada del mismo —el cuerpo—". Ahora, el por qué de la constitución de la conciencia psicológica por la pura, problema capital de todo idealismo, no queda debidamente resuelto en la filosofía de Husserl.

CONCLUSION

Hemos expuesto los puntos más salientes de la filosofía de Husserl. Sólo nos resta ahora hacer inteligibles para Uds., en pocas palabras, la relación que existe entre esta filosofía y las otras dos grandes corrientes de la filosofía contemporánea, a saber, la filosofía de los valores y el existencialismo. Max Scheler y Martín Heidegger, los más importantes representantes de ambas tendencias, proceden, en gran parte, de Husserl. Ambos son fenomenólogos. Aceptan, pues, en

principio, la filosofía y el método del maestro. ¿Cómo llegaron, pues, a sus respectivas posiciones a partir de la fenomenología?

Veamos, en primer lugar, la posición de Scheler. Husserl había sostenido que todos los objetos que se ofrecen a la conciencia lo son como correlatos de actividades intelectuales de ésta. Los objetos de la percepción, de la imaginación, del recuerdo, las esencias, etc., son el resultado de actividades, de intencionalidades teóricas de la conciencia. Verdad es que, a veces, a los actos intencionales, a las nóesis que dan por resultado la presentación de un objeto, cualquiera que éste sea, veíamos que podía añadirse un segundo acto tético, de amor o de odio por ejemplo, que determinaba una modificación en el objeto presentado, la existencia ahora en éste de una nueva cualidad, una cualidad amable u odiosa, según los casos. Decíamos que esta cualidad, lo que denominábamos un valor, era tan objetiva como cualquier cualidad sensible, la azulinidad, el sabor, etc. Los sentimientos, pues, no eran sólo fenómenos subjetivos, sino fenómenos capaces de influir en la estructura del objeto, del nóema, añadiéndole algo, el valor, en virtud del tan repetido principio fundamental del perfecto paralelismo entre los momentos noéticos y noemáticos de las vivencias de la conciencia. Con mucha mayor claridad que en Brentano, el análisis de la estructura de la conciencia en Husserl permitía una explicación del carácter objetivo de los valores. Pero ya advertíamos también que las intencionalidades, los actos téticos creadores de los valores, eran siempre actos secundarios, que necesitaban de un acto previo de intencionalidad, productor de una objetividad real o ideal, en que fundarse. Es decir, no podíamos aprehender un valor como no fuese cualidad de una cosa valiosa. Claro es que, mediante un acto de ideación, podíamos intuir la esencia de un valor cualquiera, pensar la elegancia, la belleza, la bondad, etc. Pero, entonces, estos valores eran esencias como las demás, como la del triángulo, como la de amarillo, etc., que se ofrecían como objetos de mi inteligencia, correlatos intencionales de la actividad teórica de mi conciencia. En una palabra, para Husserl todas las esencias eran significativas y, por consiguiente, lógicas y racionales. Hay siempre en Husserl una especie de primado de lo teórico, de lo intelectual, de la razón pura, sobre lo práctico, lo emotivo, lo volitivo.

Frente a este racionalismo husserliano, Scheler sostiene la existencia de esencias irracionales, de cualidades irreductibles a toda sig-

nificación, constituídas por actos intencionales de la conciencia, pero no teóricas, a saber, los valores. Ya Pascal había hablado de que también el corazón tiene sus razones, unas razones incomprensibles para la fría inteligencia del hombre. Siguiendo esta tradición, Max Scheler afirma que los sentimientos son también actos intencionales, capaces de constituir objetividades, los valores, sin necesidad de que estén fundados en ninguna intencionalidad teórica previa. Junto a la actividad significativa y lógica de la conciencia hay una actividad emocional, tan capaz de intencionalidad como la primera. En una palabra, la emoción objetiva. Puedo aprehender lo bueno o bello de una cosa sin tener la más mínima idea teórica de lo que esas cosas significan. Es justamente lo que le ocurre al niño recién nacido que intuye la bondad maternal sin ninguna idea de la significación correspondiente. De ahí, el nombre de "intuitivismo emocional" con que Scheler denomina su posición propia. Puedo contemplar teóricamente un valor, pero entonces ya no le intuyo como tal valor, es decir, ya no lo siento. Fundándose, pues, en Husserl, pero acentuando el carácter irracional de estas esencias que son los valores, Scheler ha podido desarrollar una filosofía de los valores y construir una ética *a priori*, de validez universal y al mismo tiempo no formal, como la ética kantiana.

Veamos ahora el existencialismo. La realidad radical, es decir, en la cual tienen su raíz todas las demás realidades, es la conciencia pura. Dios, el mundo físico, los mundos ideales de los números, de las significaciones, de las esencias, los otros yos, el mundo de los valores, de la cultura circundante, etc., sólo tienen sentido partiendo de la posición radical de una conciencia ante la que se constituyen. Preguntarse por el ser de todas estas cosas no tiene sentido si no nos preguntamos por el sentido del ser de esta conciencia ante la cual todas las demás cosas se hallan radicadas. Ahora, no está dicho en ninguna parte que el sentido del ser de esta conciencia radical sea el de contemplar teóricamente la multitud de cosas que ante ella se presentan. Conocer es algo que puede hacer la conciencia. Pero, ¿es ese su sentido, aquello para lo cual existe? ¿No pudiera ocurrir que el conocer fuera una función que, al igual que otras muchas, estuviera al servicio de otra cosa, por ejemplo, vivir, existir, continuar siendo? ¿No nos había dicho, por ejemplo, ya Fichte que la posición del no-yo, de las cosas, por el yo absoluto era un mero pretexto para ejercitarse con ellas y poder darse el gusto y la satisfacción de ven-

cerlas, de luchar contra ellas, de hacer gala así de su indomable libertad? La conciencia es intencional. Ser es ser en el mundo, rodeado, aprisionado por un conjunto de cosas que se nos enfrentan. Pues bien, ¿no pudiera ocurrir que lo primero al verse, al sentirse uno rodeado por tantas cosas, cuyo sentido y razón de ser se nos escapan, no fuera ponerse fría y lindamente a conocerlas, sino angustiarse ante la sinrazón de todo aquello y, sobre todo, del hecho irracional de encontrarse existiendo? Esta conciencia pura es algo de lo cual podemos decir que es, que existe. Su existencia, ya lo sabemos, es un existir en el tiempo inmanente. Pero como ya Scheler mostró en uno de sus geniales ensayos, en "Muerte y supervivencia", sabemos en todo momento que nuestra existencia en el tiempo es una existencia finita; que ese rauda o lento transcurrir del tiempo constitutivo de nuestras vivencias alguna vez terminará. Somos tiempo; tiempo que sabemos finito, destinado a quebrarse algún día, a cesar en su misteriosa fluencia. Existimos; y, cuando porque existimos adquirimos conciencia del hecho bruto e irracional de nuestro existir, nos sentimos predestinados a la muerte. Ser es ser para la muerte. Como nuestra conciencia es temporal no somos nada, carecemos de esencia. ¿Qué podríamos decir de nosotros mismos, si nada somos, si sólo estamos siendo? Lo primario es el hecho simple de existir; de existir con y entre las cosas; en un mundo cuyo sentido se nos escapa, pero que nos angustia y preocupa. Si posamos los ojos en él, con ánimo de apropiárnoslo conceptual, teóricamente, es, precisamente, como resultado de esa preocupación y temor. Nada sabemos de nosotros fuera de nuestro existir. La esencia de este algo que existe y que soy yo es el existir. El método fenomenológico tiene que dirigirse al hecho simple de la existencia. La fenomenología se convierte así en un análisis existencial. Lo que sea el ser, cuál sea su sentido, la más vieja y substancial pregunta de la filosofía, sólo podrá averiguarse a través de un análisis fenomenológico de la existencia humana. En lugar de una descripción de las esencias de las vivencias de la conciencia pura la fenomenología se ha convertido ahora en una analítica de la existencia humana en su existencialidad. Pero, y esto es lo fundamental, los resultados de dicho análisis nos han de permitir aclararnos qué es eso del ser. Hoy como ayer la filosofía anda rastreando esa presa. ¿Lo conseguirá al fin? Los filósofos que han reemprendido hoy esta azarosa aventura tienen la palabra.

La Romántica Europea

(Una de las lecciones dictadas en el II Curso de Verano organizado por la Facultad de Filosofía y Letras. Septiembre - Octubre de 1953).

El conjunto de temas que hemos adoptado para las tres lecciones objeto del cursillo en lo que se refiere a Literatura, si aparentemente independientes, quieren abarcar un extenso periodo literario que comprende los tres últimos tercios del siglo XIX. No obstante presentarse cada uno de estos movimientos como reacción más o menos violenta del fenómeno literario anterior, hay sin embargo en todos ellos una continuidad espiritual que parece iluminar estas antagónicas reacciones literarias. Nos referimos al Romanticismo y por eso hemos iniciado en la primera charla su estudio, por suponerlo como el bastión que sustenta toda la teoría literaria moderna. Además, hemos tenido en cuenta aquella queja de Azorin: "No se ha estudiado todavía entre nosotros el romanticismo literario, dice en "Clásicos y Modernos"; sobre todo los orígenes del romanticismo es cosa de que casi no se tiene idea en los manuales literarios y en las cátedras." A eso va nuestra charla de hoy, a aclarar si nos es posible, esta nebulosa de los orígenes de la romántica. Pero el movimiento romántico representó en sus días una revolución violenta, lo que a su vez quiere decir rápida, y aunque sus efectos fueron duraderos, pues el arte literario se sigue alimentando de los conceptos germinados en aquella revolución del espíritu, sin embargo, de lo externo romántico, de lo truculento, de la exageración de forma, se abusó, y la alta idealidad tan alejada de la dura realidad del vivir provocó una reacción natural: EL REALISMO, que queriendo ser un calco lo más aproximado de la realidad de la vida, cayó en la exageración opuesta al romanticis-

mo: EL NATURALISMO. Cuando se procede por excesos, el arte tiende a anquilosarse y las formas literarias exageradas sólo suelen salvarse en manos del genio; pero cuando estos excesos vienen a parar a manos mediocres que han tomado, como solemos decir, el rábano por las hojas, entonces la deformación hace necesaria una nueva y violenta reacción que salve al arte. Y esto no ocurre sólo en el momento literario que nos interesa ahora, sino que viene a ser como el instinto de conservación del mismo. En nuestro arte anterior, el Conceptismo y el Culteranismo, fueron excesos barrocos que manejados por Quevedo y Góngora, sin duda dos genios poéticos, salvaron al arte a pesar de estos excesos. Pero la poesía de éstos caida en manos de imitadores mediocres, más que poetas parecen versificadores copleros, que tan alejados están de la verdadera poesía. Puede ocurrir que el arte atraviese por momentos tan difíciles de supervivencia que estas formas degeneradas hagan languidecer un periodo literario demasiado extenso, como ocurrió precisamente con el final del siglo XVII, que no tuvo enmienda hasta un siglo después, finales del XVIII, cuando los primeros atisbos de los prerrománticos preparan el camino para un renacimiento moderno de nuestra lírica: el Romanticismo. Otras veces, cuando no se dan las determinantes históricas negativas del siglo XVIII, las reacciones son más inmediatas y acaso violentas personalmente por la proximidad del roce, pero estas luchas dan efectos más duraderos para el arte. El Realismo, que como veremos en la segunda charla, alimentaba con mayor fruición la prosa que la poesía, descuidó a ésta de forma tal, que se hizo necesario un movimiento revolucionario y violento para darle nueva vida. Si en alguno de los poetas realistas podemos apuntar algún destello poético, queda obscurecido ante la enorme pléyade de mediocridades que inundaron esta poesía con anterioridad al momento poético de renovación que representa el movimiento de Rubén Darío, objeto de nuestra tercera charla. Para referirnos solamente a los realistas de nuestra lengua por más conocidos, los nombres de los poetas que llamamos regionalistas, por llamarlos de algún modo: Gabriel y Galán, Vicente Medina y otros, representan ese estadio de decadencia y de falta de espíritu poético rayano con la ramplonería; los copleros decadentes a que aludíamos antes. Un crítico dió golpe mortal cuando dijo de ellos que sólo les faltaba escribir con faltas de ortografía para que su poesía estuviera a tono con su espíritu. Y es que lo regional, dialectal y espiritualmente, tiene muchas dificultades para ser tratado en el arte y estas dificultades aumentan aún más en la poesía. Es muy fácil

dejarse impresionar por la superficialidad de lo externo, ropaje, colorido, vistosidad en general, pero es muy difícil captar lo que de humano y universal hay debajo del disfraz regional. Y esta dificultad más privativa en la poesía podemos hacerla extensiva a otras formas literarias en las que aparentemente se trabaja con mayor facilidad; la novela, por ejemplo, en la que parece que se obvian por su índole de narración. Si como punto de referencia tomáramos como ejemplo por nuestra situación espacial, sin que represente ninguna crítica malévola, a la novela ecuatoriana regional en la que el indio ha de jugar un papel importantísimo, separaríamos como mediocres aquellas novelas que sólo nos hubieran dado de este personaje lo externo, si bien reconozcamos que lo abigarrado del colorido puede alcanzar altos matices estéticos; pero la juzgaríamos muy superior si el novelista hubiera descubierto debajo de este colorido lo que de humano y universal se esconde en éste como en todo hombre, y así conseguido, este tipo de héroe de novela pudiera codearse muy bien con otros que consideramos casi perfectos o perfectos. Don Quijote es un héroe disfrazado de caballero y cuando ya la caballería resultaba anacrónica, pero el disfraz no le impidió a Cervantes descubrir el meollo del caballero más humano creado por la fantasía y realidad de un novelista.

Vemos pues cómo los tres movimientos que vamos a analizar en esta charla y las siguientes: Romanticismo, Realismo y Modernismo, se pueden considerar muy bien como tres renacimientos en los que se trata de dar continuidad al arte literario que aparentemente parece extinguirse pero que cobra nuevas fuerzas, ave Fénix del arte que renace de cenizas mortecinas para cumplir un anhelo del espíritu humano: el goce estético.

Empezaremos estudiando la romántica europea, los orígenes del movimiento, tratando de deslindar los aspectos superficiales que traten de ocultar la raíz filosófica del Romanticismo. Después, en segundo término y muy a la ligera, algunas figuras para su confirmación.

El primer aspecto que vamos a tratar de deslindar es el de los términos fijándonos, primeramente, en Romántico como contrapuesto a Clásico. Muchas han sido las controversias en torno al tema sin que podamos decir que tengamos ya una delimitación satisfactoria. Por cronología erraríamos al precisar la mitad primera del siglo XIX

como período único del romanticismo literario ateniéndonos a la concreción de las historias de la literatura. Repasando las literaturas antiguas y modernas encontramos asuntos y autores con los que no nos comprometeríamos al calificarlos de románticos, aunque se de la paradoja de que los llamemos clásicos. Episodios de la Odisea griega; los desgraciados y trágicos amores de Dido y Eneas de la Eneida latina; la mayor parte de las fábulas de Ovidio, también latino; los amores de Hero y Leandro, por ejemplo; la novelística del Renacimiento italiano; el super romántico Ariosto autor de los episodios del Orlando; el teatro shaekespiriano casi en su totalidad; y en fin, sin alejarnos tanto, nuestro Romancero y nuestro Teatro Clásico son un modelo de teatro romántico en pleno clasicismo. Ya lo decían los románticos alemanes cuando en España se planteó la lucha entre Clasicismo y Romanticismo. Nicolás Bohl de Faber, hispanófilo alemán y embajador de Alemania ante la Junta de Cádiz que sustituía a Fernando VII en la dirección de la guerra de liberación napoleónica de la Península, y os doy estos detalles para que sitúeis cronológicamente la época de estas disputas, se hacía eco este embajador alemán de la opinión romántica de su país, y le decía a nuestro crítico Alcalá Galiano en la polémica en que estaban enzarzados en la prensa diaria gaditana que, los españoles, para ser románticos no tenían más que volver por los derrotados propios de su literatura, abandonar la imitación francesa que siempre resultaba extraña y volver por la senda del Romancero, de Lope y Calderón. Por lo tanto, una clasificación que tuviera como única base la cronología fallaría en nuestro intento de delimitar lo clásico de lo romántico.

No nos hagamos mucho caso tampoco de las definiciones de la antigua Preceptiva literaria que de puro preceptismo se quedó en ciencia de definiciones falsas, y si no queremos ser tan duros con ella, diremos de definiciones incompletas. Perfecto, regular, simétrico, solían decir aquellas de lo clásico, y su armonía era una resultante del equilibrio producido en el empleo moderado de fondo y de forma. Lo romántico: violento, imperfecto, sin regularidad, asimétrico, rompió ese equilibrio tan cacareado de los preceptistas clásicos. Pero hemos de reconocer una injusticia en estas definiciones, pues estos preceptistas eran juez y parte; todos ellos estaban educados en el clasicismo. Y así como para nadie es hoy una sorpresa que partiendo de principios o axiomas contrarios a los de Euclides se construye una geometría antieuclídea, tan científica como la suya, tampoco lo será

que, si los románticos hubieran sido dogmáticos, podrían haber construido una Preceptiva romántica contraria a la del clasicismo. Pero esto sería pedirle peras al olmo porque los términos de Preceptiva y romántica son antagónicos, pues el movimiento romántico nació como liberador del preceptismo literario. Tampoco, pues, nos sirven estas definiciones antagónicas, apasionadas, para hacernos comprender el término romántico; es más: nos inducen a error al interpretarlas fielmente.

¿A qué hemos, pues, de supeditar nuestra concepción del término? Más que a una aparente lucha entre escuelas y procedimientos a que se ha querido reducir la cuestión, los modernos, libres ya de la dictadura de la Preceptiva, hemos de considerar el problema como de índole **psicológica**, y seguimos en esto a André Gide, y si precisamos más, lo reduciríamos a un problema **moral**. Con arreglo a este concepto el punto cardinal, la meta del artista clásico sería la verdad de las cosas y su realidad substantiva y a esta verdad subordinará los ímpetus y caprichos de su **yo**, dejando aparte los pruritos de **egotismo** y personalidad, y si se coloca alguna vez en el eje del mundo será para desde él penetrar y observar mejor su realidad y descubrir fenómenos y sus causas. Se puede afirmar que las conquistas sucesivas del subterráneo psíquico es obra del espíritu clásico.

El espíritu romántico será su antípoda, el **yo** erigido en árbitro y espejo del universo abandonado a la fantasía. De intento se colocará en el eje del mundo para llenarlo con su yo, y la realidad exterior que es la norma del clásico, no es para el romántico sino un pretexto y campo de experimentación de su yo. Inmediatamente de esta postura ante el mundo se deducen la **originalidad** y la **autolatría** como notas características del artista romántico. No es que el yo quede excluido del arte clásico, no; sino que lo importante es la actitud y subordinación que pueda dársele. Nietzsche, un super romántico, nos habla por experiencia: Romántico, dice, es el artista que produce por descontento, en protesta, en rebeldía de la vida; el clásico produce de acuerdo con ella, por gratitud, en pago a la felicidad experimentada; un arte de resignado.

Pero acaso sean más acusadas las diferencias en la técnica. El clásico, al crear, lo hace con arreglo a normas de verdad y con la constante preocupación de que sea lo más parecido a la realidad,

desentendiéndose completamente del espectador. El romántico por el contrario sólo piensa en el efecto y teniendo siempre presente la reacción que su arte producirá en el espectador. Es por lo tanto este último un arte de violencia y de coacción. Notemos en corroboración de que el romanticismo violento y agresivo tuvo su fin a poco de nacer pero que sus efectos se continúan, que nuestra poesía más moderna, la de Juan Ramón Jiménez, tiene también como fin provocar el poeta que cada espectador, lector, lleva dentro de sí; es decir, ambas poesías operan, no sobre la realidad, sino sobre el ánimo de los lectores. Por este camino psicológico-moral, de posturas del individuo frente al mundo, estamos en mejores condiciones para penetrar en el verdadero sentido del término romántico como contrapuesto al clásico.

El Romanticismo, como luego veremos, y por ciertas circunstancias, tuvo su desarrollo primeramente en Alemania, que fue el primer país romántico donde a base de un movimiento filosófico-cristiano fraguó la nueva revolución literaria. Por lo tanto toda su terminología es alemana. Pero conviene que precisemos sobre términos que al ser traducidos ha sido objeto de confusiones. *Romantik* es el término concreto que los alemanes aplicaban, bien a la lírica, ya a la dramática y referido siempre a la raíz *romanico* como algo identificado con el arte románico y la Edad Media en la que se fundían sus raíces más profundas y en oposición al mundo mitológico de los clásicos. Así se introdujo el término por vez primera en Francia: *romantic*, y fue Me. Stael, la hija del célebre hacendista de Luis XVI, Necker, la que huyendo de los excesos de la Revolución francesa, se internó en Alemania y vuelta a Francia con la Restauración, su libro, *L'Alemagne*, puso al corriente a los franceses de las nuevas corrientes literarias alemanas. Pero como Francia ha tenido de siempre el don de reexpedir a Europa las ideas extrañas que antes ha asimilado y hecho suyas, la creación de los términos parece exclusiva francesa y, frente al nombre concreto de los alemanes surgió el abstracto francés: *Romantisme*, igual a Romanticismo que desterró en Europa al concreto Romántica, pero que hoy ya por muchas razones empezamos a utilizar de nuevo.

Y ya que nos estamos refiriendo al libro de Me. Stael, la divulgadora en Francia del movimiento romántico alemán, hemos de destacar una observación contenida en su libro y de la que hemos de sacar consecuencias. Habla por vez primera de lo que pudiéramos

llamar la *razón étnica* del romanticismo y afirma con mucha razón que, el Norte de Europa es romántico, mientras que el Sur es clásico. Verdad que no requiere que le dediquemos más que un pequeño recuerdo histórico. Italia, Francia, España y Portugal fueron más fuertemente romanizadas que el resto de Europa y por lo tanto en estos países la persistencia del clasicismo fue casi permanente pues su Edad Media literaria parecen balbuceos para hallarse íntegramente con el movimiento clasicista que representó el Renacimiento en toda esta parte del Sur de Europa. Las lenguas respectivas, evoluciones naturales del latín, vendría a precipitar esta evolución de sus literaturas. Por el contrario, el Norte de Europa, Alemania e Inglaterra, ligeramente romanizadas, derivaron el movimiento renacentista al que no pudieron sustraerse, por otros derroteros distintos de los demás pueblos europeos. Por tendencia filosófica y cerebral, el Renacimiento no fue artístico como en el Sur, sino religioso anticristiano, que es como decir anticlásico, así como modernamente se siguen enfocando los movimientos nacionalistas del pueblo alemán. Ha habido pues siempre una repulsa del Norte de Europa al clasicismo así como una sumisión muy voluntaria por parte de los pueblos del Sur. Ahora, lo que resulta paradójico es que el Romanticismo al surgir en Alemania de un movimiento de cariño hacia la Edad Media y por lo tanto al Cristianismo, con conversiones por parte de los primeros corifeos del movimiento, y que al pasar a Francia era tenido todavía como monárquico y cristiano y sus más representativas figuras, Chateaubriand en Francia, Zorrilla en España, los cantores del trono y del altar, frente a los liberales que se apelaban de clásicos, discípulos de Voltaire y de Condorcet, una vez pasados estos primeros momentos pronto se dieron cuenta de que el Romanticismo, en su fondo, era anárquico y revolucionario. Algunos gérmenes ocultos debía transportar la filosofía en la que se fundamentaba el movimiento romántico para que tan rápidamente se llevara a cabo esta transformación!

Es precisamente el objetivo de nuestra charla de hoy destacar aquellas notas de conjunto que son aplicables a todas las románticas, dejando lo particular, psicológico e histórico-nacional como distintivo de cada una de ellas. La vía de expansión y de penetración del movimiento nos es hoy ya fácil de determinar. Surgió casi paralelamente pero como dos movimientos independientes, sin conocerse para las influencias, primeramente en Alemania, y casi coetáneamente en Inglaterra. Ambos confluyen en Francia y es París el que va a dar uni-

versalidad al movimiento. De la confluencia parisina, francesa, el movimiento va a irradiar al resto de Europa aun no afectada, dejándose alcanzar en este tiro no sólo España, sino Italia, la patria del clasicismo, que, aunque de manera débil, no pudo sustraerse al movimiento romántico. Y no se contuvo en Europa el movimiento sino que corriendo millas y millas de Océano hizo su aparición en América donde coincide con los primeros momentos literarios de estos pueblos que a marchas forzadas que no excluye la tenacidad, van adquiriendo su deseada y trabajosa independencia. Y el movimiento romántico vino muy a tono con el momento de la independencia; pues una de las fibras de la lírica romántica era cantar la libertad de los oprimidos, de los sojuzgados, como lo era la Europa de los románticos invadida por Napoleón; y así la lírica romántica americana vino a ser la épica de estas nuevas nacionalidades que encontraron como primer motivo el cantar a los héroes forjadores de su independencia. Después de toda épica sería surge espontáneamente la épica burlesca, y si entre vosotros hay conatos de ella, no es motivo de alarma, pues representa ya un fenómeno de madurez épica.

El Romanticismo es un movimiento o fenómeno literario y como todos éstos no surgen esporádicamente sino que tienen un período lento de transición que va preparando los espíritus para el cambio. Y al ser tan profundo y radical este cambio, es natural que no se operara sin violencias. La preparación prerromántica es la que con su paciente trabajo aseguró su éxito posterior. De la violencia del cambio nos da idea lo enconado de las luchas preliminares, tanto en Francia como en España donde el clasicismo tenía asentados sus reales. El Pseudoclasicismo anterior se distinguía por su doble carácter de literatura intelectual y cortesana, razón fría y universal, carente de sentimiento y con tendencia a la ideología abstracta, falta de naturalidad y basada en las reglas de imitación de las literaturas antiguas. El Romanticismo es una literatura en la que domina el lirismo que es una expansión del individualismo, y como psicológicamente somos individuales, no por inteligencia sino por sensibilidad, el lirismo romántico forzosamente había de ser sentimental, desdeñando lo particular que es nota realista que aprovecharon sus sucesores, para fijarse esencialmente en lo universal a la humanidad dejando de lado las facultades discursivas y las verdades esenciales que fueron las características del siglo que precedió a los románticos. Pero este **sentimentalismo** que es el fundamento de la lírica romántica fue traído a

la literatura, antes de que los románticos aparecieran, por los escritores prerrománticos. Todo el bucolismo del siglo XVIII está teñido de sentimentalidad y basta leer a Chateaubriand o a nuestro Menéndez Valdés para darse cuenta de ello. Y es más: todo lo que el romanticismo tiene de impetuoso o de ardoroso, como ya notó Azorín, está en los prerrománticos, en la poesía de los cuales hay subjetivismo, melancolía, énfasis y gusto por los espectáculos hórridos; hay ternura, llanto, desesperanza infinita y sobre todo: **el rayo de luna**, tan aprovechado después por los románticos. Y la Naturaleza, considerada siempre como el mayor excitante de movimientos y emociones en todo ánimo sensible, fue la que operó el mayor cambio en la sensibilidad, y un paisaje romántico designaba entre los poetas lakistas ingleses un paisaje natural, una nueva clase de belleza que se adivinaba ahora en la Naturaleza.

Pero no todo lo adivinaron los prerrománticos del siglo XVIII que viven todavía sus imágenes fundidas en el mundo clásico. No sintieron el retorno a los siglos pasados ni el gusto por lo arcaico, pues si sobre las otras notas hubieran adivinado también éstas, se confundirían con los románticos. Y ahora ya es cuestión de apreciación, lo que equivale a sensibilidad, lo que distingue a unos de otros al apreciar el origen puramente literario del romanticismo. Para los más simples, para los que toman del movimiento lo superficial, éste es una disputa y reacción contra lo anterior, el pseudoclasicismo, sin mayores consecuencias. El hecho existe y la reacción es innegable. Pero el romanticismo no es sólo reacción, lo que equivaldría a negación, ni se explica sólo por ella. En último extremo será lo secundario, pues analizando al azar cualquiera de los poetas románticos, se nota inmediatamente que los grandes problemas metafísicos son la obsesión del alma romántica. Para Azorín lo esencial es la tendencia humanitaria que no es creación romántica, sino salida de la crítica social del siglo XVIII. Esto lo enlazaría aún más con el movimiento prerromántico.

La primera nota común a la romántica europea es la **comprensión de la vida y el arte**, un arte real frente a la imitación de la falsa mitología y las falsas Arcadias que anulaba la individualidad de los hombres de la época clásica. Y no sólo es un cambio de manera o estilo que se contraponen a las formas anteriores del arte, sino que es un cambio más profundo, una remoción total de la cultura que va a concebir la vida de manera distinta a la concepción de la filosofía

enciclopedista; pues ha sacado a flote las preocupaciones metafísicas del Cristianismo que ha impuesto a los hombres unos hábitos psicológicos nuevos aun en aquellos que se creen más alejados de su doctrina e instituciones. Es esto lo que le lleva a afirmar a Ospina en su estudio de la romántica europea como preliminar de la colombiana, que el arte romántico es un arte moderno y que el romanticismo no se ha extinguido, sino que vive todavía envuelto en los mismos rasgos fundamentales.

La segunda nota aplicable a las románticas es la aspiración a lo infinito que a su vez desarrolla la idea religiosa de los románticos. Fue Schlegel el primero que manifestó poéticamente esta aspiración que en él proviene, fue consecuencia, de su espíritu religioso, pero que se sigue aún manifestando en autores que podemos considerar como laicos. Hay una poesía de nuestro Espronceda titulada: "A Jarrifa en una orgía", que es una demostración palpable de este sentimiento en un escritor anárquico y revolucionario. El cúmulo de placeres humanos que pueden saciar al gusto más exigente, producen en el poeta romántico el hastio y la desesperanza. Más tarde fue Fichte el que definió esta aspiración al infinito de los románticos: "Un impulso hacia algo totalmente desconocido que se revela sólo por una necesidad, por un malestar, por un vacío que pide ser colmado y no indica de dónde lo será. El yo siente en sí un anhelo, se siente falto de algo." Inmediatamente notaremos las semejanzas de esta inquietud romántica con la inquietud religiosa. Pero veamos también sus diferencias, si las hay. El sentimiento religioso que en hombre adulto parece como nacido en él, consubstancial a su espíritu, penetra en su conciencia generalmente, por educación, lo ha recibido de sus mayores y maestros y su dirección originaria es de fuera a dentro. A la lectura de Schlegel y demás románticos nos damos cuenta de que la idea religiosa ha tenido una dirección contraria, de dentro hacia fuera, y que es una consecuencia de este impulso hacia lo infinito. Y hasta podemos declarar los componentes de este sentimiento porque Schlegel no es parco al declararnos su intimidad; llegó a él por las corrientes del estudio; se enfrascó en el de la historia medieval y fatalmente este estudio tenía que conducirle a la historia del cristianismo. Los templos románicos y la religiosidad de los hombres del medioevo tan a tono con el sentimiento que él mismo experimentaba, determinaron su célebre y ruidosa conversión al cristianismo que tanto dió que hablar en sus días. Si esta aspiración a lo

infinito es la suprema inquietud del romántico, ¿qué medio encontraría para su mejor expresión? No cabe duda que la lírica es el arte más propio del romanticismo, pues es el género poético más apropiado para expresar estos estados recónditos y complicados del alma del artista. Cada momento literario tiene su medio de expresión más adecuado y casi diríamos que por ley natural lo hallan los artistas. Al pseudoclasicismo, arte de salón, frío como la razón universalista, le correspondió la frialdad escultórica. Y esta frialdad escultórica no sólo se da en el mármol, sino que los poetas también se contagian de ella cuando la palabra no es expresión de vida. Basta pasar revista a los poetas neoclásicos europeos y a la composición que pudiéramos llamar para entendernos a la moderna, "tipo standard", la Anacreónica, para darnos cuenta inmediatamente de que pastoras y pastores, nueva evolución del bucolismo, son delicadas estatuillas de porcelana, lindamente modeladas, pero al fin y al cabo estatuas neoclásicas. Y cuando la frialdad invade un movimiento artístico, se uniforma de manera tal, que puede llegar a parecernos desconcertante. Han desaparecido los caracteres raciales del artista y lo mismo da leer una Anacreónica española que una sueca. Las pastoras que retozan a orillas del Zurguen en la vega de Salamanca que Menéndez Valdés nos describe con tanta primorosidad, en nada se diferencian de las que en los helados lagos de Suecia concebía en aquellos mismos días el autor Billemam. Contra esta standardización del arte se levanta el Romanticismo exigiendo del artista imaginación y sentimiento donde las notas raciales, locales y temperamentales tengan supervivencia al mismo tiempo que resalte las intemperancias de su yo. Y entonces ya no es lo mismo leer a un romántico inglés, francés o español, pues además de las notas esenciales han de surgir las circunstanciales locales de gran interés para un estudio completo de la romántica.

Y seguimos buscando notas esenciales a la romántica. El sentimiento más próximo y de textura seguramente análoga a la aspiración al infinito que antes analizábamos es: el **Recuerdo romántico**. Si desplegamos nuestros conocimientos psicológicos fallará la definición de recuerdo al aplicarla íntegramente a los románticos, porque más que facultad es sentimiento. El hundirse en la lejanía y abrir nuevos horizontes a su aspiración es el objetivo de este recuerdo que tiene un valor regresivo, de naturaleza distinta a como había sido concebido estéticamente hasta los orígenes del movimiento román-

tico. El clasicismo tocaba las cosas pasadas con el exclusivo objeto de hacerlas presentes, pero sin la fruición y deleite casi morboso de los románticos. Y además pudiéramos añadir a este recuerdo un valor técnico. Huído de la realidad, aunque no de manera tan descarada como el artista clásico que se esconde en la bruma mitológica, el poeta romántico sitúa todas sus acciones en una época histórica: en la Edad Media, en la que para entonces, y según los conocimientos históricos del día, podía parecer más o menos lejana que pueda ser para nosotros hoy, pero que no por eso deja de ser época histórica. Así resolvieron técnicamente el problema de fondo en el que habían de encuadrar las acciones románticas, pues el Romanticismo tiene mucho de pictórico y no podían descuidar este detalle de perspectivas que literariamente tendrá el valor del claroscuro en la técnica de los pintores. Situar acciones románticas en el mundo de la realidad cotidiana hubiera fracasado por exceso de luz.

E íntimamente relacionada con esta técnica surge el **concepto de Naturaleza romántica**. Decíamos antes que el artista romántico adivinó formas nuevas aplicando una concepción subjetiva a la visión de la Naturaleza. Ante ésta, el poeta clásico se situaba en posición objetiva, de simple observador, retratista minucioso al que no se le suele pasar el más mínimo detalle en la descripción. El artista romántico no es un retratista de la Naturaleza, sino un **pintor**. Penetra en el paisaje subjetivamente y lo interpreta; el yo hará todas las transformaciones suficientes para que a veces el simbolismo intenso se convierta en antropomorfismo. Es por el sentimiento de la Naturaleza por lo que mejor podemos penetrar en la esencia de un movimiento literario. La gama de concepciones es variadisima según los sentimientos y gustos de cada época. El sentido epicúreo del goce del campo, por materialista que podamos creerlo, no impidió al lírico más excelso de la literatura universal, Horacio, el que le arrancara a la Naturaleza sus secretos más bellos. En la Edad Media, que vivió a oscuras de la poesía clásica, podemos afirmar, salvo raras excepciones, que no se sintió la Naturaleza ni aun como elemento decorativo. Al poeta medieval el campo no le habla ni le dice nada. Está enfrascado en la ciudad que empieza a nacer y es poeta burgués por antonomasia. Es el Renacimiento el que incorpora a las literaturas modernas el sentimiento vivo de la Naturaleza. Pero desde un principio se tiñó este sentimiento de una vaga sentimentalidad de la que le será muy difícil desprenderse posteriormente. Esta sentimentalidad

se hará morbosa en el prerromanticismo y basta conocer, aunque sea superficialmente la figura del prerromántico inglés Young, para darse cuenta de que sus paisajes de cementerio contribuyeron a toda la poesía funeraria posterior, que si no es una nota esencial sí lo es accidental al Romanticismo. Los héroes del drama de Martínez de la Rosa, "La conjuración de Venecia", saludado por Larra como nuestro primer drama histórico romántico, se juran su eterno amor ante las tumbas de los antepasados de la heroína. Y es natural el efectismo inicial del que usó el romanticismo en los primeros tiempos aprovechando incluso los efectos sepulcrales y tétricos para atraer la atención de las gentes en un lucha desesperada por ganarse al público.

Pero no son accidentales al Romanticismo los vagos paisajes nocturnos o crepusculares, ni el cielo nocturno insondable, ni los bosques tenebrosos por cuya penumbra corre un susurro indefinido; ni tampoco el canto de los pájaros en el silencio infinito de la mañana. Y no podía ser accidental esta predilección por este tipo de paisaje porque es precisamente éste el que se corresponde con las dos notas que anteriormente hemos dado como fundamentales a la romántica: la aspiración al infinito y el recuerdo romántico. La vaguedad del paisaje, otra vez la técnica del claroscuro, por su imprecisión de luz y líneas era apto para una visión sin límites y en él podía el poeta hundirse en las mayores exaltaciones imaginativas. La Naturaleza para el romántico es un medio de comunicación con el mundo suprasensible y su mejor hallazgo es haberse dado cuenta de ciertas analogías entre la Naturaleza y su alma. Y entonces, por consecuencia, se le pueden atribuir a la Naturaleza propiedades de ser racional, e incluso moral, pues hasta se trata de imitar su conducta. El árbol solitario, fusto de un bosque inmemorial, sugiere inmediatamente el recuerdo. Y en la Naturaleza el poeta romántico ve siempre mucho más de lo que la apariencia exterior revela: el monstruo de las cascadas es fascinador y atrae como el canto de las Sirenas a Ulises. Así nos lo consigna Rafael Pombo, un poeta romántico colombiano en un diario suyo: "Viendo en 1848, dice, el Salto del Tequendama, uno de mis compañeros tuvo que cogerme por los brazos para que no me precipitara en él, porque en mi entusiasmo ese monstruo de las cascadas me tenía fascinado y me atraía irresistiblemente." El agua siempre habla al poeta romántico, unas veces en tonos dulces, otras de forma violenta. Y el viento, las brisas, tiene también su lenguaje que sabe entender el poeta. Y del cielo y sus mundos, el sol

y la luna, de forma diferente, atraen su atención. Son muchos los diálogos que podemos encontrar en la romántica entre el sol y el poeta. El sol lo es todo: "panal de luz que arrastra enjambres de planetas", y en su carro de triunfo, sujeto con sus hebras de oro, el poeta, lleno de unción, es transportado por las secretas y hondas profundidades del piélago infinito. Pero es cuando este exceso de luz desaparece y viene el crepúsculo, cuando el alma romántica penetra en su mundo. Y entonces el mundo es el reino de la luna tan cantada por los románticos por ser la difundidora del misterio y de la voluptuosidad. Para este momento del reino de las sombras es preferible acudir, para gozarlas en toda su intensidad, a la romántica andina:

Luego las negras sombras de los Andes
se irán haciendo cada vez más grandes.
Luego saldrá la luna difundiendo
sus secretos de gran melancolía;
luego sombra y silencio. . . .
Y después morirá por fin el día.

Y se han estudiado todos los efectos de luz que la luna produce en el planeta: cuando ilumina las solitarias breñas, los lejanos valles, el bosque umbroso o la encumbrada peña. Y en todos estos paisajes el rayo de luna lucha con las sombras que son sus enemigas implacables. Y en el vocabulario poético de los románticos hubo que introducir algún término nuevo capaz de expresar estos matices descriptivos que, por inadvertidos, no tenían todavía su expresión justa en la lengua. Al brillo de la luna con luz tenue al reflejarse en las aguas dijeron los poetas románticos: **rielar**. Y cuando uno de ellos dice: "la luna en el mar riela", el término está preñado de matices subjetivos de innegable valor semántico.

Pero no vayamos a creer que la visión de la Naturaleza adopta en todas las románticas las mismas formas, pues esto sería negarle individualidad y caeríamos en los conceptos uniformes del clasicismo que es el antípoda poético del romanticismo. La variedad del paisaje y sobre todo, la tonalidad de la luz divide la romántica europea de acuerdo con la geografía de cada nación. En el Norte de Europa los paisajes brumosos envuelven las cosas en misterio, y el sol, diluido en la bruma, da matices oro y rosa que se prestan a la vaguedad y al ensueño como reacción psicológica del color. Es este tipo de paisaje el que explica claramente la poesía de los poetas Wortword y Cole-

ridge retirados a la región de los lagos de Escocia y también la novela histórica de Walter Scott. A este mismo tipo de paisaje hemos de referir también la romántica francesa sobre todo en sus orígenes con Chateaubriand, nacido en las regiones brumosas de Francia y envuelto su espíritu eternamente en estas brumas de su niñez. Pero el paisaje de la Península Ibérica es bien distinto. La luminosidad de Castilla, con su cielo azul brillante, ejercería sobre nuestros poetas reverberaciones distintas. Ahora la Naturaleza se exterioriza y toma carácter descriptivo; el poeta ve más que siente y a lo que mejor se presta este exceso de luz es a gozar con cierta inconsciencia del ambiente translúcido ya que no se presta al ensueño. Estos detalles físicos, ajenos a la sensibilidad de los poetas románticos, corroboran una vez más la tan cacareada teoría del siglo XIX que divide a los poetas de Europa para el romanticismo en pueblos del Norte y pueblos del Mediodía.

Y seguimos buscando notas generales para la romántica y como siempre tenemos que ir enlazando las nuevas a las ya conseguidas. Al aplicar la aspiración al infinito y el recuerdo al más universal de todos los sentimientos, surge el **Amor romántico**. No es que el amor sea una invención romántica, sería absurdo pensarlo, pero sí lo es su sublimación al situarlo como eje o centro de la vida. Por la pasión amorosa se mueve todo héroe romántico y es la más alta cosa de la vida para la que ya no es necesario usar de símbolos, pues cada una de las composiciones líricas son fragmentos de la biografía amorosa de cada poeta. El amor es el único lazo que une al héroe romántico con su mundo. Roto éste, vive aislado, y el dolor y la desesperación le acompañan hasta la muerte. Y es que los amantes se son mutuamente todas las cosas y en ellos se despierta el anhelo por el infinito y la melancolía del recuerdo.

Pregunta una heroína romántica:

—¿Por qué será que en esta paz tan dichosa siento aún la profunda añoranza?

La contestación no se hace esperar si tenemos en cuenta las notas anteriormente estudiadas. El romántico, por intuición, no suele limitar su vida sólo al presente. Su amor siempre va envuelto en un nimbo de recuerdos y esperanzas, la profunda añoranza de que nos

habla la heroína, que es lo que le da consistencia al prolongarlo en una perspectiva infinita que lo confunde con el ansia de eternidad. Ya no ama la inteligencia, como en el clasicismo, sino el corazón, y es tan humano este amor que para darse a conocer no tiene más que dejar traslucir el fuego interior que arde en él. El amor presente lo manifiesta por la emoción; el extinguido terrenalmente, por la nostalgia y el recuerdo. El hombre es un ser amoroso, diría un existencialismo romántico en el que el existir y el amor se confundirían, pues para la mentalidad romántica un ser sin amor o con un amor bastardeado, no tendría razón de existencia. Y el amor se confunde con la fe cuando en el drama romántico se plantea el tremebundo problema del más allá. Sólo el amor puede salvar al hombre en el trance de condenarse por haber transgredido las leyes morales. Aclaremos este concepto con un ejemplo. El tan conocido drama del romántico español Zorrilla, "Don Juan Tenorio", el asunto no es una invención del poeta sino que se trata de un drama teológico de nuestro teatro clásico llevado a las tablas por vez primera por el fraile mercedario Tirso de Molina, si bien sus orígenes más profundos haya que buscarlos en leyendas del remoto Oriente. En la época clásica es un drama en el que se plantea la siguiente tesis teológica: ¿Cuál será el final de un hombre depravado moralmente, creyente, desde luego, pues sino no habría tal drama, que piensa, y su frase: "para largo me lo fiáis" lo resume, que un arrepentimiento poco antes de la muerte puede borrar todos los desmanes cometidos en las personas de sus víctimas? El problema está en manos de un teólogo y la solución no se hace esperar: la condenación. El tema, paseado después por escenarios nacionales y extranjeros y con la misma solución natural, viene a las manos del romántico Zorrilla, pues el personaje se prestaba para adquirir la categoría de héroe romántico. Y entonces el poeta español parece querer contraponer una nueva tesis: ¿Cuál será el final de un hombre que amó según el código del amor romántico, aunque en su vida se hayan sucedido las transgresiones al orden moral? El problema estaba en adivinar si entre los muchos escauceos amorosos del femenino Don Juan existió una pasión profunda, apasionada, un amor del corazón que el resplandor de su lumbré oscureciera las pequeñeces de los otros episodios. Comprobada esta calidad de amor hacia Doña Inés, entonces la solución tampoco se hará esperar: la salvación. ¿Cuál hubiera sido la amargura infinita del héroe romántico, perdidas las perspectivas de prolongación hacia la eternidad de su amor! Zorrilla era un poeta cristiano, pero también

romántico y en este conflicto de moral teológica y de moral romántica se inclinó hacia la segunda para la solución de su drama. Y es que el poeta romántico es humano.

Y el poeta romántico tiene miedo a enfrentarse con la realidad del amor y cuando éste se le aparece, huye para refugiarse en el ensueño porque prefiere el ideal a la realidad. Como el ser romántico no es una cuestión de cronología, como ya señalamos al principio de esta charla, ocurre que cuando históricamente se da por concluido el romanticismo, en la mitad del siglo XIX, aparece en la literatura española el más romántico de todos los románticos españoles: Gustavo Adolfo Becquer. Vive en pleno realismo, es decir, la reacción natural contra el romanticismo, pero no por eso deja de ser un temperamento finísimo de la familia de los poetas neuróticos capacitados para las más altas tensiones líricas. No se puede hablar del amor concebido a la manera de los románticos sin recurrir a él y a la cita de algunas de sus Rimas. Es poeta romántico hasta en la originalidad de la forma, aunque en ella está también su propia desgracia. Las Rimas son una unidad en las que está condesada toda su vida amorosa. Tomadas aisladamente se prestan, por su facilidad y ligereza, a ser pasto de recitados caseros. Becquer tiene miedo a enfrentarse con la realidad del amor aunque éste sea el ideal de belleza concebido:

Te vi un punto, y, flotando ante mis ojos,
la imagen de tus ojos se quedó,
como la mancha oscura, orlada en fuego,
que flota y ciega si se mira al sol.
Yo sé que hay fuegos fatuos que en la noche
llevan al caminante a perecer:
yo me siento arrastrado por tus ojos,
pero adónde me arrastran no lo sé.

Finalmente vamos a analizar la que consideraremos última nota común a las románticas: **El sentimiento patriótico en la lírica de los románticos.** Se contarían con los dedos de la mano los escasos poetas románticos que entre las fibras de su corazón no hubieran empalmado una con el amor a la patria. Los nacionalismos y regionalismos casi pudiéramos considerarlos como crecidos y alimentados en el seno del Romanticismo. La ocasión se presentó propicia para que en el romanticismo incipiente se desarrollara el sentimiento patriótico, pues coincide el movimiento con las incursiones que a través de

toda Europa hacen los ejércitos napoleónicos. Y es curiosa la transformación que a este respecto se había operado en el ánimo de los románticos. Cuando estalló la Revolución francesa los primeros románticos la vieron con mucha simpatía por lo prometedor de sus conquistas y la popularidad de sus dirigentes. Pero cuando llegaron los excesos, poco a poco, van retrocediendo y el antiguo entusiasmo se transforma en repulsa. Para algún romántico la Revolución francesa fue el motivo de su evolución psicológica. Nos referimos a Wordsworth, que además de poeta era filósofo y vivió su juventud refugiado en la compasión humanitaria, en el filantropismo, que ejerció una influencia decisiva en el romanticismo. El poeta inglés había visto de cerca la gran miseria e injusticia social de su patria y en su ardor juvenil pensó que la revolución que acababa de estallar en Francia podría muy bien ser la salvación del mundo. No le arredraron los peligros y se trasladó a Francia en pleno fragor revolucionario; y no retrocede ante las matanzas de Setiembre sino que afirma más su fe juvenil. Pero en el 93, al instaurarse el terror en toda Francia y cayó rodando la cabeza de Luis XVI, lleno de un hondo desaliento, se volvió a su patria. Desaparecida en él la compasión humanitaria que había alimentado toda su juventud, se desarrolla con más fuerza su impulso a la Naturaleza y en comunicación con ella, retirado a los montes Quantocks, reconstruyó su resquebrajada vida moral. El mismo fenómeno se repite en su compañero de retiro Coleridge y en Alemania Schlegel y Novalis sufren la misma crisis. Así pues, Napoleón que transportaba por toda Europa a los ejércitos revolucionarios no contaba ya con el beneplácito hacia la Revolución, ni siquiera con la indiferencia política. Por el contrario, las voces de los poetas románticos se fueron alzando más y más contra las continuas invasiones napoleónicas y los cantos patrióticos, jugaron sin duda un papel importante en la rendición del Coloso. Esta decepción de los viejos en el primer ensayo por la libertad de la Humanidad, si queremos calificar así a la Revolución Francesa, no impidió que las generaciones jóvenes que le sucedieron, los verdaderos románticos, sintieran un fervor casi religioso por la Libertad y por ella lucharon con desinterés, no sólo cuando se trataba de la libertad patria, sino de la europea. Recordad la muerte de Byron en defensa de la libertad de los griegos y por menos conocidas os refrescaré yo otras del poeta español, Espronceda, que parece haber nacido para esta lucha por la libertad. En el año 1832 contaba nuestro poeta 15 años de edad cuando fue fusilado el General Riego, el general romántico que pagó con

su vida la sublevación de tropas que se dirigían a Ultramar para contener los avances de las libertades americanas. Ved cuán próxima está la fecha de la que en el Pichincha había determinado vuestra libertad. Espronceda con otros jovencuelos románticos formaban al decir de los esbirros de Fernando VII la terrible conspiradora sociedad de los "Numantinos" que ocultos y en sesión plenaria presenciaban el fusilamiento en la plaza de la Cebada en la mañana del 7 de Noviembre. En la noche, en el tenebroso local donde se reunían, juraron por escrito no descansar hasta que fuera vengada aquella víctima del absolutismo. Y corresponde al romanticismo tétrico, a lo externo del romanticismo, la descripción del sitio donde tenían lugar las reuniones de los "numantinos". Eran los sótanos de una botica situada en el corazón de Madrid y un viejo boticario el animador de estas lúgubres mascaradas. Formaban el local dos bóvedas cruzadas en ángulo recto, con unos pequeños tragaluces a la calle. Una tarima, una mesa vestida de negro, unos bancos y taburetes, unos faroles de papel rojo y emblemas macabros que se transparentaban al encender las lámparas. En la mesa unas espadas y un par de pistolas y a la entrada unos cortinones de bayeta negra. Los "numantinos" vestían ropones o capas negras y antifaz veneciano los días de solemnidad, y aquel día lo era, y empuñaban armas blancas. Para Fernando VII, al que los dedos se le hacían huéspedes en cuestión a conjuraciones liberales, la conjura infantil la tomó por tremenda conspiración y delatada la sociedad y hallado el documento, su presidente entonces, Espronceda, fue desterrado por cinco años y recluido en un convento de Guadalajara. Y no terminaron como juego de niños sus misiones posteriores en defensa de la Libertad en las que intervino después con conciencia plena de sus actos. A los 22 años, estando desterrado en París, formó en las barricadas que determinaron el triunfo de la Revolución de Julio en Francia. Y creyendo que aquel era el momento de liberar a España de la opresión absolutista, no vacila en integrar el grupo de enemigos que al frente del militar Chapalangarra atravesó la frontera navarra con un pequeño grupo que fue derrotado por las tropas del Rey. El caudillo murió en la refriega, pero su memoria vivirá eternamente en la poesía en la que Espronceda cantó su muerte; el poeta pudo a duras penas regresar a Francia donde esperó los días ya próximos de su repatriación. Es en Espronceda principalmente en el que la poesía patriótica se suele entender casi siempre en forma belicosa. Aire marcial tiene esta estrofa de la composición a la que antes nos referíamos:

Y vosotros ¡Oh nobles guerreros,
de la patria sostén y esperanza!
Abrasados en sed de venganza
odio eterno al tirano jurad.

Vistos en líneas muy generales los caracteres que consideramos comunes a la romántica europea y que muy bien se pueden alargar a la romántica americana, nos queda por señalar, aunque de manera muy sucinta, las principales románticas y sus figuras más representativas. Alemania es tenida de siempre como la originaria del Romanticismo y en algún momento se la consideró como la única original dentro de las europeas. El romanticismo fue un movimiento esencialmente lírico pero nutrido de elementos filosóficos. De la filosofía se contagió la literatura. Desde que Kant construyó su sistema idealista en el que el "Das Ich", el yo, pasaba a ser el centro del universo, el héroe romántico tenía ya una vivencia filosófica. Después, lo difícil es ya determinar si la romántica es hija de la inteligencia, de la fantasía o del sentimiento cuando ya pasó a otros países, pero en Alemania sí es fácil determinar que procede del mundo de las ideas con la obsesión única de sus artistas de enfrentar al espíritu con los misterios del infinito. Tuvo también, no cabe duda, antecedentes literarios pues la escuela del "Sturm und Drang" que les antecedió, si bien por su violencia no dejó una obra consistente, sí preparó el camino para sacudirse los yugos que impedían la libertad del artista. De ellos aprendieron la comprensión de Shakespeare que desde entonces ha sido tan poeta de Alemania como de Inglaterra, así como también el amor por la Edad Media. Goethe y Schiller también son precursores literarios del movimiento aunque el primero era un superclásico. Sentir lo antiguo en el mundo moderno es el legado de Goethe a sus sucesores. Federico Schlegel es uno de los iniciadores del movimiento romántico y antes que artista fue jurista y filósofo y por el camino de la filosofía pasó a la crítica con un anhelo de subjetividad disfrazada en la objetividad más revolucionaria. Pero al fin se halló y fue la filosofía de Fichte la que encauzó su espíritu tratando de buscar en las obras de arte la misma armonía que preside al Universo. De esta coordinación surge su aspiración a lo infinito y la posibilidad de verlo reflejado en el amor ya que lo finito no es sino un reflejo de lo infinito. Los hermanos Federico y Guillermo Schlegel con Novalis y Tieck forman el primer cenáculo literario alemán en Jena en donde se hacen los primeros estudios de Edad Media, se trata de enlazar

el espíritu caballeresco alemán con el cristianismo concebido entonces como una espiritualización religiosa oriental. Y el más exaltado del grupo, Novalis, pseudónimo del poeta Hardenberg, lanza sus "Cantos sagrados" y "Los himnos de la Noche", de unción tan mística, que desde este momento se le llaman el poeta de la muerte. En Holderlin el ansia de infinito es más indeterminada porque no procede de vías religiosas sino que está inspirada en una visión casi panteísta de la Naturaleza. Hay una fuerza oculta que la domina y un bosque de gigantes encinas le parecen al poeta un pueblo de titanes que aprisionan al mundo como águila a su presa y, como el hombre, aspiran también a lo infinito. El Romanticismo alemán no se contuvo en los campos propiamente literarios de la poesía, novela y teatro, sino que con su concepción radial se propagó también a los demás sectores de la Ciencia y del Arte: las investigaciones históricas de von Müller, los estudios de Literatura e Historia de los hermanos Grimm; la publicación del Romancero español de Wolf y Hofmann y los estudios histórico-étnicos de los Humboldt están tocados del espíritu romántico. Y acaso la manifestación más florida de la romántica alemana sea la música de Schubert y después la de Wagner, con efectos musicales donde el alma heroica resuena sonora con magnífica orquestación y que sería el peligro más grande al tratar de ser imitado por los poetas modernistas cuya musicalidad fue lo único que tomaron de su maestro Rubén Darío. Pero el arte de Wagner, de puro griterío cósmico, resulta arte deshumanizado. Así lo hace notar Ortega y Gasset al fijar su posición frente al sentimiento humano de Wagner: "Como siempre acaece, dice, al alcanzar una forma su máximo, se inicia su conversión en la contraria. Ya en Wagner la voz humana deja de ser protagonista y se sumerge en el griterío cósmico de los demás instrumentos."

El Romanticismo inglés es espontáneo y casi pudiéramos decir que surge de las entrañas mismas de la sociedad inglesa. No tiene el carácter metafísico del alemán sino más bien una raíz psicológica. Es una manera sentimental de concebir el mundo que venía preparando a los hombres durante todo el siglo XVIII y que casi por intuición tuvo que captar el pueblo inglés; pues la literatura y el filosofismo sólo se movían en las altas esferas sociales. La miseria económica de Inglaterra bajo el reinado de Jorge III corría parejas con su miseria cultural. Poco a poco, el tacto político y la revolución industrial, fueron sacando al pueblo inglés de aquel estado caótico para

colocarlo a la cabeza de los pueblos europeos en el siglo XIX. Es en este medio social donde se mueve el romanticismo inglés y tendrá como característica la compasión y el interés hacia estas masas desgraciadas. Si los medios literarios no eran suficientes para realizar el cambio que se deseaba, fue la Naturaleza, el mar y las montañas, las que llevaron a cabo la transformación. Y Wordsworth y Coleridge los poetas de formación neoclásica que al retirarse a las regiones brumosas de los lagos encontraron en la Naturaleza la concepción más completa de la vida del hombre. El primero confiesa que en su juventud tenía horas de plena melancolía y que gustaba de los paisajes de cielo triste y la noche con sus misterios. Ambos amaban la Naturaleza, la Edad Media y la vida rústica; pero todavía no habían hallado la forma romántica. Del desengaño de Wordsworth con motivo del fracaso de la Revolución Francesa y su evolución psicológica ya hemos hablado anteriormente. A Coleridge le llegó la hora de la transformación por el dolor en el amor. Y en la región de los lagos de Cumberland se encontraron estos dos hombres que con la comunicación de ideas fraternizaron en un trato que casi se hizo diario a través de largos paseos por las montañas. La nueva concepción de la poesía sacada de una naturaleza vivida y observada sin las abstracciones mitológicas sino con personajes rústicos vivientes son las "Baladas Líricas", el primer monumento de la lírica romántica inglesa. Inmediatamente después la labor de los lakistas fue completada por la generación joven de poetas ingleses. Cada uno de ellos por su fuerte personalidad puede ser objeto de una amplia biografía como las que de dos de ellos ha hecho Maurois. Lord Byron ha traspasado la romántica inglesa para pasar a ser un poeta universal. Parece un tradicionalista por su amor a la forma perfecta clásica y por su casi desprecio a Wordsworth y Coleridge. Pero su alma es enteramente romántica por su exaltación de la personalidad y una autolatría llevada a extremos tales que sólo en ella cabe explicar su antibritanismo. Le faltan detalles románticos pero le sobra fuerza para trazar esos tipos vigorosos que son Harold, Manfredo, don Juan y Caín, de la contextura de los semidioses paganos capaces de hacer cara a las iras ultraterrenas. Estos fueron los prototipos románticos y el conseguir igualarlos fue el afán del resto de los románticos.

Shelley es el poeta de las mayores exaltaciones líricas como no había tenido la lengua inglesa desde la desaparición de Shakespeare. Interesado en su primera juventud por los problemas sociales, pronto

olvida este mundo para dar la máxima expansión a su mundo interior y con naturalidad tan efusiva y forma tan diáfana como no ha sido conseguido después por los muchos románticos que han tratado de imitarle. El anhelo por lo desconocido es siempre en el poeta la causa del dolor y de la misma especie de la que siente el insecto por la estrella, o la noche por la aurora.

Keats es el último de la joven generación de poetas románticos. Su muerte antes de cumplir los 23 años no le permitió completar su genio. En su composición: "Oda a un ánfora griega" hay dos versos que pudieran ser el símbolo de su biografía:

*La belleza es verdad, la verdad es belleza: eso es todo
lo que se puede saber y ambicionar sobre la Tierra.*

Su amor por la forma le atrae hacia el arte y la mitología griegas; pero no por la forma misma sino por su concepción artística y su afán de penetrar profundamente y hallar nuevas formas de belleza. La prematura muerte del poeta agotó un alma antes de armonizar relaciones insospechadas entre el mundo y la poesía.

El Romanticismo francés tuvo que mantener una lucha desesperada para conseguir desterrar al clasicismo que había ganado todos los resortes intelectuales de la nación. No en balde Francia había sido la patria de Boileau que con su Preceptiva había tiranizado por más de dos siglos al espíritu europeo. Pero poco a poco el espíritu clásico se va desterrando favorecido en primer lugar por la Revolución que había liquidado los salones literarios y por el cierre de las Universidades y Colegios hasta su nueva reorganización en el Imperio. Y son los cenáculos románticos, los salones del Arsenal y de Nodier los que reúnen en el año 1823 a los primeros corifeos del romanticismo francés: Vigni, Lefevre, y si también asiste Hugo, todavía rehúsa el nombre de romántico. Por estos días tienen lugar en Francia las disputas entabladas entre los partidarios y negadores del nuevo orden estético pero lo más que se concede todavía es la libertad en el arte, no del arte. Esta libertad absoluta que se desea pero que no se atreven a declarar se consigue en 1827 cuando al estrenar Hugo su drama Cromwell en su célebre Prefacio, el manifiesto del romanticismo francés, se deshacen definitivamente las formas tradicionales y se erige la teoría del teatro romántico. No habíamos habla-

do del drama romántico para dejarlo para este lugar. En el teatro es donde se concentró toda la lucha entre clásicos y románticos porque ganarse al público en la escena era ganar la batalla. El primer artículo del Prefacio manifiesta la oposición al gusto clásico: nada de unidades dramáticas: libertad de acción, de lugar y de tiempo. En lo sucesivo el autor dramático no tendría las trabas que le imponían las limitaciones anteriores y que procedían de la "Poética" aristotélica ridículamente interpretada. Nada de limitación de los géneros ni tampoco de los estilos nobles, venía a decir otro de los artículos del Prefacio. Y los géneros considerados como puros en el clasicismo, la tragedia y la comedia, dieron paso a una forma intermedia que es el drama que reunía todas las condiciones requeridas por el romanticismo para esta forma de arte. Al resucitar esta forma vedada anteriormente por el clasicismo vuelven a cobrar actualidad los teatros inglés y español que habían utilizado preferentemente este género dramático y que a partir del siglo XVIII fueron considerados como teatros bárbaros y los nombres de Shakespeare, Lope y Calderón pasaron al olvido hasta este momento de la rehabilitación romántica. Aplicándole al drama las mismas notas comunes que a la romántica en general, el asunto había de hundirse en la lejanía para que cobrase los matices de vaguedad y ensueño.

Estas fueron las grandes conquistas que para la libertad del arte consiguieron los románticos, los vecinos más próximos a una época de libertades literarias restringidas y con la que tuvieron que luchar duramente; ganaron la batalla pero también abusaron; la violencia que emplearon en la lucha les hizo más efímera la victoria; pero los efectos del movimiento romántico llegan hasta nuestros días.

Tres Lecciones sobre la Herencia Biológica

CONCEPTO GENERAL DE LA HERENCIA

La herencia es una de las ideas universales que siempre han dominado el espíritu humano. Es uno de los capítulos más sugestivos y, al mismo tiempo, más complejos de la Biología General.

La Herencia —ha dicho Ribot— es la ley biológica en virtud de la cual todos los seres dotados de vida tienden a repetirse en sus descendientes; representa para la especie, lo que la identidad personal para el individuo. Por su causa, en medio de las variaciones incesantes, existe un fondo que siempre permanece; por ella, la Naturaleza se copia e imita constantemente.

El hombre piensa y obra —ha dicho Debierre— no espontáneamente, sino por la sangre que corre en sus venas; es más por sus abuelos que por sí mismo. Son los muertos, que desde el fondo del sepulcro, en donde no son más que polvo, mandan a los vivos... Fatalidad hereditaria que ha servido de tema constante a filósofos y literatos para infiltrar, con tan sugestivo tema, en los espíritus ideas de irresponsabilidad, de duda y de pesimismo, que "es una doctrina consoladora para los que sufren —como dice Eca de Queirós— porque desindividualiza el sufrimiento y lo desdobra hasta convertirlo en ley universal y propia de la vida". Ya Blasco Ibáñez nos dijo en su novela: "Los Muertos Mandan".

Pero, en realidad, la herencia no es la reproducción fatal: otros

elementos, como el medio ambiente, en todas sus formas, y los factores sociales obran sobre la naturaleza humana, unos para hacerla retroceder y otros para mejorarla. Si bien el fenómeno de la herencia lleva en sí el elemento necesidad, tiene también el elemento contingencia, o mejor dicho, de acuerdo con las leyes mendelianas, hay la transmisión de caracteres dominantes y recesivos, y al lado de los factores hereditarios —genotípicos—, existen los factores ambientales —fenotípicos y paratípicos—. Y esto es lo que justifica el estudio que de la herencia se hace dentro de la Eugenesia, ya que existe una terapéutica y una profilaxia de la herencia. Y por ello, el Profesor Govaretz nos da una definición de esta ciencia, diciendo que es, ante todo, “una acción social susceptible de permitir a las líneas de los mejor dotados, revelarse, acrecentarse y protegerse contra todo aquello que pueda detener o alterar el germen”. Definición de la Eugenesia más completa que de la de su fundador, Galton, que limita el campo de la eugénica reduciéndolo a lo científico, pero que conserva todos los puntos esenciales de aquélla.

El problema de la herencia normal y patológica en el hombre constituye, en la actualidad, un tema de particular interés; pero todavía no han sido resueltos muchos de sus problemas, aunque exista todo un cuerpo de doctrina que servirá de base para investigaciones ulteriores, porque el conocimiento de los fundamentos de la herencia es hoy lo bastante sólido hasta para que su exposición pueda saltar de la aridez de los conceptos que sólo son inteligibles para los técnicos, a una relativa sencillez de expresión, capaz de hacerlos comprensibles para los poco iniciados en el campo de la biología.

El estudio de la herencia en el hombre se halla vinculado a muchas disciplinas científicas: la etnología y la sociología, para la comprensión de los aspectos científicos del problema racial; con la pedagogía, cuando se analiza el desarrollo físico e intelectual del niño; con la psicología y la criminología, en los casos de estudio de los psicópatas hereditarios; pero es al considerar el problema de la constitución humana que se puede apreciar su trascendental influencia.

El estudio de la herencia en el hombre permite apreciar en virtud de qué mecanismo y en qué grado se transmiten de padres a hijos las características morfológicas, funcionales y psíquicas; pero al lado de las dotes hereditarias de semejanzas, existen también otras de

desemejanzas: de suerte que el hijo se parece al padre en su aspecto general y se diferencia en una cantidad de detalles particulares. El hombre recibe, pues, ese conjunto de semejanzas y desemejanzas no sólo de sus padres, sino también de sus ascendientes.

El antiguo antagonismo entre los partidarios de la escuela neolamarkiana y sus adversarios neo-darwinistas, puede ser referido en el fondo, para hablar estrictamente, a las diferencias de interpretación de la herencia de los caracteres adquiridos. Y como ni las teorías de Lamarck y las afirmaciones posteriores de sus discípulos, por una parte, ni las de Darwin y sus partidarios, por otra, llegaban a precisar los principios teóricos de la herencia, el célebre biólogo alemán Augusto Weisman, realizó una tentativa para resolver este problema, introduciendo la teoría que lleva su nombre. Bajo el nombre de “teoría del plasma germinativo”, Weisman desarrolló el concepto de oposición entre dos grupos estrictamente aislados de las células del organismo. Según Weisman, las acciones exteriores no ejercen influencia sobre el primer grupo de células somáticas, que no juegan ningún rol en la transmisión hereditaria de los caracteres. Distingue, para esto, las células del cuerpo o somáticas, y las del tejido reproductor o células germinativas —plasma germinativo—. Luego, el carácter individual sería transmitido exclusivamente por el protoplasma de las células del plasma germinativo. Este, por otra parte, conservaría, desde la fecundación, la totalidad integral de sus propiedades primitivas y no sufriría modificación cualitativa aun en el curso de las diferenciaciones constantes y de desarrollo de otros grupos celulares de la economía. El conjunto de estas células se transmitiría así, bajo la forma primitiva e inmutable, de generación en generación, permanecería siempre único y, por decirlo así, inmortal, sin seguir al otro grupo celular —el soma— en su desarrollo perpetuo.

Las células germinativas sufren, naturalmente, una modificación en el curso de cada proceso reproductor, debido a la fecundación. El óvulo, llegando a la madurez reduce, expulsando los glóbulos polares, su número de cromosomas a la mitad. Así es que la totalidad correspondiente a la **determinante** recobra en seguida, en la misma proporción, cuando su fusión con el espermatozoide y su protoplasma germinativo. Todas las propiedades del plasma germinativo, como resultante de la fusión de los gametos —óvulo y espermatozoide— serían debidas a determinantes paterna o materna; pudiendo, aunque en

menor número, ser igualmente el asiento de caracteres aportados por antecedentes lejanos, en estado latente entre los padres.

Por el contrario, las propiedades adquiridas por los padres dentro de la existencia individual, no ejercerían ninguna influencia sobre las células germinativas, porque los agentes exteriores no modificarían sino el cuerpo —el soma—. Como se comprende, Weisman no concede a los agentes exteriores una acción preponderante; rechazando, hasta cierto punto, la posibilidad hereditaria de estas modificaciones evolutivas del soma a los descendientes. Para explicar, sin embargo, las transformaciones esenciales experimentadas por las especies, el biólogo alemán recurre a factores tales como la lucha por la existencia, selección sexual y otras ya mencionadas por las teorías de la evolución.

En apoyo de su acerto, Weisman cita el ejemplo de simples traumatismos sufridos por toda una serie de generaciones y que, sin embargo, no son heredados por los descendientes. Es que, en efecto, las simples lesiones traumáticas citadas por Weisman, como no interesan ni la estructura ni la composición química de grupos celulares poco considerables del soma, no contribuyen, en consecuencia, de ninguna manera, a una transformación radical del plasma germinativo. Su acción queda, pues, limitada a una sola generación. Así, el caso tantas veces citado por la escuela de Weisman, concerniente a la ablación del apéndice caudal operado en veintidós generaciones sucesivas de ratones, sin que esa alteración sea transmitida a su descendencia, no tiene el valor de una prueba decisiva, sin embargo. Sería necesario, así mismo, llegar a crear, razonando de esta suerte, en una atrofia gradual del himen, abolido a través de millones de generaciones o las deformaciones del sexo masculino en los pueblos semíticos que practican la circuncisión. Y, sin embargo, no se ha ido tan lejos. Las lesiones traumáticas, siendo muy insignificantes y superficiales, no interesan de ninguna manera ni a la estructura del soma, ni con mayor razón a la del plasma germinativo.

Pero, sin adelantar conceptos sobre esto de la inmutabilidad del plasma germinativo —que los hemos de exponer en la charla posterior a ésta— sólo diremos que, si por una parte, no se ha llegado a probar hasta ahora, de una manera absoluta y general la herencia de los caracteres adquiridos, no se ha resuelto, por otra parte, este pro-

blema en su sentido negativo, de que ellos no sean transmitidos a los descendientes. Por el contrario, en toda una serie de observaciones se ha podido constatar una transmisión evidente. En el hecho biológico general, en muchos casos, la herencia de las propiedades adquiridas aparece como una necesidad inevitable, que se opone aún a nuestras consideraciones teóricas, de acuerdo con la teoría de Weisman. No se habría podido, por ejemplo, concebir, aun acudiendo a las teorías de Darwin, Weisman o de Hugo de Vries, uno de los fenómenos biológicos más importantes: la adaptación al medio. Sólo la intervención de la herencia de las propiedades adquiridas podría explicarnos estos fenómenos. La ley de la convergencia de las aletas en los mamíferos, por ejemplo, como consecuencia de la necesidad de adaptarse a la existencia de un medio acuático, no puede ser interpretado de otra manera que por la adaptación y transmisión de los caracteres adquiridos a las generaciones siguientes.

A lo largo de los siglos XVIII y XIX, no pocos naturalistas habían tratado de descubrir las causas de la herencia, realizando hibridaciones o cruzamientos entre especies diferentes o entre variedades diferentes de una misma especie. Pero ninguno de estos trabajos, sin embargo, pudo aclarar las causas de la herencia, ni llegar a conclusiones concretas sobre la transmisión de los caracteres de padres a hijos. Sólo en el año de 1866 vió la luz un folleto en que se relataban las experiencias de hibridación llevadas a efecto por un fraile agustino, el abate Juan Gregorio Mendel. No obstante, el mundo científico de aquella época, absorbido por una febril especulación sobre el origen de las especies, y en plena discusión de las doctrinas que Darwin acababa de dar a conocer, no concedió atención alguna a los estudios del monje sobre la herencia de los guisantes y las conclusiones de Mendel fueron injustamente dadas al olvido.

Fue en el año 1900, dieciséis años después de la muerte de Gregorio Mendel, cuando sus geniales descubrimientos se dieron a conocer e invadieron rápidamente el mundo científico, ocupando un prominente lugar en la atención de los hombres de ciencia. En ese año, tres botánicos eminentes, Hugo de Vries en Holanda, Tschermak en Austria y Correns en Alemania, que trabajaron con absoluta independencia sobre la hibridación de las plantas, exhumaron simultáneamente los trabajos que el fraile agustino había realizado treinta y cinco años antes y comprobaron, con sus propias experiencias, el acierto de las hipótesis mendelianas.

El primer acierto de Mendel fue la elección del guisante común como objeto de sus investigaciones. Se trata, en efecto, de una planta de excepcionales ventajas para esta clase de estudios: en primer término, es una planta de flores hermafroditas, es decir, una planta que en cada flor produce a la vez células reproductoras masculinas y células reproductoras femeninas, granos de polen y óvulos; la estructura de sus flores es tal que si se deja a las plantas reproducirse libremente, ningún grano de polen extraño puede penetrar en la flor y puede tenerse la completa seguridad de que la planta se ha autofecundado, y por tanto, las semillas obtenidas como consecuencia de la reproducción de cada planta, darían origen a individuos, descendientes puros de la misma, sin ingerencia de individuo extraño alguno. En segundo lugar, esa misma estructura de las flores del guisante permite realizar con mucha facilidad la hibridación, el cruzamiento entre dos plantas de tipo diferente, lo que se consigue llevando los granos de polen producidos por las flores de una de las plantas, sobre los órganos femeninos de la otra. Por otra parte, siendo el guisante una planta anual, es relativamente fácil seguir la manifestación de los caracteres, en las generaciones sucesivas.

Mendel pensó que cruzando dos variedades de guisantes que se diferenciaban por algunos caracteres y estudiando la manifestación de ese carácter en los descendientes del cruzamiento, durante varias generaciones, podría deducir alguna consecuencia interesante sobre la herencia de tal carácter. Tal pensamiento había inspirado también a varios naturalistas anteriores a él y a alguno de sus contemporáneos, pero ninguna había llegado a formular conclusiones concretas. Antes de que Mendel realizara sus trabajos se sabía ya que la descendencia de un híbrido presentaba una gran variabilidad, pero nadie pudo encontrar orden ni regularidad en este hecho, que con frecuencia se expresaba diciendo que la descendencia de un híbrido presentaba una variación desordenada. La aplicación del método matemático al examen de los resultados obtenidos, permitió al paciente investigador llegar a la conclusión de que lejos de existir ese pretendido desorden en la variación resultante en la descendencia de los híbridos, los distintos tipos que integran la descendencia se presentan siempre en proporciones definidas.

Cuando Mendel cruzó, por ejemplo, una variedad de semillas amarillas con otra de semillas verdes, observó que los descendientes

del cruzamiento tenían todas semillas amarillas, sin que hubiera ni una sola planta cuyas semillas fueran verdes. Entonces dejó que todas las plantas hijas del cruzamiento se reprodujeran de un modo natural, sin intervenir para nada en la reproducción de cada una. Obtuvo así semillas y, sembrándolas en una parcela, produjo plantas que eran en realidad las nietas de las dos plantas cruzadas en un principio. Entre estas plantas había algunas con semillas amarillas y otras con semillas verdes; el carácter verde de la semilla, que había desaparecido por completo en los hijos del cruzamiento, volvía a aparecer en los nietos. Hecho el recuento de las plantas dotadas de semillas verdes y de las que tenían semillas amarillas, Mendel encontró que por cada tres con semillas de este último color, había tan sólo una con semillas verdes. El carácter desaparecido en la primera generación, reaparecía en la segunda, pero tan sólo en una cuarta parte de sus componentes.

Las deducciones de Mendel, confirmadas después por otros muchos investigadores, para un gran número de caracteres y en las especies más diversas, permiten afirmar que la proporción 3:1 que expresa la distribución en la segunda generación de un híbrido, de los dos caracteres opuestos que presentaban los tipos cruzados, es una ley general de la herencia; y esta ley se cumple tanto en las plantas como en los animales.

Esperando obtener nuevos datos que dieran una explicación al hecho de reaparecer los caracteres paternos en la segunda generación, Mendel continuó sus investigaciones, obteniendo una tercera generación por autofecundación o reproducción natural de todos los individuos de la segunda. En el caso concreto, a que nos estamos refiriendo, sembró en parcelas independientes las semillas de cada una de las plantas con semillas amarillas y las semillas de cada una de las plantas dotadas de guisantes verdes y estudió, con la misma atención que en las generaciones anteriores, las poblaciones obtenidas. Este estudio condujo a los siguientes resultados: las semillas procedentes de plantas con granos verdes, produjeron tan sólo plantas con semillas verdes; los guisantes recogidos en plantas con semillas amarillas, se comportaron de distinta manera: en unas parcelas todas las plantas tenían sus semillas amarillas, es decir, todos los descendientes eran uniformes e iguales a su progenitor; en otras, las plantas con semillas amarillas y las plantas con semillas verdes estaban

en la proporción de tres a uno. Evidentemente las plantas con semillas amarillas de la segunda generación, idénticas todas por su aspecto externo, eran de dos clases: unas eran puras para el carácter semilla amarilla, otras eran híbridas, lo mismo que sus padres. Un recuento minucioso de ambas clases de plantas comprobó que en las plantas de semilla amarilla de la segunda generación, por cada una de las puras había dos que eran híbridas. La verdadera proporción de las diferentes clases de individuos en la segunda generación era, pues, una cuarta parte de puros con semillas amarillas, dos cuartas partes, es decir, la mitad de las plantas, híbridas, con semillas también amarillas, y la cuarta parte restante, puros con semillas verdes. Las plantas puras se reproducían idénticas a sí mismas cualquiera que fuera su clase. Las plantas híbridas daban origen siempre a una descendencia en la que la cuarta parte de los individuos exhibían semillas verdes y las tres cuartas partes mostraban semillas amarillas. Sin embargo, aparentemente, no había más que dos clases de individuos, pues las plantas dotadas de semillas amarillas, fueran puras o híbridas, eran tan idénticas exteriormente, que no había manera de diferenciarlas.

De los experimentos que acabamos de describir se deduce que cuando se cruzan dos individuos que exhiben caracteres contrastados, uno de estos caracteres posee una fuerza especial que le hace predominar sobre el otro. El carácter amarillo de la semilla parece tener cierto ascendente sobre el color verde, lo domina, le impide manifestarse libremente, no le deja aparecer en la primera generación que él llena por completo y en la segunda apenas le cede el puesto en una cuarta parte de la población formada por los nietos. Sin embargo, el color verde no se deja aniquilar por el amarillo y si en la primera generación deja de manifestarse, sigue presente en una forma latente o potencial, puesto que en cuanto tiene ocasión en la generación siguiente, aparece, aun cuando sólo sea en una cuarta parte de los descendientes. Mendel designó con el significativo nombre de **caracteres dominantes** a los que se comportan como el color amarillo de la semilla y reservó el calificativo de **recesivos** a los caracteres que se conducen como el color verde. Más tarde, otros investigadores han encontrado, en las más diversas clases de animales y plantas, numerosos casos de dominancia completa, con manifestaciones idénticas a las observadas en los trabajos mendelianos.

Ante resultados tan sorprendentes, Gregorio Mendel se preguntó cuál sería el mecanismo determinante de una distribución tan exacta y constante entre los individuos dotados cada uno de los caracteres opuestos exhibidos por los progenitores. De sus prolongadas reflexiones surgió la hipótesis que había de conducirle a formular sus famosas leyes. Ante todo, se dijo que al ser las células reproductoras de la planta, el grano de polen y el óvulo, el único nexo natural entre un descendiente y sus progenitores, en estas células sexuales debían ir transportados los factores hereditarios, determinantes de la aparición de los caracteres de los padres en los hijos. Esta es la concepción de los **genes**, de los que hablaremos luego.

Una de las primeras y más interesantes consecuencias de los descubrimientos de Mendel es que los caracteres exteriores de un individuo no constituyen en ningún modo una garantía de las cualidades de tal individuo como progenitor. Por mucho tiempo, la conservación y mejoramiento de las razas y variedad de animales y plantas y hasta la mejora de la especie humana, estuvieron basados en la elección de los progenitores, atendiendo exclusivamente a los caracteres externos que exhibían. Mendel ha hecho ver que dos individuos pueden presentar los mismos caracteres y, sin embargo, tener distintas propiedades como progenitores. Tal es el caso de los guisantes con semillas amarillas, a que antes nos hemos referido.

De lo expuesto hasta aquí se deduce que todo individuo, al proceder de la fusión de dos células sexuales, es una estructura doble de factores. Los dos factores pueden ser iguales, determinantes del mismo carácter, en este caso el individuo es puro, y los hombres de ciencia dicen que es **homocigote**. Si los dos factores son distintos, el individuo no es puro: al reproducirse dará descendientes de distinto tipo; según los científicos, es un **heterocigote**.

Cuando Mendel hubo interpretado el mecanismo que regía la herencia de las manifestaciones contrapuestas de un solo carácter, emprendió el estudio de la herencia conjunta en el caso de que los progenitores difiriesen en dos caracteres. Contó el número de plantas de cada clase y comprobó que unas y otras estaban en proporciones perfectamente definidas. Estos resultados pusieron en evidencia que cada carácter se comporta como si estuviera solo, que la presencia en las células de un individuo de los factores correspondientes a un

par de caracteres, no afecta en nada al comportamiento de los factores correspondientes al otro par.

Después de formular sus hipótesis y de confirmarlas por nuevas experiencias, Gregorio Mendel estableció las leyes que llevan su nombre y que rigen los fenómenos hereditarios. La primera de estas leyes, llamada de la uniformidad o también de la segregación o separación de factores, dice: "Los factores diferentes que representan un cruzamiento de caracteres opuestos de un mismo órgano, se separan en el híbrido al formar éste sus células sexuales, distribuyéndose entre ellas en idéntica proporción." Porque, efectivamente, los cruces de dos razas diferentes por un solo carácter (monohíbridos) dan siempre en la primera generación filial, productos híbridos, bastardos, que son todos iguales y uniformes entre sí. La segunda ley de Mendel, llamada ley de la asociación o recombinación independiente de los factores, dice: "Una vez separados, los factores pueden reunirse al azar durante la fecundación, originando diferentes combinaciones, cuyo número depende del de los caracteres que entran en el cruzamiento." Porque, si se cruza, como hemos visto, la planta de guisantes amarillos y lisos con otra de verdes y rugosos, todos los hijos de la primera generación filial son amarillos lisos, los que al reproducirse entre sí, sin mezclarse con otros, dan en la segunda generación filial: nueve amarillos lisos, tres verdes lisos, tres amarillos rugosos y un verde rugoso. Lo mismo sucede cuando se cruzan cobayos negros de pelo liso con cobayos blancos de pelo áspero; todos los animales de la primera filial serán de color negro con pelo áspero, porque el negro es dominante al blanco, y el pelo áspero domina sobre el liso; en la segunda generación filial tendremos 9 de pelo negro áspero, 3 de pelo negro liso y 1 de pelo blanco liso, más 3 de pelo blanco áspero. Cuanto mayor es el número de caracteres tanto más se complican las proporciones de transmisión y tanto más difícil resulta el cálculo de probabilidad.

Resulta de tales leyes y de los trabajos que las inspiraron, que lo que se hereda no son en realidad los caracteres en sí, sino ciertos factores materiales que son los responsables del desarrollo de dichos caracteres. Estos factores, que la ciencia moderna denomina con el nombre de **genes**, pasan de una generación a la siguiente a través de las células sexuales.

El conocimiento de los estudios de Mendel y de sus hipótesis

explica los fracasos de los investigadores que le precedieron. Sólo observando un gran número de descendientes de cada hibridación y contando escrupulosamente los individuos pertenecientes a cada tipo, pudo llegarse al conocimiento de las exactas proporciones en que éstos se encuentran, base para la elaboración de las ingeniosas hipótesis mendelianas. Como la fusión de las células sexuales se hace por completo al azar, es necesario observar un gran número de descendientes para que aparezcan todas las combinaciones de factores en las proporciones reales.

Lo que antecede nos explica la dificultad que ofrece el estudio del fenómeno hereditario en las especies que producen en cada apareamiento un corto número de descendientes o un solo, como la propia especie humana. Todas las combinaciones de los factores aportados por las células sexuales de los progenitores son igualmente viables y en consecuencia el descendiente puede poseer cualquiera de esas combinaciones y exhibir el conjunto de caracteres correspondientes a ella. Por muchos hijos que tenga una pareja, su número será siempre lo bastante reducido para que no puedan apreciarse en ellos las proporciones mendelianas, ni aun considerando un solo carácter. Esta es la razón de que los más importantes descubrimientos relacionados con la herencia se hayan llevado a efecto sobre organismos vegetales o sobre organismos animales sumamente prolíferos, como los insectos y algunas aves o determinados roedores, entre los mamíferos.

Pero hablemos ya, y en forma por demás sintética, de la base citológica en el proceso de la herencia.

Las leyes de la hibridación, formuladas con toda exactitud por Gregorio Mendel, permitieron descubrir los factores o caracteres hereditarios y, posteriormente, las investigaciones en animales y en el hombre, demostraron que esos caracteres tenían íntima relación con el comportamiento de los **cromosomas**.

Oscar Hertwig observó la penetración del espermatozoide en el óvulo del erizo de mar, que posee dos pares de cromosomas, pudiendo descubrir así el mecanismo de la fecundación. La cabeza del espermatozoide se hincha formando una pequeña vescícula y el núcleo masculino se une con el femenino en la parte media del huevo, de

suerte que no solamente se fusionan dos células como se sospechaba antes, sino que también se unen dos núcleos celulares de igual magnitud. Este descubrimiento planteó el estudio posterior de los cromosomas (del griego: *chromo* = color; *soma* = cuerpo), derivados de la cromatina nuclear, que son partículas coloreables del núcleo de la célula, que se presentan como pequeños bastoncitos microscópicos, en que se fragmenta la cromatina nuclear.*

Sutton, en 1902, se cree que fue el primero que descubrió la relación entre los experimentos de Mendel y las observaciones citológicas, llegando a la conclusión de que las unidades hereditarias, factores o genes, corresponden a los alelomorfos de Mendel y que la combinación, separación y recombinación de los primeros son paralelos a los últimos. También previó que algunos cromosomas se relacionan a un número de alelomorfos diferentes, y que todos los alelomorfos representados por un cromosoma deben heredarse juntos; y, por fin, que el mismo cromosoma puede contener alelomorfos que sean dominantes y recesivos independientemente.

Boveri, en 1904, observó que los cromosomas se ordenan en forma lineal, presentándose en número constante y en tamaño determinado en cada especie animal o planta. Durante el crecimiento del ser humano, se produce la división celular, que se llama **mitosis**. La mitosis (del griego *mitos* = filamento) tiene por objeto duplicar el número de los cromosomas de una célula y hacer posible la formación de una nueva célula que tenga un número exactamente igual de cromosomas que la célula madre. Durante el proceso de la mitosis, los cromosomas se observan en el núcleo de la célula, como filamentos largos. Estos se cortan y se ensanchan, la membrana celular desaparece y los cromosomas se distribuyen sobre un protoplasma muy denso, el cual tiene la forma de un huso. Mientras tanto, cada uno de los cromosomas se divide longitudinalmente en dos partes exactamente iguales. Estas mitades se separan gradualmente y van hacia los polos opuestos del huso, de modo que cada polo tiene finalmente cromosomas iguales; después de que los grupos de cromosomas idénticos han llegado a sus polos respectivos, se divide el cuerpo celular, resultando de una célula dos, que llevan cromosomas equivalentes.

Cuando determinadas células se dividen para formar espermatozoides u óvulos, ocurre otra clase de división, la **meiosis**. En este

proceso, los cromosomas no se dividen longitudinalmente como en la mitosis, sino que se separan en dos partes correspondientes, formando dos células que tienen la mitad del número anterior de los cromosomas. Esta célula que tiene la mitad de los cromosomas, se llama célula **haploide**, a diferencia de la célula normal o **diploide**. Las dos células nuevas son haploides y sus cromosomas no son idénticos, porque han sido distribuidos al azar.

Ahora bien, en la fecundación se unen una célula espermatozoidea haploide y una célula óvulo haploide para formar una célula diploide, que tiene nuevamente el número normal de cromosomas. La célula nueva, formada por un espermatozoide y un óvulo, es llamada **zigote**. Cuando un cigote contiene dos alelos o caracteres similares, se llama homocigote, si contiene dos alelos o caracteres diferentes, se llama heterocigote.

Volvamos ahora a las hipótesis del sabio agustino Gregorio Mendel. Si comparamos la interpretación que él dió al fenómeno de la herencia con los procesos celulares que acabamos de conocer, encontraremos un paralelismo realmente sorprendente, entre la separación de los factores de cada par alelomórfico en células sexuales distintas, al formarse éstas, supuesta por Mendel, y la distribución de los cromosomas de cada par homólogo en las células reproductoras.

Tal paralelismo demuestra la perspicacia de Mendel que, anticipándose a su época, dió a los fenómenos por él observados una explicación basada en hipótesis que no podían encontrar una confirmación en los conocimientos que, a la sazón, poseía el mundo científico, sobre los fenómenos celulares. Los treinta y cinco años en que permanecieron ignorados los principios mendelianos, fueron fecundos para el progreso de la citología, de tal modo que en 1900, al darse a conocer de nuevo y con extraordinaria resonancia, las leyes formuladas por Mendel, los conocimientos sobre la estructura celular, la biología de la célula, el proceso de la formación de las células sexuales, y la existencia de las propiedades de los cromosomas, eran lo suficientemente vastos, para que tales fenómenos hubieran dejado de ser un secreto para los naturalistas. De este modo se llegó a una interpretación física o material de las geniales hipótesis de Mendel y pudo confirmarse el acierto de su teoría, obteniendo una base sólida para explicar sobre hechos materiales los fenómenos hereditarios.

Pero las hipótesis mendelianas, a pesar de haber sido generalizadas y confirmadas en las más diversas circunstancias, son insuficientes para explicar el fenómeno hereditario en toda su complejidad. Hemos visto cómo se podían identificar los factores hereditarios, con los cromosomas contenidos en el núcleo de las células; siempre que los dos genes de cada par alelomórfico, estén situados en los cromosomas de pares homólogos diferentes, la herencia conjunta de los varios caracteres estudiados se realizará con apego estricto a las leyes de Mendel. Pero el número de caracteres que puede exhibir un individuo es siempre mucho mayor que el número de pares de cromosomas que contienen sus células: han de existir, pues, más genes que cromosomas y si aquellos están localizados en éstos, es indispensable que cada cromosoma contenga un número mayor o menor de genes. ¿Qué pasará cuando los progenitores se diferencian por dos o más caracteres cuyos determinantes estén localizados en el mismo cromosoma? Esto es lo que la hipótesis mendeliana es incapaz de decifrar y lo que la moderna teoría cromosómica de la herencia ha revelado brillantemente.

Corresponde a un gran biólogo contemporáneo, el americano Tomás H. Morgan, el mérito de haber escudriñado el fenómeno hereditario hasta sus últimos rincones y de haber formulado la actual teoría cromosómica de la herencia, que explica dicho fenómeno en todos sus detalles y que hoy se halla en controversia con las escuelas genetistas soviéticas de Michurin y Lisenko, cuyas bases teóricas y experimentales será el tema de la próxima charla.

Morgan se valió para sus estudios de una simple mosca, insecto humilde antes de que él lo utilizara como base de sus interesantes trabajos experimentales, y que hoy ha alcanzado, gracias a ellos, las cumbres de la fama, como la rana de Galvani o el bacilo de Koch. Esta mosca, distinta de la mosca doméstica, es la mosca del vinagre o de las frutas, conocida por los entomólogos con el nombre de **Drosophila melanogaster**. La pequeña Drosophila es sumamente útil para los estudios genéticos: se mantiene fácilmente en cautividad; tiene abundante descendencia, posee numerosas variedades, que exhiben caracteres bien diferenciales, lleva en sus células sólo cuatro pares de cromosomas, y sobre todo, se reproduce muy rápidamente. Para obtener una nueva generación bastan sólo dos semanas; esto permitió a Morgan disponer de varios millones de moscas, con ascendencia conocida, y por tanto estudiar la herencia de sus numerosos caracte-

res, sobre los muchísimos datos que le proporcionaba la observación de poblaciones formadas por tan considerable cantidad de individuos. Para estudiar en la especie humana un número de generaciones sucesivas, como las que le fué posible observar en la Drosophila, hubiera necesitado Morgan vivir desde los remotos tiempos de la prehistoria, pues en lo que emplea esta modesta especie quince días, invierte el hombre cerca de medio siglo. En sus abundantes enjambres descubrió Morgan más de cuatrocientos caracteres distintos, dependientes de otros tantos genes, y esto le llevó a la conclusión de que en cada uno de los cuatro pares de cromosomas que contiene cada Drosophila en sus células, se amontona una gran cantidad de factores hereditarios.

Los cromosomas, pues, de un animal superior, dentro de su pequeñez, constituyen una de las piezas más complejas que conoce la ciencia biológica. Están compuestos por millares de partículas materiales diferentes, tales que cada una de ellas es capaz de ejercer un efecto particular sobre la característica del animal. Todas estas partículas se reúnen para formar un todo de proporciones invariables, el cromosoma, y se ordenan, dentro de él, en una formación siempre idéntica. De la calidad de estas partículas, dependerán todas las particularidades del organismo: su tamaño, el color, la forma de sus órganos, sus cualidades psíquicas, su desarrollo y su comportamiento en la vida.

Cuanto antecede forma el cuerpo de doctrina que contiene los principios básicos en que se apoya el fenómeno hereditario; fenómeno que está íntimamente relacionado con la naturaleza, la distribución y el comportamiento del material cromático de las células del organismo. El conjunto de los hechos apuntados, muy a la ligera, desde luego, constituye la Teoría Cromosómica de la Herencia, debida a Thomas H. Morgan y aceptada íntegramente por el mundo científico de nuestros días; pero diríamos solamente por el mundo occidental. Tan importante teoría no debe considerarse como una simple colección de hipótesis aceptables; los hechos en que se apoyan están perfectamente comprobados y ampliamente confirmados y sus principios han de ser admitidos como leyes fundamentales, que deben sumarse a los conocimientos científicos adquiridos previamente por la humanidad, sobre el apasionante problema de la herencia, gracias a los esfuerzos y al genio de los investigadores que echaron sobre sus hombros la tarea de desentrañar sus misterios.

LA CONTROVERSIAS DE LAS ESCUELAS GENETISTAS DE MORGAN Y DE MICHURIN - LISENKO

En esta charla de hoy me propongo exponer las bases teóricas y experimentales de las dos escuelas genetistas: la de Morgan y la de Michurin-Lisenko y demostrar sus puntos de discordancia.

Por razones de tiempo y de consideración a este distinguido auditorio, es claro que lo haga en forma por demás sintética.

Hemos visto ya, en la charla anterior, que el aporte conceptual más importante para la elaboración de la teoría morganiana de la herencia, lo dió Weisman, quien antes de conocer objetivamente lo que hoy ha demostrado la Citogenética, vislumbró que la cromatina nuclear constituía la base física de la herencia y que estaba ordenada en partículas determinantes localizadas a lo largo de los cromosomas. El aporte experimental más valioso, por otra parte, habíamos visto, que fue la obra del monje de Moravia, Juan Gregorio Mendel, el cual realizó innumerables experiencias de cruzamiento entre variedades de plantas y después de hacer un análisis matemático de sus resultados, formuló sus famosas leyes, que tienen un carácter universal en el mundo biológico.

La razón básica que explica cómo son heredados los caracteres, se hace evidente, cuando la distribución de los factores se compara con la distribución de cromosomas. Cada padre o madre proporciona a la descendencia un juego de cromosomas o GENOMIO. A su vez, en cada cromosoma hay una dotación de factores genéticos o GENES, localizados en forma lineal. Cuando se forman las células sexuales, los GENES se distribuyen en éstas, en idéntica proporción. Luego de fecundadas, los GENES se recombinan según las leyes del azar, y en esta forma se originan nuevas combinaciones, cuyo número depende de la diversidad de caracteres que entran en el cruzamiento.

El conjunto total de genes de un organismo, constituye el GENOTIPO. En la escuela morganiana la concepción del GENE ha sido de inapreciable valor para ordenar y explicar los complicados datos de la transmisión de los caracteres. El hecho de que los organismos contienen unidades separadas con una función especial de herencia, deducido de la demostración experimental de que los caracteres he-

reditarios pueden ser correlacionados con pequeñas regiones definidas, localizados a lo largo de los cromosomas, ha constituido la piedra angular de la teoría cromosómica de la herencia, uno de cuyos mantenedores más ilustres, como hemos visto ya, ha sido Morgan.

Se atribuye, pues, a estas formaciones nucleares, los cromosomas, la propiedad de ser los transportadores de la herencia. Allí estaría, digamos, la herencia desmenuzada; cada cromosoma estaría compuesto por numerosas partículas submicroscópicas, los genes. Son casi cincuenta años de investigación cromosómica. La Citología ha progresado considerablemente y en cuanto a estas prodigiosas partículas, los cromosomas, se sabe tanto, que ha sido indispensable volúmenes enteros para consignar en ellos los descubrimientos acerca de la vida y de la estructura de los mismos. Existe ya un léxico propio para designar las diferentes estructuras y fases de la evolución. Se conocen con exactitud los periodos de transformación que sufren los cromosomas en el proceso carioquinético y en el de la formación de las células sexuales; se han contado los cromosomas de cientos, quizá de miles, de especies animales y vegetales; se han descrito sus formas y tamaños y, por último, imitando a los topógrafos se han levantado las llamadas **cartas cromosómicas**. De acuerdo con el cálculo de probabilidades, existen largos y complicados desarrollos matemáticos para indicar las posibilidades de combinaciones cromosómicas entre distintas variedades de una especie y los resultados consiguientes.

El joven y distinguido Profesor de la Universidad Central, el doctor Plutarco Naranjo decía, muy acertadamente, que todo este sistema complicado de los cromosomas se lo puede comparar con ciertos rompe cabezas infantiles, en donde, según el cálculo de probabilidades, las casas fabricantes envían un folleto en el que indican las posibles combinaciones de piezas para formar las figuras determinadas. Los genetistas morganianos han estado, diríamos, durante estos cincuenta años, dedicados a resolver estos rompecabezas, utilizando en vez de piecitas de madera, esas otras piecitas nucleares llamadas cromosomas. El niño sabe que con el rompecabezas de las casas se hacen sólo casas; el genetista sabe que con los cromosomas de las arvejas se hace sólo arvejas y con los de la mosca *Drosophila* se hacen sólo moscas *Drosophila*. Cabe naturalmente un limitado número de combinaciones para formar casas de distinto diseño, como caben

ciertas combinaciones para formar unas cuantas variedades de arvejas, de trigo o de maíz. El niño que desmonta las piezas de una casa para luego levantar otra, se conforma con el concepto operante de que con esas piezas sólo puede hacer casas o sea pasar de una casa a otra. El genetista, en cambio, no se conforma con un concepto semejante, y dice: "Esta casa se formó a partir de otra casa por herencia y el mecanismo de la herencia reside en estas piecitas que se llaman cromosomas" Y la crítica de los genetistas soviéticos no se hace esperar: han asignado los genetistas morganianos —dicen— propiedades tan extraordinarias y tan contrarias a la naturaleza del mundo y de la materia, como aquello de estar constituidos por una substancia inmutable y eterna, que se transmite de generación en generación.

Llegamos así al punto de partida de la controversia entre la genética morganiana o genética clásica y la que podría llamarse revolucionaria o genética moderna de los rusos Michurin y Lisenko.

Pero veamos el concepto mismo de **herencia** al través de estas dos escuelas. Para los genetistas de la escuela de Morgan, la herencia es el fenómeno de reproducción de un semejante por un semejante; según las propias palabras del eminente genetista Darlington, el concepto de herencia sería el siguiente: "Por lo que sabemos, dice, son los organismos vivos entes derivados por división o reproducción, a partir de sí mismos, habitualmente capaces de originar nuevos individuos semejantes por tiempo indefinido. Este es el sentido genético de definir la vida. El grado en que los organismos formados de este modo se asemejan a sus padres, se dice que es debido a la herencia".

Es de conocimiento vulgar que si se siembran semillas de maíz, se cosecha maíz. Pero puede suceder un fenómeno: que unas semillas sean sembradas en terreno fértil y otras en terreno estéril. En el primer caso se producen plantas robustas y, en el segundo, plantas pequeñas y escuálidas. Pero los granos de maíz de estas segundas, sembradas en su turno, en terreno fértil, producen plantas fuertes y robustas. De esta experiencia, los genetistas que han seguido a Weisman y Morgan sacan algunas conclusiones sobre las que se fundamenta la Genética. En primer lugar, distinguen en los seres vivos dos clases de substancias o materias: la una que sufre la acción del medio y se modifica según él: esta substancia es temporal, individual;

y la otra que no sufre la acción del medio ambiente. A la primera substancia se le designa con el nombre de **fenotipo** y a la segunda con el de **genotipo**. El **genotipo**, constituirá, pues, el patrimonio hereditario de cada especie y está integrado por todos los genes, los cuales se encuentran, a su vez, en las células sexuales. El fenotipo, en cambio, reside en la parte perentoria de cada individuo y forma lo que se llama el **soma**. En segundo lugar, sostienen que el fenotipo, o sea el soma, es el único que sufre la acción del medio ambiente, por eso es que unas de las plantas de maíz sean más robustas que las otras; pero el genotipo, o sea, el conjunto de caracteres que dan la categoría biológica, no se modifican con el medio y, por lo tanto, no se modifica la herencia.

Darlington dice: "Una planta que se propague por injerto o por estaca en distintas partes del mundo y por largo espacio de tiempo, tanto el medio que la rodea como sus caracteres observables, cambiarán continuamente, pero su genotipo permanecerá idéntico". Además, de acuerdo con las experiencias de Johansen, indica que uno de los principios sobre los que se funda la genética es el de que el **genotipo es independiente del medio**. Si la substancia de la herencia, el genotipo, es independiente del medio, a los genetistas de la escuela de Morgan no les quedaban otro camino, como hemos visto ya anteriormente, que el de dedicarse a realizar cruces entre variedades o razas y luego observar qué número de descendientes se parece a uno de los progenitores o a ambos a la vez. En este sentido, dicen los genetistas de la escuela de Michurin, han realizado los morganianos un método estadístico; pero, en definitiva, no han estudiado la naturaleza misma de la herencia, han estudiado la diferencia entre herencias distintas y definidas y el predominio de la una sobre la otra, en tal o cual número de los descendientes.

Frente a esta concepción y edificándose sobre las ideas de Timiriásev y, especialmente, sobre las experiencias y teorías de Michurin, se encuentra la nueva y revolucionaria genética, representada por el biólogo soviético Trofin Lisenko.

Veamos, entonces, qué es para Lisenko la herencia. La define así: "Entendemos por herencia a la propiedad que posee un cuerpo vivo de requerir condiciones necesarias para su existencia, su desarrollo y su propiedad de reaccionar de un modo definido ante las

diferentes condiciones." Según esta definición, la herencia tiene aproximadamente la misma concepción o el mismo valor que la **naturaleza** del cuerpo. Así, se puede decir ¿por qué el maíz no se parece a la arveja? Porque tienen herencias distintas. Por lo mismo, estudiar la herencia desde el punto de vista de la escuela genetista soviética, significa estudiar la naturaleza de los cuerpos. Lisenko dice: "Descubrir las condiciones del medio externo, que exige un cuerpo vivo para el desarrollo de ciertos caracteres o propiedades, equivale a la investigación de la naturaleza, es decir, de la herencia de esos caracteres y propiedades."

O sea, que si volvemos al ejemplo del rompecabezas, estudiar la herencia no será estudiar la combinación de las piezas entre sí, sino estudiar las condiciones de elaboración que requieren para adquirir la forma, aspecto, color, etc., que les ponen en capacidad de armar las pequeñas casas. Estudiar esas condiciones, será estudiar la calidad de la madera, la forma de los moldes, el modo de tornejar la madera, la manera de pintar, etc.; y si a todo esto llamamos condiciones del medio externo y nos referimos a los seres vivientes, será, pues, estudiar su herencia. Da por sentado Michurin y su escuela, el principio de que la herencia no es algo hecho por siempre y para siempre, diríamos así; que no existe esa materia inmutable y ajena al medio ambiente; sino que la herencia es algo que se hace de generación en generación y que está sujeta a la influencia extremadamente poderosa del medio.

Si Lisenko y su escuela niega la existencia de esta substancia especial e inmutable —el plasma germinativo de Weisman— que es el asiento material de la herencia, no niega, ni puede negar la existencia de los cromosomas, esas partículas nucleares que asoman en ciertos momentos de la carioquinesis y son reales y objetivas. Pero señalan, de paso, que existen también, además de los cromosomas, otras partículas tanto nucleares como citoplásmicas —algunas de ellas visibles únicamente gracias a las delicadas técnicas de coloración— que también constituyen parte de la naturaleza de un ser y que dichas partículas se modifican en el proceso de la reproducción. Y de éstas, no se han preocupado los genetistas clásicos o morganianos.

Recuerda Lisenko que, desde hace muchos años, existen experiencias que ponen muy en duda la hipótesis de que los cromosomas

estuvieran hechos de esa substancia inmutable y eterna. Se ha hablado de la herencia protoplasmática o citoplasmática, que hoy vuelve a ser algo así como reconsiderada por la escuela rusa. Así Prenat, decía: "Se puede, en algunos casos, excepcionales desde luego, realizar la fecundación entre especies muy alejadas: la de un óvulo de erizo por un espermatozoide de cromátula —otro equinodermo—, o la de un óvulo de erizo por un espermatozoide de lombriz, por ejemplo. El desarrollo se detiene entonces más o menos pronto, porque los embriones no son viables, pero puede bastar para que se reconozca el grupo al cual pertenece el híbrido: este es siempre de tipo materno, y el espermatozoide, hasta este estado, parece no influir en nada. Y se han realizado experiencias más decisivas todavía: fecundando, por ejemplo, con un espermatozoide de cromátula un óvulo de erizo, en el cual previamente se había destruido el núcleo. Aquí el cuerpo híbrido tiene, pues, un núcleo de cromátula en un protoplasma de erizo. El desarrollo, aunque detenido en seguida, dura lo suficiente para que no haya duda: el híbrido es del tipo de erizo. Estos hechos demostrarían que los caracteres hereditarios más fundamentales dependen especialmente del protoplasma y de sus localizaciones germinales. La herencia de base material nuclear, que es más conocida y sobre la cual, por esta razón se extienden más los morganianos, no tiene, precisa no olvidarlo, sino un papel relativamente secundario."

Otra crítica de la escuela de Michurin y Lisenko a la de Morgan y su escuela, es la de que la mayoría de los biólogos y genetistas clásicos han caído en el error de asignar poca importancia al medio ambiente. Pero si se piensa que un organismo se forma a partir de una pequeña célula, del huevo o cigote, y llega a tener grandes dimensiones, es porque el medio externo ha sido asimilado y a través de este proceso se ha convertido en medio interno, se ha convertido en ser viviente. El cigote no ha hecho sino asimilar el medio externo, llámese sales minerales, agua, luz, condiciones climáticas, etc., y crecer conforme asimila, hasta reproducirse.

Es evidente —y ya dejamos sentado esto al comienzo de la primera lección— que el medio ambiente tiene importancia fundamental para comprender los fenómenos fisiológicos, entre ellos la herencia. No se puede concebir un ser viviente fuera de su medio. El medio externo, en cada momento, se convierte en organismo y, a su vez,

el organismo, en cada momento, se transforma parcialmente en medio externo. El cuerpo vivo necesita, indispensablemente, condiciones definidas del medio para conservarse como tal; en esto difiere radicalmente de los cuerpos sin vida. Seres diferentes, requieren también condiciones diferentes del medio externo, lo cual históricamente se explica, porque esos seres asimilaban medios diferentes y se llegaron así a diferenciar. "El conocimiento de las necesidades naturales —dice Lisenko— y de las relaciones del organismo con las condiciones del medio externo, nos permite controlar la vida y el desarrollo del organismo. Además, sobre la base de dicho conocimiento es que **podemos a discreción modificar la herencia de los organismos**". Y Michurin, enuncia: "El medio exterior cambia la base hereditaria al influir sobre ella. Las condiciones desacostumbradas para la vida de un organismo, **quebrantan** su base hereditaria y le proporcionan caracteres que se transmiten a su descendencia." El agrobiólogo ruso indica que un procedimiento útil para quebrantar la herencia de las formas iniciales, es la aproximación vegetativa previa, mediante la influencia del patrón sobre la púa, o viceversa. El cambio efectuado por este medio es adecuado a la finalidad de acercar fisiológicamente el patrón a la púa, permitiendo su hibridación por fecundación gamética. Así, por ejemplo, dos especies inhibidables por vía gamética, pueden serlo, previa aproximación vegetativa por injerto ordinario o quimera. Esta aproximación determina **un intercambio de sus cualidades hereditarias, por influencia recíproca de su funcionalismo metabólico.**

Pero un intercambio de caracteres hereditarios, por influencia del simple contacto vegetativo de dos porciones somáticas, constituye, efectivamente, una grave sorpresa, en el campo de la genética clásica, bajo cuyos cánones sólo es posible intercambiar caracteres, por vía genética. Michurin ha verificado una histórica experiencia, que culminó con la elaboración del primer híbrido vegetativo o asexual. Injertó la variedad **antonovka** de manzano, de un año de edad, sobre un vigoroso peral silvestre de tres años. A los cuatro años obtuvo un fruto mixto, que tenía sabor de manzana y forma de pera. Así apareció el primer **híbrido vegetativo** manzano-peral. El carácter piriforme del híbrido asexual se conservó completo en la reproducción vegetativa, e igualmente persistió en los cruzamientos con otras especies de manzano.

Como deducciones de principio de sus experimentos, Michurin

estableció: que el contacto vegetativo por medio del injerto, provoca cambios cualitativos en las plantas interventoras, y que los cambios suscitados se transmiten del patrón a la púa o viceversa, **siendo mentor o guía de la herencia** el vástago vegetativo que ha cumplido su ciclo ontogénico; y a su vez, **pupilo** de la influencia hereditaria, el vástago que se encuentra en sus primeros estados de desarrollo.

En cambio, para la escuela genética clásica la base material de la herencia permanece invariable durante toda la ovogénesis y no se subordina al metabolismo, a los procesos de oxidación y respiración. Y corolario de la independencia estructural y fisiológica de los cromosomas y sus genes, que conservan sus características químicas a través de los procesos metabólicos, sin dejarse influir por las condiciones ambientales, es el principio de que: toda posibilidad, todo método, toda técnica para influir o modificar el genotipo, debe efectuarse por acción directa del agente provocante (irradiación de onda corta, por ejemplo) sobre las células germinales; ya que las influencias ejercitadas sobre el cuerpo vegetativo de la planta, no repercuten sobre su **genotipo**. A este respecto, los morganianos expresan: "El genotipo es variable, pero no se sabe cómo varía. Se sabe, en cambio, que no lo hace por vía de asimilación o desasimilación." Y la realidad de este principio constituye, precisamente, el punto primordial de discusión entre la escuela morganiana y la minchuriana. Concretamente, la discusión se reduce a afirmar o a negar que uno de los **medios, modos o formas** determinantes de la **mutabilidad**, es el proceso de asimilación y desasimilación, es decir, el proceso metabólico. Ante este interrogante, los morganianos dicen NO y los minchurianos, SI.

Decíamos hace un momento que, de acuerdo con la concepción de Lisenko, la herencia no es algo eterno, sino que se forma, que se hace con cada organismo. Estudiar, pues, cómo se forma la herencia de un organismo, será estudiar cómo se forma la naturaleza de un ser.

Para comenzar por algún punto de esta cadena de eslabones, que constituye la herencia, comencemos por el huevo o cigote. El cigote del maíz tiene naturaleza distinta del de trigo. Ahora bien, el cuerpo vivo se forma, así mismo, según las condiciones del medio externo: según los alimentos que recibe, según las condiciones climáticas; pero es evidente que embriones de descendencias distintas forman

organismos distintos, según su naturaleza, aunque las condiciones del medio sean iguales. Así, por ejemplo, pueden sembrarse, usando la misma tierra y las mismas condiciones ambientales, semillas de maíz y semillas de trigo. Esto revela que cada cuerpo vivo se forma así mismo, no sólo de acuerdo con las condiciones del medio externo, sino también de acuerdo con su propia naturaleza, y según ella selecciona las condiciones y factores del medio externo y metaboliza de modo distinto.

El ejemplo nos demuestra, además, que comunmente una generación cualquiera de plantas o animales se desarrolla en forma semejante a sus antepasados, especialmente a sus progenitores inmediatos. Pero no sólo el organismo como un todo es capaz de reproducir semejantes; también la célula y cualquier partícula del cuerpo vivo es reproducción de ellos. Así la célula de la hoja reproduce células de la hoja, la de la raíz reproduce células de la raíz, etc. De aquí se deduce que la reproducción de los semejantes es una propiedad característica general de cualquier ser viviente.

Mas, la reproducción de los semejantes es sólo una de las propiedades de los cuerpos vivos; la otra, es la reproducción de los desemejantes. A partir del cigote aparecen miles y millones de células enteramente distintas a la inicial: se produce el fenómeno llamado por los histólogos de **diferenciación celular**. Y en esa propiedad de reproducir a desemejantes, reside el problema de la mutabilidad de la naturaleza de los seres vivientes.

Lisenko insiste en diferenciar dos clases de procesos fisiológicos: el crecimiento y el desarrollo. **Crecimiento es la reproducción directa de desemejantes y el aumento del tamaño celular**. El hecho de que la célula de la hoja reproduzca células de la hoja y ésta aumente de tamaño y, por ende, toda la hoja, es un fenómeno de **crecimiento**. **Desarrollo, en cambio, es la reproducción de los semejantes, pero no en forma directa, sino a través de una larga cadena de transformaciones de los desemejantes, hasta que en una etapa superior se obtiene un semejante al de la etapa inicial**. De acuerdo con las investigaciones del mismo Lisenko, de Vasiljev y muchos otros, el desarrollo se realiza por etapas que van superponiéndose sucesivamente.

¿Cómo se modifica y cómo se altera la herencia, según los gene-

tistas soviéticos? Sentadas las premisas de que el cuerpo vivo se forma a sí mismo con materias no vivas, de acuerdo a las condiciones del medio y a su naturaleza, advierten que el proceso de diferenciación, las etapas del desarrollo, requieren de condiciones apropiadas al medio externo. El organismo selecciona, para cada etapa del desarrollo, las condiciones del medio que necesita, y esta selección se produce por herencia. Si el organismo encuentra en el medio ambiente las condiciones que necesita, realiza sus fases de crecimiento y desarrollo en forma semejante a las generaciones precedentes; pero en aquellos casos en que no encuentra las condiciones requeridas normalmente, se produce una de dos: o el organismo no se desarrolla y no da nueva generación, o sucumbe ante el medio, o se ve forzado a asimilar condiciones del medio que le son impropias, en cuyo caso el organismo logra, aunque con dificultad, desarrollarse; pero todo o parte del nuevo organismo difiere en grado variable de la generación precedente. El resultado es que se ha alterado la naturaleza de este organismo, porque se ha visto forzado a asimilar nuevas condiciones, y cuando se reproduzca, el nuevo ser requerirá de estas nuevas condiciones. De aquí concluye Lisenko, con las siguientes palabras: "Por lo tanto, dice, la causa de la alteración de la naturaleza del cuerpo vivo es la alteración de su tipo de asimilación, de su tipo de metabolismo. Las condiciones externas, cuando son incluidas y asimiladas por el cuerpo, se vuelven de este modo condiciones internas y no externas, es decir, se convierten en partículas del cuerpo vivo, y para su crecimiento y su desarrollo requieren, en cambio, aquellos alimentos y aquellas condiciones del medio externo que eran ellas mismas en el pasado. La alteración de las necesidades, o sea, de la herencia de un cuerpo vivo, siempre refleja los efectos específicos de las condiciones del medio externo, en el supuesto de que hayan sido asimiladas por aquél"...

La doctrina biológica de Lisenko, que en forma por demás incompleta y resumida acabamos de exponer, no es el resultado, hay que reconocerlo, de meras especulaciones teóricas; se levanta bastante sólidamente sobre un amplio campo experimental.

Existen, por lo menos, tres procedimientos para modificar la naturaleza o sea la herencia de los seres vivientes, cuya realización dió por fruto la elaboración ideológica de la que nos estamos ocupando. Tales procedimientos han sido: 1º—El forzar a los organismos a asi-

milar nuevas condiciones del medio externo, como en el caso de la vernalización interrumpida; 2º—El forzar a los organismos a metabolizar sustancias extrañas, como en el caso de los híbridos vegetativos; y 3º—El modificar la asimilación y el metabolismo, en general, mediante la fecundación cruzada, esto es, mediante híbridos sexuales.

Para comprender, en su esencia, las teorías de Lisenko, es preciso ver en qué consisten estos tres procedimientos:

La vernalización.—En las regiones en las que se producen las cuatro estaciones anuales, en relación con ellas, se conocen dos variedades de plantas: unas llamadas **otoñales** y otras llamadas **primaverales**. El trigo, la cebada y otras especies de interés económico tienen estas variedades. ¿En qué consisten estas variedades? Las semillas de la variedad otoñal deben ser sembradas en el otoño, de allí su nombre; luego de la germinación brota la planta, macolla, y en esta fase biológica, permanece durante el invierno. Al llegar la primavera, la planta sale de esta fase, brota el tallo floral y evoluciona hasta la frutificación y, consecuentemente, hacia la madurez biológica. Las semillas de la variedad primaveral se siembran, en cambio, durante la primavera; germinan, brotan y macollan en el ambiente tibio de la primavera y en la siguiente estación evolucionan hacia la madurez.

Si las semillas de la variedad otoñal se siembran en primavera, o sea, en una estación inapropiada, ocurre que germina, brota o macolla, como en los casos anteriores, pero de esta fase biológica prácticamente no avanza; no asimila las nuevas condiciones, se queda como macollo y luego perece. Igualmente, si una semilla primaveral se siembra en el otoño: germina, brota y macolla, pero en los fríos y nevadas de invierno la planta no soporta estas condiciones, y perece. Este conocimiento vulgar ha hecho que, durante siglos, se vengán sembrando en otoño las semillas otoñales y en primavera las semillas primaverales.

El estudio de las cualidades biológicas de las variedades otoñales y primaverales, permitió a Lisenko descubrir que el desarrollo de las plantas se realiza por fases, por etapas, y, aún más, descubrió que no se puede realizar un segundo periodo de desarrollo si antes no se ha completado por el primero. Entre las fases del desarrollo para estas clases de variedades, se encuentra la llamada **termofase**, época

en la cual la planta es susceptible a la temperatura y cada variedad requiere, para su normal desarrollo, temperaturas especiales. En el caso de las plantas otoñales, durante la termofase, necesitan temperaturas bajas, como aquellas reinantes en el invierno; en cambio, las variedades primaverales, para dicho periodo de desarrollo, requieren de temperaturas templadas, como las que reinan en primavera.

Pero Lisenko no se contentó con haber dado ese paso en el conocimiento de la biología de las plantas, sino que quiso profundizar más su descubrimiento y tratar de conseguir resultados prácticos. Con este objeto realizó una serie de experiencias en las cuales se les sometía a las plantas otoñales a un **invierno** artificial. Las experiencias consisten, esencialmente, en lo siguiente: humedecer y hacer germinar las semillas en un ambiente tibio; cuando las yemas han roto ya la cáscara, la testa de las semillas, están ya en condiciones apropiadas para ser sometidas al frío en cámaras frigoríficas. Allí son mantenidas durante un número de días propio para cada especie y para cada variedad. Luego las semillas son llevadas al campo y sembradas. Estas experiencias demostraron a Lisenko que el periodo de frío que normalmente requieren las plantas otoñales, se les puede dar artificialmente en cámaras de refrigeración; además, que los tres meses del invierno es un plazo verdaderamente de lujo, pues las plantas no exigen sino un periodo entre 30 y 60 días de frío. Hasta aquí no se ha conseguido otra cosa que hacer artificialmente aquello que, en forma natural, hace la Naturaleza, el medio externo. Dar a la semilla, que ya comenzó a germinar, el periodo de frío que le es indispensable y luego sembrarla cuando las condiciones climatéricas determinan un ambiente tibio. Tanto al hecho natural de que las plantas otoñales tengan que pasar por el invierno o las primaverales por la primavera, como al hecho artificial de dar frío o calor, según la variedad, Lisenko dió la denominación de **vernalización**, término que ha sido aceptado por todos los autores.

Lisenko y sus discípulos lograron determinar con gran precisión el número de días que necesita ser vernalizada cada variedad. Supongamos que una variedad de trigo necesita ser vernalizada durante 50 días, ¿qué le sucederá al trigo si al llegar a los 45 días se le cambia de ambiente o sea, se le interrumpe la vernalización y se le coloca en un medio abrigado? Tiene que suceder una de dos: o sucumbe o asimila las nuevas condiciones del medio. El resultado —y empleando

las patéticas expresiones de ellos— es el siguiente: la planta afronta una situación inesperada, es un periodo de sufrimiento; pero como le faltaba tan pocos días para completar su fase de desarrollo, aunque con dificultad, con sufrimiento, por decirlo así, la planta logra completar dicha fase bajo las nuevas condiciones ambientales y más tarde evoluciona hasta la madurez. O sea, pues, ha asimilado las nuevas condiciones del medio externo.

¿Qué habrá sucedido en la herencia, en la naturaleza de estas plantas? Según la genética morganiana no habrá sucedido nada, se ha actuado sólo sobre el soma y el genotipo debe mantenerse inalterable; según la genética de Lisenko, debe haberse alterado la herencia de estas plantas, o sea, debe haberse producido una **mutación**, un cambio. Veamos la realización experimental.

En la siguiente generación ya no necesitan frío durante la termofase, aun más, resulta que estas plantas aceptan temperaturas cada vez más altas, hasta que en la tercera o cuarta generación se fija ya un límite de adaptación a estas temperaturas. En definitiva, se ha cambiado la variedad otoñal en variedad primaveral, con las circunstancias de que esta nueva variedad primaveral es altamente resistente al calor y adaptable a los climas tórridos. Si la experiencia, en forma apropiada, se hace con las variedades primaverales, o sea con aquellos que requieren temperaturas templadas, se obtienen variedades otoñales altamente resistentes al frío y, por tanto, adaptables a las regiones polares.

De los trabajos de Lisenko, se sacan algunas conclusiones importantes, como las siguientes: 1º—Es en los últimos momentos de una fase de desarrollo que una planta se pone en aptitud de asimilar nuevas condiciones ambientales; 2º—Las cualidades que se desea imprimir a una variedad, hay que proporcionarle como condiciones del medio externo en esos momentos críticos, a fin de que, asimiladas, se conviertan en condiciones internas, o sea herencia; 3º—El cambio de las condiciones ambientales en estos momentos críticos, produce una mutación, una alteración de la herencia; el organismo adquiere nuevos caracteres heredables; pero esta herencia se fija, esto es, que las nuevas condiciones se vuelven indispensables para el desarrollo de las futuras generaciones a lo largo de tres o cuatro de ellas. Por eso, para obtener una variedad otoñal, altamente resistente al frío,

después de vernalizar incompletamente la variedad primaveral, hay que cultivarle en ambiente cada vez más frío durante tres o cuatro generaciones seguidas; y 4º—Fijada la nueva herencia, se conserva hasta una nueva mutación.

A base de estos trabajos, es evidente que los genetistas soviéticos han conseguido triunfos incalculables. El cultivo de muchas plantas, como el trigo, la cebada, el mijo, etc., lo han extendido por una parte hacia las zonas cálidas y desérticas y, por otra, hacia las regiones polares de aquel dilatado territorio. Con patatas llevadas de la vecina República del Perú, han obtenido variedades altamente resistentes al frío y a las heladas, que las cultivan por encima del círculo polar, en donde la tierra pasa descubierta de nieve apenas durante dos o tres meses.

Quizá han llegado a conseguir que los caracteres sean dominantes o recesivos a voluntad, lo cual sería un medio potente para dirigir la economía de la naturaleza hacia fines de bienestar social, mediante la **herencia dirigida**.

Los híbridos vegetativos.—Ya dijimos sobre esto, algo acerca de los experimentos del agrobiólogo Michurin. Efectivamente, es algo nuevo, algo francamente revolucionario frente a la genética clásica. Sabemos que los híbridos son organismos obtenidos por cruce entre dos variedades y que heredan, mezcladamente digamos, la herencia de ambos progenitores. Según la genética clásica, esto es posible sólo mediante el proceso de fecundación sexual, o sea, con mediación directa de los cromosomas y de los genes. Pero he aquí, que por encima de este clásico precepto, es posible también obtener híbridos vegetativos, o sea, organismos descendientes de otros entre los cuales sólo hubo un contacto, un intercambio somático o vegetativo. Ya vimos los trabajos de Michurin. Y citaremos un solo ejemplo más: hay tomates (*Lycopersicum esculentum*) de algunas variedades, entre ellas, unas que dan frutos rojos y otros que dan frutos blancos o albinos. En la tomatera de frutos rojos se injertó un renuevo tierno de tomatera albina. A la rama de frutos blancos se le forzó, pues, a alimentarse y asimilar sustancias que servían para dar frutos rojos. El resultado fue que, como el organismo se forma de acuerdo a su naturaleza y a las condiciones del medio que asimila, el injerto produjo no sólo frutos blancos como era su naturaleza, sino también frutos rojos y

otros en los cuales asomaban mezclados los dos caracteres. Pero lo sensacional del caso es que las semillas de estos frutos rojos que se produjeron en la rama albina, dieron en las sucesivas generaciones frutos también rojos. En conclusión, se han conseguido así híbridos vegetativos, dejando verdaderamente perpleja a la genética morganiana.

El proceso sexual.—Los híbridos sexuales.—El proceso sexual es uno de los procesos biológicos más importantes. Podría decirse que los demás procesos le están subordinados. La célula, el ser vivo, crece, se desarrolla y se reproduce. La nueva célula tiene la capacidad de desarrollarse hasta una fase biológica, hasta un grado filogenético semejante al de la célula progenitora. Tanto en los animales como en las plantas, hay tejidos filogenéticamente más desarrollados que otros, o sean tejidos más modificados e histológicamente más jóvenes. Los tejidos y los órganos sexuales son más desarrollados. Todo el desarrollo por el que ha pasado el organismo se encuentra como acumulado en las células sexuales. Estas representan así el sumun de todos los procesos de crecimiento y de desarrollo. Las células sexuales están en potencia de repetir, desde el principio, todas las transformaciones y metamorfosis que se han operado en las generaciones anteriores.

Es lógico que si en el proceso del crecimiento y desarrollo de un ser, éste asimila nuevas condiciones del medio externo, es decir, modifica en algún grado su naturaleza, estas modificaciones tienen que reflejarse en la célula, que es el resumen de la vida: la célula sexual. Como las condiciones del medio externo no son inmutables sino cambiantes, también la naturaleza, la herencia de los seres vivos es cambiante, a través del proceso de la reproducción. Si los seres vivos tuviéramos vida eterna, estaríamos en permanente tortura, pues cada vez las condiciones siempre cambiantes del medio, nos resultarían inapropiadas. La evolución, el adelanto de las formas vivientes es posible porque la vida se prolonga a través de una sucesión de generaciones; por eso dice Lisenko: "Es fácil ver que mientras más corta es la existencia individual normal de una planta o animal, mayor es su adaptabilidad a las condiciones cambiantes del medio externo. Los micro-organismos, que poseen existencias individuales cortas, sobrellevan más fácilmente la adaptación hereditaria a las condiciones cambiantes de la vida."

La fecundación, o sea, la unión íntima entre las dos células sexuales, no es un simple fenómeno de contacto entre cromosomas, es un fenómeno metabólico, dice la escuela genetista soviética. "La diferencia básica —dice Lisenko— entre la fecundación y los demás procesos biológicos es la siguiente: en cualquier proceso biológico existe alguien que asimila y algo que es asimilado. El cuerpo asimilante se forma a sí mismo de los alimentos, comenzando con elementos tomados del medio externo e incluyendo las sustancias plásticas elaboradas; las sustancias asimiladas se utilizan como materiales de formación para el componente asimilante. En el proceso sexual, cuando se unen dos células equivalentes, ellas se asimilan entre sí, y cada una de ellas se forma a su propia manera de la sustancia de la otra. **Como resultado, ninguna de estas células permanece como tal, sino que se obtiene una tercera, nueva célula: una en vez de dos.**"

Si las dos células sexuales provienen de la misma planta, de la misma flor, poseen naturalezas semejantes, herencias iguales y las células son equipotenciales. El cigoto va a tener la herencia de la única planta progenitora. Pero en el caso de que cada una de las células sexuales provienen de variedades o de especies diferentes, cada una tiene una naturaleza, una herencia especial. En este caso, el resultado depende del proceso metabólico de la fecundación. Según que la una célula asimile más a la otra o se asimilen por igual, la nueva generación se parecerá más a uno de los progenitores o a ambos a la vez. Podría decirse que aquí se cumplen las leyes mendelianas de la herencia en cuanto a caracteres dominantes y recesivos y en cuanto a la segregación de los caracteres. Pero las experiencias de numerosos genetistas soviéticos revelan que no se cumplen las leyes mendelianas, sino en ciertos casos. En la generalidad de los casos de fecundación cruzada, la nueva generación tiene caracteres maternos. Parece que la célula sexual femenina es más asimilante que la otra, hecho que se explica si se tiene en cuenta la estructura de las dos células sexuales y el proceso embrionario. Podría creerse que los caracteres paternos son recesivos y que, en las siguientes generaciones, mediante cruces apropiados, asomarían tales caracteres; pero la experiencia ha demostrado, en muchos casos, que tales caracteres no vuelven a aparecer más. La herencia de una de las células puede llegar a ser absorbida completamente por la otra célula.

Planteado así el problema de la reproducción sexual y de la

fecundación, estamos ante algo semejante a lo que ocurría en los híbridos vegetativos. En ambos casos la herencia se conforma según procesos metabólicos de asimilación de nuevas condiciones del medio externo. Dependerá, pues, de la habilidad del genetista para obligar a que un cuerpo vivo asimile tales o cuales condiciones del medio externo y, por tanto, él hará que la herencia se modifique en una u otra forma.

"Esto nos permite —dice Lisenko— provocar la formación de la naturaleza de los embriones híbridos de manera que prevalezca, en grado mayor o menor, la forma paterna o la materna, y se debe tener en cuenta cuando se desea transmitir a los híbridos algunos cuantos caracteres definidos, como por ejemplo, la resistencia a las vicisitudes climáticas. Machurin hizo la observación de que en esos casos es preferible utilizar el polen de una planta joven, en su primer año de florecimiento, y cuya naturaleza no se haya fortalecido todavía. Recíprocamente, las flores del otro componente al cual se desea añadir solamente unas cuantas propiedades del progenitor, deben ser tomadas de un árbol vigoroso que haya dado frutos repetidamente, y también flores de tal modo colocadas en sus ramas que puedan tener una nutrición óptima. Esto crea en la prole la prevalencia de las propiedades de una variedad y una conjunción considerable de las propiedades de la otra."

Esta nueva genética abre un nuevo y fascinante campo a la biología experimental. Es una nueva concepción: la herencia no es algo eterno e inmutable, sino algo plástico que se hace de generación en generación. Y lo que interesa es conocer cómo se hace la herencia de cada categoría taxonómica; cuál es la naturaleza de los organismos y cuáles sus requerimientos del medio exterior.

Tales son, en apretada síntesis, los nuevos conceptos de esta escuela genetista soviética que, por serlo, ha suscitado el recelo de científicos y no científicos del mundo de Occidente. Se la mira con recelo y con temor y acaso para muchos no sea sino un conjunto de nuevas fórmulas apasionadas y hasta fanáticas que han reemplazado a la verdadera investigación científica.

Si es verdad que, por desgracia, muchas veces la ciencia se pone al servicio de planes políticos y reformas sociales, no es menos cierto

y evidente que la ciencia progresa continuamente y, por tanto, se ve forzada a abandonar ideas defendidas en otro tiempo. Pero este hecho, sin embargo, no anula la exactitud de muchos juicios que el hombre de ciencia se siente autorizado a hacer. Es posible, por ejemplo, que ninguna ciencia haya sufrido mayor revolución que la sufrida por la Física, en los últimos veinte años. Sin embargo, los hechos observados por los físicos de otros tiempos, que fueron bien comprobados, son tan ciertos hoy como lo fueron hace varios lustros. Lo mismo ocurre con todas las demás ciencias. Los hallazgos de la Etnología, los resultados de la Psicología comparada, los datos proporcionados por el análisis biológico y antropológico, los hechos descubiertos por la Biología y la Genética, siguen siendo verdades indiscutibles. Ninguna teoría que aspire al rango de verdadera ciencia, puede aventurarse a desconocer estos hechos.

La lucha entre dos teorías o hipótesis opuestas, jamás puede sobrevivir al descubrimiento de algún hecho científico evidente. Que hasta el advenimiento de tal hecho, cada pensador continuará defendiendo la concepción que, por razones de tradición, de sentimientos o de orden social, más le agrade, es cierto, pero, a la larga, carece de importancia. Si ambos bandos proceden con buena fe y probidad científica, los caminos que se siguen por una y otra parte, tarde o temprano se encontrarán. Todo progreso efectivo de la ciencia contiene elementos indestructibles que, con el tiempo, se van sumando y, en su conjunto, representan el edificio sólido, sobre el cual debe descansar todo el trabajo ulterior. Todo lo demás: teorías, hipótesis, opiniones más o menos bien fundadas, etc., no son sino accesorias, que tienen importancia solamente para el momento en que han sido expresadas. Su función es únicamente la del andamio, que es demolido tan pronto como su presencia no es necesaria para la prosecución del edificio definitivo.

Las hipótesis y teorías pasajeras y las actitudes filosóficas y políticas transitorias —ciencia burguesa y ciencia proletaria—, que se defienden y se sostienen desde diferentes campos ideológicos, podrán reflejar los prejuicios nacionales de sus autores, pero todo esto nada tiene que ver con la ciencia verdadera, en que quedan cristalizados únicamente los progresos definitivos e irrevocables del saber, alcanzados por la humanidad entera.

Ser científico es tener siempre alerta el diálogo patético con las

cosas; es decir, vivir en profundidad y saber escoger en el fondo de toda experiencia esa sola gota de sabiduría, que la vida destila en cada jornada y que, para la mayor parte de los hombres, pasa inadvertida.

Vivamos con la esperanza que da la comprensión de lo que no se sabe todavía, pero en lo que se cree como si se lo supiera: cual los humanistas, con la mirada en alto, alentado siempre la esperanza de que el hombre, algún día, se hará digno de su superior destino...

También debo referirme a los nuevos conceptos sobre la herencia que el Prof. Maurice Vernet ha elaborado en un reciente libro, publicado en 1949, y que los voy a resumir ligeramente.

El libro del Prof. Vernet es el resultado de la confrontación de las conclusiones admitidas por la genética clásica con las concepciones personales de él, inspiradas en los datos más recientes de la Biología. Para Vernet, la mayor parte de los trabajos y teorías conocidas hasta ahora, están basadas sobre comprobaciones experimentales, pero sin que se haya investigado el mecanismo de los fenómenos registrados. En ausencia de un hilo de Adriadna en el vasto laberinto de la Herencia, la genética oficial ha emitido principios contradictorios o divergentes que dejan inexplicado el mecanismo de los fenómenos.

Que se invoque, en efecto, la variación adaptativa de Lemarck, la selección del carácter más favorable con Darwin, la mutación brusca de Vries, o que se observe minuciosamente como lo hicieron Naudin, Mendel, Morgan y los otros experimentadores, los resultados de los cruzamientos señalando los fenómenos cromosómicos que los determinan, una cosa que no se explica es el mecanismo por el cual todos estos fenómenos están regulados. No se indica los que intervienen en la adaptación, aquél que realiza la selección del más fuerte o del más apto, el que pone en juego la mutación —que vemos cómo se materializa— y el que regula tan perfectamente la herencia mendeliana, el dominio o recesividad de los caracteres, su independencia, y de una manera general, los fenómenos fisico-químicos celulares.

Propiamente hablando, para Vernet, es toda la cuestión del mecanismo vital, determinante, reaccional y regulador, lo que continúa

en tela de juicio. Este mecanismo vital, es el que ha sido estudiado en su libro anterior "El Problema de la Vida". Allí dice Vernet que la sensibilidad orgánica, que es una realidad, lo mismo que la excitación motriz, es la facultad que tiene el organismo vivo de reaccionar a todas las causas de excitaciones físicas o químicas, de origen interno o externo, por oscilaciones que pueden ser fisiológicas —por lo tanto sin importancia en el problema de la herencia— si permanecen en el interior de los límites normales del tiempo reaccional; y, por el contrario, patológico —por consiguiente susceptibles de inscribirse en el patrimonio hereditario en determinadas condiciones— si desbordan esos límites. Esta excitación sensible está concretada por el conjunto de los influjos nerviosos sensitivos y sensoriales, que van de la piel hasta los centros nerviosos. Es necesario distinguir en esta sensibilidad dos estados distintos: una sensibilidad profunda, sensibilidad de los automatismos viscerales, y una sensibilidad superficial, que es esencialmente reaccional. La distinción entre los dos estados de sensibilidad se justifica, entre otras razones, por los efectos de la anestesia que suspende la sensibilidad de los reflejos, mientras que la sensibilidad de los automatismos subsiste.

La excitabilidad sensible asegura el mantenimiento del ritmo orgánico particular del ser viviente, pero sufre oscilaciones en su equilibrio bajo el efecto de las condiciones más diversas del medio exterior. En el equilibrio normal, estas oscilaciones tienen límites precisos; existe ruptura del equilibrio cuando estos límites son excedidos: así la sensibilidad orgánica está dotada de un margen reaccional que, en una medida determinada, juega su papel de regulación si temporalmente no está perturbada por un hecho patológico o fisiológico.

Observemos, pues, siguiendo a Vernet, cómo se revela en los fenómenos de la herencia la acción de la sensibilidad orgánica, para buscar, desde el origen, las manifestaciones de su intervención o las causas de su perturbación en los seres vivos. Asegura Vernet que hemos estado inclinados, hasta ahora, a comprobar en el ser vivo las interdependencias incontestables del germen —elementos reproductores— y el soma —el cuerpo—, desde el punto de vista embriológico y fisiológico, porque si las condiciones de la herencia están reguladas, desde la célula germinal, por reacciones de la sensibilidad orgánica, lo son también por el pasado patológico de los ascendientes, si ese pasado ha recibido inscripción en el germen por los procesos

de la degeneración, esquematizada a nivel de la célula germinal. Con respecto a la herencia fisiológica, el análisis de los fenómenos biológicos revela que cada especie recibe una sensibilidad orgánica que le es propia y cuyas facultades reaccionales se ejercen en determinados límites. Hay siempre retorno a la excitabilidad fundamental por el juego de las reproducciones sucesivas y bajo la influencia de las variaciones reaccionales. No se cambia de sensibilidad orgánica; no se pasa, por lo tanto, de una especie a otra.

Establecidos estos principios —que se distancian de la genética clásica— el Prof. Vernet ha respondido, por adelantado, a las objeciones que se pueden hacer, invocando los resultados obtenidos por la herencia experimental. Señala, en primer lugar, la imprecisión de la noción **especie**, debida a las clasificaciones admitidas hasta ahora, que están fundadas solamente sobre la morfología y la anatomía comparadas, pero que dejan de lado el mecanismo biológico mismo. De allí tantas divergencias sobre la apreciación de los crecimientos entre variedades que se consideran, injustamente, como pertenecientes a especies diferentes, mientras no son sino tipos de una misma especie. A la inversa de lo que ocurre en la herencia fisiológica y natural, en la que se producen efectos múltiples y variables en razón de los crecimientos, en la herencia experimental los efectos buscados están limitados y dirigidos; en esta última, la sensibilidad orgánica sufre una excedencia de los límites de su margen reaccional, sin que la especie sea cambiada; tiende, por el contrario, a volver a la regulación normal original.

En una nota escrita en 1950, advierte el Prof. Vernet que su libro LA HERENCIA estaba concluido cuando le llegó la traducción oficial del informe y de las diversas comunicaciones del Congreso Agronómico Soviético, realizado en Agosto de 1948. Las experiencias de Michurin y de Lisenko, constituían el principal objetivo del Congreso. Examinados los hechos de los genetistas rusos bajo el ángulo de la tesis de Vernet sobre la herencia, confirman y ratifican ésta, ya que los hechos y teorías de Michurin y Lisenko certifican el papel primordial de la sensibilidad orgánica en el mecanismo de la Vida. Las condiciones mismas en las cuales han sido hechas las experiencias de los genetistas soviéticos, han demostrado que la intensidad y la duración de las excitaciones han sido necesarias para provocar las variaciones reaccionales que determinan la inscripción en el patrimonio hereditario. Pero para Vernet no es posible, sin embargo, adelantar

que los resultados de estas experiencias sean comparables a las de la herencia natural ni que las reacciones orgánicas adaptativas sean determinantes de la herencia. Porque, por otra parte, en los crecimientos naturales, la herencia de los caracteres adquiridos es temporaria y no duradera: sean cuales fueren las variedades obtenidas por la herencia experimental, nada ha cambiado en la excitabilidad fundamental, ya que los resultados comprobados no son duraderos sino mientras sean mantenidas las condiciones y los medios experimentales por los cuales han sido producidos. Y ya que las variaciones obtenidas no resultan condiciones naturales de la herencia, ni que la sensibilidad orgánica les deja adquirir un carácter definitivo sin la ayuda de los medios que han torcido la regulación normal, no existe, para Vernet, la posibilidad de hablar de un transformismo evolutivo, que no descansaría más que sobre las variaciones efímeras y artificiales.

Sintetizando las concepciones de Vernet, se podría decir que ellas se reducen a lo siguiente:

- 1º—La sensibilidad orgánica es el factor determinante y regulador de los fenómenos de la herencia;
- 2º—Es por una excedencia de un margen reaccional fisiológico que se explica, en condiciones determinadas, la adquisición de variaciones por el organismo vivo;
- 3º—Es por el juego de estas modificaciones de excitabilidad que se realiza, en condiciones de equilibrio igualmente determinadas, la transmisión de estas variaciones adquiridas. Esta transmisión es continuamente modificada por la sucesión de las excitabilidades que se cruzan y en función de la calidad, de esos entrecruzamientos; y,
- 4º—La variación o variaciones que se efectúan así, no interesa más que a los caracteres secundarios; sin que en nada cambie la excitabilidad fundamental. Permiten las variaciones continuas e irregulares, pero deja a la especie en toda su estabilidad.

De estos conceptos se desprenden una autonomía y una independencia de las especies, que nos aleja de todo transformismo evolutivo. Y fija el verdadero concepto de especie desde el punto de vista de su excitabilidad propia más bien que de su morfología, con lo cual se ha evitado de considerar como especies nuevas a simples variedades de las mismas.

LA HERENCIA EN EL HOMBRE

TRASCENDENCIA DE LAS TEORIAS HEREDITARIAS MEDICINA, SOCIOLOGIA, DERECHO

En las dos charlas anteriores hemos tratado de exponer los principales rasgos del sistema genético y su actuación en la herencia, según se deducen del estudio experimental realizado en las plantas y en algunos animales inferiores. ¿Hasta qué punto se puede aplicar estos conocimientos al hombre?

El concepto que actualmente tenemos de la posición del hombre en el conjunto de la naturaleza, considerándolo como una de las innumerables formas orgánicas que existen, nos induce a considerar, de antemano, como muy verosímil que los fenómenos de la herencia en el hombre esté sometido a las mismas leyes que en las plantas y en los animales.

De todos modos, es necesario investigar los fenómenos de la herencia en el mayor número de formas diferentes posible, incluso en el hombre, para poder elevar a la categoría de principios generales las leyes de Mendel, cuya validez ha sido demostrada en algunos animales y plantas. Por otra parte, el conocimiento de los hechos de la herencia en el hombre, ofrece naturalmente un interés inmediato y es de un valor práctico extraordinario. Sobre todo, muchas ramas especiales de la Eugenesia se apoyan inmediatamente en el estado actual de nuestros conocimientos acerca de la herencia humana; por otra parte, la investigación de los hechos genéticos en el hombre, como labor previa e indispensable para el logro de fines prácticos, servirá de estímulo para el estudio de la herencia morbosa.

La observación directa muestra que el hombre tiene el mismo tipo de sistema genético que tienen otros organismos, y que este sistema obra del mismo modo. En el hombre el número de cromosomas es el de 48, formando 24 pares. Es evidente que las características del hombre dependen de los cromosomas y de los genes y que éstos están distribuidos en las células germinativas de los descendientes de tal manera que dan lugar al mismo tipo de herencia que ha sido señalado en las dos lecciones anteriores.

A primera vista, parece difícil llevar a cabo en el hombre investigaciones hereditarias, por procedimientos análogos a los empleados en animales y plantas; en efecto, en el hombre debe quedar excluida, naturalmente, toda experiencia de cruzamiento; además, el número de hijos de un matrimonio es pequeño para permitir dividir aquellos en grupos caracterizados por la posesión de tal o cual carácter. Finalmente, se tropieza con el inconveniente de la lentitud con que se suceden las generaciones humanas, lo cual es causa de que un investigador se vea imposibilitado de observar personalmente varias generaciones y tenga que contentarse con datos y noticias transmitidas por la tradición, no siempre completos y verídicos.

Todas estas dificultades existen, en efecto; pero no son insuperables. Nos interesa, sobre todo no limitarnos a hacer esta afirmación escueta, sino discernir, por lo menos, los puntos de vista elementales de un análisis hereditario del hombre. Debemos asegurarnos de la legitimidad de las normas de trabajo sobre la investigación de la herencia en el hombre, para poder justificar los resultados científicos obtenidos, con auxilio de tales métodos. También estas explicaciones podrán parecer a muchos desprovistos de fundamento sólido, como las largas adquisiciones acerca de los resultados del cruzamiento, pero aquí lo mismo que allí, el razonamiento y la reflexión pueden conducirnos al conocimiento de la verdad.

El investigador de los fenómenos de la herencia en el caso del hombre, no puede experimentar con lo que constituye el objeto de su interés; pero existen numerosísimas familias que nos muestran los resultados de muchas **experiencias** que la Naturaleza ha realizado. Trátase aquí de reunir y ordenar abundante material que, relativo a la herencia humana, nos ofrecen las revistas científicas, las fotografías, los árboles genealógicos y las estadísticas, como si estos experimentos naturales hubiesen sido llevados a cabo con arreglo a determinados puntos de vista biológico-hereditarios. Ahora bien, esto es más fácil decir que hacer. Muchos miembros de la familia, quizá han muerto; otros andan dispersos por el mundo, de suerte que, a veces, resulta imposible observarlos personalmente y tenemos que fiarnos de los datos que nos suministran los parientes, los que pueden ser nulos o poco fidedignos. Sería conveniente —entre paréntesis— no sólo por motivos puramente científicos, sino también por razones prácticas de la mayor importancia, que el Estado crease cen-

tros de estudio con vista a la investigación en este aspecto biológico y hereditario.

Pero una familia, hemos dicho, es poco numerosa, demasiado reducida a menudo, ¿cómo será posible en este caso determinar numéricamente la frecuencia de la aparición de los distintos caracteres entre hermanos? Además, puede ser que el número de hijos se limite a uno o dos. Una dificultad análoga la presentan los mamíferos: el número de cuyos hijos oscila entre estrechos límites, y esta dificultad han de tratar de salvarla los investigadores de la herencia en los animales. Ahora bien, ¿debemos esperar que, en general, una familia, aunque en ella existan no solamente dos hijos sino cuatro, seis o siete, se realice exactamente la proporción mendeliana prevista por el cálculo? Es evidente que en una familia con seis o siete hijos no puede verificarse exactamente dicha proporción; pues bien, si no es lícito, en este caso, deducir objeción alguna contra la legitimidad de nuestras concepciones teóricas, con qué derecho lo haremos en el caso de que siendo cuatro el número de hijos, la distribución de los caracteres de que se trate no responda exactamente a la proporción 3:1, por ejemplo?

Tratándose, pues, de formas de exigua descendencia, como son los mamíferos y el hombre, para poder llegar a fijar las mencionadas relaciones numéricas, tendremos que examinar el conjunto de los descendientes de numerosas parejas de progenitores, que sean iguales bajo el aspecto hereditario. Para determinar esta igualdad hereditaria, condición indispensable para poder comparar entre sí las parejas de progenitores, encontraremos dificultades en la investigación de la herencia en el hombre, dificultades que existen en grado mucho menor cuando se trata de investigar la herencia en los animales. En efecto, en este último caso, la coincidencia en punto a las propiedades hereditarias de los distintos animales puede ser comprobada mediante experimentos previos, o bien ser garantizada escogiendo para la reproducción a aquellos individuos cuyos factores hereditarios determinantes del carácter que nos interesa, sean conocidos con exactitud.

En el hombre hay, en cambio, que ver el hecho de que en varias familias los padres poseen los varios factores hereditarios que condicionan los caracteres objetivos de nuestra investigación, con lo cual

corremos el peligro de considerar erróneamente comparables entre sí a parejas de progenitores que son desiguales bajo el aspecto hereditario. Y, claro está, que esto nos conduciría a resultados erróneos; afortunadamente, en muchos casos podemos evitar este peligro, o por lo menos, disminuirlo considerablemente, sirviéndonos de ciertos artificios metódicos.

Como ya lo dijimos, para llegar a comprender los resultados de la investigación de la herencia en el hombre, es necesario que nos apliquemos a conocer, en lo fundamental, los métodos de esta investigación, que ha de permitir averiguar el cumplimiento de un factor hereditario cualquiera en el organismo humano. Todos sabemos que, con harta frecuencia, se repite el caso de que en un hombre exista un carácter corporal o espiritual que sus padres no poseían, pero sí uno de sus abuelos. Dícese, entonces, que este carácter o propiedad ha saltado de una generación a otra. Este hecho nos recordará, naturalmente, la herencia de la blancura de los ojos en la mosca *Drosophila*. Dícese entonces, que el factor determinante de la blancura de los ojos es recesivo y el que determina el color encarnado de los mismos, es dominante.

Ahora bien, según que un factor hereditario humano se comporte del uno o del otro modo, podemos decir que la herencia es, respectivamente, recesiva o dominante. Si se trata, por ejemplo, de la herencia de una anomalía cualquiera, el factor hereditario correspondiente podrá ser dominante. Lo cual significa que una persona que posea en una sola vez este factor hereditario, es decir, en una persona de heredabilidad mixta, que además del factor morboso posee el otro factor normal, se manifiesta ostensiblemente la susodicha anomalía. Si se casa, por ejemplo, un individuo enfermo, hereditario mixto, con un individuo sano, este último sólo podrá transmitir a su prole el factor salud; pero el enfermo podrá transmitir a su descendencia ya el factor morboso, ya el factor sano. Naturalmente, atendiendo a la validez de nuestras concepciones teóricas para el caso de que se trata, no debemos esperar que entre los hijos de un solo matrimonio se verifique de un modo matemático la proporción numérica mendeliana, sino más bien deberíamos comprobar la existencia de esta relación en un número relativamente crecido de hijos de matrimonios de individuos, enfermos mixtos con individuos sanos.

Las consideraciones que anteceden nos hacen comprender una notable particularidad de la dominación hereditaria de los caracteres, a saber: que el carácter dominante lo transmite siempre el individuo que lo posee, a sus descendientes inmediatos. No puede existir salto de generación en estos casos típicos de herencia dominante en el hombre. En efecto, si ambos progenitores están exentos de anomalía, todos los hijos estarán, así mismo, libres de ella, puesto que los padres carecen en lo absoluto del factor dominante morboso.

No sucede lo mismo con la herencia recesiva. Un factor morboso recesivo no puede manifestarse en un individuo mixto, porque está enmascarado por el factor normal, que es aquí predominante. La persona que posee una heredabilidad mixta de esta clase es, por lo tanto, un hombre normal, sano, a pesar de que mantenga oculto el factor recesivo morboso. Pero si se unen en matrimonio dos personas mixtas, poseedoras del mismo factor morboso, es posible que, entre los hijos de estos dos progenitores, sanos en apariencia, figuren uno o varios enfermos. Resulta, pues, que teóricamente, la cuarta parte de los hijos heredan de cada uno de sus padres el factor morboso; estos hijos, que poseen por duplicado este factor recesivo son, naturalmente enfermos. Es decir, que en la herencia receptiva hay salto de una generación al través de varias generaciones de una persona mixta a otra mixta.

Lo que la experimentación no ha podido revelar, en relación con la herencia peculiar de cada carácter que el hombre exhibe, ha sido puesta de relieve en ciertos casos, por la observación cuidadosa de los miembros de numerosas familias, por varias generaciones. De este modo, se ha descubierto la modalidad de la herencia de varios rasgos normales y de no pocas anormalidades y enfermedades. Debemos a Castle una recopilación bastante completa de los conocimientos alcanzados a este respecto. Unos caracteres se mezclan en los descendientes, que exhiben una modalidad intermedia entre las ofrecidas por sus progenitores, lo que hace suponer que depende de factores múltiples de efectos acumulables. Otros son claramente mendelianos, ofrecen dos modalidades netamente contrapuestas y dependen de un solo par alelomórfico; estos caracteres son unas veces normales y otras anormales o patológicos. Algunos rasgos dependen de genes ligados al sexo, es decir contenidos en los cromosomas sexuales y se heredan en formas muy particulares, relacionadas con la calidad sexual del

descendiente. Varios caracteres se heredan en forma al parecer mendeliana. Algunas, en fin, aunque hereditarios sin duda, se transmiten en una forma que todavía no ha podido precisarse.

Entre los caracteres que se heredan en forma intermedia, y están regulados probablemente por factores múltiples, figuran: el tamaño general del cuerpo, la estatura, el color de la piel, la forma del pelo, lacio, ensortijado, ondulado; la forma de la cabeza y las proporciones de sus partes, es decir, los rasgos fisonómicos. Todos estos caracteres toman en los descendientes modalidades comprendidas entre los de sus progenitores, que pueden acercarse más o menos a las de cualquiera de ellos, según cual sea la combinación de genes aportados por cada uno a la célula inicial del descendiente.

Los caracteres de naturaleza mendeliana son varios. Uno de los mejor conocidos es el color de los ojos. A este respecto, hay dos modalidades fundamentales, los ojos azules y los ojos oscuros. En los primeros sólo existe materia colorante en la superficie posterior del iris, en los segundos existe además una cantidad variable de dicha materia en la parte anterior del mismo, y según esté concentrado al rededor de la pupila o hacia los bordes del iris, los ojos son más claros o más oscuros. Cuando se suma a esta materia colorante otra de color amarillo, los ojos son verdes; cuando falta aquélla, su color es gris. La presencia de materia colorante en la superficie anterior del iris, es un carácter dominante. Si se casa un hombre de ojos oscuros, con una mujer de ojos azules, los hijos del matrimonio tendrán los ojos oscuros.

Si más tarde uno de éstos se casa con una persona de ojos oscuros, cuyo padre o cuya madre tuvo los ojos azules, es decir, con una persona originada de la misma manera que él, los descendientes de este nuevo matrimonio tendrán: unos, ojos oscuros y otros, ojos azules, y habrá, si el número de hijos es bastante grande, tres de cada uno de los primeros por cada uno de los segundos. Pero si uno de aquellos hijos se casa con una persona de ojos azules, sus hijos serán por mitad, de ojos azules y de ojos oscuros. Estudios amplísimos sobre la herencia del color de los ojos en varias familias danesas, confirmaron plenamente la naturaleza mendeliana de dicho carácter y la constante recesividad del color azul.

Otro carácter típicamente mendeliano es el color del pelo. Su modalidad más extraña es el albinismo, en la que el pelo está desprovisto de toda pigmentación. Este carácter es absolutamente recesivo y se presenta en todas las razas, incluso en la negra, siendo relativamente frecuente en las localidades aisladas, donde los matrimonios consanguíneos se celebran reiteradamente. Tanto el pelo oscuro, como el rubio, dominan sobre el albino, pero el oscuro domina al rubio.

Los caracteres patológicos que se heredan con sujeción a los principios mendelianos son muy numerosos. La atricosis, o falta de pelo en la cabeza, cejas y pestañas, es un carácter dominante. También es la ictiosis, afección que consiste en un engrosamiento especial de la piel en determinadas partes del cuerpo, que da una apariencia escamosa. Muchos defectos de los ojos son transmitidos también en forma mendeliana. Entre las afecciones dominantes figuran la catarata hereditaria, la ptosis, caracterizada por el aspecto medio cerrado del párpado superior. Entre los recesivos puede mencionarse la miopía. Diversas anomalías del esqueleto se heredan como caracteres mendelianos. La braquidactilia, determinante de dedos más cortos que los normales, e incluso el brazo de tamaño reducido, está determinado por un gene dominante. Lo mismo ocurre con el mayor número de dedos de los habituales en las manos o en los pies. Individuos de seis dedos transmiten este carácter a todos sus descendientes. También es dominante la sindactilia, que consiste en que los dedos están fusionados, unidos por una membrana, así como la sinfalangia, que produce dedos inarticulados, rígidos. Por último, el crecimiento anormal de los huesos largos, que da origen a veces a fenómenos de gigantismo, es también debido a un gene, dominante sobre el que determina el crecimiento normal.

Mayor interés ofrecen las afecciones del sistema nervioso, estudiadas con mucho detenimiento, en los que se relaciona con las modalidades de la herencia. Las que con mayor frecuencia han merecido la atención de los investigadores, son la demencia, la epilepsia y la debilidad mental. La primera, aunque reviste formas muy variadas y puede ser ocasionada por diversos agentes, es sin duda, en muchas de sus formas, hereditaria. Los investigadores Rosanoff y Orr han realizado intensos estudios sobre la herencia, descartando aquellos casos debidos a lesiones cerebrales, sífilis, alcoholismo, etc. El estu-

dio de los mil y más casos estudiados en setenta y dos familias diferentes, mostró que la demencia es debida a un gene recesivo y depende de un solo par alelomórfico. También la epilepsia es considerada debida a un gene mendeliano de naturaleza recesiva en aquellas genealogías en que no se debe a otras causas. La debilidad mental o retraso mental es muy común entre los criminales, ladrones, prostitutas y mendigos, y ha sido interpretada como la consecuencia, muchas veces, de un ambiente social desfavorable. Pero los ejemplos expuestos por los investigadores sobre las características de distintas familias, a través de varias generaciones, muestran bien claramente el carácter hereditario de esta afección. Parece probado que se comporta como el miembro recesivo de un par alelomórfico.

Y, para no fatigar más vuestra atención, enumerando todas y cada una de las enfermedades heredables, en forma dominante o recesiva, sólo mencionaremos que, entre las formas de herencia ligada al sexo, en la especie humana, figuran la hemofilia, el daltonismo o ceguera para el color, la ceguera nocturna, etc., etc.

De manera que, para el médico, la investigación clínica de la herencia es absolutamente imprescindible. En presencia del paciente o sujeto en observación, lo primero que se debe analizar son sus características y cualidades, configuraciones funcionales, y su constitución, en lo referente a la influencia hereditaria. Por otra parte, se estudiará la modalidad de desarrollo evolutivo e involutivo del sujeto, su medio ambiente, en lo que se relacionan con los factores periestáticos. Durante la adolescencia y la pubertad se tendrá en cuenta la influencia de las gonadas y demás glándulas endocrinas; y en la adultez se considerará la acción del clima, de la alimentación, de los ejercicios, de la educación, del alcohol u otros tóxicos, todo lo cual puede ejercer influencia sobre el fenotipo.

Dentro de los problemas de la herencia mórbida o patológica en el hombre, uno de los más difíciles es el que relaciona con la transmisión de las degeneraciones y lesiones específicas de los organismos paternos, debidas a la acción de un tóxico de variada naturaleza, que ha obrado en la vida individual. No tenemos sino que citar el hecho, indudable y reconocido por todos, de la acción del alcohol en los descendientes. Los partidarios de la teoría de Weisman habrían, probablemente, concebido este fenómeno como causado por una alteración

profunda del plasma germinativo de los padres, debida al alcohol. No se trata, pues, de una acción traumática singular, como aquella de que se servía Weisman y su escuela en sus experimentos, sino de una intoxicación del organismo entero y cuyos efectos son transmitidos a los descendientes. Esta herencia mórbida, se diferencia esencialmente de la herencia normal, y se manifiesta por la aparición de ciertos caracteres o afecciones de las familias predisuestas, que son transmitidos de una generación a otra. Fenómeno que está, probablemente, en relación estrecha con lesiones patológicas de ciertos tejidos o con la resistencia amenguada de órganos enteros.

Por otra parte, Vervaeck, estudiando la gran individualización de las taras degenerativas y el paralelismo estrecho entre las taras morfológicas funcionales y mentales en los grandes degenerados, establece su opinión de que el origen de las degeneraciones y de la herencia patológica es preciso buscarlo en la intervención de lo que se llama las **blastotoxias**. Blastotoxia se llama al estado de impregnación tóxica del protoplasma de las células germinales, como resultado de autointoxicaciones orgánicas o de tóxicos medicamentosos, etc. La hipótesis de Vervaeck se apoya en el sufrimiento evidente de la célula por la acción tóxica, la cual influye alterando principalmente el quimismo, cuya acentuación llega hasta la morfología celular. Los trabajos de Kosth, Bertholet y Stok, sobre alcoholización experimental, han permitido seguir todas las etapas de la intoxicación sobre la función genital, sobre el quimismo, la morfología y la evolución embrionaria de la célula germinal, llegando hasta reproducir muchas deformaciones morfológicas y biológicas de la degeneración en la línea de los animales alcoholizados. La impregnación tóxica de las glándulas genitales, trae consigo la alteración de las células germinales, ya sea del óvulo, ya sea del espermatozoide, en los diversos estados de su desarrollo.

Asegura Vervaeck que la concepción del origen blastotóxico de las degeneraciones, encuentra una interesante confirmación en un conjunto de experiencias clínicas realizadas sobre los toxicómanos. Se destacan, en primer plano, las afinidades curiosas, y con frecuencia tan íntima que existen entre la anormalidad constitucional y la atracción para los tóxicos. Los degenerados son atraídos por el alcohol, así como por los demás tóxicos medicamentosos: cocaína, opio, marihuana, etc.; esta apetencia tóxica, que parece responder a la

necesidad de la naturaleza enferma, les expone a la toxicomanía. Ella es la que les impide deshacerse y hace precaria su curación. Más todavía, los degenerados se muestran demasiado sensibles a la acción de los tóxicos, que provocan en ellos manifestaciones de instintos inferiores, paralizándolos facultades más elevadas; así nacen en ellos las impulsiones inferiores y brutales, que caracterizan sus crímenes de violencia y sexualidad.

Por último, una intoxicación individual viene frecuentemente a revelar en un sujeto su estado latente de degeneración mental; es así como deben explicarse muchas neurosis y psicosis de significación degenerativa en los enfermos que, a la primera vista, se podrían considerar como anormales constitucionales; es que ellos pertenecen a una familia hereditariamente tarada.

La enorme complejidad del problema que plantea la herencia mórbida, no se halla, sin embargo, suficientemente resuelta en las hipótesis que acabamos de reseñar; pero hace posible ya ciertas aplicaciones de carácter práctico, de excepcional importancia. Es aquí en donde la Eugenesia debe actuar. La incurabilidad de todo un grupo de recidivistas, debida a las peligrosas predisposiciones el crimen y al delito, da una explicación racional del fracaso de las penas tradicionales. Su influencia inmediata sobre el Derecho Penal, convierte a éste en un derecho de previsión y de defensa social, de corrección de los delincuentes que no son anormales, de protección a la raza, mediante la separación de un grupo, desgraciadamente numeroso, de individuos que no deben procrear. En este sentido, la higiene preventiva y la Eugenesia, parecen capaces de oponer diques a la ola de degeneración en que se encuentra el origen de todas las miserias y enfermedades sociales.

La mejora de la especie ha de basarse en la transmisión a los hombres del futuro, de un patrimonio hereditario mejor, de un conjunto de factores hereditarios que les confiera la capacidad de adquirir, bajo la acción del medio en que vivan, los caracteres morales y físicos más favorables. Una mejor capacidad recibida con la herencia, no se deberá manifestar, sin embargo, con un medio y una educación desfavorables. Un medio y una educación adecuadas, no podrán producir cualidades que el patrimonio hereditario no haya transmitido al individuo. Pero lo fundamental para que la humanidad progrese y

vaya poseyendo, en conjunto, caracteres mejores, es que su patrimonio hereditario sea cada vez mejor, y esté desprovisto de genes que determinen rasgos defectuosos y modalidades psíquicas nocivas.

Las observaciones de los genetistas y psicólogos acerca de la herencia de los rasgos psicológicos, no les ha permitido, hasta ahora, obtener datos precisos. Puede decirse que poco es lo que se sabe sobre esta apasionante y debatida cuestión. Sin embargo, es posible establecer algunos amplios principios generales sin temor de que los futuros hallazgos los invaliden.

Podemos afirmar que la mayor parte, si no todos los caracteres psíquicos, son profundamente influidos por la constitución genética y por el medio. No podría darse una respuesta general a la pregunta sobre la importancia relativa de esos factores. Sus valores relativos difieren para cada individuo, para cada característica y para cada medio. En el caso de la inteligencia, la herencia se asocia a la educación y a otros factores para determinar el nivel alcanzado. De dos individuos con el mismo grado de inteligencia, uno puede ser el resultado de una herencia inferior y de una excelente educación, y el otro de una herencia superior, no desarrollada por una educación formal.

Hasta el presente, la fuente más fructífera ha sido el estudio de los gemelos idénticos, o univitelinos, donde la uniformidad de la herencia permite valorar los efectos del medio. Uno de los mejores estudios ha realizado Newman, con la cooperación de un psicólogo y de un especialista en cuestiones de estadística. Una comparación de cincuenta pares de gemelos idénticos criados juntos, con cincuenta pares de gemelos fraternales, o bivitelinos y diecinueve pares de gemelos idénticos criados separadamente, nos ha proporcionado una interesante información. La conclusión más interesante de este estudio, que probablemente tiene valor general, es que las características físicas son poco afectadas por el medio; la inteligencia es más afectada, mientras que la personalidad o el carácter se modifican notablemente por las condiciones no hereditarias.

Los sentimientos son más directamente referibles a las estructuras somáticas, que cualquier otro carácter psíquico. Esto no significa, sin embargo, que los sentimientos se hereden en mayor medida que los rasgos, dado que las estructuras somáticas que sirven de

sustrato a los sentimientos, son mucho más susceptibles de ser modificados por otras estructuras del cuerpo que, por ejemplo, el cerebro.

Las cualidades intelectuales están más sometidas a la educación y a otros factores del ambiente, que los sentimientos.

Las cualidades morales tan sólo son referibles a la estructura somática en tanto que éstas sirven de instrumentos a través de los cuales se ejecutan los dictados de la voluntad. De todas las cualidades psíquicas, son las menos sometidas al soma; y asignar valor hereditario o ambiental es un problema por demás difícil, hasta en el caso favorable de los gemelos idénticos.

Hemos de rozar también, aunque brevemente, las trascendencias sociológicas de la herencia. Los hechos que las ciencias biológicas, y la Genética, en particular, han revelado con respecto al problema de las razas humanas, caen, de hecho, bajo el campo de la Etnografía y de la Sociología.

En primer lugar, hay que hacer, al respecto, una aclaración previa: el llamado **racismo**, que se practicaba en Alemania, como también los conceptos fundamentales en que dicha política se basaba, nada tienen que ver con las ciencias biológicas. La Biología, como todas las ciencias creadas por el hombre, es un edificio en cuyo levantamiento han intervenido nuestras percepciones sensoriales y nuestra inteligencia. Los racistas alemanes, en cambio, según lo afirmaba su representante más caracterizado, Alfredo Rosenberg, no han llegado a su concepción acerca del racismo ni por medio de la experiencia sensorial, ni por el raciocinio lógico, sino mediante una interpretación mística de su sangre. Es por esta razón que carece de sentido, discutir científicamente las leyendas y supersticiones que constituyeron —en mala hora para la Humanidad— la doctrina nacional-socialista en la Alemania del Tercer Reich.

En una época en la que tanto se ha hablado de cuestiones raciales, es indispensable el conocimiento de lo que la ciencia auténtica tiene que decir al respecto. Si queremos investigar el problema de las razas desde el punto de vista genético, es necesario, ante todo, establecer en forma inequívoca, qué es lo que debe comprenderse por la palabra **raza**. Ocurre aquí lo mismo que tantas veces se observa

cuando una palabra es usada no solamente en el campo de las ciencias, sino también fuera de las mismas: el mismo vocablo señala, según su empleo, nociones enteramente diferentes y hasta contradictorias. Es por esta razón, que muchos biólogos consideran que el término **raza**, por ser ambiguo, dificulta la evolución de los conceptos claros y debe ser eliminado del lenguaje científico. Así, la palabra **raza**, en una de sus aplicaciones más usadas, aparece como sinónimo de **especie**, hablándose en este sentido, por ejemplo, de la raza humana, de la raza canina, etc. Pero, evidentemente, este no es el significado que tiene el vocablo, ni en la antropología, ni en la genética, en cuanto en ambas ciencias, se entienden por **razas** las subdivisiones de las diferentes especies zoológicas. De esta manera, suele dividirse la especie humana, en una raza blanca, en una negra, en una amarilla, etc.

Pero el análisis científico rechaza casi todas las acepciones que se da a este vocablo. Partiendo de los orígenes de la evolución de la especie humana, es más que probable que ésta se haya dividido en variedades geográficas, adaptándose cada una, más o menos aisladas de las otras, a las condiciones climáticas y ambientales. Estas divisiones son las llamadas razas geográficas, o más propiamente, subespecies primarias. Pero, aun esta definición es puramente hipotética: mucho antes de los tiempos históricos, los contornos de estas supuestas razas geográficas se había hecho borroso, gracias a la eterna propensión del hombre a errar sobre la faz de la Tierra, haciendo imposible, en la inmensa mayoría de los casos, el reconocimiento del tipo original. Ningún pueblo civilizado de la Tierra puede, por eso, presentar hoy pureza absoluta de sangre. La Historia y la Biología se complementan en este sentido: las guerras, las invasiones, las migraciones, han conducido inevitablemente al entrecruzamiento, que aun el estudio de los mismos grupos sanguíneos, revela con limpiada claridad. Porque aun entre los grupos aparentemente diferentes unos de otros, existen ciertos lazos que denotan, inequívocamente, la existencia, en mayor o menor grado, de un cruce primitivo.

Para comprender esta afirmación, hay que acudir a la Genética. Supongamos que se cruzan dos individuos pertenecientes a dos subespecies primarias distintas; sus caracteres pueden combinarse en los descendientes: un hijo puede salir con la piel negra y las facciones características de la raza blanca —nariz aguda, labios finos—; en esto

interviene, al parecer, el factor geográfico; puesto que la piel oscura y la nariz achatada constituyen evidentes ventajas en las regiones de alta temperatura, existe una gran probabilidad de que el producto del cruce blanco-negro, por ejemplo, tienda a reproducir los caracteres negros en estas regiones y los blancos en las de clima opuesto.

Cuando la selección social o natural no interviene, el producto del cruce no constituye un promedio de los integrantes originales, sino que continúa reproduciéndose en una gran diversidad de tipos y caracteres. De aquí la falacia de las clasificaciones étnicas y la dificultad de deducir el número y las características de las razas primarias de la humanidad. Resulta, pues, extremadamente difícil y peligrosa la clasificación y descripción de los tipos humanos. El método basado en la distribución de la frecuencia de los diferentes factores hereditarios, o genes, que contienen, es, por hoy, un mero ideal —salvo el grupo sanguíneo de los genes—. Por hoy es preciso contentarse con la distribución de la frecuencia y las intercorrelaciones de varios caracteres bien definidos, que se hallan en grupos particulares.

Los términos raza y subespecie carecen, pues, de significado científico, en cuanto se aplican a los grupos humanos existentes. Todos éstos deben gran parte de sus caracteres al cruzamiento. Sólo cuando un grupo haya permanecido aislado por mucho tiempo, adquiere bajo la influencia de la selección natural, cierta estabilidad de caracteres; pero estos grupos son extremadamente raros. El término de **tipo racial** debe, pues, ser sustituido por el de **tipo étnico** o **tipo genético**.

Y es doloroso el espectáculo de ciertos hombres de ciencia que, por razones circunstanciales de la política, sostengan la teoría absurda de la pureza racial, cuando la historia, la etnología, la arqueología, la biología, la genética, se yerguen como barreras formidables contra la pretensión científica del **racismo**. Hay que salvar, pues, por lo menos, los fueros de la ciencia ante el mito racial que tan grandes y trágicas proporciones hubo de adquirir en esos imprecisos momentos de la historia.

Y por último, hemos de considerar el problema de la herencia biológica en relación con alguna rama del Derecho, como la Criminología.

Al encarar al delincuente bajo el aspecto hereditario, el problema se bifurca: o bien la delincuencia es hereditaria, o bien es la forma, los caracteres biológicos del delincuente lo que se hereda. Acerca de esto último, no queda la menor duda; pero en lo que respecta al problema de la herencia de la delincuencia, es preciso hacer, aunque someramente, algunas ligeras consideraciones.

Cuando los investigadores hablan de los contingentes hereditarios de la masa **genotípica**, se refieren no solamente a los potenciales morfogenéticos incluidos en el complejo cromosómico, sino a la vez a los potenciales del desenvolvimiento psíquico, incluidos en la amalgama cromosómica, como consecuencia de la impregnación ambisexual. Así las cosas, no es posible hablar aisladamente, como hace Saldaña, del **psicobiotipo** con tres raíces: la genotípica, la morfotípica y la psicotípica, sino que, de suyo, el genotipo, es decir, el tipo total, en cuanto representante de la nueva fase volutiva de los genes transmitidos por herencia, lleva involucrados los potenciales de arrastre ancestral en cualquiera de sus formas. De esta suerte, la transmisión de la herencia de la delincuencia, que ha sido objeto de estudios más o menos fragmentarios, se convierte en un problema estrictamente biológico, y desde este mirador debe ser enfocado.

La tesis de la herencia de la delincuencia parece que sólo puede ser defendible en lo que hace a una predisposición psicológica para las manifestaciones delincuentes, ya que no se ha podido demostrar —ni sería posible— que la delincuencia tenga una distribución análoga, en los cromosomas y en los genes, a los que tiene el sexo, por ejemplo. Y si se considera a la delincuencia como un fenómeno antisocial por esencia, forzosamente debe ser considerada, en lo que respecta a la herencia, en relación con los fenómenos de la herencia psicológica, que posean manifestaciones, mutaciones o cambios antisociales.

“La transmisión de anomalías psicológicas de toda naturaleza, sea de las pasiones o de los crímenes, sea de la locura, es tan frecuente —decía Ribot— que hasta los espíritus desapreciados han oído hablar de ella; la herencia psicológica morbosa es admitida por los mismos que no sospechan que esa herencia no es sino un aspecto de una ley mucho más general”...

Las opiniones de Ribot, lejos de haber sido contradichas, han sido ampliamente confirmadas en todos sus puntos. Nadie discute hoy la poderosa influencia de la herencia sobre la transmisión de los fenómenos antisociales. Pero, dado que no se trata de una herencia de carácter cromosómico, sino de una herencia de una predisposición que, por otra parte, puede ser modificada por el ambiente, la educación, y la familia, las manifestaciones hereditarias de la delincuencia, tienen sólo un poder relativo.

Por otra parte, no solamente existe una posibilidad hereditaria de la delincuencia, sino de todos los demás **contingentes psicológicos**, físicos y morales, de suerte que la delincuencia, desde el punto de vista hereditario, no es sino uno de los innumerables aspectos de la herencia psicológica y de la herencia mórbida, que ya antes hemos visto, y que no puede ser invocada como único factor genotípico del problema delictivo.

Sólo considerando al delincuente en función de la sociedad, serán justipreciados los factores del ambiente y de la educación. La zona de la Psiquiatría y de la Criminología debe permanecer en su admirable visión clínica y científica, desde donde pueden comprobar las desviaciones de la conducta humana; pero más allá de sus muros, de sus síntomas y signos psicopáticos está, invariablemente, el clima social.

“La Criminología estrictamente positivista —dice el Profesor Luis Jaime Sánchez— está sufriendo una crisis. Crisis que no la pertenece por derecho propio, como a una excepción dentro de las órbitas del saber, sino que se observa en todos los campos de la ciencia: en la Física, en la Biología, en la misma Filosofía contemporánea, en la cual el subjetivismo pretende dominar todos los terrenos. Y esto no produce sino un inmenso desconcierto y la supervaloración del Cosmos sobre el hombre”... El día que se lleve a la práctica una copiosa Sociología Criminal, al lado de los exámenes biopsicológicos de los delincuentes, se verá que son tan numerosas las familias delincuentes, las amistades delincuentes, que los mismos personajes solitarios, productos muchas veces fatales de un medio delictuoso y corruptor, y que corren en dramática odisea carcelaria las etapas que debieron recorrer aquellos que animaron y alentaron sus vidas, dotándolas de anónima savia, de torcidos caudales psicopáticos y, en una pala-

bra, de una vida estropeada, una de cuyas formas irremediables de solución es, desgraciadamente, el delito.

Otro aspecto en que la herencia, se relaciona con el Derecho Civil, en este caso, es el de la investigación de la paternidad. El reconocimiento de los hijos naturales, requisito indispensable para establecer su verdadera filiación, que se efectúa en conformidad con las disposiciones consiguientes en la legislación civil, concorde a este respecto en casi todas las naciones, no puede hacerse sino con la expresa voluntad de padre que debe verificar dicho reconocimiento. Pero, en no pocas ocasiones, este reconocimiento, esta declaración, que es la única valedera para asegurar los derechos del hijo, no se hace por el padre, y en tal conyuntura surge una ardua cuestión jurídica: la que se refiere al derecho que puede tener el hijo para solicitar la indagación de la paternidad. Principio ya consignado en todos los Códigos Civiles del mundo: el principio de la indagación de la paternidad y maternidad naturales, como medio de coadyuvar al buen equilibrio de un balance demográfico.

Los grupos sanguíneos, cuyo conocimiento debido a Lansteiner, data de principios de este siglo, han resuelto, desde hace muchos años, problemas médicos de gran importancia, como es, por ejemplo, el de la transfusión de sangre; pero, además de esto, su estudio se ha extendido en los últimos tiempos de manera considerable hasta la Medicina Legal y el Derecho, en donde se resuelven, a diario, numerosos y complicados casos de identidad, siendo la determinación de la paternidad uno de los problemas en que más ayuda la Genética, permitiéndose, si no determinar de una manera absoluta aquélla, por lo menos excluirla en la inmensa mayoría de los casos. Si se tiene en cuenta que, actualmente, se acepta por todos los Tribunales de Justicia la prueba de la agrupación sanguínea como base para la determinación de la paternidad discutida, se comprenderá que la interpretación de sus resultados tiene un valor considerable para el Juez y el Perito médico-legista.

Los grupos sanguíneos son cuatro, y como todos sabemos han sido designados: por los números romanos I, II, III y IV, en la clasificación de Jansky; por IV, II, III y I en la de Moss y por las letras O, A, B y AB en la clasificación de Lansteiner. Como las distintas clasificaciones ocasionaron múltiples confusiones, se acordó por la

Sección Higiene de la Sociedad de las Naciones, utilizar solamente la de Landsteiner, ya que ésta tiene la ventaja de que las letras citadas expresan la existencia o no del aglutinógeno correspondiente en los glóbulos hemáticos, expresándose las aglutininas del suero por las letras griegas alfa y beta; de aquí que esta clasificación, que ha sido aceptada universalmente, haya recibido el nombre de Clasificación Internacional, con que hoy se la designa.

Los grupos sanguíneos son hereditarios; y Berstein, en 1925 expuso su teoría sobre dicha herencia, de acuerdo con las leyes de Mendel; teoría que acepta actualmente el mundo entero, por haberse comprobado en numerosos millares de familias la veracidad de la misma, de manera que no queda duda alguna, en el momento actual, sobre sus conclusiones.

De acuerdo con esta teoría de Berstein, los grupos sanguíneos son transmitidos de padres a hijos, por tres genes alelomórficos: O, A y B., los cuales se combinan de dos en dos, dando lugar a seis genotipos, que son:

AO	BO
OO	AB
AA	BB

Como los genes A y B son dominantes y O el recesivo, los individuos de los genotipos AO y BO se manifestarán en el fenotipo como A y B, al igual que los individuos pertenecientes a los genotipos AA y BB, dando lugar a los fenotipos O, A, B, y AB, y como hasta ahora no se dispone de medios que nos permitan diferenciar serológicamente a los individuos del genotipo AA u homocigote del AO, a heterocigote, ni a los BO del BB, nos encontramos que ambos se nos manifiestan en igual forma.

Como resultado de la división y reducción ocurridas durante la maduración de las células germinativas, cada gameto puede contener solamente un gene del grupo sanguíneo, y así las células germinativas del padre y de la madre llevarán uno solo de los genes que, uniéndose, constituirán el genotipo del grupo sanguíneo del hijo y

el cual se manifestará por el carácter dominante en el fenotipo, de acuerdo con las leyes de Mendel.

De esta teoría de Berstein, se deducen dos leyes: "1ª—Las propiedades A y B son dominantes sobre O y ellas no pueden aparecer en un hijo si no se hallan presentes en la sangre de uno de los progenitores; 2ª—Los padres del grupo AB no pueden tener descendientes del grupo O, ni tampoco los del grupo O pueden tener descendientes del grupo AB".

Como ya dijimos, por los grupos sanguíneos no podemos determinar quién es el padre de un niño, pero sí podemos excluir que un individuo pueda ser el progenitor. Supongamos este caso como ejemplo:

La madre pertenece al grupo O; el hijo al grupo A; los dos presuntos padres que se discuten la paternidad de un niño, pertenecen: el uno al grupo A y el otro al grupo O; podemos asegurar que el perteneciente al grupo O no es el padre del menor, porque dos individuos del grupo O, al unirse, no pueden nunca tener un hijo del grupo A, sino del grupo O solamente; en este caso, excluyendo el supuesto padre del grupo O, podemos decir que el otro sujeto, perteneciente al grupo A, sí puede ser el padre; y si la paternidad se encuentra comprendida solamente entre estos dos sujetos, la exclusión del uno implica la afirmación del otro. Es claro, que las cosas no siempre se resuelven con esta sencillez: por ejemplo, si nos encontramos con una madre del grupo A y un hijo del grupo A también, y se discute la paternidad entre dos sujetos que pertenecen ambos al mismo grupo A, o al grupo B o al AB o al O, como cualquiera de los dos puede ser el padre, porque las combinaciones del grupo A con otro de los grupos así lo permite, no podríamos, en este caso, excluir a ninguno de los supuestos padres y tendríamos que limitarnos a decir que: por los grupos sanguíneos no hay nada que se oponga a que cualquiera de los supuestos padres pueda ser el verdadero. Pero, en estos casos, la ciencia biológica y la genética—como si los hubiera previsto—recurre a las llamados aglutinógenos M y N o a las sustancias llamadas "grupo-específicas", cuyo mecanismo y significación ya no podemos, por ahora, exponer en esta breve incursión.

Y esta visión panorámica y breve que hemos hecho de la herencia biológica en relación a varias disciplinas científicas, no se termina aún. Día a día la Genética se integra al seno de los más variados y discímiles conocimientos científicos, es decir, al fáctum del espíritu humano en las realizaciones culturales.

A esta preocupación se integra, por ejemplo, el hoy llamado Destino-Análisis, que trata de buscar una explicación genética a la Psicología Profunda y propone en relación con el Inconsciente Personal de Freud y el Colectivo de Jung, un nuevo estrato, con residencia en los planos más profundos del alma, esto es: el Incinsciente Familiar. Defínese así, esta novísima dirección de la Psicología abismal o profunda, el Destino-Análisis como la Genealogía del Subconsciente, al lado del Psicoanálisis. El fructífero campo que intenta cultivar el Destino-Análisis era hasta hoy tierra de nadie, pues labora, por una parte, el inexplorado campo de la herencia recesiva y, así pues, el terreno de los genes latentes y de la Genealogía, y por otra parte ilumina el reino desconocido del Subconsciente Familiar en la Psicología Profunda.

Quede para otra oportunidad una ligera explicación de este nuevo territorio del Inconsciente, apoyado en la Genética.

Y, para terminar esta tercera y última charla, con los debidos agradecimientos para con el Decano y Subdecano de la Facultad de Filosofía y Letras, por habérmelas solicitado, diremos, como una exégesis o una conclusión de todo cuanto hemos visto, que hay cosas en el amplio continente de la Biología que ahora no son del todo verdaderas, pero quizá mañana lo sean; también hay cosas que ahora son verdaderas y probablemente no lo sean mañana.

Pero no importa: el hombre moderno—distante y simultáneo—aun lleno de angustia, está ya de regreso de la crisis actual, sin duda dolorosa y talvez genitora, y comprende que se había extraviado porque quiso buscarse fuera de sí mismo...

Y para él, para el hombre moderno, grávido de todas las inquietudes, puede ser este pensamiento del gran escritor checo, Franz Kafka: "Ponte de cara a la lluvia; deja que sus rayos férreos te atraviesen; resbala por el agua que quiere arrastrarte consigo. Pero, con todo, quédate, espera de pie el sol que entra, súbita e interminablemente, a raudales!"...

Dos Poetas Argentinos

(ESPECIAL PARA "ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA")

JOSE HERNANDEZ, FOGON PAMPERO

Aquí está el más gaucho de los gauchos, Martín Fierro, retratado en todo su horizonte de pampa y alma infinitas por José Hernández... Ha llegado todavía grande de esperanzas, diciendo unas cosas que enraizan bíblicas enseñanzas campiranas, aunque le sangre el corazón al amor de los recuerdos que se dibujan hacia el pasado como paisajes puros de lágrimas... Tiene a flor de sangre y en sangre como flor la historia de las injusticias sufridas, de las aventuras tornadas desventuras por el tornadizo destino que usa facón de tiniebla honda, con una visión realista y lacerada de salvajismo, allá cuando en compañía del valiente Cruz fuera al materaje huyendo de esto que dicen ser verdad de justicia y que es tan sólo humo de ruina y desolación... Atrás dejó sus encuentros de hombre valiente sin segundo, pero también el cadáver de Cruz con la postrera recomendación del pampero llorado de un tenue relente que entra en definitiva por toda el alma...

Martín Fierro prende el fogón, alcanza la guitarra a la que linda china le puso cinta clara, y canta, porque es deber suyo, como de todo gaucho bravo, cantar bajo la noche sus andanzas... La noche palpita estrellas y el hombre palpita estrofas que son la eternidad pura de la pampa... Ningún profesor de poética se vino por estos barrios, ni hacía falta, porque no hay maestro como la vida y no hay escuela como la pampa, para decir en donaire y sabrosuras esas co-

sas de que siempre anda colmado el corazón... El fogón avienta chispas como estrellas y la noche canta estrellas como chispas... El paisano canta la tristeza y la esperanza de toda su raza al cantar la suya propia, porque es su espejo, vivencia y compendio, pues el cielo pampero alienta un solo tipo de hombre: bravío, fuerte, noble, haciendo gemir el aire con las boleadoras cuando se inquiera su temperamento varonil y firme, pero, en otrora, encontrando en el susurro triste del bandoneón el sonido de toda noche de lo humano...

Martín Fierro afina la voz, rememora amoríos y pinta reclamos para quienes no guardan sentimiento dentro el pecho, y abrazando con amor infinito la guitarra, preludia:

Aquí me pongo a cantar
Al compás de la vigüela,
Que el hombre que lo desvela
Una pena extraordinaria,
Como la ave solitaria
Con el cantar se consuela.

Su destino es de cantor, de cantor de lo suyo y lo de su tierra... El gringo entró aquí alguna vez por pura curiosidad, bien o mal intencionada, pero nada dejó fuera de su sombra atolondrada de sol o acuchillada de garúa... El gaucho conserva íntegro el tesoro de su raza, y es por esto que dice y convence de lo dicho... Suena su voz argentina, y en su mente, en su corazón, en su alma, clava la bandera de colores claros de la pampa... Así, cantando nace y cantando muere... La guitarra es su amiga y es la estrofa su expresión... Diccionarios no los tiene, a no ser las diáfanas estrellas... Escuela poética no la conoce, a no ser la de las vertientes y el ruido débil y perfumado de los yuyos cuando son besados mansamente por el airecillo... Su canto es grande por sentido, de tal manera que le basta querer para que la palabra se le venga a los labios y no en prosa, sino en verso medido por la métrica del alma... El canto le nació, le creció y le vivirá siempre, y, según Martín Fierro, llegará hasta las plantas del Padre Eterno para hacer sonreír su rostro adusto de constelaciones...

Cantando me he de morir,
Cantando me han de enterrar,
Y cantando he de llegar
Al pie del Eterno Padre:

Dende el vientre de mi madre
Vine a este mundo a cantar.

El gaucho reconoce que no es letrado ni doctor en estas materias, porque títulos los tiene de sobra para ser hombre cabal, pero no los otorgados entre las cuatro paredes de las cátedras, sino los que dan el cielo, la lluvia, la neblina y la tiniebla... Por eso las coplas le saldrán exactas y auténticas, pero seguramente habrán de causar espanto a los que quieren hacerlas en las escuelas poéticas y midiendo con regla y medida, susto muy explicable porque las hallarán perfectas a las del gaucho, olorosas a tierra húmeda recién besada de lluvia, con un color de cielo fresco recién amanecido, con unas alas de mariposa silvestre, de esas que se visten en las flores y se desvisten en el aire... Las coplas saldrán así puras y diáfanas:

Yo no soy cantor letrao,
Mas si me pongo a cantar
No tengo cuándo acabar
Y me envejezco cantando:
Las coplas me van brotando
Como agua de manantial.

Ama el gaucho Martín Fierro como aman los de su raza... Pero no hay en sus querer refinamientos de ciudad ni falsas ideas protocolarias... Su amor es como el de las aves que hacen nido en el árbol más tierno... Como el hornero, va dejando su hogar en los sembríos y custodiando, al propio tiempo, desde la distancia, la casa habitada de sus caricias... Le enseña a querer la pequeña corriente de agua que buenamente lame las orillas y manda crecer prodigios de menta y hierbabuena que ningún milagro puede transportar a la ciudad en su cabal perfume... Le enseña a querer ese manso retorno de nubes en rebaño, en cada tarde con el cielo pensativo de golondrinas... Le enseña a querer la humilde lamparilla que el cocuyo prende por alumbrar el tránsito de los fantasmas niños, es decir, de los besos que no se llegaron a dar...

Yo no tengo en el amor
Quien me venga con querellas;
Como esas aves tan bellas
Que saltan de rama en rama,
Yo hago en el trébol mi cama,
Y me cubren las estrellas.

Mas el tiempo gira y gira, como trompo de piola larga, a veces rezongando tristezas y otras aparentemente dormido en cuna de velocidad... El tiempo, como trompo perenne, tiene cambios, mudanzas y diversos matices:

Viene el hombre ciego al mundo,
Cuartiándolo la esperanza,
Y a poco andar ya lo alcanzan
Las desgracias a empujones;
¡La pucha, que trae liciones
El tiempo con sus mudanzas!

Martín Fierro protesta, con triste y airada voz, por la injusticia que desarraiga al campirano de su tierra, alejándolo brutalmente de su trigo, de su querencia y de su paisaje, para lanzarle a una transitoria situación que no es de su agrado ni puede serlo jamás: el servicio militar... La separación violenta causa inusitados trastornos y todo lo transforma para desgracia del paisano... La compañera va a la miseria de otras búsquedas, y los hijos se desperdigan como aves en tiempo de cosecha... La casa se envejece, las goteras cantan su monorrítmica canción destructora y las polillas hacen vivienda en los cuatro trastos del pobre... Hasta las palomas aquerenciadas en el sol del patio buscan mejores tierras, y las golondrinas que dormían en los aleros, sin hallar el humano calor que les es necesario, emigran a remontanza... Vuelve el paisano y halla lo único que puede hallar:

Tuve en mi pago en un tiempo
Hijos, hacienda y mujer,
Pero empecé a padecer,
Me echaron a la frontera,
¡Y qué iba a hallar al volver!
Tan sólo hallé la tapera.

Con el alejamiento de los poderes centrales y de las autoridades superiores, el trato de la tropa se vuelve incomprensivo y cruel... Martín Fierro lo compara al que se da a los malevos en las prisiones, solamente que éstos están pagando sus fechorías o ignorancias de juventud, en tanto que los soldados apenas quieren servir a su patria... De la haraganería primitiva se pasa al mal trato, a tal punto que el cantor no quiere decir en sus exactos términos todo lo sufrido.

Al principio nos dejaron

De haraganes criando sebo,
Pero después... no me atrevo
A decir lo que pasaba...
¡Barajo!... Si nos trataban
Como se trata a malevos.

Para colmo de desgracia, el servicio se torna en servicio particular... La indiada salvaje no asoma por parte alguna, y los soldados transfórmanse en forzados peones de obras ajenas a su destinación... En el alma de Martín Fierro brota la rebeldía y le hace decir:

¡Y qué indios, ni qué servicio;
Si allí no había cuartel!
Nos mandaba el Coronel
A trabajar en sus chacras,
Y dejábanos las vacas
Que las llevara el infiel.

No falta, por cierto, el clásico humor gauchesco en el apunte lleno de colorido y altamente pintoresco. Martín Fierro sufre la natural confusión del idioma cuando el centinela italiano, en su media lengua, dice cosas que al paisano le parecen inentendibles y a las que contesta lo que, queriendo ser chiste, da en su mismo castigo:

Cuando me vido acercar:
"Quién vibore?...", preguntó;
"Qué víboras?", dije yo.
"Ha garto", me pegó el grito,
Y yo dije despacito:
"¡Más lagarto serás vos!"...

El alma de Martín Fierro, inmensa, acaso superando a la inmensidad de su pampa, sabe poner valientemente sobre las penas de cada día el gesto bravío y firme... Por algo será que pertenece a esta raza amiga de horizontes y conquistadora de la tierra... Por algo le late en las venas una sangre ardiente, fuego creador y magnífico:

Aunque muchos creen que el gaucho
Tiene una alma de reyuno,
No se encontrará a ninguno
Que no le dueblen las penas;
Mas no debe aflojar uno
Mientras hay sangre en las venas.

Pero su valentía no deja, por ello, de reconocer la injusticia para el pampero... Por lo mismo que valientemente desprecia penas y va luchando con la vida, se halla expuesto a las persecuciones injustas de sus hermanos hombres... Verdad dura y dolida ésta de Martín Fierro:

Para él son los calabozos,
Para él las duras prisiones,
En su boca no hay razones
Aunque la razón le sobre;
Que son campanas de palo
Las razones de los pobres.

La desgracia llueve sobre el gaucho, con lluvia menuda y que no deja de caer, mojando no sólo el aterido cuerpo, sino entrándose por los aleros del alma... Aunque la tristeza tiene su manera especial de consolación en el contemplar de la noche serena que brilla sus estrellas y sus presentimientos... El gaucho ahonda hasta lo más profundo el sentido de los puntitos lejanos, encontrando una filosofía propia y criolla, no la contenida en los tratados y libros de amarillentos papeles, sino la vivida en la tierra, la nacida y mantenida con la más fiel ternura del sentimiento:

Así me hallaba una noche
Contemplando las estrellas,
Que le parecen más bellas
Cuando uno es más desgraciao,
Y que Dios las haiga criao
Para consolarse en ellas.

El sentido de la sátira es en Martín Fierro de una especial textura y pica con afilada punta... No quiere burlarse inmisericordemente de los discursadores que quieren en pura palabra remediar la situación de los pamperos, pero sí les llama la atención con lo picaresco de la copla, como quien fuera poniendo gotas amargas en la copa de vino que brilla en el salón ciudadano y que se prepara a beber el hablador:

De los males que sufrimos
Hablan mucho los puebleros,
Pero hacen como los teros
Para esconder sus niditos:
En un lao pegan los gritos
Y en otro tienen los güevos.

La contemplación de la naturaleza crea naturalmente el Poeta en Martín Fierro... Pero el poeta de los campos no sólo se contenta con hallar belleza en lo circundante, sino que estudia con amor en sus adentros y piensa en lo que puede ser más bello y perfecto... Así sabe el gaucho viejo que las flores son adorno lindo del suelo, especie de miradas femeninas regadas por el campo y los pastos para contentamiento de almas nobles y consuelo de paisanos sufridos... Pero el hombre tiene una flor más grande y hermosa, una como dalia que siente...

Dios formó lindas las flores,
Delicadas como son;
Les dió toda perfección
Y cuanto él era capaz,
Pero al hombre le dió más
Cuando le dió el corazón.

Y por esto, por ser tan grande y hermoso el humano corazón, está en el deber de cantar... Cantar la alegría en el bordoneo de la vigüela, y cantar la tristeza en la elegía de las cuerdas... Cuando el ánimo es luz y prosperidad, hacer danzar en prima el punteado delicioso, mientras la voz se va por recodos de nubes... Cuando el instante es dolido, crear en los bajos esas sonoridades que son como acompañamiento al entierro de las esperanzas, mientras la voz es recitado de oraciones por la memoria triste...

Que cante todo viviente
Otorgó el Eterno Padre;
Cante todo el que le cuadre
Como lo hacemos los dos,
Pues sólo no tiene voz
El ser que no tiene sangre.

Y el canto debe ser escuchado con devoción y convencimiento, y no como mero pasatiempo... Para saber lo que dice el cantor se ha de mandar florecer al corazón como florecen los durazneros en sazón o como florecen blancura eximia los naranjos enamorados de la luz...

Y empiéstenme su atención
Si así me quieren honrar;
De no, tendré que callar,
Pues el pájaro cantor
Jamás se para a cantar
En árbol que no da flor.

No todo es alegrarse o entristecerse de recuerdos y remembranzas: hay que decir algo a los demás que les sirva de lección... Martín Fierro no adopta postura de predicador, que ni su fantasía ni su arrogancia varonil a ello se prestan... Simplemente va diciendo lo que sabe de propia experiencia y que, por lo mismo, puede ser de utilidad para todo el paisanaje... Así, sin quererlo él mismo, crea el Libro de la Pampa en donde las gentes beberán sabiduría simple y sencilla oyendo buenamente cantar... Sabiduría de pueblo saturado de romero y oliendo a limpieza casera, de esa que se prende como la lluvia fina en los rosales o se copia con la misma fidelidad que los paisajes infinitos en los ojos de los bueyes amantes de la tierra... Sabiduría pura sin reglas o sistemas, apenas con espíritu de integridad, buena fe y afán sencillo de perfeccionarse...

El mal es árbol que crece
Y que cortado retoña;
La gente esperta o bisoña
Sufre de infinitos modos;
La tierra es madre de todos,
Pero también da ponzoña.

Como el consejo puede ahondar meditación más allá de las cabales medidas en los escuchantes, el alma de Martín Fierro quiere distraer a los paisanos, poniendo en boca de Picardía historias pasadas al amparo de tías con más letanías que todos los Libros de Oficio y con mayor número de santos que el mismísimo cielo... Ante beaterio tan contumaz e irremediable no le queda al mozo otro recurso que el de usar de los mismos rezos para pedir a los santos que las rezadoras hagan pronto viaje al cielo, al infierno, a donde sea, pero pronto...

El recuerdo y el dolor
Me duraron muchos días;
Soñé con las herejías
Que andaban por estirpar
Y pedía siempre al rezar
La estirpación de mis tías.

Dulcificase el sentir cuando el Moreno hace apuesta original con Martín Fierro, y canta a su modo y manera probando en probanza bellísima que el color no hace al hombre, antes éste ennoblece lo que de fuera parece noche y por dentro es todo clara claridad:

Bajo la frente más negra
Hay pensamiento y hay vida.
La gente escuche tranquila,
No me haga ningún reproche:
También es negra la noche
Y tiene estrellas que brillan.

Las verdades que el gaucho Martín Fierro va diciendo en sus coplas compañeras del fogón y las estrellas son de gran profundidad, de sabiduría de una raza sufrida y valiente, que enfrenta al destino y sus andanzas con inigualado valor y gallardía formidable, pero que sabe también a sus horas por dónde anda el lado flaco de una sociedad empeñada en ser perfecta y cada vez contradiciéndose en sus propias brillantes teorías... Tal el aparato de la justicia y la ley, aplicándose para los desvalidos y los pobres, mientras que desde la altura se las ve como frases guardadas en libro muerto...

La ley es tela de araña
—En mi inorancia lo esplico—
No la tema el hombre rico;
Nunca la tema el que mande;
Pues la ruerpe el bicho grande
Y sólo enrieda a los chicos.

Para los enciclopedistas que olvidan la única ciencia del corazón, para los doctorados en todos los conocimientos y prácticas, menos en los de la bondad y la misericordia, el gaucho tiene su sentencia... Puede la cabeza andar llena de conocimientos, que si vacía está el alma de nobles sentires, ello será no solamente inútil, sino hasta perjudicial para los demás... El verdadero saber es saber que son pocas las cosas buenas y nobles con qué endulzar un poco siquiera esta tremenda verdad dolida de la vida propia y, mucho más, la de los otros:

Hay hombres que de su cencia
Tienen la cabeza llena;
Hay sabios de todas menas,
Mas digo, sin ser muy ducho:
Es mejor que aprender mucho
El aprender cosas güenas.

La prédica sencilla y humana del "Martín Fierro", con sus expresiones típicamente pamperas y llenas de colorido fresco y original, dice cosas que habrán de enseñar al gaucho más que todo texto de

moral o tratado de pura escuela... El trabajo lo mide con la altura bendita del propio horizonte que cubre los pastos más lindos de la tierra, condenando la haraganería como el peor mal y vicio, polilla de vidas y conciencias...

Debe trabajar el hombre
Para ganarse su pan;
Pues la miseria, en su afán
De perseguir de mil modos,
Llama en la puerta de todos
Y entra en la del haragán.

Nótese que dice "Debe", es decir, manda, ya no aconseja... Virtud de trabajo es obligación del hombre y no simple palabra a seguir o no seguir... Evangélica verdad gauchesca que ha hecho posible, por cierto, el que hoy la Argentina pueda, con legítimo orgullo, presentarse ante el mundo como creadora de una civilización y, lo que es más y de mayor significado, una cultura tradicional y propia de nobleza imponderable...

Todo puede ser perdido en los caminos y senderos de la vida, y aunque no se lo busque o se lo busque y no se lo halle, no sufre mengua mayor el candil de la existencia que va derramando luz de claridad clarísima o también humildad como de cocuyo o fuego fatuo... Pero hay algo que, perdido, ya no se vuelve a encontrar, aunque quien lo pierda quiera vanamente reconstruir con fragmentos antiguos o adornos modernos las arquitecturas interiores... Oigamos a Martín Fierro:

Muchas cosas pierde el hombre
Que a veces las vuelve a hallar;
Pero les debo enseñar,
Y es güeno que lo recuerden:
Si la vergüenza se pierde,
Jamás se vuelve a encontrar.

Una de las verdades, pensamiento gaucho intenso y honrado, que más conmueve y dicta normas al pampero es aquella de bien cantar lo sentido y bien sentir lo cantado... La copla tiene realidad inmediata y, no obstante, es una profecía de Martín Fierro para los tiempos venideros, mucho para los que discurren por hoy... Ahora que el disparate, la insulsez, cuando no el desatino y hasta la torpeza

tórnanse música y verso; ahora que cantar es otro modo de disparatar de gentes sin pensamiento ni asomo de razón; ahora que se canta tanta majadería ya no sólo sin sentimiento o verdad íntima, mas ni siquiera con asomo de sentido, lógica o construcción, bien viene la copla del Maestro pampero... Guay de vosotros, cantores del disparate que circula en estos días nuestros con pretensión de música y verso: oid lo que dice Martín Fierro, el representante de una raza que canta algo que hace temblar cada noche a las estrellas...

Procuren, si son cantores,
El cantar con sentimiento;
Ni tiempen el instrumento
Por sólo el gusto de hablar,
Y acostúmbrense a cantar
En cosas de jundamento.

Nunca se agota la vena de Martín Fierro... Ha dicho ya tantas y tantas cosas, que parece se le acabara su destino de coplero que encierra en versos sencillos vida y alma de la pampa... Pero nó, no es así... Martín Fierro es el tipo máximo del gaucho, hombre de simpatía para todo el que lo mire en su inmensidad de sentimientos, pero, después de todo, cualquier gaucho es Martín Fierro... Cumplida su misión de decir a toda su raza estas cosas que, por cierto, van más allá de la raza y penetran más hondo que en el ánimo de sus paisanos, no le alcanza el cansancio ni le dobla el desánimo... Viejo amigo de inmensidades, compañero del viaje de las nubes por lo alto y cuidador de los pastos milagrosos en tierra, no piensa en dejar de cantar, por más que lo ya dicho parezca haber agotado el tema... En esto no se parece, ni por asomo siquiera, a la flor de la hierba buena de su tierra, que, en creencia popular, florece con bello florecimiento, pero una sola vez... Es planta silvestre de flor permanente y de continuo perfume, donde gustan hacer nido los ensueños y donde las nubes se detienen para enredar en las ramas la blancura de sus copos intangibles... Queda la inmensidad del corazón, acaso más inmensa que la inmensidad de la pampa, con sus corrientes de agua pura, con sus espejos intensos para copiar la luz y también con sus recodos sencillos donde duerme la sombra o despierta el dolor... Contemplando su pampa, el gaucho cree, y muy honrada y altamente, que nada será más grande en el mundo... Pero en hora de anochecida, cuando el fogón se prende y el amargo endulza la vida,

cierra los ojos y se entra decidido por los dominios de su alma, por los caminos de su mundo interior, por todo ese bello laberinto de sentimientos, nostalgias, querer y distantes o cercanos temblores, y halla, no sin asombro, que todo ello es mucho más grande que la pampa... Traduce luego esta inmensidad en lo único que traducción puede ser para lo interno: la música, su música llena de belleza sin par... Así le nace al paisano, en lo más hondo de su hondura, el cuento incomparable y único del tango... Las teorías han querido y siguen queriendo explicar la razón de la belleza y profundidad de la música argentina, pero no dan con su verdadero origen y sentido... Es maravillosa y tanto queremos esa música porque nos duele en la misma herida que, gracias al destino, no se cura nunca: en la interior herida del alma...

Nó, no se agotó la vena coplera de Martín Fierro, no se agotará jamás... Seguiremos oyendo al gaucho en su eterna belleza verbal o musicada... Lo dice el mayor de los gauchos:

Con mi deber he cumplido,
Y ya he salido del paso;
Pero diré, por si acaso,
Pa que me entiendan los criollos:
Todavía me quedan rollos
Por si se ofrece dar lazo.

Y con esto me despido
Sin espresar hasta cuándo;
Siempre corta por lo blando
El que busca lo seguro,
Mas yo corto por lo duro,
Y así he de seguir cortando.

"MARTIN FIERRO", retrato auténtico y apasionado del pampeño, traído a permanente vida por el Poeta José Hernández, es el Libro luminoso del gaucho, pero también lo es de todo corazón sensible que medite y halle en su lenguaje pintoresco un hálito de eternidad... Consultorio de sentimientos y querencias, compañero de horas alegres o amargas, joya que el paisano lleva consigo para sabrosura de todo lo que le viene cantando por el alma...

Augusta y bella figura la de Martín Fierro, diciendo en el lenguaje más florido y bellamente expresivo, el gaucho, verdades que quieren todos los hombres de buena voluntad...

EVARISTO CARRIEGO, ALMA DEL BARRIO

El barrio, como honda realidad de gozo sencillo y de dolor humilde, tiene su vida propia, diríase casi aislada de la ciudad ni no estuviera con ella ligada por la geografía azul del sentimiento... Palpita con íntima cordialidad, ríe sus risas y llora sus lágrimas, ausculta con amor su intimismo profundo, y prende en la urbe su personalidad propia, característica, como de pequeño grupo de gentes aquerenciadas con el acontecer de cada día y con la esperanza prendida en el afán de cada noche...

Despierta el barrio, despierta arrebujado de ensueños... El gallo del herrero da su hora en sonoro clarín que clava hacia la aurora el despertar de las gentes madrugadoras... Cuando ya el sol comienza a pintar viejas puertas y va despertando, en últimas perezas sabrosas, a los muchachos de escuela, el gato que entendía no sé qué esotéricas vaguedades presiente la leche fresca en la cocina y allá se dirige erizado y con las pupilas golosas... El día se vive con detalles pintorescos: las vecinas que comadorean el notición, el sastre leyendo su diario con poses de sabio en cosas de papeles, la tendera que repite por millonésima vez la primera estrofa de su canto triste, mientras vende sus pobres cosas abarrotadas por los años... La noche crea nuevo ambiente: los mocitos decidores ascienden a las ventanas por la fácil escala de las miradas, y las pebetas en sazón ensayan sus primeras sonrisas... Altas horas: el payador desgrana la melodía lagrimeante y sentimental y, de pronto, como si la sombra fuera cómplice avezado, un gemido del cantor y una mancha de sangre en la noche: el facón rival ha terminado lo que comenzaran unos ojos de deliciosa profundidad... Tiembla el barrio su tragedia, le amanece una mañana con ojeras de lluvia, y en los interiores de la casa, la moza, autora inocente del sacrificio, prende velas a las imágenes por si el alma del difunto quiera venir a recoger lo que fue suyo de promesa y ahora suspira más allá de los negros umbrales...

Al barrio le nace su cantor, porque el barrio florece el poeta así de natural y simplemente, como el tero florece su canto o como los geranios fiorecen sus rojas invitaciones al beso... Al barrio le nace su cantor, aquel que sentirá más hondo sus gozos y sus penas y se encargará de decir a todas las gentes cómo el alma popular alienta una vihuela que canta y un quimérico lucero que llora hu-

milde luz... Así Evaristo Carriego, el Carrieguito de su barrio, siendo todo él antología de esperanzas y tragedias humildes...

Evaristo Carriego tiene también su íntima tristeza: aquella de sentirse hondamente bueno y hondamente triste, llevando en el ánimo el convencimiento de que las gentes no entienden toda la diafanidad de su alma... Quijote, por esto, hermano menor, pero igualmente soñador de justicias, del manchego de allende los mares... Porque si alguien debe ser hermano del Quijote es el Poeta, igualmente loco e igualmente sabio que el Caballero de los caballeros... Evaristo Carriego invoca a su hermano, antes de pintar su barrio, como si en la oración prendiera el ánimo de su propia dolencia incurable de belleza:

Con el más reposado y humilde continente,
de contrición sincera; suave, discretamente,
por no incurrir en burlas de ingenios normales
sin risueños enojos ni actitudes teatrales
de cómico rebelde, que, cenando en comparsa,
ensaya el llanto trágico que llorará en la farsa,
dedico estos sermones, porque sí, porque quiero,
al Único, al Supremo famoso Caballero,
a quien pido que siempre me tenga de su mano,
al santo de los santos Don Alonso Quijano
que ahora está en la Gloria, y a la diestra del Bueno:
su dulcísimo hermano Jesús el Nazareno,
con las desilusiones de sus caballerías
renegando de todas nuestras bellaquerías.

.....
.....

Conoce de claro conocimiento la Idea, esa incendiada realidad del alma, aereolito que atraviesa la noche humana con velocidad imposible de medir, y que, no obstante su aparente fugacidad, es eterna de toda eternidad... La Idea como sagrado dolor, como sufrimiento que ilumina, como llaga bendita que es lámpara para los otros mientras a su propio dueño hunde en la tiniebla impenetrable:

.....
.....

¡Clarín de los suplicios cuyas voces
en las generaciones se dilatan!

¡Toda Idea fué así! ¡Dolor bendito
de heridas que supuran enseñanzas!

.....
.....

Después de este intimismo dolido, esencia de vida y sufrimiento, sueña Carriego en unas manos lindas, unas manos divinamente asesinadas, que se manchan de sangre y, sin embargo, se besan apasionadamente:

Me obseden tus manos exangües y finas
¡tus manos! puñales de heridas ajenas,
cuando en el teclado predicen, en notas,
las inapelables deseadas condenas...

.....
.....

El poeta contempla el barrio, lo ama de hondo amor, lo quiere de intensa pasión... Su misma alma melodiosa es parte de la calle triste por donde transita la esperanza pero también el desconsuelo... Todo un paisaje se traduce en simples y perfectas estrofas... La descripción de la mañana no se prolonga en apologías del sol o discursos del perfume que trae la brisa recién nacida... Le basta a Carriego una risa de cristal para identificar la mañana bendecida de luz:

.....
.....

En la acera de enfrente, su clara risa suena
una muchacha alegre como una Nochebuena.

.....
.....

La noche todavía le es buena y amable, aún la bohemia de infinitos no ha prendido en su sentir esa ansia indefinible de hundirse en el dolor propio y en el dolor ajeno... La noche le dice dulces cosas al oído, con blanda mano de seda le acaricia la frente pensativa, y diluye el sentimiento en aguas quietas... Entonces puede medir la dimensión de un pétalo, de un sonido vago y remoto, de un guiño de estrella...

Está lloviendo paz. ¡Qué temas viejos
reviven en las noches de verano!...
se queja una guitarra, allá, a lo lejos,
y mi vecina hace reír el piano.

.....
.....

¡Qué bien se está, cuando el ensueño en una
tranquila plenitud se ve tan vago!...
¡Oh, quién pudiera diluir la Luna
y beberla en la copa, trago a trago!

Todo viene apacible del olvido
en una caridad de cosas bellas,
así como si Dios, arrepentido,
se hubiese puesto a regalar estrellas.

.....
.....

Pero nó, no es lo apacible del destino la esencia de quien es
antología del barrio, su respiración unánime, su sentido profundo
más de dolor que de alegría... Carriego sueña el ensueño de las
manos, esas flores femeninas cuyo lenguaje es más elocuente que
toda palabra... Manos tristes, manos desmayadas en las labores ca-
seras, manos que se elevan en las oraciones que el cielo no quiere
escuchar, manos que estrujan calladamente papeles de tristes des-
pedidas, manos que comulgan en la noche las caricias de la luna y
amanecen marchitas por el engaño, manos enfermas que dialogan
con la tos adquirida en las fábricas fabricadoras de la muerte, manos
que se fueron y duermen su sueño de polvo bajo el silencio...

.....
.....

Las manos graves de las novias muertas,
rígidas desposadas de los féretros,
leves hostias de ritos amoratorios
que ya nunca jamás comulgaremos.

.....
.....

Las románticas manos de las tísicas,

que, en la voz moribunda de un arpegio,
como conjuro agónico angustiado,
llamaron a Chopin, desfalleciendo...

.....
.....

Y, como si del extraño perfume de las manos angustiadas, lle-
gara la realidad de las cosas que amaron, Carriego descubre el ins-
tante de su barrio, ese instante que de puro amable podría él solo
crear la luz, y que de puro triste podría él solo crear la noche...

.....
.....

En la calle, la buena gente derrocha
sus guarangos decires más lisonjeros,
porque al compás de un tango, que es "La Morocha"
lucen ágiles cortes dos orilleros.

La tísica de enfrente, que salió al ruido,
tiene toda la dulce melancolía
de aquel verso olvidado, pero querido,
que un payador galante le cantó un día.

.....
.....

Y ha pasado por la calle la viejecita enferma... La gente mayor
le saluda, porque ya vivió su parcela de lágrimas, pero la muchacha-
da se burla de ella, y de la cantina le llega la voz del vino agrio
que le mancha para siempre... Ya medio ciega, tiente los muros y
en las manos lastimadas la cal de las paredes es como carbón encen-
dido... La figura trágica evoca de suyo el pasado, el pasado indivi-
dual destruido de distancia, y todo otro pasado, porque el barrio
parece retratarse en la figura de la pobre vieja que arrastra sus males
de miseria, hambre y desconsuelo... Todo el barrio es como esa
viejecita que se quema las manos en la cal de los muros... Surgen
así las estampas de arrabal: una Dama de las Camelias que no tuvo
siquiera el consuelo novelesco y romántico de morir entre flores, una
Ofelia a quien madre locura no le concedió el consuelo de la incons-
ciencia... Y la vieja enferma y trágica sigue queriendo penetrar con
las pupilas a medio apagarse el sol que para ella es ya comienzo de
sombra...

.....

¡Qué de heroínas, pobres y oscuras,
 en esos dramas! ¡Cuántas Ofelias!
 Los arrabales tienen sus puras
 tísicas Damas de las Camelias.

.....

Por eso, a veces, tiene su duelo
 en sus cansados ojos sin brillo,
 llantos que caen como un consuelo
 sobre las llagas del conventillo.

Carne que azotan todos los males,
 burla sangrienta de los muchachos,
 dádiva y sobra de los portales,
 mancha de vino de los borrachos.

.....

Pero por el barrio no habrá de circular sólo la tristeza... También la valentía paseó por allí, en la figura del valiente entre los valientes, y a quien Carriego rendirá homenaje con dedicatoria única: "A la memoria de San Juan Moreira.— Muy devotamente"... Si, el gaucho Juan Moreira afiló su facón en el sol del barrio, fue grandeza de calles a toda luz y temblor de maulas cuando la noche se adornaba de estrellas... Sus roncadoras de plata despertaron tras los ventanales sonrisas femeninas poco disimuladas, aunque también su coraje debió prender en el alma de las mocitas un temblor como de claveles demasiado rojos... El gaucho Juan Moreira fue sobre el barrio aguafuerte trazado por el arte de la pampa...

.....

Con ese sombrero que inclinó a los ojos,
 con esa melena que peinó al descuido,
 cantando aventuras de relatos rojos,
 parece un poeta que fuese bandido.

.....

Porque en sus impulsos de alma pendenciera
 desprecia el peligro sereno y bizarro,
 ¡para él la vida no vale siquiera
 la sola pitada de un triste cigarro!...

.....

Mas el barrio, después de la fuerte evocación, pinta una acuarela sentimental... La tarde ha ido dulcificando los colores hasta tornarlos de una maravillosa transparencia... De la cajita del cielo llueve ahora la luz mansa, y los pinceles acarician el ambiente en el manejo de los rosas tenues o los azules puro cielo o puro pupilas infantiles... Respira el barrio una respiración de menta y anís silvestre, y el cuadro es de belleza límpida:

Ya los de la casa se van acercando
 al rincón del patio que adorna la parra,
 y el cantor del barrio se sienta, templando
 con mano nerviosa la dulce guitarra.

La misma guitarra, que aún lleva en el cuello
 la marca indeleble, la marca salvaje
 de aquel despechado que soñó el degüello
 del rival dichoso tajeando el cordaje.

Y viene la trova: rimada misiva,
 en décimas largas, de amante fiereza,
 que escucha insensible la despreciativa
 moza, que no quiere salir de la pieza.

.....

El dolor del barrio, el más cruel y duro porque es incomprendido, el más hondo porque se lo desconoce, es el de la pobre que dejó su sangre en la inmisericordia de la fábrica... Tragedia humilde, tragedia diaria, tragedia vista y consentida por un mundo torpe y torvo... Un día cualquiera, la casa de barrio florece una flor de gracia, con risas de cristal y esperanzas claras... Después, la fábrica, el desmayarse de los colores, la tos que desgarrar el pecho, un esputo de sangre... Una más... Una menos...

Hoy ha tosido mucho. Van dos noches
que no puede dormir; noches fatales,
en esa oscura pieza donde pasa
sus más amargos días, sin quejarse.

El taller la enfermó, y así, vencida
en plena juventud, quizás no sabe
de una hermosa esperanza que acaricie
sus largos sufrimientos de incurable.

.....
.....

A veces, la tragedia es más honda todavía... Fuera del dolor
soportado larga y pacientemente bajo el despotismo de los capataces,
alguna historia de amor... Siempre lo mismo: la promesa, la caída,
el abandono...

Como otras veces cuando la angustia
le finge graves cosas hurafías,
la infeliz dijo, después que el rojo
vómito tibio mojó la almohada,
las mismas quejas de febricente,
las mismas quejas entrecortadas
por el delirio, las que ella arroja
como un detritus de la garganta.

Bajo el recuerdo remoto y vivo,
jornadas rudas de su desgracia,
rápidos cruzan por la memoria
sus desconsuelos de amargurada:
desde el sombrío taller primero
que vió su carne cuando era sana,
hasta la hora de la caída
de la que nunca se levantara.

.....
.....

El barrio tiene una alma sonora y que vive lo mismo las alegrías
que las tristezas de la pobre gente... Nacida con un aroma remoto,
acriollada con amor ferviente, es coqueta a veces, y, en otras, es-
quiva... En los días de sol recibió los besos de oro y se le llenó de
alegría la vida... En las noches nostálgicas bebió en copa de tris-
teza la luz de los luceros y se le pobló de angustia el gemido...

Canta y llora maravillosamente, algo más dulce que los besos y algo
más doloroso que las lágrimas... El barrio tiene como alma la
guitarra...

Porque en las partituras de su garganta
ella orquesta la risa con el lamento,
porque encierra una musa que todo canta,
es la polifonista del sentimiento.

.....
.....

La luz de un viejo idilio, como aureola
que cife su cordaje, quizás le llega
desde el fondo de un rancho: que aunque española,
conoció el amor gaucho de Santos Vega.

.....
.....

—Melodiosos mensajes de las constancias—
se mecen las memorias en sus cadencias,
y desde el infinito de las distancias
vienen los "no me olvides" a las ausencias.

Ofrenda generosa de un dulce instante
que llenase la caja de ritmos ledos,
en las cuerdas sonoras puso una amante
el beso, que, aun borrado, quema los dedos.

.....
.....

Por eso luce orgullos de aristocracia
en la altivez de regios rasos triunfales,
como también se llena de humilde gracia
en la coquetería de los percales.

.....
.....

Los perros tienen alma tristemente triste... Su aullido se con-
funde con la noche, porque son intérpretes y visionarios de apareci-
dos que los ojos humanos no saben ver... Lamen llagas incurables,
besan las manos de los criminales y beben agua enlucrada en los
charcos... Compañeros de las alegrías hogareñas lo son más de sus
tristezas... En los ojos de los perros tiemblan unas lágrimas puras

cuando el amo va a morir o cuando una tragedia sorda amenaza el hogar... Su voz humana, sí, eminentemente humana, llora con el organillo la tristeza común, tanto que la noche tiembla y el aire se llena de imposibles... Sufridos y mansos, los perros del barrio son los mínimos santos del arrabal... En sus ojos duermen las estrellas que fácilmente despiertan a la caricia sincera o también se tornan llamaradas en defensa del niño que a ellos confía su paso inseguro en la tiniebla... Los perros viven su vida sumergida, pero más viven la vida de los hombres, por eso su sacrificio a nadie llama ya la atención: tienen una historia de nobleza secular, milenaria, y en su escudo bien se podría hacer figurar una humilde antorcha alumbrando la noche circundante... Carrieguito los canta, con emoción de Poeta, con amor de hombre sufrido, con caridad jesucristina... Desde ahora, los pobres perros del barrio beberán en los charcos ya no sólo "agua de luna", sino también estrofas diáfanas...

.....

Tal vez ellos mismos, en noches aciagas
 son los milagrosos geniales artistas,
 de bíblicas lenguas, que curan las llagas
 de anónimos Cristos sin evangelistas...

En las castas horas de amables ensueños,
 son regularmente, como nadie parcos
 en el decir, pero se tornan risueños
 cuando beben agua de luna en los charcos.

Gozan la primicia de las confidencias
 en los soliloquios de los criminales,
 y, como sus dueños, buscan las pependencias
 y aman los presidios y los hospitales.

De noche, consuelan la angustia infinita
 de las incurables que en los conventillos
 dulcemente lloran a la Margarita
 que muere en las teclas de los organillos.

.....

Luctuosos de mugre van a los velorios
 donde, haciendo cruces, arañan las puertas
 y, muy compasivos gruñen responsorios

y recitan Salves por las novias muertas.

.....

Quizá el aullido triste de uno de estos perros de barrio ha despertado en el Poeta lo más trágico del presentimiento... La hermana enferma tiene un tic-tac seco de tos para medir el tiempo... Sobre la mesa, la luz de la vela ha muerto, después de haber llorado toda su ardiente blancura... La angustia prende alfileres de sangre en la sombra y los vidrios son tocados por nudillos de fantasmas... Carrieguito, con los labios al oído de la enferma, tiernamente la advierte:

Dijo anoche su canto de muerte
 la canción de la tos en tu pecho,
 y, al mojarse en las notas rojizas,
 mostró flores de sangre el pañuelo.

.....

... Mira: abrigate bien, hermanita,
 mira, abrigate bien, yo no quiero
 ver que cierre tus ojos la Bruja
 de los flacos y frígidos dedos.

.....

¡Hermanita: hace frío; ya es hora
 de los suaves calores del lecho,
 pero cambia la colcha: esa blanca
 me recuerda el ajuar de los muertos!

Las acuarelas del barrio siguen pronunciándose en lengua perfectamente musical... Ya es la muchachita a la que los chicos apodaron "Mamboretá", y que desde su orfandad arrastra carita triste y zapatos rotos... La que no tiene muñecas, ni sueña siquiera en tenerlas porque aún el sueño es caro e imposible...

Así le llaman todos los chicos de Palermo.
 Es la risa del barrio con su rostro feucho
 y su andar azorado de animalito enfermo.
 Tiene apenas diez años, pero ha sufrido mucho.

.....

Ya es la pobre pebeta que vive triste porque el novio le dejó para siempre...

Así anda la pobre, desde la fecha
en que tan bruscamente, como es sabido,
aquel mozo que fuera su prometido
le abandonó con toda la ropa hecha.

.....
.....

El Velorio determina la tristeza de amigos y conocidos... El mayorcito de los chicos se ha muerto: aquel que ya ensayaba los viajes de ultrabarrío en su caballo de madera, el que iniciara las travesuras por cercado ajeno, el que peinara y despeinara la constancia maternal del viento... Se ha ido despacito, así como llegó al barrio... Sobre el taburete pequeño quedaron sus zapatos rotos, y encima de la mesa, el oso de tela burda que recuerda la última Navidad... Este es un suspiro que conmueve al cielo... Quizá Dios se arrepienta mucho, mucho, de haberse llevado al pequeño...

Como ya en el barrio corrió la noticia,
algunos vecinos llegan consternados,
diciendo en voz baja toda la injusticia
que amarga la suerte de los desdichados.

A principios de año, repentinamente
murió el mayorcito... ¡Si es para asustarse:
apenas lo entierran, cuando fatalmente
la misma desgracia vuelve a presentarse!

.....
.....

La angustiada madre, que llorando apura
el cáliz que el justo Señor le depara,
muestra a las visitas la vieja figura
con que la noche antes él aún jugara.

Y afanosamente, buscando al acaso,
halla entre las vueltas de una serpentina
aquel destefido traje de payaso
que le regalase su santa madrina.

.....
.....

La ausencia del barrio, y luego el retorno, con más tristeza y más nostalgia... Ha vuelto el organillo, con su canto que conquista lágrimas detrás de todas las puertas... Desde las pupilas sin vida del ciego sopla un hálito de angustia que, al conjuro del organillo, mansamente se va poblando de recuerdos... Los labios contraídos ensayan todavía una sonrisa que llega al instrumento humilde como una caridad más noble que toda otra caridad... La misma pieza de siempre... Llora el barrio y el organillero, sin poder superar la angustia, se limpia unos lagrimones...

Has vuelto, organillo. En la acera
hay risas. Has vuelto llorón y cansado
como antes

El ciego te espera
las más de las noches sentado
a la puerta. Calla y escuchá. Borrosas
memorias de cosas lejanas
evoca en silencio, de cosas
de cuando sus ojos tenían mañanas.

.....
.....

Pianito que cruzas la calle cansado
moliendo el eterno
familiar motivo que el año pasado
gemía a la luna de invierno:
con tu voz gangosa dirás en la esquina
la canción ingenua, la de siempre, acaso
esa preferida de nuestra vecina
la costurerita que dió aquel mal paso.

.....
.....

La hermana tarda en llegar... Ya la noche ha colgado sus cortinas del barrio, y ella no regresa... La intuición dicta la oscura verdad... La sospecha se traduce en certeza... La hermana dejó el hogar, para siempre, para siempre... Tras la quimera, la azul quimera que persigue como una mariposa, soñando un sueño más allá de su barrio, pretendiendo luces más claras que las de los humildes faroles de la callecita triste... La ilusión pudo más, mucho más que la sencilla felicidad casera, un horizonte de ensueño superó al vaso simple de agua fresca y al tiesto donde su mano cariñosa cuidaba el geranio... En la casa, todo es dolor... Los chicos no están tra-

viesos, y en los ojos de los mayores se diluye profundamente la pena... Así el cuadro:

Les tiene preocupados y tristes la tardanza
de la hermana. Los niños no juegan con el gato,
ni recuerdan ahora lo de la adivinanza
que propusiera alguno, para pasar el rato.

.....
.....

Y un día, así como se fué, retorna la pobre muchacha hecha un guñapo, mal vestida, agotada de hambre y miseria... Los años pasaron por el barrio barriendo esperanzas y aventando tristezas... Muchas cosas han ocurrido en la casa desde que la hermana se ausentó tras la quimera... Temblando, como criminal que tiene todavía en las manos la sangre fresca, la pobre haraposa intenta el paso del umbral, y desde el cuarto la voz llorosa de los seres queridos le cuenta en simple estrofa cómo pasó la vida, cómo se vino la muerte y cómo se le espera desde siempre...

Entra sin miedo, hermana: no te diremos nada.
¡Qué cambiado está todo, qué cambiado! ¿no es cierto?
¡Si supieras la vida que llevamos pasada!
Mamá ha caído enferma y el pobre viejo ha muerto...

.....
.....

En la cuna humilde, la única que recibió a todos los hijos, el chiquitín duerme un sueño fatigoso... Cómo anhela la madre que el despertar sea sin fiebre, sin ese quemarse de las pupilas recién abiertas a la vida, sin que los labios mínimos sean como brasas... Carriquito reza a su modo la oración perfecta:

Por el largo insomnio que tanto desvelo
os causó, —desvelo que tiene un testigo
en el perro amigo que como un abuelo
os compadecía... — Por vosotras digo.

San José y la Virgen, Señora Santa Ana,
con vuestras miradas fijas en la cuna,
rogad como anoche para que mañana

se despierte el niño sin dolencia alguna.

.....
.....

El barrio duerme... Pero en la casa, los niños todavía arman la bulla final, aquella que les tumbará como benditos sobre el revuelto lecho común... Las advertencias se pronuncian a media voz, porque abuelita duerme su sueño de vejez y no puede consentir que los nietos le quiten el sueño... Risas mal contenidas, el plato que cae de la mesa y causa escándalo al romperse, el gato que grita por el pisotón del más chiquitín...

... ¿Tú, tampoco me has oído?
Bueno, que no se repita
otra vez ese silbido
¡Eh, muchachos, no hagáis ruido:
se fué a dormir abuelita!

Recordando vuestros sustos
continuamente se queja.
Vamos, muchachos, sed justos
y no la déis más disgustos;
cada día está más vieja...

Ahora se ha vuelto odioso...
Cuando se da a porfiar
¡se pone tan fastidiosa!
Ya lo véis: por cualquier cosa
no cesa de rezongar!

... ¿Tú también? Va para rato
que olvidaste tu promesa:
¡después de romper el plato
le pisas la cola al gato
por debajo de la mesa!

.....
.....

La hermana se murió... Aquella que peinaba a los clicos y conseguía el milagro de los remiendos múltiples en sus vestidos... La misma que trabajaba cantando y en la noche suspiraba con el primer guiño de la estrella... La buena, la santa, la que nunca lloraba frente a la familia, y buscaba para sus lágrimas la complicidad nunca delatadora de la almohada en la sombra... Ahora es una

vaga sombra, pero sombra que duele desde su ausencia irremediable... Presente con la ternura exquisita de un perfume, latiendo en el ambiente como corazón salido del cuerpo, parpadeando en el aire tenue como rayo de luna que juega con las hojas del rosal... La oración por ella se dice con infinito amor, aunque no la necesite porque ella misma fué oración infinita de misericordia y de luz...

¡Si supieses!, cada día
te sentimos más. Apenas
te olvidamos un momento,
levantamos la cabeza
y en seguida nos parece
que vas a entrar por la puerta.

.....
.....

¡Ah, cómo se te acuerda!
Abuelita, que está sorda,
si hablamos delante de ella
por nuestras caras conoce
que hablamos de ti. ¡La vieras!
Por la noche, al acostarnos,
es claro, los chicos rezan,
aunque no lo necesites
porque siempre fuiste buena.

.....
.....

Evaristo Carriego ha historiado el barrio... Por su corazón colmado de ternura desfilan sus pequeñas alegrías y sus hondas y silenciosas tristezas... Su verso es la quintaesencia del cedrón y sabe a colcha limpia sobre la cama de la pebeta, a mantel floreado en la mesa de la fiesta humilde, pero también a ramo de violetas para el cadáver de la novia pálida o a lágrima sobre la tristeza de la casa vacía... Siente como el barrio mismo, sueña sus sueños y suspira sus dolores... Carriego: qué bien le sienta el diminutivo a este cantor de las cosas humildes y santas... No es posible cerrar este cariñoso apunte en su memoria sin dejar, como página final donde comienza la ternura, como uno de sus cuadros más perfectos, el más perfecto, quizá, su soneto que es inmortalidad porque es vida y es eterno porque es de perenne presencia en el barrio triste...

LA SILLA QUE AHORA NADIE OCUPA

Con la vista clavada sobre la copa
se halla abstraído el padre desde hace rato:
pocos momentos hace rechazó el plato
del cual apenas quiso probar la sopa.

De tiempo en tiempo, casi furtivamente,
llega en silencio alguna que otra mirada
hasta la vieja silla desocupada
que alguien, de olvidadizo, colocó en frente.

Y, mientras se ensombrecen todas las caras,
cesa de pronto el ruido de las cucharas
porque, insistentemente, como empujado

por esa idea fija que no se va,
el menor de los chicos ha preguntado
cuándo será el regreso de la mamá.

CRONICA UNIVERSITARIA

1953

JULIO

Día 1º

En todas las Facultades e Institutos anexos del Plantel se dió comienzo a la recepción de los exámenes de finalización del curso escolar 1952 - 1953. Las pruebas, que se caracterizaron por su severidad, pusieron de manifiesto el alto grado de aprovechamiento que los alumnos del Instituto habían obtenido.

En el Conservatorio de Música se llevaron a cabo, como todos los años, un certamen a cargo de los estudiantes y un concierto de gala de la orquesta que fueron magníficos. En la Academia de Bellas Artes se pudo admirar una nueva exposición de pintura y modelado, como demostración práctica del trabajo de sus alumnos.

Día 12

Con ocasión del sensible fallecimiento del ejemplar ciudadano don Daniel Toral Malo y en atención a que su muerte enlutaba los hogares de dos catedráticos del Plantel, el H. Consejo Universitario expidió el siguiente Acuerdo:

EL CONSEJO UNIVERSITARIO DE LA UNIVERSIDAD
DE CUENCA,

Considerando:

Que el día de ayer ha dejado de existir el meritisimo ciudadano don

DANIEL TORAL MALO,

padre del señor doctor don Julio Enrique Toral Vega y padre político del señor doctor don Emiliano J. Crespo, profesores de la Facultad de Ciencias Médicas del Instituto,

Acuerda:

Dejar constancia del pesar de la Corporación por tan sensible pérdida y asociarse al justo dolor que embarga a los distinguidos catedráticos doctores Toral Vega y Crespo Astudillo;

Enviarles autógrafos de este Acuerdo y concurrir a los funerales del señor Toral Malo.

Dado en Cuenca, a doce de julio de mil novecientos cincuenta y tres.

CARLOS CUEVA TAMARIZ,
RECTOR - PRESIDENTE.

VICTOR LLORE MOSQUERA,
SECRETARIO GENERAL.

✓ AGOSTO

De conformidad con las prescripciones del correspondiente Reglamento, los alumnos de los últimos cursos de las diferentes Facultades del Instituto realizaron las giras de finalización de estudios a que tienen derecho. Los estudiantes de Medicina, Química y Farmacia, Odontología e Ingeniería Civil visitaron varias ciudades y poblaciones ecuatorianas, realizando provechosas investigaciones sobre la realidad nacional. Los alumnos de Jurisprudencia, presididos por el catedrático doctor Antonio Borrero Vega, llegaron a diversas ciudades de la hermana República de Co-

lombia, concluyendo su excursión en Bogotá, ciudad en la que, tanto como en las demás en las cuales se detuvieron, fueron objeto de especiales atenciones y deferencias que han puesto de manifiesto la fraternidad que existe entre los pueblos de Colombia y el Ecuador. El señor Ministro de Relaciones Exteriores de nuestro país, así como el señor Embajador del Ecuador ante el Gobierno de Colombia, expresaron a la Universidad la satisfacción con que habían mirado el porte correcto y la actuación distinguida de la delegación universitaria en las instituciones culturales, Universidades y centros científicos en los que habían sido recibidos.

SEPTIEMBRE

Día 14

La Facultad de Filosofía y Letras dió comienzo al segundo curso de verano que, como el realizado en las vacaciones del año escolar anterior, tuvo cumplido éxito y la asistencia puntual de un selecto grupo de alumnos que estaba integrado por personas de toda clase social. El curso concluyó el día catorce de octubre y el calendario y temas tratados con maestría por los catedráticos de la antedicha Facultad, con la colaboración de algunos otros profesores de la Universidad, fue el siguiente:

Profesor **Gabriel Cevallos García**.—Días 14, 15 y 16 de septiembre.

Tres lecciones sobre Historiología Actual.—Ortega y la Historia como sistema.— Jaspers y el sentido de la Historia.— Taynbe y la Historia como organismo.

Profesor **Francisco Alvarez González**.—Días 17, 18 y 21 de septiembre.

Tres lecciones sobre Filosofía Moderna.—El método fenomenológico de Husserl.— La Fenomenología como ciencia fundamental.— El Idealismo fenomenológico.

Profesor **Luis Fradejas Sánchez**.—Días 22, 23 y 24 de septiembre.

Algunas consideraciones sobre el arte moderno.— La romántica y la reacción contra el romanticismo.— El Renacimiento de la novela.— El modernismo.

Profesor **Hugo Ordóñez Espinosa.**—Días 25 y 28 de septiembre.

La Organización del Derecho Interamericano Moderno.— Génesis y Organización de la S. de N.— El intervalo entre las dos Guerras y la O. N. U.

Profesor **Manuel María Ortiz.**— Días 29, 30 de septiembre y 1º de octubre.

Tres lecciones sobre Astronomía Moderna.— Breve resumen de los sistemas clásicos.— Las nuevas concepciones del espacio y tiempo físicos.— La astronomía actual.

Profesor **Agustín Cueva Tamariz.**—Días 2, 5 y 6 de octubre.

La herencia biológica.— Mecanismo de la herencia. Leyes mendelianas.— Herencia biológica en el hombre.— Transcendencia de las teorías hereditarias: Medicina, Sociología, Derecho.

Profesor **César Andrade y Cordero.**—Días 7, 8 y 9 de octubre.

Tres lecciones sobre la Moderna Filosofía del Derecho.— Kelsen y la teoría pura del Estado.— Stamler y la Morfología jurídica.— La Fenomenología aplicada al Derecho.

Día 14

Como feliz culminación de las gestiones realizadas por la Universidad para el establecimiento de la Escuela de Química Industrial, que abrirá nuevos rumbos a la juventud universitaria, el señor Ministro de Educación expidió la resolución por la que autoriza el funcionamiento de tan importante Escuela. El tenor de la resolución es el siguiente:

"Nº 579.

EL MINISTRO DE EDUCACION PUBLICA, en ejercicio de sus atribuciones,

Vista la solicitud formulada por el Rectorado de la Universidad de Cuenca, y

Atenta la resolución tomada por el H. Consejo Universitario de dicho Plantel Superior, en sesión de 21 de abril del presente año,

Resuelve:

Autorizar el funcionamiento de la ESCUELA DE QUIMICA INDUSTRIAL en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Cuenca, a partir del período lectivo de 1953 a 1954.

Comuníquese.— En Quito, a 14 de septiembre de mil novecientos cincuenta y tres.

(f.) Dr. JOSE R. MARTINEZ C.,
Ministro de Educación.

(f.) Dr. VICTOR CHIRIBOGA T.,
Subsecretario."

Posteriormente, por motivos de orden técnico y pedagógico, la Escuela de Química Industrial, mediante resolución del H. Consejo Universitario expedida el 20 de octubre de este año, fue anexada a la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas por así prescribirlo, además, el Decreto Supremo Nº 35, de 16 de febrero de 1938 que, al adscribir a la Universidad de Cuenca la Escuela de Minas, con el carácter de Facultad de Ciencias Matemáticas, dispuso que entre las Escuelas con las que debía contar la nueva Facultad estaría la de Química Industrial.

El Consejo Universitario otorgó a la Facultad de Ciencias Médicas, a su Decano y a los catedráticos que habían laborado eficaz y entusiastamente en pro de la fundación de la Escuela, un voto de aplauso por su benéfica labor universitaria.

La Escuela de Química Industrial se encuentra funcio-

nando de manera normal y para su eficaz financiamiento cuenta con la cooperación económica del Instituto de Recuperación de las Provincias del Azuay y Cañar que, con comprensión magnífica y amplia visión de los positivos beneficios que prestará al desarrollo de las industrias en el Austro Ecuatoriano, ha otorgado su ayuda sin restricciones de ninguna clase.

✓ Día 24

En ceremonia sencilla que tuvo lugar en el Rectorado del Plantel, el señor Rector doctor don Carlos Cueva Tamariz suscribió, en junta del Ing. Alfonso Calderón Moreno, la escritura pública que contiene el contrato para la construcción del edificio destinado a la Facultad de Jurisprudencia, en la Ciudad Universitaria.

Este acto constituye uno de los principales y fundamentales pasos para la cristalización del viejo anhelo de la Universidad de contar con edificios cómodos y adecuados para su funcionamiento y que se encuentren en armonía con su creciente progreso y desarrollo.

El Ing. Alfonso Calderón Moreno triunfó en la licitación abierta por el Instituto para la edificación del primer tramo de la Ciudad Universitaria, que se destinará a la Facultad de Jurisprudencia. El pabellón estará concluido al iniciarse el año escolar 1954 - 1955, pues el pago de su precio que alcanza a más de un millón de sucres está financiado con la venta de solares de propiedad de la Universidad hechos al Núcleo del Azuay de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

La Ciudad Universitaria de Cuenca comienza a ser una bella realidad debido al tesonero esfuerzo del Instituto que, sin ayuda de ninguna clase por parte del Estado, ha podido obtener los medios necesarios, año tras año, para adquirir el hermoso sitio en que se levantarán los modernos edificios, planificados ya en su totalidad, e iniciar la construcción del primero de ellos, destinado a la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales.

✓ Día 28

El señor Rector del Instituto, doctor don Carlos Cueva Tamariz, viajó a la Capital de la República para asumir las funciones de Senador Funcional por la Educación Pública mientras dure la ausencia del Senador Titular doctor Alfredo Pérez Guerrero. El señor Rector tiene el carácter de primer Senador Suplente por la Educación Pública, conforme a la designación realizada por el Colegio Electoral que se reunió en la Ciudad de Quito el año 1952.

En las funciones de Rector será reemplazado, mientras dure su representación democrática en el Congreso Nacional, por el señor Vicerrector del Instituto, doctor don Manuel María Ortiz.

OCTUBRE

Día 9

El señor doctor Manuel Mella Veloso, distinguido catedrático de la Universidad de Chile, alto exponente de la Ciencia Médica y sobresaliente amigo de la Universidad de Cuenca, a la que ha demostrado en diversas oportunidades su deferente atención, visitó la ciudad y fue recibido en sesión especial de la Junta de la Facultad de Ciencias Médicas en la que se le confirió el título de Profesor Honorario en la Cátedra de Fisioterapia.

El diploma correspondiente le fue entregado por el señor Vicerrector en ejercicio de la funciones de Rector. El señor Decano de la Facultad de Ciencias Médicas, doctor Miguel Alberto Toral, le presentó el saludo oficial de la Facultad y el catedrático doctor Leoncio Cordero Jaramillo exaltó la alta personalidad del doctor Mella Veloso.

Dijo el señor Decano doctor Toral:

"Señores:

Muy honroso es para mí presentar a nombre de la Facultad de

Ciencias Médicas un saludo cordial de bienvenida al distinguido científico chileno Prof. doctor Manuel Mella Veloso, haciendo mis mejores votos porque sus impresiones de nuestra hospitalaria ciudad sean de lo más agradables, a fin de que pueda llevar gratos recuerdos de la permanencia en este lugar.

También deseo manifestar la viva complacencia que la Universidad de Cuenca siente al tener entre nosotros aunque sea por breves instantes a tan eminente maestro, para quien debemos una perenne deuda de gratitud, puesto que fue por su gentil y desinteresada colaboración que se consiguió el perfeccionamiento de uno de nuestros jóvenes catedráticos en una árida rama de la medicina, poco atrayente por la calidad de sus estudios y la naturaleza de sus disciplinas, como es la Anatomía e Histología Patológicas; sin embargo de constituir al presente el fundamento básico para un buen diagnóstico y el tratamiento en muchas dolencias en que su colaboración es decisiva para intervenciones delicadas y oportunas; y fue el Dr. Mella, quién con su certera visión de la necesidad e importancia de tales estudios ofreció a esta Facultad la ayuda económica para que uno de sus Profesores se perfeccione en tales prácticas, bajo la sabia dirección de eminentes maestros en Anatomía Patológica de la Universidad de Santiago de Chile; y gracias a su cooperación, hoy contamos con los servicios especializados del Dr. Leoncio Cordero Jaramillo, quién, con denodado afán trabaja en la cátedra junto a sus discípulos realizando labor verdaderamente renovadora en tal especialidad.

Aparte de este motivo de gratitud y reconocimiento que tenemos para el ilustre visitante, el Dr. Mella es un verdadero científico en las materias de su especialización: Radiología, Cancerología, etc., ciencias que las posee plenamente y de las que se preocupa siempre de estar al tanto de las últimas investigaciones en estos ramos del saber humano, y así, constantemente concurre a las principales reuniones y congresos que se realizan en los mejores centros científicos, a donde lleva también el acervo de sus profundos conocimientos y observaciones, presentando al efecto trabajos y comunicaciones de gran valor y que han despertado vivo interés en tales congresos. Su experiencia en estos ramos es vastísima tanto por el enorme trabajo de su Clínica particular, como por ser el Jefe del Instituto Radium-terapia de Santiago, en donde trabaja asiduamente en su noble misión de

luchar contra la terrible enfermedad del cáncer, o bien prodigando alivio y consuelo en los casos incurables. Estos múltiples méritos que adornan a nuestro ilustre visitante, tienen todavía mayor realce, si se toma en cuenta su ingénita característica de amabilidad y sencillez que hacen de él una persona atrayente cual corresponde al verdadero hombre de ciencia.

Por estas razones y muchas otras que la premura del tiempo me impide enumerar, es que la Facultad de Ciencias Médicas, en un acto de estricta justicia y aprovechando su corta estadía en esta ciudad, ha decidido dedicarle esta sesión solemne que realiza en su homenaje; a la vez que tener el honor de conferirle el Título de Profesor Honorario en la Cátedra de Fisioterapia, estrechando de esta manera los vínculos de amistad y especial aprecio que nos liga al Profesor señor doctor Mella.

Aceptad, señor doctor Mella, esta sencilla expresión de nuestra admiración y reconocimiento hacia vuestra persona, y llevad el convencimiento de que se aprecian en alto grado vuestras virtudes y merecimientos en esta solariega Casa de Estudios."

El diploma que contiene el nombramiento de Profesor Honorario reza así:

**"EL CONSEJO UNIVERSITARIO DE LA UNIVERSIDAD
DE CUENCA,**

De conformidad con lo establecido en el Art. 45 de los Estatutos del Plantel, a solicitud de la Facultad de Ciencias Médicas y tomando en consideración los relevantes méritos que distinguen al

señor doctor don

MANUEL MELLA VELOSO,

como profesor universitario y hombre de ciencia,

Resuelve:

Conferir al doctor Mella Veloso el TITULO DE PROFESOR HONORARIO DE LA CATEDRA DE FISIOTERAPIA.

Dado en Cuenca, a 9 de octubre de 1953.

El Vicerrector de la Universidad, en ejercicio del Rectorado,
MANUEL MARIA ORTIZ.

El Decano de la Facultad de Jurisprudencia
y Ciencias Sociales,
LUIS MONSALVE POZO.

El Decano de la Facultad de Ciencias
Matemáticas y Físicas,
Ing. LUIS ITURRALDE BUCHELI.

El Representante del Ministerio
de Educación Pública,
MANUEL CORRAL JAUREGUI.

El Representante de los estudiantes
de la Facultad de Jurisprudencia,
EDMUNDO ALVEAR MALDONADO.

El Representante de los estudiantes
de la Facultad de Ciencias Matemáticas
y Físicas,
LAURO OCHOA S.

El Decano de la Facultad
de Ciencias Médicas,
MIGUEL ALBERTO TORAL.

El Decano de la Facultad
de Filosofía y Letras,
FRANCISCO ALVAREZ GONZALEZ.

El Representante del Profesorado,
LEONCIO CORDERO JARAMILLO.

El Representante de los estudiantes
de la Facultad de Ciencias Médicas,
NELSON SAMANIEGO RODRIGUEZ.

El Secretario General de la Universidad,
VICTOR LLORE MOSQUERA.

Día 12

En cumplimiento de lo resuelto por el H. Consejo Universitario y para rendir homenaje y admiración a la Ilustre Universidad de Salamanca con motivo de su VII Centenario, se inició el desarrollo de un programa especial que estuvo organizado así:

12 de octubre: Conferencia del catedrático doctor Francisco Alvarez González: Las Universidades en la edad Media.

13 de octubre: Conferencia del catedrático doctor Luis Fradejas Sánchez: Salamanca y Fray Luis de León.

14 de octubre: Conferencia del catedrático doctor Gabriel Cevallos García: Francisco de Vitoria y Salamanca.

15 de octubre: Sesión solemne de la Universidad para inaugurar el curso lectivo 1953 - 1954, especialmente dedicada a la Universidad de Salamanca. En esta oportunidad el doctor Alvarez González, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras pronunció en homenaje a esa preclara Casa de Estudios, el siguiente discurso:

"Dos palabras, señoras y señores, para justificar mi intervención en este acto. La Universidad de Cuenca, lo mismo que las otras tres del país, fue invitada, oportunamente, por la vetusta Universidad salmantina para conmemorar allí, junto a la amplia llanura bañada por el Tormes, el séptimo centenario de su fundación. Por motivos que todos vosotros sobradamente conocéis, Cuenca y su Universidad no han podido hacerse presentes, contra su voluntad, en las hispanas tierras, para llevar su saludo cordial a una de las más ilustres y antiguas universidades del mundo. Pero nuestra forzada ausencia no podía ser motivo suficiente para que la Universidad de Cuenca no se solidarizara en alguna forma con la Universidad hermana en esta fecha memorable. El H. Consejo Universitario acordó la celebración de algunos actos que tuvieran la significación de un cariñoso recuerdo para Salamanca y su Universidad. La Facultad de Filosofía y Letras organizó un breve cursillo de tres conferencias, que acaba de celebrarse, en homenaje y honor de la Universidad de Salamanca. Como acto final de dicho cursillo el Sr. Rector de la Universidad de Cuenca ha querido concederme la honrosa distinción de designarme para que en este acto solemne de apertura de un nuevo año escolar que celebra la Universidad del Azuay, os dirija unas palabras en alabanza de la más famosa y antigua Universidad de mi patria.

Y la verdad es, señoras y señores, que al ponerme a escribir estas cuartillas yo no sabía a quién debía celebrar, si a Salamanca o a su Universidad. Porque una y otra se compenetraron de tal modo a lo largo de setecientos años, que Salamanca, ella, la ciudad, nos ha parecido siempre, a los que hemos tenido la dicha de pasear por sus calles y plazas, el apropiado marco, inenajenable e intransferible, de su Universidad. "Quizá en parte alguna podrían encontrarse reunidas en tan reducido espacio tantas obras exquisitas, tantos suntuosos monumentos. La magnificencia de la nueva catedral y la gracia robusta de la antigua, las líneas armoniosas de las iglesias, los antiguos colegios; los palacios sobrecargados de escudos ilustres en los que se ve

brillar el sol de los Solís, las estrellas de los Fonseca, las cinco lises de los Maldonado; mansiones antiguas que, por sus puertas abiertas, dejan ver los patios enlosados de granito, elegantes pórticos, finas columnatas, los brocales medio derruidos de antiguos pozos; todo ello forma un conjunto verdaderamente único, en el que la poesía de un pasado lejano se confunde con las impresiones de arte más delicadas. Al caminar por sus calles, a menudo silenciosas, se ve uno detenido a cada paso; una reja de hierro forjado, un ramo de claveles esculpido sobre una puerta, un medallón adosado a un muro, mil pormenores encantadores detienen y solicitan la atención. Algunas fachadas son verdaderas maravillas, obras maestras de este arte minucioso y complicado llamado arte plateresco. Las piedras están cinceladas como joyas, recortadas como encajes; son de un grano tan fino y compacto que el tiempo ha respetado en ellas los frágiles arabescos; son también estas piedras de Salamanca, amarillas como el oro o rosadas como la flor del melocotonero y siempre de un tono tan cálido que, en las más grises mañanas de invierno, se diría que están iluminadas por el sol". Así se expresa un autor francés, Reynier, en una obra titulada "La vie universitaire dans l'Espagne". Por muy grande que sea el poder de evocación de estas líricas frases, necesitarías haber contemplado, desde la orilla opuesta del Tormes, el espectáculo soberbio de Salamanca, asentada sobre una leve colina, para comprender por qué aquella ciudad fue elegida como sede del más importante centro de estudios de la España medioeval.

Todos sabéis que las Universidades de la Edad Media, el más precioso legado que este período de la historia de la humanidad haya podido ofrecer a las futuras generaciones, nacieron, en la mayoría de los casos, espontáneamente. Los estudiantes buscaban el lugar, el ámbito geográfico más adecuado para sus estudios. Se buscaba el rincón acogedor, ideal para la meditación y el estudio, como hoy se busca el sugestivo panorama marítimo o alpino para poner allí el suntuoso hotel de reposo y descanso. Las ciudades contribuyeron así al desarrollo y progreso de las Universidades, como éstas a la fama y prestigio de aquéllas. Bolonia, Salerno, Montpellier, Salamanca, París y Oxford, ¿qué no deben a la gloria de sus Universidades? En estas viejas ciudades europeas hasta los artesanos se sienten orgullosos de sus respectivas Universidades; se preocupan de sus problemas, los viven como cosa propia, porque saben que no son ajenos a una parcela, por pequeña que sea, de la gloria de aquélla. Yo estoy

seguro que cualquier zapatero de Salamanca créese dignificado y en parte heredero de una gloriosa tradición por haber nacido en el recinto de la ciudad, la ciudad universitaria y de estudios; y que hasta el más humilde trabajador adopta sin saberlo, en su compostura, el aire adusto y grave de un pensador o de un teólogo.

Yo no quisiera en este acto solemne de apertura de curso, que hemos aprovechado también para festejar el séptimo centenario de la Universidad salmantina, dedicarme a hacer un panegírico colmado de líricas frases y brillantes epítetos. Que durante setecientos largos años una institución haya sobrevivido al desgaste natural del tiempo y a los innumerables cambios acaecidos en la inquieta historia política de Europa es ya, independientemente de otras valoraciones y méritos, motivo suficiente para nuestra admiración y reconocimiento. Aparte de la consideración de las grandes figuras del pensamiento y de las letras que explicaron al correr del tiempo en las venerables aulas de la Universidad salmantina, su longevidad, repito, es su mayor gloria. No tengamos, pues, la vana pretensión de creer que unas palabras, por bellas y emocionadas que fueran, añadirían algo al respeto que en todos los universitarios y amigos del saber produce el centro de estudios de Vitoria, de Suárez, de Fray Luis y de Unamuno.

Pero yo sí quisiera aprovechar la oportunidad que nos brinda la conmemoración de este centenario para hacer aquí algunas consideraciones acerca de lo que fue la Universidad en sus orígenes y lo que actualmente es. Todos Uds. saben que las cosas manifiestan más claramente lo que son, hacen gala de su más auténtico significado y sentido, en el momento auroral de sus comienzos. Después, el tiempo se encarga, quizá, de desvirtuar aquéllos, lastrando la cosa o la institución con mil aditamentos extraños. Da lo mismo que se trate de cosas físicas que de creaciones humanas, instituciones o modos de vida. Si por hacer caso de las más modernas teorías cosmológicas afirmamos que de un átomo primitivo, al explotar, surgió un mundo de millones y millones de soles y universos-islas, e incluso en algunas partes de este primitivo polvo cósmico el fenómeno maravilloso de la vida y de la conciencia, ¿qué tiene de extraño que estas insignificantes obras del hacer humano que llamamos bienes culturales se hayan modificado con el transcurrir, lento pero inexorable, del tiempo? Ni el Estado, ni el Derecho, ni las religiones, ni la ciencia, ni lo que es más, a saber, el significado que para el hombre tuvieron todas esas

cosas en sus orígenes, han podido subsistir sin pagar su tributo al inevitable transcurrir de las edades. La Universidad, claro está, no constituye una excepción. No podemos afirmar que todo aquello que el tiempo ha ido añadiendo a las cosas o instituciones y bienes culturales sea perjudicial; ni tampoco que las sucesivas transformaciones impuestas por el tiempo, al modificarse las condiciones en que apareció el fenómeno, no tengan por ello mismo su sentido y justificación. Por ejemplo, el tronco del árbol, el material más a mano que tenía el hombre primitivo para resolver el problema de sostener una techumbre o tejado que le guareciera de la intemperie, se convirtió, andando el tiempo, y al inventarse instrumentos más eficaces de fabricación, en la erguida y esbelta columna dórica. El miedo del hombre al hombre extraño, en quien se veía en la mayoría de los casos un enemigo en potencia, trajo consigo, al dulcificarse las costumbres y dejar de ser ya válido aquel duro axioma de Hobbes, *homo homini lupus*, el uso de mostrarse simultáneamente la mano derecha, la mano fratricida, cuando la casualidad hacía que dos de nuestros remotos antepasados se encontraran en el campo. Era la señal inequívoca de que se iba al encuentro desarmado, con intención pacífica. De aquí se evolucionó y pasó a nuestro amigable y cordial apretón de manos, usual entre los modernos pueblos civilizados. La viejísima costumbre de contraer matrimonio con mujeres pertenecientes a tribus o comunidades humanas extrañas, costumbre ésta anclada en sabe Dios qué motivos, quizás en la experiencia reiterada de unos hijos más fuertes y más sanos, es decir, lo que los sociólogos llaman el matrimonio exogámico, que traía como consecuencia el rapto violento de la mujer y la huida con ella a la propia gentilidad, se convirtió también, andando el tiempo, en la ultracivilizada costumbre del viaje de novios y la luna de miel. A pesar de las transformaciones que acabaron con el significado primitivo de estos hechos, que como ejemplos ofrezco a la consideración de Uds., nadie sería tan estúpido hoy que quisiera abolir la columna de piedra o de mármol, el saludo con la diestra extendida o la inocente fuga de los nuevos esposos.

Pero a veces sí, las nuevas condiciones de vida impuestas por el devenir de los tiempos pusieron en peligro de desaparición algo que era consubstancial con la institución creada por el hombre. Este es, señores, a mi parecer, el caso de las Universidades. Yo no creo que el saber, en un sentido amplio que nada tiene que ver ahora con el saber especial llamado científico, es decir, del saber por razones, sea

un lujo del hombre, algo que pueda tener o no. Es esencial al hombre alguna forma de saber. Las Universidades nacieron, en los ya muy remotos tiempos de la Edad Media, para satisfacción de las ansias de saber de los hombres espiritualmente inquietos de aquellos tan alejados tiempos. Ningún plan preconcebido presidió sus orígenes. Se puede decir que fueron un producto natural; tan natural como la mata de flores humildes que esmalta la pradera. Nacieron para proporcionar cultura; y cultura significa, oigan Uds., señores, esto bien, hacer que los hombres sean partícipes del conjunto de ideas que sirven para dar consistencia y legitimar la visión del mundo vigente en un momento determinado de la historia. Porque la concepción del mundo medioeval tenía sus raíces en la religión, la ciencia de aquellas edades fue, primordialmente, teología. En una palabra, ser culto es estar a la altura de los tiempos; y estar a la altura de los tiempos es poseer el núcleo principal de las ideas sobre que se asienta la concepción general del mundo y de la vida de ese momento dado.

No tendría sentido ahora exponer las causas que desde la Edad Media hasta nuestros días contribuyeron a alterar la primitiva significación de la Universidad. Baste lo siguiente: las Universidades han ido adquiriendo, cada vez con mayor relieve, un carácter profesional. De centros de estudios suministradores del saber más general de una época, se han convertido en formadores del personal idóneo para el ejercicio de unas cuantas profesiones útiles, dentro de la estructura y complejidad crecientes de la vida moderna. Que la Universidad tenía que ser el organismo que asumiera la preparación de estos técnicos y profesionales nadie puede ponerlo en duda. Lo característico de las profesiones modernas, Medicina, Jurisprudencia, Ingeniería, etc., consiste en que requieren de un aprendizaje científico, tienen sus raíces en la ciencia y en el saber. Esto es una peculiaridad de la civilización occidental. A nosotros, porque vivimos dentro de ella, nos parece la cosa más natural del mundo que el médico, para serlo, necesite conocer la biología y la anatomía; de igual modo, que el ingeniero, para ser un buen ingeniero, un ingeniero eficiente, atesore una gran cantidad de conocimientos matemáticos. Pero la verdad es que existen por ahí muchos otros pueblos, a los que sería imprudencia llamar incivilizados o bárbaros, cuyos médicos no son biólogos y cuyos ingenieros, probablemente, no tienen la menor idea de lo que es el cálculo diferencial o una ecuación. Y lo curioso del caso es que esos médicos curan y esos ingenieros, ligeros de conocimientos

matemáticos, construyen hermosas edificaciones. A la inversa, en nuestro propio mundo, los grandes biólogos, los hombres verdaderamente de ciencia en esta rama del saber humano, por regla general no han sabido ni querido ser médicos. Por poner un ejemplo de mi propio país, ahí está la figura egregia, conocida por todos, de don Santiago Ramón y Cajal. Histólogo famoso, cuando le hablaban de que fuera a visitar a un enfermo decía con humor que para eso estaban los médicos. Curar es un arte, que en nuestra civilización se realiza de acuerdo con unos conocimientos científicos, pero que podría realizarse, y de hecho se ha realizado también, en función de otras cosas, la experiencia o la magia, por ejemplo. Estas observaciones mías son, sencillamente, comprobatorias de un hecho y nada prejuzgan sobre la bondad de una u otra forma de profesión.

Pero lo cierto, aquello a que yo quería llegar, era a esto: que las Universidades se han convertido, con una notoria exclusividad, en fábricas de profesionales. Que ello está bien es evidente. Ninguna otra institución del mundo moderno está en condiciones de asumir esta función. La Universidad debe ser, además, el organismo que impulse y fomente el cultivo desinteresado de la ciencia. Aparte de la formación de profesionales competentes la Universidad, si efectivamente quiere serlo, debe tener muy presente esta tarea: la de crear investigadores. Las profesiones mismas, en nuestro mundo, dependen del progreso y desarrollo de las ciencias. Y, además de las profesiones, la técnica y tantas y tantas otras cosas más que resultan imprescindibles para mantener la estructura de nuestro mundo. La ciencia ha hecho el poderío de occidente y debemos, legítimamente, estar orgullosos de esta gran faena del espíritu humano. Pero además de todas esas cosas que la Universidad tiene derecho a ser, creemos que es imprescindible no olvidar lo que fue en sus orígenes. No podremos conseguir que todos los profesionales que salen de la Universidad sean sabios, investigadores, verdaderos hombres de ciencia. Para ello se requieren cualidades y condiciones que la naturaleza, no demasiado pródiga, veda a la mayoría de las veces a los hombres. Pero sí, en cambio, es un deber de la Universidad que todos los profesionales salgan un buen día de sus aulas con una buena dosis de cultura. Hoy por hoy ser culto significa tener un conocimiento aproximado de la posición actual de la ciencia ante los más importantes problemas del mundo y de la vida. Por ejemplo, saber a qué resultados se ha llegado en el problema capital de la vida y de la herencia bioló-

gica; saber también a qué conclusiones se ha llegado en la interpretación y conocimiento del mundo físico. Qué cambios fundamentales, valga por caso, ha sufrido la física clásica por obra de las modernas teorías cuántica, de la relatividad y de la mecánica ondulatoria. Saber cuál es la posición actual de la Filosofía ante los problemas metafísicos eternos que asedian al hombre. Saber cuál es la estructura del Universo según las más recientes teorías astrofísicas; qué es eso del espacio curvo y cerrado y qué razones hay para hablar de un Universo en expansión. Saber, en fin, señores, la marcha que ha seguido la humanidad desde sus orígenes hasta nuestros días, las etapas más decisivas de la historia del hombre. Eso es lo que nosotros entendemos por un hombre culto. Médicos, abogados, farmacéuticos, ingenieros, futuros profesores de filosofía o de historia, deben salir de la Universidad con ese rico caudal de conocimientos e ideas. Ideas que no sólo les servirán para ser hombres más racionales y sensatos, mejores padres, mejores esposos, mejores ciudadanos, sino también, aunque ellos no lo crean, mejores en el ejercicio de su profesión. Quizás algún profesional de los muchos que me están escuchando se sonría socarronamente para sus adentros y se diga: "Para curar un paciente o para redactar una demanda, ¿de qué me sirven la historia, la filosofía, ni menos esos difíciles problemas de la mecánica cuántica?" No puedo ni quiero aquí polemizar con él. Pero permitanme que les diga que, si así piensa, es víctima de un soberano error. No mías, sino de Marañón, son, aproximadamente, estas palabras: "Mi larga experiencia me ha demostrado que influye decisivamente en el modo cómo el médico administra o receta unas simples pastillas para la tos el hecho de que haya leído o no algunos libros de psicología". Y lo mismo que dice psicología podría haber dicho historia, filosofía o cualquiera otra disciplina científica. Y si tuviéramos espacio suficiente podríamos multiplicar las citas, los ejemplos. Yo os confieso que me produciría una malísima impresión cualquier universitario que rehuyera una conversación sobre cualquiera de estos temas ante la íntima convicción de que nada tenía que decir sobre los mismos.

Muchos quizás piensen que son tan difíciles los problemas y los resultados a que la ciencia moderna llega en una cualquiera rama del saber, que toda una vida consagrada a los mismos apenas es suficiente para dominarlos. Pero a esto contesto que la cultura que aquí preconizamos, como complementaria a cualquier especialización profesional, no quiere decir poseer todo el instrumental mental y técnico

necesarios para ser un investigador por cuenta propia. Creo que se puede tener una idea más o menos exacta de las conclusiones de la más reciente física nuclear, conocer los resultados más salientes de la mecánica de De Broglie, de Schraedinger, de Heisenberg, etc., sin dominar el auxiliar poderoso de las matemáticas neoeuclidianas, de esas geometrias de un número elevado de dimensiones que se necesitan para explicarse los complicados movimientos de los electrones de un átomo de uranio, por ejemplo. Repito, no se trata de hacer sabios e investigadores de todos los universitarios; sólo hacer de ellos hombres conocedores de los resultados más salientes de la ciencia contemporánea, en su esforzado trabajar por obtener una visión, cada vez más exacta, de los problemas de la naturaleza. Por otra parte, tiempo lo hay. Meditad en lo que malgastamos en cosas inútiles, y lo que es peor aún, en no hacer nada. Yo recomendaría a todos que leyesen ese admirable tratadito de Séneca que lleva por título "De brevitate vitae". Verían entonces que no es corta la vida sino por el mal uso que hacemos de ella. Bien administrada, creedme, da para muchas cosas, para muchos quehaceres.

Estas son, señoras y señores, las reflexiones que yo he querido hacer en este acto, so pretexto de la conmemoración del séptimo centenario de la fundación de la Universidad de Salamanca. Estas viejas y venerables Universidades formaron hombres cultos en el sentido que yo me he permitido explicar. Salamanca lo ha hecho, brillantemente, a lo largo de setecientos años. ¡Ojalá que nosotros seamos dignos de una herencia tan noble! Que continúe brillando en nosotros el espíritu puro y desinteresado de los sabios y humanistas que desfilaron por aquella universidad. Sólo así podremos desempeñar la misión que nos corresponde en el difícil mundo que nos ha tocado en suerte vivir."

Si bien la Universidad de Cuenca, por circunstancias enteramente ajenas a su voluntad no pudo acreditar una delegación especial que le represente en los diversos actos con los que se celebró el glorioso séptimo centenario de la Universidad Salmantina, para los que fue especialmente invitada, se ha sumado, jubilosa, a esta justa recordación y ha revivido, en sus claustros, las glorias de la antigua Universidad Española, tan íntimamente ligada a las Universidades de Hispanoamérica. Desde las páginas de su Revis-

ta, ANALES, expresa a su hermana mayor, su fervorosa adhesión y le envía sus mejores votos porque su gloria sea siempre inmarcesible.

Día 15

En el Salón de Honor del Instituto se desarrolló, en forma solemne, el tradicional acto de inauguración del curso lectivo 1953 - 1954 que, en esta ocasión, estuvo presidido por el señor Vicerrector de la Universidad en ejercicio de las funciones de Rector, doctor don Manuel María Ortiz. Una numerosa y selecta concurrencia llenaba el paraninfo universitario.

Luego de la ejecución del Himno de la Universidad, que estuvo a cargo de la orquesta del Conservatorio de Música del Plantel, pronunció el discurso de estilo el señor Vicerrector, en estos términos:

"Señores:

Un año más en el devenir del tiempo. Ahora como antes profesores y alumnos se dan cita en el paraninfo de la Casona Universitaria, para reiniciar las labores escolares que fueron breve tiempo interrumpidas, como para tomar aliento y con nuevos bríos seguir por la senda que se mira de frente porque va hacia arriba, para que cada paso sea un escalón más que nos acerque a la encumbrada meta.

Y que esta Universidad marcha avante diciendo lo están los acontecimientos de este año académico: la creación de una Escuela de Química industrial, el posible funcionamiento de un curso de Electrología para la clase obrera, como extensión de la Universidad popular y la colocación de la primera piedra en la Ciudadela Universitaria, número sobresaliente con el que se conmemorarán las próximas fiestas novembrinas.

Un año más de vida universitaria, que, mejor que con las cronologías del tiempo, se mide con las vibraciones o palpitations del espíritu, cronómetro regulador del progreso del mundo. Y nunca como ahora necesita éste de la acción universitaria; acción esencialmente renovadora, mediante la cual habrán de desaparecer del pla-

neta viejos y absurdos prejuicios, costumbres antihumanas, instituciones ya caducas y sin objeto. Así como se han extinguido los sacrificios humanos, la esclavitud y otras anormalidades bien aceptadas en los tiempos pretéritos, hay todavía muchas monstruosidades que deben desaparecer del mundo actual: el alcoholismo, los paraísos artificiales, la prostitución, las supersticiones, las psicosis colectivas, las explotaciones antihumanas, la conculcación de la libertad, la fatídica guerra, etc., etc.

Y no son las retinas ya acomodadas a visiones deformes las que pueden hacer el expurgo; son los ojos juveniles, espejo de almas impolutas, las que instintivamente, pero con el auxilio del estudio que da a la visión largo alcance, pueden hacer el discrimen y repudiar y exterminar aquellas anormalidades cuya eliminación es urgente, para depurar el mundo actual que, al decir de profundos pensadores, se encuentra al borde de la barbarie.

El hombre que tantos recursos para el mal ha encontrado en el terruño que habita, se sale ahora del planeta para estudiar las transmutaciones atómicas del sol y de las estrellas, con el diabólico fin de hacerlas tangibles en engendros de desolación y muerte. Y aquella energía que en los espacios sidéricos sirve sin duda para dar vida a infinidad de mundos habitados, es desvirtuada en este oscuro rincón del universo en donde nos debatimos. Y las naciones que encabezan esta labor macabra son tanto más poderosas y egregias, mientras en su loca y desenfrenada carrera se acercan más a la consecución de aquellas armas infernales. Todo hace suponer que se avecina un suicidio colectivo por envenenamiento atmosférico u otro fenómeno acaso imprevisto, catastrófico y final.

¿Trata el hombre de sumarse a aquellos monstruos antdiluvianos ya desaparecidos para siempre? Surge esta pregunta ante la contemplación de un mundo para el que no tienen valor las concepciones espirituales y se encuentra poseído de un materialismo razonado, como tema de insania.

¿Debe ennoblecerse y perdurar la raza? ¿Pues no son las mentalidades acomodadas a este ritmo las que van a salvar a la humanidad? De ninguna manera. La élite juvenil universitaria es en primer lugar la que puede realizar el milagro. El mundo caduco pertenece a

aquellas mentalidades; y a esta élite, el mundo de mañana: es pues suyo, completamente suyo el porvenir.

Mas para esto la juventud debe dejar obrar a la razón pura, sin ningún apasionamiento y sin abanderarse en ninguno de los bandos que dividen al mundo; sin dar cabida a fanatismos ni politiquerías que ciegan la mente, y son tan perjudiciales para la juventud más aún que para la edad proveya, porque aquella de suyo es apasionada. Y en este punto está el mayor peligro, porque las generaciones corrompidas desorientan y engañan a las renacientes explotando su sentimentalismo; y esto quizá explica por qué perduran tantos errores que han debido ya ser erradicados.

En el Boletín Informativo del II Congreso Universitario y I Asamblea General de la Unión de Universidades Latinoamericanas, que debe tener lugar próximamente bajo los auspicios de la Universidad de Chile, se hace la siguiente Declaración de Principios que es de toda oportunidad y digna de ser aplaudida:

“Al tomar a su cargo la Universidad de Chile la organización de este importantísimo Congreso y Asamblea, sabe perfectamente que contrae una gran responsabilidad, de la que depende su prestigio centenario, adquirido en un esfuerzo de constancia intelectual y cívica que le ha distinguido por su amplitud para vincularse con sus hermanas de América. Es por esto que desea dejar establecido, de la manera más absoluta, que en el Congreso y Asamblea sólo se debatirán aquellos asuntos que específicamente forman las cuestiones de la vida universitaria en todos sus aspectos. No aceptará que en el Congreso y Asamblea se debatan materias políticas de tal o cual orientación ni temas de orden religioso. Busca sólo la solidaridad universitaria en el plano más elevado de los ideales espirituales que han dado a nuestra Universidad la base de su organización, dignidad y prestigio.

Abierta a todas las corrientes de la inteligencia, ha excluido por sistema todo partidatismo en cualquier orden de intereses transitorios, porque sólo busca lo permanente en el dominio de las ideas.”

Esta es la verdadera posición del Instituto Universitario, que debe primar no solamente en los Congresos y Asambleas universitarias, sino también en las aulas y liceos juveniles.

El universitario, para el cabal desenvolvimiento de su personalidad, no debe pues sólo ilustrarse sino también educarse. Para comprender la amplitud de esta palabra, no hay sino que recordar que ella viene etimológicamente del verbo latino **educare**, que en sentido propio significa tanto como cuidar, criar, hacer crecer, alimentar, y por extensión: formar, doctrinar, enseñar, etc.

Desgraciadamente en la actualidad se da preferencia a la ilustración que no a la educación —siendo éste otro de los graves defectos de los tiempos modernos—; pero esto es debido más que a un magisterio deficiente, a ciertos alardes de suficiencia de las generaciones nacientes que las vuelve reacias a la educación y aun a la misma enseñanza. Un crítico sintetiza así este momento histórico con las siguientes palabras: “los hijos de familia son en la actualidad hermanos de los padres; los discípulos, compañeros del maestro; y los jóvenes, maestros de los viejos a los que miran de arriba abajo, y no en afán de superación, sino por mera rebeldía.”

Por suerte hay espíritus selectos que refuerzan la educación con la autoeducación, la que en todo tiempo ha formado y forma a los hombres de verdadero valer. Crearse a sí mismo es algo que debe pertenecer a Dios que seguramente por eso es eterno. El hombre ilustrado vale mucho, pero puede apasionarse o fanatizarse más fácilmente que el hombre educado, que por serlo no es ajeno tampoco a la ilustración.

Por otra parte es consolador que el Instituto Universitario conserve aún su prestigio mundial; así lo manifiestan las fiestas centenarias de algunas universidades, y ahora las de la Universidad de Salamanca, que se celebran con inusitado esplendor y con la concurrencia de delegaciones de los cinco continentes. Es este el momento en que todos los centros culturales del mundo se alborozan con tan fausto acontecimiento, y a una voz ensalzan a la centenaria universidad.

En este paraninfo se ha desarrollado con este motivo un programa especial para conmemorar tan extraordinario suceso, el que ha corrido a cargo de la Facultad de Filosofía y Letras; y es justo que ahora, en esta sesión solemne y como Dirigente del Instituto, oficialice la adhesión de esta Universidad a la de Salamanca, y una mi mo-

desta voz al concierto universal de loanzas, para ponderar la celebridad casi milenaria de la por muchos títulos famosa Universidad de la Madre España. He aquí algunos datos que hemos entresacado de su gloriosa historia:

Como transformación del Estudio General de Salamanca, bajo el reinado de Fernando III, surgió bajo los mejores auspicios la primera universidad española. Brillantemente comenzó su vida universitaria la ciudad de Salamanca, llena de energía y ganosa de prestigios en los solemnes actos de la enseñanza; apenas obtenida la bula pontificia que sancionara su existencia; apenas organizada, con vida independiente del poder real, ya hubo de manifestarse como merecedora de la protección que por igual le dispensaron el Pontífice y el rey Fernando III; y en el reinado de su hijo D. Alfonso X, estableció aquella naciente escuela Cátedras de Lenguas, Retórica, Medicina, Matemáticas y Música, independientemente de los estudios jurídicos y teológicos; y no contento con esto, en su afán de dar vigoroso impulso a la cultura patria, hizo que se tradujesen al latín las mejores obras de los griegos, que los árabes las dieron a conocer en su lengua, así como las que éstos habían compuesto sobre Matemáticas, Química y Medicina, consagrando un especial y decidido interés hacia los conocimientos astronómicos, que recibieron explicación digna de su mérito en las famosas Tablas Alfonsinas. Tales comienzos no pudieron menos de tener grande resonancia en el mundo científico, y bien lo prueba el hecho honrosísimo de que la Universidad de Salamanca viese ocupada en breve sus aulas por discípulos de los más lejanos países, atraídos allí, tanto por su renombre y fama, como por la generosa emulación que supo despertar entre propios y extraños.

En el siglo XIV, tan estéril en noticias literarias, consta igualmente que la Universidad de Salamanca gozaba de muy célebre reputación; pues en el Concilio de Viena se ordenó que se estableciesen escuelas de árabe y demás lenguas orientales en las cuatro más famosas universidades de aquella edad: París, Salamanca, Oxford y Bolonia. Clenardo, cuya gramática griega fue de las que más contribuyeron a la inteligencia de esta lengua, era también catedrático de árabe de esta Universidad, y fue el primero que, con sus escritos, puso en aprecio el estudio de aquel idioma, que había producido la restauración de las letras en Europa. Todos aquellos trabajos no solamente indican la aplicación al estudio de las lenguas sabias, sino tam-

bién el fomento general que se dió a las ciencias morales y naturales en la extensión entonces posible. Las ciencias sagradas y la literatura caminaban a la par a su restauración y puliendo al paso la lengua española. Alfonso **el Tostado**, doctor y catedrático de esta Universidad, no tuvo otros maestros que los de sus aulas para sobresalir en el Concilio de Basilea por sus conocimientos en la ciencia sagrada y en las lenguas griega, hebrea y latina. Antonio de Nebrija con su diccionario latino y demás escritos suyos y también los de Alvarez y **el Brocense**, restauraron la lengua latina en Europa. La oración de Alfonso de Benavente, recitada en la Universidad en el siglo XV, en elogio de las ciencias, prueba su adelantamiento en aquella edad, en la cual García de Meneses, Jaime Giménez, Florián del Campo, Juan Ginés de Sepúlveda y otros preparaban en Salamanca el siglo de oro de la literatura española.

El cardenal Cisneros salió de esta Universidad, como así mismo Arias Montano. Vitoria restauró la Teología dogmática; Antonio Agustín restableció el estudio de la Jurisprudencia civil y eclesiástica, el maestro Cano estudia las verdades divinas; Pedro Monzón, siguiendo el consejo de Platón, introduce la loable costumbre de enseñar elementos de Aritmética y Geometría antes de entrar en los estudios filosóficos; Fernando Núñez, **El Comendador Griego**, escribió sus doctas observaciones sobre los libros de Plinio, siendo profesor de Salamanca.

Pedro Ciruelo pasó de las aulas de esta Universidad a ser el primer catedrático de matemáticas en París, como Bartolomé Ramos, en el siglo anterior pasó a ser profesor de música en Bolonia. Francisco Salinas fue también a enseñarla en Italia, y los siete libros de música de este célebre ciego le granjearon gran reputación. De su general estudio salieron maestros para la corrección del Decreto de Graciano y para concluir y perfeccionar la del cómputo eclesiástico gregoriano.

Los nombres de Pedro Chacón, Fernán Pérez de Oliva, Fray Luis de León, Francisco Sánchez de Brozas, Azpilcueta, Zurita, Covarrubias, Salgado, Ramos, Laguna, Medina y otros que sería largo enumerar, constelan los antaños de la Universidad. Entre los modernos nos contentaremos con citar al gran Unamuno que fue uno de sus rectores. Tan egregios nombres bastan para acreditar la bien mere-

cida fama que en todo orden científico y literario, ha gozado la Universidad de Salamanca, perinclita institución que durante siete siglos de gloriosa existencia, ha podido repetir día a día la célebre frase que en sus aulas pronunciara Fray Luis de León: "decíamos ayer".

Y llegó el memorable día en que la sapiencia de la Universidad de Salamanca, por antonomasia la sapiencia ibérica, arribara a quemar los mares en las carabelas de Colón, juntamente con la sangre y el idioma de la Madre España; a la manera de antorcha olímpica que atravesando el océano, viniera a prender su inexhausta lumbre en tierras de América.

Y esta Universidad de Cuenca del Ecuador, una de sus filiales, se adhiere fervorosamente a las magnas fiestas de la perinclita y siete veces centenaria Universidad, en este acto público en que declaro solemnemente inaugurado el año académico de 1953 - 1954."

Inmediatamente habló el señor Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, doctor Francisco Alvarez González, para rendir homenaje a la Universidad de Salamanca, como se indica en la nota precedente; y para concluir la ceremonia el señor Alejandro Serrano Aguilar, alumno de las Facultades de Ciencias Matemáticas y Filosofía y Letras, pronunció las siguientes palabras:

"Señor Rector,
Señores Miembros del H. Consejo Universitario,
Señores Profesores,
Señoras, Señores,
Compañeros Universitarios:

Mi deber en esta oportunidad es presentar el protocolario saludo de bienvenida a la nueva generación que se inicia hoy en la vida universitaria. Nada más satisfactorio que hacerlo con un máximo de afecto y cordialidad. Pero creo que, junto al cariñoso y simbólico apretón de manos, debe ir la palabra sincera a modo de una confidencia hecha de amigo a amigo, la palabra espontánea a la manera de una reflexión en voz alta, no como una censura al pretérito sino como una cimentación para el porvenir.

El hecho de iniciar una nueva manera de vida, es bastante más complejo y trascendental de lo que a primera vista parece, pues supone un receso concienzudo por parte del sujeto a fin de elegir para sí, aquel camino en cuyo comienzo se encuentra; y exige la previa elaboración de un programa de actividades a realizar a lo largo de él. Lo que le interesa, en consecuencia, no es el instante actual sino el por venir. A la postre, es la preocupación por el futuro, característica exclusiva del ser humano; pues, en realidad de verdad, el hombre es el único ser del universo que tiene por menester esencial hacerse su propia vida, es a la vez dramaturgo y protagonista de ella. Y precisamente en goce de esta facultad los que hoy nos hemos congregado, coincidimos en haber escogido para cada uno de nosotros un tipo de vida —la universitaria— dejando al margen un sinnúmero de posibles maneras de vivir. Desde este mismo momento nos encontramos ya viviendo en la Universidad; nuestros días van a decurrir en función de ella; cada uno de nuestros actos estará determinado por sus exigencias. Lanzarnos por sus caminos a la buena de Dios, traería como secuela ineludible la perplejidad, nos sentiríamos inseguros y en trance de naufragio. Una idea falsa de la misma conduciría al fracaso, como a aquel caminante que en el desierto siguió el espejismo de un oasis. Si tal puede ocurrir, es preciso adentrarnos en su carácter específico, y procurarnos un saber en lo posible completo y acertado de lo que ella es y significa, para poder desenvolvernos adecuadamente en el medio.

La celebración del VII centenario de la Universidad de Salamanca ha sido un grato motivo para revivir el origen y la historia de esas instituciones de carácter exclusivamente accidental. Nacen en pleno siglo XIII para el "cultivo y enseñanza del saber organizado". La Edad Media, tan amiga de las corporaciones públicas, añade ésta que, junto con los municipios habría de prestar tantos beneficios a la posteridad. Elementos de los más remotos países de Europa, impulsados por el afán de SABER confluyen a estos centros de enseñanza, en donde la inteligencia se ha erigido como Institución. Huelga el hacer consideraciones de tipo histórico, para afirmar que, ésta misma ha sido su trayectoria hasta muy adentrado el siglo XIX, en donde marca la línea máxima de su apogeo.

Pero entonces, en vista de este glorioso pasado y en presencia del futuro que nos atañe directamente a nosotros, cabe la pregunta

escudriñadora: ¿Qué es ahora la Universidad? ¿Qué es lo que vamos a ser en ella el día de mañana? Indudablemente que los ideales de vida cambian en relación directa a la alteración de las circunstancias; y, sin más ambages me atrevería a decir que han cambiado éstas, totalmente. En efecto, a fines del siglo XVIII se opera una revolución política e industrial en Europa. El hombre de entonces siente cansancio de pensar y se dedica a distraer su intelecto en ocupaciones ajenas a su actividad. Estamos asistiendo a la sistematización de la industria en gran escala; al loco afán de producir más, con menor esfuerzo; para lo cual tuvo que buscar la ayuda de las máquinas. Los progresos realizados en este sentido constituyen la página gloriosa de la última centuria. La **pasión del poder** que crea la máquina, intenta sustituir a la **pasión del saber** que en la Edad Media engendró la institución universitaria. Ahora al hombre —me refiero por supuesto al hombre de tipo corriente— ya no le interesa saber lo que las cosas son, sino la posesión de ellas; le urge a todo trance un método seguro y rápido para dominarlas o, en términos contundentes, requiere de la técnica.

El cambio es palmario; y la posición de la Universidad no puede ser idéntica a la de su etapa auroral; la variante introducida en la sociedad ha de repercutir necesariamente sobre aquélla. Pero fijémosnos que el hombre creó una técnica para su servicio. Fue el ideal de su felicidad el que le indujo a multiplicar desmesuradamente un sistema de órganos artificiales que colaborasen y prolongasen la acción de los que por naturaleza poseía.

Si una Universidad ha orientado su plan de estudios de tal manera que la técnica esté al servicio del individuo, es posible que ande bastante acertada en su misión. Pero no vaya a ocurrir lo contrario, es decir, que en un exceso de benevolencia para con el tiempo empiece a fabricar individuos para la técnica.

Mas, yo creo, que el peligro no está tanto en la Universidad como en el mismo individuo. En este pintoresco rincón de los Andes, por ejemplo, el personal docente, con talento digno de encomio, ha sabido poner los medios eficientes para que el alumno haga su ciclo de estudios de acuerdo a su condición de persona racional, e incluso ha adoptado medidas serias para contrarrestar el avance del flujo maligno. No otra cosa significan los estudios humanísticos impuestos

en los primeros cursos de las distintas facultades. Y no es un azar el hecho de que dos años antes del funcionamiento de la Escuela de Química Industrial haya creado la Facultad de Filosofía y Letras.

El hombre es el que en los últimos decenios ha transmutado el recto orden de las cosas. Por su propia voluntad se ha convertido en un adorador, si no en un esclavo de la técnica. Y aquí está el daño. Hacer de la técnica un fin es lo que con toda razón puede llamarse el mal del siglo XX, y que con no menos angustia hemos de declarar a las juventudes venideras. Por ende, el hombre mismo es el llamado a corregir su error; antes de que sea demasiado tarde es preciso ubicar a la técnica en el sitio donde nació; presionarla a que vuelva en servicio del hombre y de su causa espiritual. Esta es la invitación que nos hace nuestro Plantel Máximo al intensificar los estudios que podríamos llamar desinteresados, a fin de que por acción de ellos, se neutralice el mal ambiente que amenaza sofocar a los hombres.

Con esto no quiero decir que hay que cortar el progreso de la Humanidad. Hace falta vivir alejado de la realidad para desconocer el beneficio que prestan los adelantos materiales. La máquina es un bien. El mal está en el modo de utilizarla nosotros. Por otra parte la Historia de la Humanidad no nos regatea ejemplos de civilizaciones que decayeron y desaparecieron llevándose a su tumba todo el cortejo de progresos técnicos. Eso nos muestra, únicamente, la precariedad de todas las cosas humanas y la irracionalidad de atribuir un valor eterno y absoluto a cualquier valor humano. La máquina es la gran demostración de que el hombre no es apenas el fruto de la naturaleza física o animal, sino que posee un alma trascendente que lo coloca —soberano— por encima de las cosas y de los seres inferiores.

Y esta noble posición de superioridad, don excelso y gratuito de la creación es la que debemos conservar, si queremos llamarnos hombres en el sentido cabal de la palabra. Las cosas están hechas para nuestro bien; pero hay el peligro de que nos entreguemos a su servicio. Con el amanecer de hoy, se nos ha abierto un gran horizonte que es la vida. Calibán asecha; pero Ariel confía en nuestra voluntad y en nuestro esfuerzo."

NOVIEMBRE

✓ Día 2

En ceremonia simbólica pero plena de solemnidad, fue colocada la primera piedra de la Ciudad Universitaria, al iniciarse los trabajos del edificio en que funcionará, en cercano día, la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales. Conforme a lo dispuesto por el H. Consejo Universitario, en el actual local central que ocupa la Universidad, se realizó una concentración de autoridades universitarias, miembros del personal administrativo y alumnado de todas las Facultades e Institutos anexos del Plantel. Una vez que estuvieron presentes los invitados especiales de la Universidad, se inició el desfile hacia el sitio en el cual, a las orillas del Río Tomebamba, se levantará la Ciudad Universitaria de Cuenca. Los alumnos de las Facultades de Jurisprudencia y Ciencias Matemáticas, estuvieron presididos por las Señoritas Jurisprudencia e Ingeniería, doña Martha Toral Vega y doña Bertha Muñoz González, respectivamente.

En el hermoso lugar destinado a ser la sede de la Universidad Cuencana, flameaban los pabellos del Ecuador y del Instituto. Cuando la numerosa concurrencia había llegado totalmente, el Himno de la Universidad fue cantado por los alumnos del Conservatorio de Música y luego el señor Rector del Plantel, doctor don Carlos Cueva Tamariz, que haciendo un paréntesis a sus labores parlamentarias había venido para asistir a la ceremonia, pronunció el siguiente discurso:

X "Señor Vicerrector,
Señores Decanos,
Señores Profesores,
Señoritas Jurisprudencia y Ciencias Matemáticas,
Señores estudiantes:

Al cabo de casi dos lustros de afán por dotar a nuestra Universidad de nuevos edificios para el cómodo desenvolvimiento de sus

labores, podemos hoy iniciar la construcción del primero de ellos, destinado a la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales.

El sueño de ver a nuestra ya casi centenaria Casa de Estudios Superiores asentada materialmente en un conjunto de edificaciones amplias, claras, acogedoras, alejadas del ruido y del tráfico del centro ciudadano, propicias al estudio y al trabajo, comienza a tornarse en realidad.

Después de un año se alzarán en este hermoso lugar, destacándose sobre el fondo verdinegro del paisaje, el primer edificio del conjunto de pabellones planificados para el funcionamiento de las diversas Facultades y Escuelas que constituyen la Universidad de Cuenca. Y ojalá los dirigentes del Estado nos ayuden a continuar la obra sin interrupción, cumpliendo los compromisos contraídos con la Universidad.

Porque debe saberse que esta empresa de dotar al Instituto de modernos y cómodos ambientes de trabajo y de estudio se debe al esfuerzo exclusivo de nuestra Universidad, que hasta hoy no ha recibido con este objeto ayuda material alguna. Facultada por un Decreto Legislativo para vender el Palacio Universitario y los ruinosos edificios adyacentes, el Estado adquirió el primero hacen ya cuatro años sin haber pagado hasta hoy su precio, cercano a los cuatro millones de sucres. El Núcleo azuayo de la Casa de la Cultura compró los segundos y es con el valor de ellos que hemos logrado asegurar la construcción del edificio cuya primera piedra colocamos en estos momentos, inolvidables para la vida de la Universidad cuencana.

Naturalmente que no será posible llegar a la culminación de esta ambiciosa empresa sin la ayuda de los Poderes Públicos, que ha de consistir, no solamente en el cumplimiento de las obligaciones contractuales, sino en la asignación de fondos suficientes, especialmente destinados a las construcciones de esta pequeña ciudad universitaria.

El anhelo de la Universidad sería el de que lleguemos a la conmemoración del cuarto centenario de la fundación de Cuenca con los edificios de la primera etapa prevista en el plan del Arquitecto Cubillo Renella totalmente concluidos. Ello sería dable si el Estado hace honor a la firma de sus personeros, estampada en un contrato solem-



El señor Rector de la Universidad, doctor don Carlos Cueva Tamariz, el momento en que pronunciaba su discurso en la ceremonia de colocación de la primera piedra en la Ciudad Universitaria.

ne, como es el de la compra-venta del Palacio Universitario, destinado a la Corte Superior y a sus dependencias.

El proceso de crecimiento de la Universidad de Cuenca hace ya indispensable la dotación de edificios modernos, técnicamente consultados para la función educativa superior, capaces de albergar una población estudiantil creciente, con amplias salas para las bibliotecas, auditorios, seminarios de trabajo, gabinetes y laboratorios. Nacida al amparo del Colegio Nacional de San Luis, fundado por el gran Juan Bautista Vázquez, nuestra Casa de Estudios pudo en su primera etapa albergarse en los viejos claustros de la casa colegial que frecuentamos hacen más de treinta años. Luego puso casa aparte, de monumental apariencia externa, mas insuficiente ya para el expedito desenvolvimiento de sus múltiples actividades. Ha llegado ya la hora de asentarla firmemente sobre bases de amplitud y de comodidad, en un sector suburbano, con visión de su crecimiento futuro.

Esta ceremonia inicial, de un esfuerzo constructor, llena de júbilo y de esperanza, sea para todos nosotros, dirigentes, catedráticos y estudiantes de la Universidad, ciudadanos todos de Cuenca, ocasión para renovar, con fe más viva en los destinos de la cultura y de la educación, nuestros votos de servirla con perseverancia, como la más eficaz manera de ser fieles al mandato de nuestros antepasados que, hacen ciento treinta y tres años, se esforzaron por darnos una patria libre y digna."

Mientras la orquesta ejecutaba el Himno de Cuenca, el señor Rector hizo funcionar los dispositivos que sostenían la piedra simbólica con una inscripción alusiva al acto que estaba realizándose, y la colocó en su sitio en medio del aplauso de los asistentes.

Luego hicieron uso de la palabra el señor Clemente Napoleón González, en representación de la Federación de Estudiantes Universitarios y el señor Enrique Vázquez J., a nombre de Asociación Escuela de Derecho.

Así, como una hermosa contribución de la Universidad a la solemnidad de las festividades de la Ciudad de Cuenca, al cumplirse el CXXXIII aniversario de su emancipación

política, se dió comienzo a los trabajos del edificio que se levantará para que en él funcione la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales. En los anales de la vida universitaria este acto tiene un trascendental significado, pues determina la iniciación de una nueva etapa en la brillante trayectoria que sigue el Instituto.

Día 5

La Universidad, fiel a la tradicional costumbre establecida desde hace ya algunos años, celebró sesión especial y solemne para rendir homenaje a los próceres de la Independencia de la Ciudad de Cuenca.

El discurso de ocasión lo pronunció el señor Vicerrector del Plantel en ejercicio del Rectorado, doctor Manuel María Ortiz, en estos términos:

“Señores:

En todos los institutos educacionales del mundo tienen lugar ciertos actos solemnes consagrados por la costumbre, tales como los relativos a la apertura de cursos y a los de despedida y adjudicación de premios a los alumnos egresados.

Estos últimos actos, sobre todo en donde existe clausura, dan lugar a escenas emocionantes, que hasta han sido llevados a la pantalla, no sólo como sucesos importantes de la sección de noticias mundiales, sino como patético argumento de exitosas películas cinematográficas.

Y en verdad hay motivo suficiente para que tal acto despierte el interés de los espectadores, por cuanto todos ellos han vivido esos momentos de emoción, al abandonar los bancos de las escuelas primarias, de los colegios de segunda enseñanza o de las universidades, después de una labor de muchos años, que transcurren a lo largo de la candorosa niñez y de la florida juventud, esto es de lo mejor de la vida, cuando el hombre se ilustra y sueña a la vez, cuando la razón se esfuerza en resolver tantos y tan difíciles problemas, y los músculos, entre los cuales se cuenta el corazón, abren paréntesis quizá úti-

les para el benéfico cambio de actividades, quizá perjudiciales para que la abstracción científica sea cumplida; pero que en todo caso constituyen la sal que condimenta la vida, cuando todavía el futuro profesional no se enfrenta con la dura realidad, que está siempre llena de contrariedades y sinsabores. Sucede entonces que los ojos se vuelven hacia atrás, para añorar esos bancos escolares que tan duros parecían, y que ahora se los mira, en la brumosa lejanía, todo mullidos con los más suaves y hermosos recuerdos.

¿Y cuál es la finalidad de los estudios universitarios que culminan después de tantos y tan laboriosos años? La finalidad, al parecer, no es otra que la adquisición de una profesión para la lucha por la vida. Así mirada una profesión viene a ser algo como un cardo que fuera la única florescencia de una frondosa mata cultivada largamente y con esmero; una arma, quizá mortífera, forjada en el yunque de una larga enseñanza o, en el mejor de los casos, una operación comercial cruda y prosaica, que puede degenerar en explotación inmisericorde.

No, una profesión universitaria es algo más noble y mejor: es el título honorífico que acredita que una persona posee una ilustración superior, que le coloca por encima de la vulgaridad de las gentes; es el prestigio efectivo de un ciudadano que se encuentra en potencia de actuar en todo momento en bien, honra y provecho de la sociedad a la que se debe.

Porque no hay que olvidar que el ejercicio de la profesión es un verdadero apostolado, en el que debe primar ante todo un altruismo a toda prueba, ya mediante el consejo desinteresado, ya con la eficaz defensa de la salud y bienes ajenos, gratuitamente si el caso lo requiere, ya con la técnica al servicio de la beneficencia, ya, en fin, con el renunciamiento de la propia comodidad y aun de la vida en bien de la colectividad. Si el profesional en virtud de su título se ha colocado sobre el común de las gentes, es preciso que sepa defender su situación con elevación de miras y de propósitos, tales que evidencien su superioridad indiscutible.

Las profesiones liberales arrancan desde los primitivos tiempos y arraigan en los sentimientos más nobles de la raza. La abogacía, por ejemplo, comienza con los llamados “Defensores Caritativos”, los

cuales tomaban sobre sí el cargo de defender gratuitamente y hacer triunfar los derechos violados de aquellas personas que no podían hacerlos valer por sí mismos, como los huérfanos, las viudas, los pobres y los ignorantes. Esta primitiva modalidad subsiste aún en los defensores de pobres y en los consultorios gratuitos, como el adscrito a nuestra Universidad.

Tan definida era esta profesión como gratuita, que la historia conserva aún el nombre del griego Antisoaes, que fue el primero que cobró para defender a sus clientes, tardando poco en imitarle los demás; pero al principio estaba mal mirada esta avidez por el lucro. Esto no obstante, esta profesión ya remunerada está considerada como una de las más nobles, porque defiende los más preciados intereses del individuo y de la sociedad. En España, Alfonso X decretó que los que tuviesen veinte años de escuela de leyes, disfrutasen de la honra de condes.

La medicina, en los tiempos primitivos se confunde con el sacerdocio, pues los nobles propósitos de esta ciencia no podían ser ejercidos por personas de menos categoría. A veces tenía carácter divino, y así vemos a Esculapio como una de las divinidades del olimpo mitológico. Poco a poco se fue desligando la medicina de los lazos sacerdotales, para llegar a ser, en los tiempos modernos, una de las profesiones más nobles y humanas.

De igual manera podría rastrearse el noble abolengo de otras profesiones, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos y se han ido desarrollando a compás de la civilización; porque las profesiones no son meros artificios ni engendros inútiles, sino que son actividades inherentes a la persona humana, que es naturalmente social y necesita del concurso y auxilio de los demás. Así se cumple con la ley de la división del trabajo, en el que cada uno demuestra su capacidad profesional.

Ahora bien, el órgano de esta función social, en su más alta expresión, es la Universidad. Es verdad que en ella existen escuelas que fomentan el estudio de la ciencia pura, bajo el punto de vista histórico, doctrinal o de investigación, pero las más tienen por objeto la formación profesional o sea la educación intelectual y moral encaminada al ejercicio de una profesión. Y las facultades universita-

rias, sea cual fuere su finalidad, no se interfieren, sino que hay entre ellas un lazo que las aúna; pues si es verdad que los graduados no deben salir sin la preparación necesaria para el ejercicio de una carrera, a causa de una enseñanza meramente teórica, tampoco deben ser incapaces de profundizar especulativamente los problemas inherentes a aquella profesión. La formación de este nexo es, entre otros motivos, la finalidad de la Facultad de Filosofía y Letras, cuyo renacimiento es cada vez más vital y necesario en la complejidad de la vida universitaria moderna.

A la Universidad le cumple pues la estructuración de los planes de estudio, programas a desarrollarse, etc., etc., como también el deber de encauzar, dirigir, fomentar y perfeccionar la enseñanza que corresponde a las diversas profesiones, libremente elegidas por los alumnos. Les cumple también a las universidades avivar el estímulo y la emulación sana, en orden a la mayor dedicación al estudio y al aprovechamiento del alumnado, y, finalmente, es deber suyo y muy grato, premiar a aquellos alumnos que por sobresalir entre los demás, merezcan esta alta distinción.

Tal el objeto de este acto solemne: galardonar públicamente a los alumnos egresados, que en el año académico próximo pasado, sobresalieron en las distintas facultades y escuelas, tanto por su dedicación al estudio como por su magnífico aprovechamiento.

El premio "BENIGNO MALO", la más alta presea universitaria, que en breve ostentarán ellos sobre su pecho, con el nombre del primer Rector de esta Universidad, debe recordarles aquellas palabras que el ilustre patricio pronunciara en el discurso de inauguración: "Ojalá, señores, que en el frontis de nuestra Universidad se leyera esta inscripción: Honor y gloria a todos los talentos, a todas las virtudes, a todos los merecimientos! Así comprendida la Universidad de Cuenca, será, señores, el más grande bien que el cielo nos pudiera enviar, iniciará una grande época de regeneración social y ejercerá una poderosa influencia en los destinos del Ecuador entero!"

En cumplimiento del mandato del primer Rector de esta Universidad, que desde entonces quedara grabado en el frontis de esta casa, se realiza este acto solemne, en honor y gloria de los alumnos sobresalientes.

Este acto es además uno de los números de las fiestas novembrinas, con que se glorifica a los próceres de nuestra memorable emancipación, que hace algo más de una centuria nos dieron patria y libertad. Si es verdad que sus sombras venerandas, evocadas por las jubilosas voces de las fiestas populares, se levantan de su sarcófago para avisorarlas desde un mundo invisible y superior, tengo para mí que este acto académico, número cultural con el que contribuye la Universidad de Cuenca, lo habrían de encontrar muy de acuerdo con los ideales que ellos tuvieron para darnos una patria libre.

Dos son pues los motivos para la celebración de este acto solemne: la conmemoración de nuestro ingreso en el concierto de las naciones soberanas, mediante los heroicos hechos de los próceres de nuestra independencia, y también el cumplimiento del mandato del primer dirigente de esta Universidad, cual es el de tributar "honor y gloria a todos los talentos, a todas las virtudes, a todos los merecimientos!"

Inmediatamente se procedió a la entrega de la Condecoración "Benigno Malo", la más alta presea estudiantil, a los egresados del Plantel durante el año académico 1952-1953 que, por sus sobresalientes méritos, se habían hecho acreedores a esa distinción. Hizo el ofrecimiento de la Condecoración el catedrático doctor Julio Enrique Toral Vega y luego, el señor Vicerrector y más autoridades universitarias impusieron la medalla a la señorita Lola Regalado Ortiz de la Escuela de Química y Farmacia; al señor Edmundo Alvear Maldonado de la Escuela de Derecho; al doctor Teodosio Valdivieso Carrasco de la Escuela de Odontología; al señor Ariolfo Humberto Rodríguez de la Escuela de Medicina, y al señor Jorge Vélez Jaramillo de la Escuela de Ingeniería Civil.

Se entregó, también, al señor Guillermo Moreno Peña, el premio "Honorato Loyola", que la H. Junta Central de Asistencia Pública del Azuay y Cañar dona para el mejor estudiante de Clínicas en cada año escolar.

Al iniciarse y al finalizar la ceremonia, los alumnos del



El señor Rector de la Universidad de Cuenca, doctor, don Carlos Cueva Tamariz (al centro), durante la visita que los delegados al Congreso de la Unión de Universidades Latinoamericanas hicieron al señor Ministro de Educación de la República de Chile. A la izquierda del señor Rector, el señor Ministro de Educación.

Conservatorio de Música del Plantel corearon los himnos de la Universidad y de la Ciudad de Cuenca.

✓ Día 10

En la ciudad de Guayaquil se reunió el décimo congreso de la Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador. De conformidad con las prescripciones estatutarias de la Entidad, la sede nacional de la Federación, en el presente año, corresponde a la ciudad de Cuenca. El Congreso designó Presidente de la Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador al alumno de la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas de la Universidad cuencana, señor Clemente Napoleón González. La Universidad espera que la labor de la FEUE en este nuevo periodo en que su sede nacional corresponde a la ciudad de Cuenca, sea benéfica para los altos intereses clasistas que representa, para la cultura y para la ciencia.

✓ Día 23

En la ciudad de Santiago de Chile se dió comienzo a las sesiones del segundo congreso y primera asamblea de la Unión de Universidades Latinoamericanas, a la que pertenece la Universidad de Cuenca.

El Instituto acreditó una delegación integrada por el señor Rector del Plantel, doctor don Carlos Cueva Tamariz, y por el señor Decano de la Facultad de Ciencias Médicas, doctor Miguel Alberto Toral L., que oportunamente viajaron para incorporarse a la trascendental reunión universitaria que será de positivo beneficio para el intercambio cultural y el conocimiento mutuo entre las Universidades de Latino América, así como para la solución de los múltiples problemas que, en el campo pedagógico, las afecta.

El temario tratado y que mereció, previamente, la aprobación del Consejo Directivo de la Unión de Universidades Latinoamericanas, fue el siguiente:

I

- 1.—Informe de las labores de la Unión de Universidades Latinoamericanas durante el periodo 1949 - 1953.

II

- 2.—Coordinación de la enseñanza media, liceana o secundaria con la enseñanza universitaria:

- a) Plan de Estudios;
- b) Bachillerato;
- c) Cursos pre-universitarios;
- d) Orientación profesional universitaria (deserción y plétora estudiantiles universitarias).

- 3.—Instituto Latinoamericano de Orientación Profesional Universitaria.

III

- 4.—Aplicación de la Carta de las Universidades Latinoamericanas:

- a) Objetivos y finalidades de las Universidades Latinoamericanas;
- b) Organización de la enseñanza e investigación en las Universidades Latinoamericanas;
- c) Estatuto del Profesor y del Estudiante Universitario Latinoamericano;
- d) Gobierno y Administración de las Universidades Latinoamericanas;
- e) Patrimonio de las Universidades Latinoamericanas.

IV

- 5.—Coordinación de Servicios y Unificación de Informaciones Estadísticas entre las Universidades Latinoamericanas.

V

- 6.—Orden al Mérito de la Unión de Universidades Latinoamericanas.

VI

- 7.—Organización y Coordinación de la enseñanza e Investigación de las Ciencias Económicas en las Universidades Latinoamericanas:

- a) Reseña histórica del desarrollo de la enseñanza de las Ciencias Económicas en las Universidades Latinoamericanas;
- b) Principios normativos y finalidades de las Escuelas de Ciencias Económicas de las Universidades Latinoamericanas;
- c) Requisitos de Ingreso;
- d) Organización de la Enseñanza: materias o asignaturas; su distribución por cursos (anuales o semestrales) y horas semanales (teóricas y prácticas); programas que comprenden Métodos didácticos;
- e) Organización de la Investigación Científica: pre-Seminarios, Seminarios e Institutos;
- f) Organización de la Práctica Comercial;
- g) Sistemas de Calificaciones y Promoción;
- h) Grados Académicos y Títulos Profesionales;
- i) Unificación de la nomenclatura de las Facultades, Escuelas, Institutos y Seminarios de Ciencias Económicas de las Universidades Latinoamericanas; de las Materias o Asignaturas que comprenden sus Planes de Estudios y de los Grados y Títulos que confieren.

- 8.—Departamento de Coordinación de la Enseñanza e Investigación de las Ciencias Económicas en las Universidades Latinoamericanas:

- a) Fines, organización y financiamiento;
- b) Centro Piloto Latinoamericano de Ciencias Económicas.

VII

- 9.—Reformas de las Bases Constitutivas de la Unión de Universidades Latinoamericanas.
- 10.—Financiamiento de la Unión de Universidades Latinoamericanas.
- 11.—Elección del Consejo Directivo.
- 12.—Determinación de la sede definitiva de la Unión de Universidades Latinoamericanas.

VIII

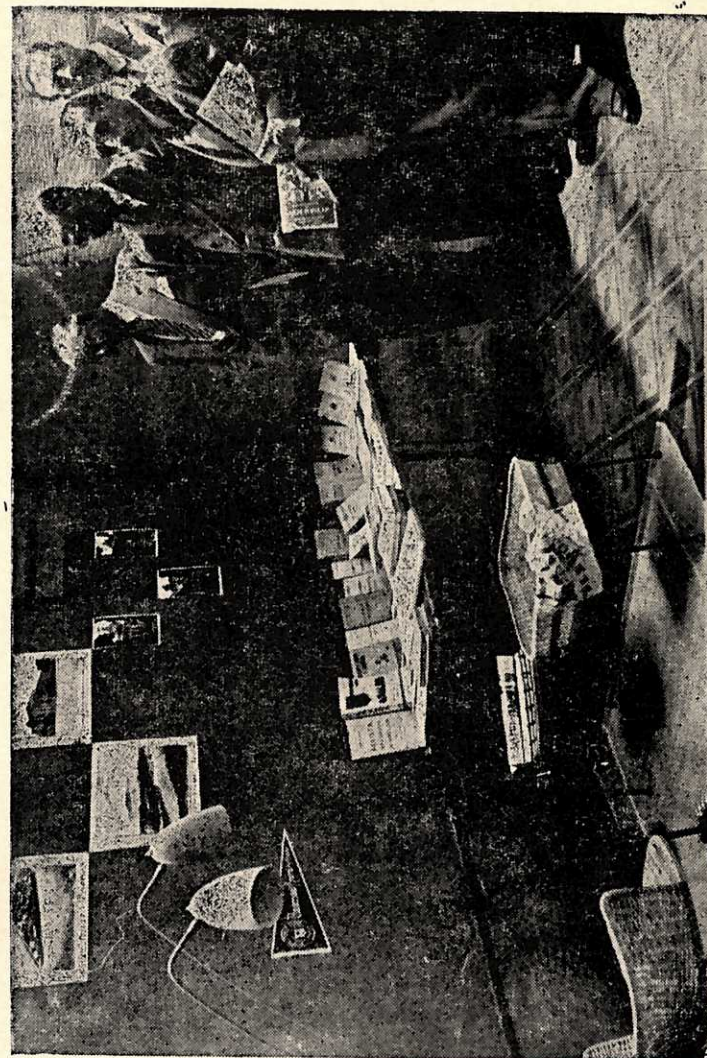
13.—La Unión de Universidades Latinoamericanas y la Asociación Internacional de Universidades.

Por la imperiosa necesidad de cerrar la edición de la presente entrega de ANALES, antes de que la reunión universitaria clausure sus labores, la comisión redactora se priva de insertar en esta sección las resoluciones adoptadas en el Congreso y las ponencias presentadas a su consideración por los delegados de la Universidad de Cuenca. Por ahora la Comisión tiene el agrado de informar sólo sobre las principales resoluciones referentes a la organización de la Entidad, que son las siguientes:

1.—Fijación de la ciudad de Río de Janeiro como sede de los próximos Congreso y Asamblea General de la Unión, que se realizarán después de cuatro años.

2.—Fijación de la ciudad de Guatemala como sede permanente de la Secretaría General de la Unión. Las funciones de Secretario General fueron confiadas al Ingeniero Guillermo Cotto Conde, reeligiéndole para el desempeño de ese cargo.

3.—Designación del Consejo Directivo de la Unión de Universidades Latinoamericanas, cuyos miembros se dividirán en dos grupos cada uno de los cuales actuará en un período de dos años. Para el primer período bienal el personal del Consejo estará integrado así: Presidente el Rector de la Universidad de Santiago de Chile, doctor Juan Gómez Millas; Vicepresidente el señor doctor Carlos Martínez Durán, catedrático de la Universidad de San Carlos de Guatemala y ex-presidente de la Unión de Universidades Latinoamericanas; miembros del Consejo el Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, doctor Nabor Carrillo Flores; el Rector de la Universidad de Cuenca, doctor Carlos Cueva Tamariz; el Rector de la Universidad de los Andes, doctor González Casas y el doctor Salvador



Stand correspondiente a las Universidades de Cuenca y Quito, que fue elegidamente comentado por las personas que visitaron la exposición de motivos universitarios organizada para la reunión del II Congreso de la Unión de Universidades Latinoamericanas.

Massip, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Habana.

El Instituto, brillantemente representado en los certámenes universitarios por su Jefe máximo doctor Cueva Tamariz, y la República del Ecuador, por consiguiente, recibieron un alto honor y una especial deferencia del Congreso al ser designado el Rector de la Universidad de Cuenca para que integre el Consejo Directivo de la Unión. El doctor Cueva Tamariz dejó constancia del reconocimiento de nuestro país, y de manera especial del de la Universidad Cuencana, por la señalada distinción acordada a su favor.

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA, por su parte, expresa al doctor Cueva Tamariz su felicitación por el merecido homenaje que se le ha dispensado justiciaramente y por el acierto con que supo representar al Plantel en tan importantes reuniones de carácter internacional.

En la Exposición de Motivos Universitarios organizada para los días en que estuvieron reunidos el II Congreso y la I Asamblea General de la Unión, la sección correspondiente a la Universidad de Cuenca mereció elogiosos comentarios de los congresistas y del público que concurrió a admirarla.

Día 28

De conformidad con las prescripciones reglamentarias, en todas las Facultades del Instituto se llevaron a cabo los comicios para designar representantes del estudiantado ante los diversos organismos universitarios, obteniéndose el resultado siguiente:

REPRESENTANTES ANTE EL H. CONSEJO UNIVERSITARIO:

Por la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales: Sr. Eugenio Moreno Heredia.

Por la Facultad de Ciencias Médicas: Sr. Nelson Samaniego Rodríguez.

Por la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas: Sr. Marco Tullio Córdova Cobos.

REPRESENTANTES ANTE LAS JUNTAS DE FACULTAD:

En la de Jurisprudencia y Ciencias Sociales:

Sr. Jaime Espinosa Vega
 Sr. Galo Vega Arriaga
 Sr. Guillermo Torres Ochoa
 Sr. Genaro Peña Ugalde
 Sr. Alejandro Vintimilla Borrero.

En la de Ciencias Médicas:

Sr. Cristóbal C. Delgado
 Sr. Flavio Muñoz Zamora
 Sr. Julio César Aguilar
 Sr. Alberto Guillermo Delgado
 Sr. Alejandro Serrano Galarza
 Sr. José A. Aguilar Maldonado
 Sr. Jorge Arizaga Cobos
 Sr. José R. Vázquez R.

En la de Ciencias Matemáticas y Físicas:

Sr. Luis A. Monsalve Ortiz
 Sr. Hermel Durán Córdova
 Sr. Alfonso Pozo Vélez
 Sr. Hernán Vintimilla Ordóñez.

En la de Filosofía y Letras:

Sr. Carlos Cordero Jaramillo
 Sr. Enrique Vásquez J.

DICIEMBRE

Día 4

Para el período bienal de 1953 - 1955, la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas procedió a elegir sus per-

soneros. Las funciones de Decano de la Facultad fueron confiadas al Ing. Sr. Arturo Ramírez Aguilar, y para el cargo de Subdecano de la misma fue elegido el Ing. Sr. Enrique Hinojosa Cobos. También la Junta acreditó como uno de sus representantes ante el Consejo Directivo de la Facultad, al Profesor Ing. Rafael Vélez Jaramillo.

NOTA FINAL

La Comisión Redactora de ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA se complace en insertar en sus páginas la valiosa opinión que ha recibido del señor Director de la Biblioteca de la Universidad de Antioquia, doctor Alfonso Mora Naranjo, con motivo de dos de las últimas publicaciones de la Universidad. Las notas correspondientes dicen así:

"BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA".— Nº 5961.—Medellín, octubre 2 de 1953.— Señores Universidad de Cuenca.— Ecuador.— Apartado Nº 168.— Estimados señores:— Me es grato comunicarles que acabo de recibir la importante publicación de ustedes titulada "Guía de la Universidad de Cuenca", que tan gentilmente nos han enviado. Para nuestra Biblioteca de la Universidad de Antioquia es una distinción tener entre sus novedades bibliográficas este magnífico documento universitario de ustedes, que tanto ha de servir a nuestros lectores deseosos de conocer el ritmo del movimiento intelectual de América. La obra de la Universidad de Cuenca se transparenta en sus altas realizaciones por medio de esta guía que es como un compendio de la realidad espiritual del Ecuador. Envío para ustedes el sentimiento de solidaridad y afecto para que cerrando más los vínculos de amistad y cultura entre ustedes y nosotros podamos luchar más efectivamente en bien de la cultura de América. Deseo enviarles en esta oportunidad el número 113 de nuestra revista "UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA", que acaba de aparecer con un selecto material cultural y científico, que espero sea de su agrado. En espera de sus gratas noticias y de próximos contactos culturales, me suscribo atentamente como seguro servidor y amigo.— ALFONSO MORA NARANJO,— Director".

"BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA".— N° 6032.— Medellín, noviembre 9 de 1953.— Señores Universidad de Cuenca, Sección de Publicaciones.— Apartado N° 168.— Cuenca, Ecuador.— Estimados señores:— Acabo de recibir con grata sorpresa el libro HISTORIA DE LA FILOSOFIA que gentilmente destinaron a esta casa de cultura universitaria de Antioquia. Han realizado ustedes una meritoria labor presentando en términos tan claros y accesibles los problemas más intrincados de la Filosofía de todos los tiempos, con sus representantes y sus sistemas, sus problemas y sus soluciones. Un criterio muy honrado, una elaboración verosímil y muy bien documentada anima estas páginas cargadas de sabiduría antigua y moderna y en estilo transparente y cordial. A estas páginas puede arrimarse la juventud segura de que extraerá de ellas sabias y nobles enseñanzas. Para nuestra Biblioteca General de la Universidad de Antioquia es una distinción y un orgullo mostrar a los estudiantes el movimiento filosófico de la Humanidad en términos tan exactos y tan justos. Les envío mi calurosa felicitación y les suplico que sigan honrando nuestra Biblioteca con estas obras maravillosas que están editando. Por nuestra parte, como acto de gratitud y solidaridad cultural, les remito el libro del gran investigador colombiano Alberto Posada Angel, titulado Grafología y Grafotecnia y espero que les sea de utilidad en la Universidad; además, me complace enviarles el número 113 de la revista UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA y espero que sea de su agrado.— ALFONSO MORA NARANJO,— Director".